

BIBLIOTECA ORO

0'90

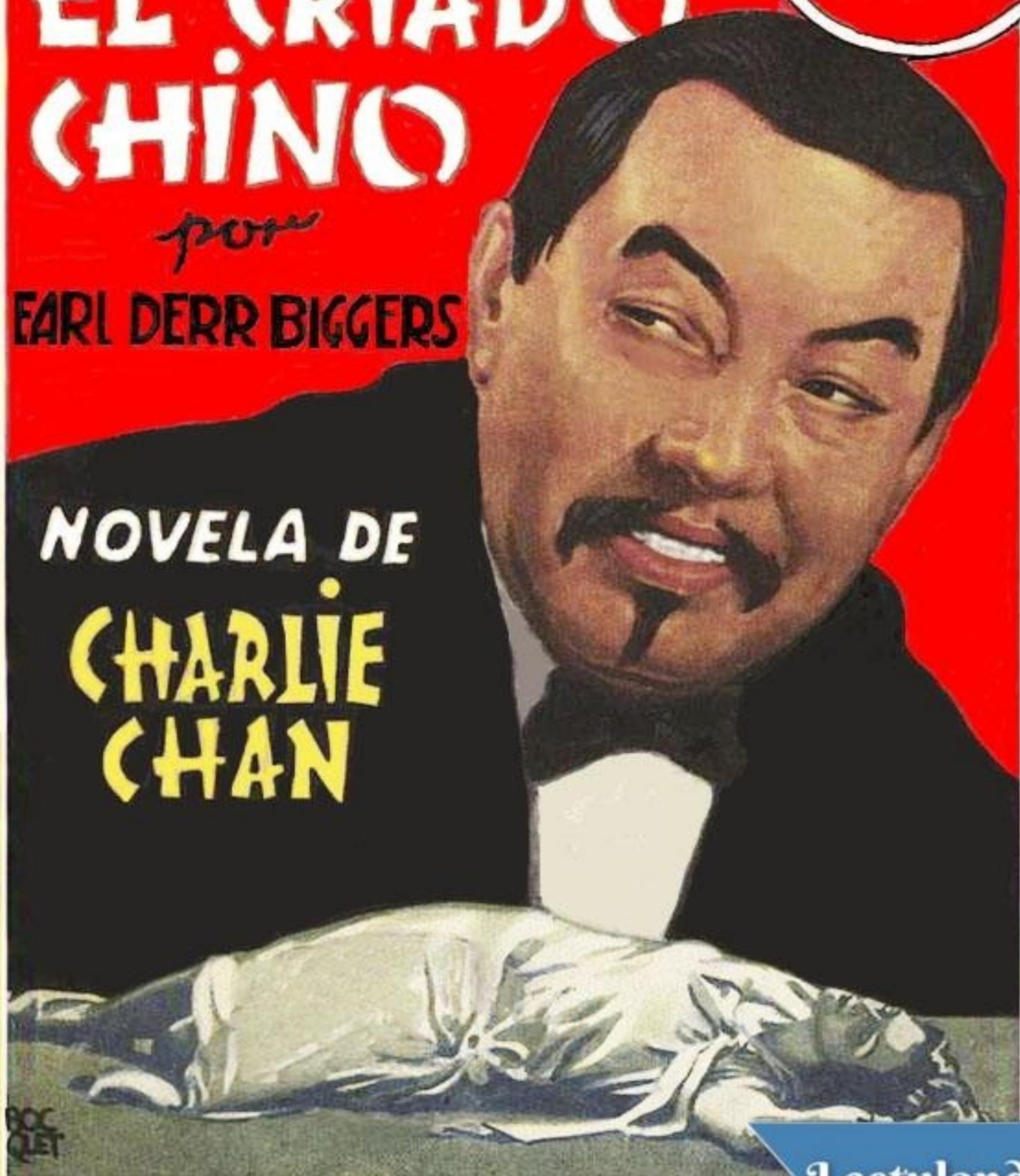
EL CRIADO CHINO

por

EARL DERR BIGGERS

NOVELA DE

**CHARLIE
CHAN**



Lectulandia

«El criado chino» tiene lugar en 1932. Los ex-maridos y amantes de la cantante de ópera Ellen Ladona son convocados a una casa en las orillas del Lago Tahoe. Su dueño trata de averiguar si alguno conoce la existencia y el paradero de su hijo.

Lectulandia

Earl Derr Biggers

El criado chino

Charlie Chan - 06

ePub r1.0

Titivillus 07.01.2017

Título original: *Keeper of the Keys*
Earl Derr Biggers, 1932
Traducción: José Mallorquí
Ilustraciones: Joan Pau Bocquet Bertrán
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi hijo Bob.
En secreto, pues no le gusta la publicidad.
Earl Derr Biggers



EL CRIADO CHINO

NOVELA DE
CHARLIE

CHAN

por

EARL DERR BIGGERS

CAPITULO PRIMERO

Nieve en las montañas

El tren había dejado atrás Sacramento y empezaba bravamente el ascenso de la

pronunciada cuesta que conducía a las altas Sierras y a la ciudad de Truckee. Pequeñas placas de nieve brillaban a la luz del sol poniente y, a lo lejos, destacándose sobre el pálido cielo primaveral, sobresalían las agudas cimas de las montañas, aún cubiertas de nieve.

Dos revisores —sin duda iban juntos para mayor seguridad en el trabajo—, llegaron por el pasillo y uno de ellos, deteniéndose ante el asiento número siete, pidió:

—El billete, señorita.

La ocupante del asiento, una joven rubia, muy hermosa, que no representaba más de veinte años, tendió un pequeño billete verde.

—Asiento siete, Reno —dijo en voz alta el revisor.

—Reno, asiento siete —repitió su compañero, tomando nota.

La joven enrojeció al oír pronunciar el nombre de su estación de destino y dirigió una tímida mirada a los demás ocupantes del coche^[1].

La mayoría de ellos se volvieron para mirar curiosamente a la joven; algunos sonrieron comprensivos mientras otros, mujeres en su mayor parte, mostraron una fría altivez.

Sólo un pasajero permaneció indiferente. En el asiento ocho, al otro lado del pasillo, la joven advirtió la maciza espalda de un hombre vestido de negro. Estaba sentado junto a la ventanilla, contemplando el paisaje, al parecer, sumido en honda meditación. La joven que se dirigía a Reno sintióse invadida de súbita simpatía hacia aquel desconocido.

De pronto, el hombre se volvió. Era un chino. Pertenecía a una raza que tiene por norma preocuparse sólo de sus propios asuntos. ¡Raza admirable! Aquel ejemplar de ella era regordete, de mediana edad. Sus negros ojillos brillaban alegres, y los labios, entreabiertos por la sonrisa, indicaban una súbita e intensa alegría. Sin dirigir la vista a la viajera del asiento siete, se puso en pie y fue hasta el final del vagón.

Al llegar a la plataforma del *pullman*, se detuvo un momento, para aspirar profundamente el fresco vientecito, pero de nuevo una fuerza irresistible pareció atraerle a la ventanilla. El tren ascendía cada vez más despacio. Todo el terreno que abarcaba la vista estaba cubierto de nieve. Súbitamente, notando que alguien se hallaba detrás de él, se volvió y encontróse ante la encargada del tocador de señoras, una joven china, cuya mirada había visto fija en él varias veces durante la tarde.

—¿Cómo está señorita? —preguntó en cantonés, con gran amabilidad—. Llegó usted en momento oportuno. Muchas gracias. Tenía verdadera necesidad de hablar con alguien. Necesito dar rienda suelta al entusiasmo que llena mi corazón. Por primera vez en mi vida veo nieve de verdad.

—¡Oh! ¡No sabe usted la alegría que siento! —replicó la joven, en el mismo idioma.

Indudablemente la contestación era bastante extraña, pero el regordete chino estaba demasiado emocionado para advertirlo.

—Me he pasado la vida entera viendo palmeras, sintiendo la caricia de los vientos tropicales, contemplando el romper de las olas sobre arrecifes de coral...

—¡Honolulú! —le interrumpió la joven.

El chino, durante un momento, miró fijamente a su compatriota.

—Quizá sus hermosos ojos, señorita, han visto también Hawai —murmuró.

La encargada del tocador negó con un movimiento de cabeza.

—No... yo nací en San Francisco, pero suelo leer los anuncios de turismo... y además...

—Veo, joven, que es usted inteligente —la interrumpió el hombre—. Sí, señorita, lo ha adivinado usted. Honolulú ha sido mi hogar durante muchos años. No es la primera vez que vengo a California. En otra ocasión estuve en el desierto^[2] y vi montañas con nieve, a gran distancia. Pero aquello fue como un sueño vago. Ahora es cuando estoy en un verdadero sitio de nieve. La tierra desaparece bajo una blanca túnica. Pronto podré hundir los pies en ella y sentir el desconocido y delicioso frío. Tengo que aspirar grandes cantidades de aire helado. —Lanzó un suspiro—. ¡La vida es buena!

—Hay gente que encuentra la nieve molesta —dijo la china.

—Y también hay a quien estorban el cielo y las estrellas. Pero nosotros no somos como esa gente que se aburre tanto. El mundo es muy hermoso. A nosotros nos gusta viajar, hacer conocimientos, cambiar de ambientes. ¿Me equivoco al suponer que usted, señorita, piensa como este humilde servidor suyo?

—¡Oh, no! Usted tiene razón. A mí me gusta mucho viajar.

—Debería usted visitar nuestras islas, señorita. La nieve me entusiasma, pero no olvido que Honolulú posee una gran hermosura. Tengo una hija de su edad, señorita, que sentiría un gran placer en mostrarle las bellezas de nuestra isla. La llevaría a ver árboles en flor, la...

—¿La nueva Jefatura Superior de Policía? —preguntó, anhelante, la muchacha.

El hombre se estremeció ligeramente, y, mirando a su compatriota, murmuró:

—Vamos, veo que la señorita ha reconocido a este humilde servidor.

—¡Claro que le he reconocido! —sonrió la interpelada—. Recuerdo perfectamente cómo llevó usted las perlas Phillipmore^[3] al rancho del desierto. Y cómo capturó hace tres semanas al criminal que hirió al famoso detective de Scotland Yard^[4].

—No comprendo...

—¿Ha olvidado que los periódicos vienen llenos de retratos suyos?

—Vi los periódicos, pero, la verdad, dudo que las fotografías que en ellos aparecen sean de este insignificante Charlie Chan.

—Pero, además, le vi a usted personalmente cuando en San Francisco, la gran familia Chan celebró un banquete en honor suyo. Como mi madre pertenece a la familia, asistimos a la fiesta. Cuando usted entró en el salón, yo estaba a poca distancia suya. No pude escuchar su discurso, pero mis compañeros dijeron que fue

magnífico.

El chino se encogió de hombros y replicó:

—La familia Chan debería tener más respeto a la verdad.

—Yo me llamo Violeta Lee —continuó la joven, tendiendo la mano a su interlocutor—. ¿Puedo llamar a usted por su nombre?

—No veo inconveniente ninguno —replicó el chino, estrechando la mano que le tendían—. Me ha cogido en la trampa. Soy el inspector Charlie Chan, de la Policía de Honolulu.

—Mi marido y yo le reconocimos a usted cuando subió al tren en Oakland —siguió la muchacha. Y añadió orgullosamente—: Mi marido es camarero del coche restaurante. Él me dijo que no le hablase, pero cuando usted me dirigió la palabra, me alegré mucho. Mi marido decía, señor Chan, que quizá estuviera usted persiguiendo a otro criminal y no querría que se descubriera su personalidad. Mi marido tiene muchas veces razón.

—Un marido debe tener razón siempre —replicó Charlie—. Pero ahora siento tener que decir que en esta ocasión se ha equivocado.

Una sombra de desilusión cruzó por el rostro de la joven china.

—¿De modo que no sigue usted la pista de algún ladrón o asesino?

—Charlie Chan, ahora, sólo sigue la pista de Charlie Chan.

—Nosotros creíamos que se habría cometido algún crimen...

Charlie se echó a reír.

—Los Estados Unidos tienen gran extensión y cada día se cometen crímenes en ellos. Pero siento una gran alegría al decir que ninguno interesa a Charlie Chan. Mi única ocupación, ahora, es la de contemplar la blanca nieve que oculta la negra tierra.

—Entonces, ¿puedo decir a mi marido que puede dirigirse a usted con libertad? Tal honor le llenará de alegría.

El detective apoyó una mano en el brazo derecho de la muchacha.

—Yo mismo diré a su marido que puede hablar conmigo —anunció—. Antes de dejar el tren, me despediré de usted. Sus palabras han sido para mí como la comida para un hambriento. Aloha^[5].

Pasó a la otra plataforma y permaneció en ella unos instantes, respirando a pleno pulmón el puro aire de la montaña. Cuando llegó al vagón restaurante, el camarero atendía solícitamente al único ocupante del coche. Al levantar la cabeza, después de anotar el encargo del cliente, su mirada tropezó con Charlie Chan. El empleado era un chino pequeño y delgado, y sólo otro de su raza hubiera podido notar el súbito interés que revelaron sus ojos.

Charlie Chan se dejó caer en un asiento y, a falta de mejor ocupación, estudió cuidadosamente al otro pasajero. Se trataba de un hombre alto y delgado, de aspecto distinguido. No parecía del país. Charlie supuso que era español o sudamericano. Tenía el cabello tan negro como el del detective, excepto en los aladares, donde griseaba ligeramente. Los ojos eran vivos y brillantes; las manos, delgadas y

nerviosas. Estaba sentado en el borde de un sillón, como si no pensase permanecer mucho rato en el coche restaurante.

Cuando el camarero, después de presentar un paquete de cigarrillos sobre una bandeja de plata, hubo recibido el importe del mismo y la correspondiente propina, Chan le llamó. El empleado llegó junto a él en un momento.

—Una naranjada, por favor —pidió el detective, en cantonés.

—Encantado de poder servirle —dijo el sirviente, y, con la velocidad del rayo, apresuróse a cumplir el encargo de su famoso compatriota. Con la misma sorprendente rapidez regresó y colocó el refresco sobre una mesita, junto a Charlie. Se retiraba, con evidente pesar, cuando el detective le detuvo.

—Este refresco tiene un sabor excelente —dijo, levantando el vaso.

—¿De verdad, señor? —preguntó el camarero, mirando a Charlie con la misma expresión que tenía poco antes la encargada del tocador.

—Me parece que una pregunta está haciendo esfuerzos por salir de sus labios. Puede hacerla, fíjese en lo tranquilamente que descanso en este cómodo sillón.

Los ojos del camarero se entornaron, mientras contestaba:

—El cazador de tigres va muchas veces sentado en un cómodo palanquín, pero su flecha siempre hiere en el momento preciso.

Charlie sonrió.

—El hombre cauto por naturaleza es buen compañero para cruzar un puente.

El camarero asintió y dijo:

—Cuando estés en tierra extraña, habla como la gente del país.

—Tanta discreción es digna de alabanza —murmuró Charlie—. Pero ya he dicho a su esposa que, por fortuna, no es necesaria esta vez. El cazador de tigres ahora no tiene trabajo. Puede usted llamarle por su nombre sin temor.

—Muchas gracias, señor inspector. Es para mí un honor muy grande conocerlo. Mi mujer y yo somos grandes admiradores de su inteligencia. Su fama ha llegado al pináculo.

Charlie apuró el contenido del vaso.

—El hombre que llega al pináculo —murmuró—, no tiene sitio para moverse.

—El movimiento —sugirió el camarero—, puede no ser necesario.

—Gran verdad —asintió el detective—. Es usted muy inteligente. Cuando, hace un rato, conocí a su esposa, le felicité a usted. Ahora que le conozco a usted, felicito a su esposa.

Una sonrisa de satisfacción iluminó el rostro del empleado.

—Sus palabras —contestó—, serán guardadas siempre en el archivo de nuestra familia. No reflejan la verdad, pero los labios que las han pronunciado son notables. ¿Se dignará usted beber más?

—No, muchas gracias —Chan miró su reloj—. Si no me equivoco, sólo faltan veinticinco minutos para que lleguemos a Truckee.

—Veinticuatro y medio —replicó Harry Lee, con la precisión de los ferroviarios.

La sorpresa que reflejaba en sus ojos era apenas perceptible—. ¿Baja usted en Truckee, señor inspector?

—Sí —asintió Chan, con la mirada fija en el otro pasajero, quien había demostrado súbito interés.

—Viaja usted por placer, ¿verdad? —preguntó el empleado.

Chan sonrió.

—En parte, sí —dijo, suavemente.

—¡Ah, sólo en parte! —murmuró Harry Lee. Viendo que Chan metía la mano en uno de los bolsillos del pantalón, continuó—: Lamento comunicarle que el precio de la naranjada es medie dólar.

Charlie permaneció unos instantes vacilando. Por fin depositó sobre la bandeja la suma exacta. No desconocía la costumbre de la propina, pero tampoco ignoraba la sensibilidad de sus compatriotas. Así podrían separarse como amigos, no como amo y criado. Por la expresión del rostro de Harry Lee, comprendió que el joven apreciaba su delicadeza.

—Muchas gracias —dijo el camarero, inclinándose profundamente—. Ha sido para mí un honor muy grande el servir al señor inspector Charlie Chan.

Por casualidad, mientras el empleado pronunciaba estas palabras, el detective tenía la mirada fija en el desconocido de aspecto extranjero. Éste disponíase a encender un cigarrillo, pero, al oír el nombre del famoso detective, se quedó mirando al chino hasta que la llama del fósforo le abrasó los dedos. Lo tiró al cenicero y encendió otro. Luego, levantándose, dirigióse a donde estaba el inspector y se sentó junto a él.

—Perdone —dijo en inglés—. Yo... No quisiera molestar. Pero me ha parecido oírle mencionar la estación de Truckee. Yo también bajo en ese pueblo.

—¿De veras? —preguntó, cortésmente, Charlie.

—Sí, por desgracia. Me han dicho que, en esta época del año, Truckee es un lugar desolado.

—Nieve tiene belleza grande —sugirió el chino.

—¡Bah! —el desconocido hizo una mueca de disgusto—. Yo estoy más que harto de la nieve. Luché dos años con el ejército italiano, en los Alpes.

—Trabajo muy desagradable para usted —contestó Chan.

—¿Qué quiere usted decir?

—Perdón. No quiero hacer ofensa a usted. Pero guerra es cosa desagradable para hombre de su profesión: Un músico.

—¿Me conoce?

—No tengo placer grande. Pero hago observación de callos en yemas de dedos suyos. Usted ha hecho cantar violín.

—He hecho más que eso. Soy Luis Romano, director de orquesta de ópera. ¡Ah! ... veo que eso no significa nada para usted, pero en mi país... en La Scala de Milán, en Nápoles... y también en París, en Londres, y hasta en Nueva York... Sin embargo,

ahora, todo ha terminado.

—Siento mucho.

—Terminado por culpa de una mujer. Una mujer que... Pero ¿qué importa? Los dos nos apeamos en Truckee. Y luego...

—Y luego, ¿qué?

—Luego, señor Chan. Perdóneme, pero he oído su nombre involuntariamente. Como le decía; luego viajaremos juntos. Ha sido una suerte que le haya encontrado. Tenía que verle. ¿No lo cree? Lea esto.

El violinista le tendió un arrugado telegrama. El policía chino, leyó:

«Señor Luis Romano, Hotel Killarney, San Francisco:

Encantado venga visitarme a Tahoe. Tardía primavera hace casi intransitables caminos que conducen a mi casa. Deje tren en Truckee. Telefonaré garaje local le espere auto que conducirá hasta Tavern. En muelle de Tavern encontrará lancha que conducirá a mi posesión de Pineview. Otros huéspedes se reunirán con usted en Truckee, entre ellos el señor Charlie Chan, de Honolulu. Muchas gracias por venir.

Dudley Ward.»

Chan devolvió la misiva al italiano.

—Ahora hago comprensión —dijo.

El señor Romano hizo un gesto de desesperación.

—Es usted más afortunado que yo. No entiendo nada en absoluto. Quizá usted sea un antiguo amigo del señor Ward y por ello todo este asunto le parezca claro.

El rostro de Chan parecía la más inexpresiva de las máscaras.

—Usted está hundido en tinieblas, entonces —murmuró.

—Por completo —asintió el italiano.

—¿Señor Dudley Ward no es amigo de usted?

—En absoluto. Ni siquiera le conozco. Sé, desde luego, que pertenece a una familia muy rica de San Francisco; y que pasa el verano en esa posesión que está a la orilla de un lago. Hace algunos días recibí una sorprendente carta suya, en la que me pedía que le visitara. Decía en ella que deseaba discutir conmigo un asunto de gran interés y me prometió pagarme bien la molestia. Me encontraba... o, mejor dicho, me encuentro en una situación monetaria bastante mala a causa de un suceso muy desagradable. Por lo tanto, accedí a ir.

—¿Usted no tiene idea aproximada de asunto que señor Ward quería hacer discusión con usted?

—Algo sospecho. Verá usted... El señor Ward estuvo casado con mi mujer. — Chan movió comprensivamente la cabeza—. Sin embargo —continuó el violinista—, nuestro..., podríamos llamarlo parentesco, no es muy próximo. Entre nosotros hay otros dos maridos. Él fue el primero, yo soy el cuarto.

Por fin el rostro de Charlie reflejó cierta sorpresa. ¿Qué pensaría su mujer, allá en Punchbowl Hill, de lo que él acababa de oír? Pero el detective reflexionó que en aquellos momentos no se encontraba en su amada isla, sino en el continente y sólo a unas millas de Reno.

—Quizá le sea más fácil comprender esto si le digo quien es mi mujer —continuó el italiano—. Su nombre, aunque usted quizá no lo conozca, es famoso en el mundo entero. Se trata de Ellen Ladona, la famosa soprano. —El hombre se sentó nerviosamente en el borde de su sillón—. ¡Qué talento! ¡Qué voz! Y... ¡qué corazón! ... Frío como esas piedras cubiertas de nieve. —Y, con un ademán, señaló la blanca ladera.

—Siento mucho —murmuró Chan—. ¿Usted no tiene felicidad con esposa?

—¿Felicidad con ella, señor? ¡Feliz con ella! —Se irguió en su asiento y con entonación teatral dijo—: ¿Puedo ser feliz con una mujer que en estos momentos está en Reno, tramitando el divorcio para poder casarse con su último capricho... un chiquillo imbécil con cara de muñeca? ¡Y después de todo cuanto he hecho por ella, y de mi gran amor...! Me despide con un puntapié... como...

Recostóse de nuevo en el sillón y con voz entrecortada siguió:

—Pero ¿qué podía yo esperar? Siempre ha sido así. El marido de turno nunca era de su agrado.

—Rosas de jardín propio nunca huelen como rosas de jardín ajeno —murmuró Chan.

La excitación del señor Romano pareció crecer.

—Eso mismo. Lo que usted acaba de decir retrata perfectamente a esa mujer. Siempre fue así. Fíjese en su historial. Cuando era casi una niña se casó con Dudley Ward. Tenía todo cuanto podía desear, excepto un marido nuevo. Al fin también lo consiguió. Se llamaba John Ryder. Pero no duró mucho. El siguiente fue... ¿Qué importa quién fuese? Lo he olvidado ya. Luego yo. ¡Yo, que dediqué todas mis horas a educar su voz! Y yo fui, señor, quien le enseñó el sistema respiratorio italiano, sin él un cantante no es nada. Puede usted creer que, cuando la encontré, no tenía la menor noción de ello.

Emocionado, ocultó el rostro entre las manos.

Charlie respetó su silencio.

—Y ahora —siguió diciendo el señor Romano—, ese mocoso, ese tenorcillo de mala voz... ¿Cree usted que le impedirá que coma pasteles... para conservar su maravillosa figura? ¿Le preparará los gargarismos, como hacía yo? A propósito, ahora recuerdo el nombre del tercer marido. Era el doctor Frederic Swan, un especialista de la garganta. Desde su divorcio ha vivido en Reno... seguramente volverá a flirtear con él. Lo mismo hará conmigo cuando se haya cansado de ese muchacho. Siempre será así...

En aquel momento Henry Lee se acercó a ellos, y dijo en inglés:

—Peldón, señol inspectol, dentlo de tles minutos llegamos a Truckee.

El señor Romano levantóse de un salto y corrió a su vagón a buscar el equipaje. Charlie se volvió hacia su compatriota.

—Ha sido una gran felicidad para mí el conocerlo —dijo en el idioma de ambos.

—Yo siento lo mismo que usted —replicó Henry Lee—. Espero que se divierta usted mucho. Sin embargo —añadió con una sonrisa—, yo miraré los periódicos cada día.

—No hablarán del humilde Charlie Chan —aseguró el detective.

—Si usted me excusa por decir tal cosa —replicó Henry Lee—, yo miraré los periódicos con la esperanza de que mencionen al honorable y famoso inspector.

Charlie regresó a su *pullman*. La noche empezaba a caer y la nieve apenas se divisaba por las ventanillas. El inspector preparó sus maletas y se puso un pesado abrigo, el primero de su vida, que había adquirido especialmente para aquel viaje.

Cuando llegó a la plataforma del coche, la señora Lee le esperaba.

—Mi honorable esposo me ha hecho saber el feliz momento que usted le ha proporcionado —dijo—. Este es un día muy notable en nuestras vidas. Tendré muchas cosas que contar a mi hombrecito pequeño, que ahora tiene once lunas.

—Le suplico que salude al futuro hombrecito de parte del insignificante Charlie Chan —dijo el detective.

De pronto se tambaleó ligeramente. Al volverse vio que un hombre alto, de rubia barba, acababa de dejar en el suelo una maleta con la cual él había tropezado. Esperó la forzosa excusa, pero el desconocido dirigióle una fría mirada y, apartándole bruscamente a un lado, se dirigió a la portezuela del vagón.

A los pocos instantes el tren se detuvo y Charlie pudo saltar a la estación. Dio una propina al negro encargado de la plataforma y se despidió otra vez de los Lee. Por primera vez en su vida oyó crujir el hielo bajo sus pies y vio materializado su aliento.

Romano se le acercó, presuroso.

—He encontrado ya nuestro automóvil —anunció—. Corra, haga el favor. Podrá ver la ciudad mientras la atravesamos.

Cuando se acercaron al auto que les esperaba, vieron al chofer hablando con un hombre que, indudablemente, era uno de los viajeros del tren. Charlie le miró atentamente... Era el desconocido de la barba rubia. Al oírles se volvió hacia ellos.

—Buenas noches —dijo—. ¿Son ustedes los demás invitados de Dudley Ward? Yo me llamo John Ryder.

Sin aguardar respuesta acomodóse en el asiento delantero, junto al chofer. Charlie miró a Romano y vio reflejada en su rostro una profunda sorpresa. Sin pronunciar palabra, se sentaron en los asientos posteriores.

Penetraron en el pueblo. A la vaga luz de las estrellas recordaba la visión cinematográfica de una antigua ciudad del Viejo Oeste. Una hilera de casas de ladrillo que parecían *cabarets*, pero detrás de cuyas escarchadas ventanas no se veía la menor señal de alegría; restaurantes con anuncios de bebidas suaves, un banco, el edificio de Correos y, de vez en cuando, alguna borrosa figura que atravesaba las

calles.

El auto, después de cruzar un paso a nivel, se hundió en la blanca inmensidad de los campos. Por vez primera, Chan, vio de cerca pinos y abetos y aspiró su vivificador aroma. Mentalmente se representaba las elegantes palmeras, hermanas en altura de aquellos sombríos gigantes.

Las cadenas de los neumáticos producían un ruido monótono que invitaba a dormir.

El hombre que iba sentado junto al chofer no hablaba ni se volvía hacia sus compañeros. Estos procuraron imitarle.

Al cabo de una hora llegaron junto a unas casas de iluminadas ventanas. Poco después entraban en el poblado de Tavern.

El coche se detuvo cerca del embarcadero. Un hombre, envuelto en un abrigo de marinero, acercóse al chofer.

—¿Son ellos, Bill? —preguntó.

—Ellos mismos. Tenían que ser tres, ¿no?

—Eso mismo. Recogeré las maletas.

Bill despidióse de sus clientes y regresó apresuradamente a la población. El barquero les condujo al muelle. Durante unos segundos Charlie Chan permaneció inmóvil, contemplando aquel bellissimo paisaje. Ante él se extendía un magnífico lago, semejante a un enorme zafiro, situado a dos mil metros sobre el nivel del mar y rodeado de altas montañas cubiertas de nieve.

—El lago no está helado —hizo notar Romano.

—El Tahoe nunca se hiela —explicó el barquero—. Es demasiado profundo. Bien, ahí está la lancha. —Se detuvieron junto a una hermosa canoa—. Voy a colocar su equipaje a bordo, pero tendrán que esperar un poco. Falta otro pasajero.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, vieron llegar corriendo a un hombre.

—Perdonen el retraso, señores —dijo, dirigiéndose a los tres invitados—. Me he detenido un rato en el pueblo. Me llamo Swan, el doctor Frederic Swan, para servirles.

Estrechó las manos a los tres viajeros y éstos a su vez, se presentaron. Mientras el doctor y el de la barba rubia saltaban a la lancha, Romano se volvió hacia Charlie Chan y dijo:

—Vamos a asistir al encuentro de todos los antiguos amores de Ellen Ladona.

El chino miróle fijamente y, sin pronunciar palabra, le siguió al interior de la canoa automóvil. Poco después ésta trazaba un surco de plata sobre el agua y se dirigía a la bahía de la Esmeralda.

CAPÍTULO II

Cena en Pineview

El intenso silencio de la noche sólo era profanado por el trepidar del motor de la gasolinera. Charlie Chan, muy envuelto en su abrigo, notaba con extrañeza que el frío le hacía sentirse infinitamente más ligero que el calor. Aquello, decíase alegremente, era un saludable tónico para su cuerpo. La sangre circulaba con más rapidez por sus venas. Empezaba a lamentar que el asunto que le había llevado allí no fuese más importante. Aquel agradable y hasta entonces desconocido frío, invitaba a la acción.

Aunque la luna no había aún salido, el detective podía ver con facilidad las orillas del lago. Poco después descubrió a lo lejos una vaga sombra; sin duda un enorme chalet. Una luz brillaba casi al mismo nivel del agua y, al cabo de unos segundos, se encendieron otras que debían de pertenecer, indudablemente, al embarcadero. Al llegar a éste, vieron a un hombre de unos cincuenta años que, sin sombrero ni abrigo, se acercaba a ellos.

Sin duda se trataba de Dudley Ward. Cuando los pasajeros hubieron desembarcado, les saludó con efusión.

—¡John, muchacho! —le dijo a Ryder—. No sabes cuánto te agradezco que hayas venido. Doctor Swan, ha sido usted muy amable. Usted, seguramente, es el señor Romano... tengo un gran placer en recibirle en Pineview.

Charlie, siempre cortés, permaneció en la lancha hasta que todos los demás hubieron salido de ella. Entonces saltó al muelle y fue a parar a los brazos de Ward.

—¡Inspector Chan! —exclamó éste— ¡No sabe usted los años que hace que deseaba conocerle!

—Deseos han sido compartidos —replicó Charlie, jadeando ligeramente.

—Eso es sólo cortesía —sonrió el millonario—. Lamento recordarle que, hasta hace muy poco, no había oído hablar de mí. Caballeros, si tienen ustedes la bondad de seguirme...

Condujo a sus huéspedes por una avenida limpia de nieve, hasta una casa o enorme chalet, que se levantaba rodeada de altísimos pinos. Al ruido de los pasos, un viejo criado chino abrió la puerta. Hasta los visitantes llegó el agradable olor de leña

quemada. Poco después vieron que abundantes viandas les esperaban en el iluminado salón de Pineview.

—Sing, ayuda a los señores a quitarse los abrigos —ordenó el dueño de la casa.

Era un hombre de aspecto cordial y Charlie le miró curiosamente. Tendría unos cincuenta años, acaso más; el cabello le griseaba en las sienes, su rostro era simpático y ligeramente rojizo. La hechura de su traje y la calidad de la tela le proclamaban hombre de gusto y de dinero. Acercándose a la enorme chimenea, comentó:

—Hacía frío hoy en el lago. A mí me gusta... Cada año vengo antes. Sin embargo, el calor también es agradable y esos —señaló unos cócteles—, supongo, que serán bien acogidos. Cuando les oí llegar, ordené a Sing que los preparara.

Ofrecióles él mismo la bandeja con los cócteles. Ryder, Swan y Romano aceptaron complacidos las mezclas. Charlie movió negativamente la cabeza, excusándose con una sonrisa. Ward no insistió. Hubo unos momentos de intenso silencio que, al fin, rompió Romano, poniéndose en pie y exclamando:

—Caballeros, propongo un brindis por la mujer...

—Un momento —le interrumpió, rudamente, Ryder—. No haga ese brindis. Me disgustaría tener que tirar este coctel.

Romano, desconcertado, murmuró:

—Perdón, soy demasiado impulsivo. Nadie desea más que yo olvidar todo lo referente...

—No se hable más del asunto —interrumpió de nuevo Ryder, y, de un trago, vació su copa.

Swanapuró también el coctel y luego rió suavemente:

—Tenemos mucho que olvidar y perdonar —dijo—. Ellen pensó siempre en ella ante todo. Sus deseos, su felicidad... Pero eso, desde luego, es genio. Nosotros, los vulgares mortales, debemos ser caritativos. Durante muchos años, he estado convencido de que odiaba a Ellen Ladona... y, sin embargo, cuando la vi hace un momento...

Dudley Ward se detuvo en su tarea de llenar los vasos.

—¿Hace un momento? —preguntó.

—Sí. Al llegar a Tavern me dejé caer por el hotel para cambiar unas palabras con mi amigo Jim Dinsdale, el gerente. Cuando entré en el salón creí que estaba vacío, pero, a los pocos momentos, pude ver una bufanda verde, tirada sobre una mesa. Miré a mi alrededor. Junto al fuego estaba una mujer. Me acerqué y, a pesar de la débil luz, me di cuenta enseguida de que era Ellen. Yo sabía que ella estaba en Reno, pero nunca hubiera hecho nada por verla. Cuando, hace años, nos separamos... Bueno, creo que es mejor no hablar de esto. Lo cierto es que desde entonces procuro evitar su encuentro. Sin embargo, al estar de nuevo frente a frente solos en aquel penumbroso salón, no sentí odio contra ella. Al oír mis pasos se volvió exclamando: «¡Fred!».

Romano se acercó al doctor y le preguntó, anhelante:

—¿Qué aspecto tenía? No habrá engordado, ¿verdad? ¿Y su voz? ¿Qué le pareció

su voz?

Swan se echó a reír.

—A mí me pareció que estaba perfectamente. En realidad, debo decir que volví a sentir el antiguo hechizo... Sigue tan hermosa como cuando la conocí; quizá más. Me tendió las manos...

—No me extraña —gruñó Ryder—. ¿Puedo servirme otro coctel?

—Estaba encantadora —continuó Swan—. En aquel momento Dinsdale entró acompañado de un joven llamado Beaton...

—Hugh Beaton —gruñó Romano—. El niño a quien ha sacado de la cuna para convertirlo en su marido. El idiota que quiere cambiar por mí en los almacenes de Reno. ¡Bah! También yo voy a beber más.

—Me lo presentó como su futuro marido —siguió explicando Swan—. Y también me presentó a la hermana de él, una muchacha encantadora.

—¿Qué hacía Ladona en Tavern? —inquirió Ward.

—Creí entender que es una antigua amiga de Dinsdale y que había ido allí a cenar con él. Desde luego, no me entretuve en averiguar más detalles y fui a reunirme con mis compañeros de travesía. Pero, perdónenme. No quiero monopolizar la conversación.

—No es usted, es Ellen quien la monopoliza —sonrió Dudley—. Dejémonos de recuerdos, señores. La cena se servirá a las siete. Entretanto, Sing les conducirá a sus respectivas habitaciones. Lo lamento mucho, pero tendrán que subirse ustedes mismos el equipaje. Doctor Swan, le he destinado una habitación aunque, a mi pesar, no se queda usted a pasar la noche con nosotros. ¡Ah Sing! ¿Dónde diablos estará ese viejo sinvergüenza?

El criado apareció a los pocos momentos, dispuesto a conducir a los cuatro hombres arriba.

Ward apoyó la mano en un brazo de Chan.

—A las siete menos cuarto le espero en mi despacho —dijo en voz baja—. Le entretendré sólo unos minutos.

Chan movió afirmativamente la cabeza.

—Otra cosa, señores —añadió Ward, en voz alta—. No es necesario que se vistan de etiqueta. Estamos entre amigos y en los bosques.

El millonario permaneció inmóvil en el salón, viendo desaparecer a sus invitados. Una irónica sonrisa le iluminaba el rostro.

Charlie siguió a Sing hasta una bien caldeada habitación. El viejo servidor encendió las luces y miró fijamente a su compatriota de Honolulu. El rostro del criado era enjuto y cetrino. Sólo los ojos traicionaban su raza y en ellos Chan creyó notar un brillo de buen humor.

—¿Policía? —preguntó Ah Sing, en el más puro cantonés.

Charlie asintió con una sonrisa.

—Mucha gente dice que mi ilustre compatriota es hombre muy inteligente.

¿Dicen verdad quienes tal aseguran?

—Quizá —replicó Charlie, en el mismo idioma.

Sing movió la cabeza y, sin añadir palabra, salió del dormitorio.

Charlie dirigióse a la ventana y contempló las montañas cercanas, cubiertas de pinos y de nieve. La novedad del espectáculo le entretuvo tanto, que llegó con tres minutos de retraso a la cita de su huésped.

—No tiene importancia —replicó Ward, cuando Chan presentó sus excusas—. No voy a entrar en detalles del asunto. Lo haré en la mesa. Sólo quería decirle que he tenido un gran placer en que haya aceptado mi invitación y que espero podrá ayudarme.

—Charlie Chan siente deseo grande de ser útil a usted —replicó el chino.

—El asunto es insignificante para un hombre de su talento —continuó Ward. Estaba sentado ante una amplia mesa escritorio, sobre la cual pendía una magnífica lámpara de alabastro—. Pero a pesar de su insignificancia, le aseguro que para mí es de una importancia enorme. Le he pedido que viniese a mi despacho para explicarle el por qué de haber reunido aquí a esos tres hombres. Pero, ahora que pienso, quizá estoy insultando su inteligencia.

Chan sonrió:

—Inteligencia de Charlie Chan no es tan grande como usted hace suposición.

—Bueno, continúo: Al escribirle a usted, no pensaba hacer venir aquí a esos hombres. Mi intención era entenderme con ellos por carta. Pero esa es una manera muy desagradable de tratar con la gente; prefiero mucho más ver la cara de las personas cuando necesito hablar con ellas. El caso es que al enterarme de que Romano estaba en San Francisco en completa bancarrota, comprendí que el dinero le haría venir. Swan estaba en Reno, por lo tanto, a poca distancia de mi casa, y Ryder, a pesar de haber sido el segundo marido de Ellen, es mi amigo de la infancia y su matrimonio no enturbió nuestra amistad. Por lo tanto, decidí hacerles venir a todos.

—Idea excelente.

—Quiero hacerles unas preguntas —continuó Ward—. No sé qué contestaciones obtendré. Ninguno de ellos ama ya a Ladona. Sin embargo, acaso por alguna promesa hecha en tiempos pasados o por otros motivos, podría ser que no obtuviese los informes que necesito. Quisiera pedirle que les vigile atentamente y que se fije en si alguno miente al contestar a mis preguntas. Supongo que estará usted práctico en esos asuntos.

—Usted hace exageración de pobre habilidad de Charlie Chan.

—No sea modesto —replicó Ward—. Debemos conseguir alguna pista. Quizá logre usted lo que yo deseo, pero, tanto si lo consigue como si no, deseo que se considere no cómo un investigador, sino como mi más apreciado huésped. —Frente a Ward veíanse dos cajas iguales en todo menos en el color; una era amarilla y la otra roja. El millonario abrió la más próxima y la acercó a Chan—. ¿Quiere un cigarrillo, antes de cenar? —invitó. Charlie negó con la cabeza. Dudley Ward cogió uno para él

y, encendiéndolo, se puso en pie—. Es bonita esta habitación, ¿verdad? —dijo.

—Contestación no es necesaria —replicó Chan.

Miró a su alrededor, reflexionando que alguna mujer debía de haber intervenido en la decoración de la estancia. Alegres cretonas adornaban las ventanas; las pantallas de las diversas lámparas eran de hermosa seda y la alfombra gruesa y suave.

—Puede usted usarla como si fuese suya —dijo el millonario—. Cualquier trabajo que tenga..., cartas o cosas por el estilo, hágalo aquí. Ahora podemos bajar al salón, ¿no? —Charlie notó que las manos del millonario temblaban ligeramente y que algunas gotas de sudor perlaban su frente—. Una comida terriblemente importante para mí —añadió Ward, y el policía notó que también la voz de su huésped temblaba.

Sin embargo, cuando llegaron al salón y se reunieron con el grupo de invitados que se calentaban junto al fuego, el millonario había recuperado el dominio de sí mismo y volvía a ser el hombre de siempre, amable y sonriente. Guió a sus cuatro huéspedes hasta el comedor y les indicó los respectivos asientos.

La enorme estancia y la bien puesta mesa, resplandeciente con los cubiertos de plata, hablaban elocuentemente del prestigio de la familia Ward. Desde la época de la colonización, su nombre había sido respetado y querido en la comarca. El primer Dudley Ward llegó con los primeros buscadores de oro y fue actor en aquella gran aventura de la cual se dijo: «Los cobardes no la emprendían y los débiles morían por el camino». El último representante de la familia no era ya un aventurero que fiaba la vida a la rapidez con que sacaba sus revólveres, sino todo un aristócrata.

Al principio, la comida transcurrió en medio de un casi total silencio. Indudablemente el millonario no estaba aún dispuesto a enterar a sus invitados del motivo por el cual les había llamado. En un momento en que Ah Sing pasaba junto a Charlie Chan, éste le dijo unas palabras en cantonés y el servidor contestó brevemente en el mismo dialecto.

—Pido humildemente perdón —Charlie se inclinó ante su huésped—. He tomado libertad de hacer pregunta a Ah Sing de años que tiene. Contestación no ha sido muy clara.

Ward sonrió.

—No creo que él mismo sepa su edad. Supongo que estará cerca de los ochenta... Una vida muy larga y la mayor parte de ella dedicada a nuestro servicio. Ya sé que no es costumbre hablar de las cualidades de los criados, pero Ah Sing hace muchísimos años que dejó de serlo, para convertirse en uno más de la familia.

—He oído con orgullo grande hablar de famosa lealtad de criados chinos en este estado.

De pronto Ryder intervino en la conversación.

—Todo cuanto han podido decirle es la pura verdad —dijo. Volvióse hacia Ward y continuó—: Me acuerdo de cuando éramos pequeños, Dudley. ¡Dios santo! ¡Qué bueno era para nosotros Ah Sing en aquellos días! La de golosinas que nos preparaba, eso sí, siempre gruñendo. ¡Y qué tazas de arroz con carne! A veces aún sueño con

ellas. Entonces hacía ya un sinfín de años que estaba a vuestro servicio.

—Mi abuelo lo encontró en Nevada —replicó Ward—. Me acuerdo del día que yo cumplí tres años. Aquel día Ah Sing hizo de cocinero. A pesar de ser entonces tan pequeño, recuerdo que el jardín, donde se sirvió la comida, estaba lleno de abejas atraídas, sin duda, por los exquisitos guisos de Ah Sing. Nuestro criado, entonces un hombre joven, llegaba muy erguido, con un magnífico pastel en las manos. De pronto una abeja le picó y él dejó caer el pastel, lanzando un chillido. Miró a mi madre y se lamentó: «Abejas pical muy fuerte». Si alguna vez me decidiese a escribir mis memorias, empezaría por este detalle, mi primer recuerdo.

—Lamento haberme perdido esa fiesta —dijo Ryder—. Se celebró un par de años demasiado pronto. Pero recuerdo otra en la cocina de Ah Sing. ¡Qué gran amigo era para nosotros!

El rostro de Ward se ensombreció.

—Ya no quedan criados como él —murmuró—. Debería levantársele una estatua en el parque de la Puerta de Oro, o por lo menos, una placa que perpetuase la memoria de los mejores amigos que han tenido los californianos.

En aquel momento entró Ah Sing y cesó la conversación. Siguió un largo silencio. Romano y Swan estaban impacientes. Parecía que deseaban conocer el motivo de su presencia allí. Desde el interrumpido brindis del italiano no se había vuelto a mencionar el nombre de Ellen Ladona. Romano estaba rojo y jugueteaba nerviosamente con los cubiertos. Swan también daba evidentes señales de inquietud.

A continuación se sirvió el café y, enseguida, una bandeja con unas botellas de cristal tallado fue colocada frente a Dudley Ward.

—Aquí tengo un poco de Benedictine, crema de menta, aguardiente de manzana y vino de Jerez. Todo de antes de la Prohibición, de manera que, tomándolo, no infringen la Ley. ¿Qué prefieren? Un momento... ¡Sing! ¿Dónde diablos estará ese hombre? —Pulsó el timbre y el viejo chino entró presuroso en el comedor—. Ah Sing, sirve a los señores el licor que prefieran. Y ahora...

Se interrumpió. Todos le miraron expectantes.

—Ahora, caballeros, supongo que se preguntarán por qué les he pedido a ustedes que vengan aquí. También les extrañará ver al inspector Chan, de la Policía de Honolulu. Sé que les he tenido en una intolerable espera. Quizá he hecho mal, pero les ruego que me perdonen. Se trata de algo que yo creí no tener recordar nunca más..., mi vida con Ellen Ladona.

Retiró la silla de la mesa y cruzó las piernas.

—¿Te has acordado de los cigarros, Sing? Sí, veo que los has traído. Caballeros, sírvanse ustedes mismos. Bien... pues, hace unos veinte años, me casé en San Francisco con Ellen Ladona. Acababa de llegar a la ciudad y era una muchachita de dieciocho abriles, con una voz deliciosa. Pero tenía algo más que la voz, tenía una vivacidad y una belleza... mágicas. Claro que decirles a ustedes esto es una tontería, pues todos lo saben. Bien, el caso es que la vi en un recital que dio y me enamoré de

ella. Nuestras relaciones fueron muy cortas. Nos casamos y fuimos a París a pasar la luna de miel.

»Nunca olvidaré aquel año pasado en París. Entonces Ellen era una chiquilla encantadora. Estudió con el mejor maestro de Europa y lo que éste le decía de su voz Ja hacía enormemente feliz, y a mí también, por lo tanto.

»De una manera gradual me di cuenta que aquel año de felicidad había destruido todos mis sueños de un hogar tranquilo y alegrado por los hijos. La vida doméstica era imposible para nosotros. Ellen deseaba ser una gran soprano y yo me vi convertido en el marido de una cantante, llevando un perrito por todo Europa, esperando en las puertas de los teatros y viviendo para siempre la vida de los artistas. El panorama no me atraía, y se lo dije a ella francamente.

»Quizá no me puse en razón. Quiero ser justo con Ellen. En aquellos días, los hombres no éramos muy complacientes con las aptitudes artísticas de nuestras mujeres. En fin, lo cierto es que desde aquel momento empezaron las desavenencias y las peleas. Me la llevé a San Francisco, pero al llegar a casa me di cuenta de que nunca se amoldaría a la tranquila vida que yo deseaba ofrecerle.

Ward permaneció callado unos instantes.

—Les ruego que me perdonen por aburrirles con este relato de mi vida privada. Siguiendo con lo que les decía, debo añadir que nuestras peleas se hicieron cada día más agrias y que al fin, llegamos a la horrible situación de odiarnos mutuamente. Un día del mes de junio, en esta misma habitación, las cosas llegaron al límite y Ellen abandonó mi casa. Nunca volvió.

»Me negué a divorciarme de ella, pero cuando, un año más tarde, pidió el divorcio por abandono, ya no me opuse. La amaba aún, pero, comprendiendo que lo pasado no podía resucitar, decidí olvidar aquel episodio de mi vida.

Se volvió hacia el médico.

—Doctor Swan, ¿no quiere beber un poco más de coñac? Sírvanse, por favor. Ustedes, señores, se estarán preguntando el motivo de mi relato, pero es que hay algo más, algo que he descubierto hace diez días.

»Alguien que tiene motivos para estar bien enterado, me ha dicho que cuando Ladona abandonó mi casa, se llevó un secreto que no creyó prudente revelarme. A los siete meses de su partida, dio a luz a un niño en una clínica de Nueva York. Un muchacho, hijo de ella y mío.

Durante unos segundos permaneció callado. Todos los hombres que le escuchaban le miraban entre apiadados y desconcertados.

—Con razón o sin ella, Filen me odiaba; quizá con motivos sobrados, quiero ser justo. Y me odiaba tanto, que decidió privarme de la alegría de saberme padre. Acaso me lo ocultó por temor a que aquello destruyese totalmente su carrera teatral. Fue muy cruel.

—Siempre lo ha sido —dijo bruscamente Ryder, al mismo tiempo que apoyaba una mano en el brazo de Ward.

—Ese hijo nuestro —continuó el millonario—, se lo cedió a unos amigos suyos. Desde luego, no se trataba de una adopción legal. Pero lo cierto es que consintió en que se lo quedaran para siempre, permitió que creciese con otro nombre y prometió no verle nunca. Ella podía hacer eso; su carrera era ante todo.

»Aquí, señores, termina mi historia. Ustedes se darán cuenta de mi situación. No soy tan joven como hace veinte años. Mis hermanos murieron sin descendencia. En algún lugar de este mundo, si la historia es cierta y el muchacho vive, tengo un hijo de unos dieciocho años. Todo esto es suyo. Deseo encontrarle. —La voz de Ward se hizo más fuerte—. ¡Es necesario que lo encuentre! Por lo que se refiere a Ladona, lo pasado, pasado está. No la odio, pero quiero mi hijo.

»Por eso —continuó en voz más baja— envié a buscar al inspector Chan. Deseo que haga todo lo humanamente posible por encontrar a mi hijo.

—¿Quién te explicó todo eso? —inquirió Ryder.

—Se trata de algo muy interesante —replicó Ward—. La vuelta de Ellen a esta parte del mundo, fue lo que trajo, indirectamente, este descubrimiento. Según parece, hace años, Ellen fue a Nevada a divorciarse de... del doctor Swan. En aquellos momentos estaba interesada por... Usted me perdonará, ¿verdad, doctor...?

Swan sonrió.

—No tiene importancia —replicó—. Todos hemos sido víctimas de esa mujer y podemos hablar con entera franqueza. Ellen quería divorciarse de mí porque estaba enamorada... o creía estarlo, de mi chofer, un muchacho muy guapo llamado Michael Ireland. Luché para impedir el divorcio, pero no obstante lo consiguió. Pero a quien no consiguió fue a Michael. Esa ha sido una de sus pocas derrotas. El día antes del divorcio, el joven Michael se escapó con la camarera de Ellen, una muchacha francesa llamada Cecile. La camarera venció a la señora. Michael y su mujer viven aún en Reno. Él trabaja como piloto en una compañía de transportes aéreos.

—Ese mismo —asintió Ward—. Pues bien, cuando llegué aquí hace dos semanas, puse un anuncio, solicitando una camarera y una cocinera. Inmediatamente recibí la visita de Cecile, ofreciéndose para el cargo. Según parece, el matrimonio no anda muy sobrado de dinero y la mujer se decidió a servir hace algún tiempo. Desde luego, estaba enterada de mis relaciones con Ellen Ladona, pero durante algunos días se calló. Al parecer, Ellen, durante su estancia en Reno, se dedica de lleno a la aviación y su piloto favorito es Michael Ireland. Cecile es muy celosa y ese es, sin duda, el motivo de que me haya revelado la historia de mi hijo.

»Según me ha dicho, entró al servicio de Ellen antes de que naciese el niño y juró a su ama silencio eterno acerca del particular.

Ryder movió la cabeza.

—Me parece que todo eso es la invención de una mujer celosa —dijo—. Lo siento, Dudley, pero creo que te haces demasiadas ilusiones. No hay ninguna prueba material.

Ward asintió.

—Ya lo sé. Sin embargo, la mujer, al contármelo, no parecía mentir. Además, recuerdo ciertos detalles y palabras pronunciadas por Ellen en los últimos días pasados conmigo, que me hacen creer en la posibilidad de que la historia sea cierta. Mi deseo es, por lo tanto, saber la verdad.

—¿Has interrogado a Ladona? —preguntó el doctor Swan.

—No —replicó Ward—. En la excitación del primer momento, telefoneé al hotel donde se hospeda, pero antes de que consiguiera comunicar con ella, tuve el suficiente sentido común para colgar el teléfono. El señor Chan podrá visitarla más adelante, si lo cree conveniente. Sin embargo, no creo que se consiga nada por este sistema. La conozco bien.

»No, señores, no es por ella, sino por ustedes por donde quiero empezar la caza. Ustedes, lo mismo que yo, han estado casados con Ellen. Desde luego, no creo que les haya notificado la existencia de ese niño; sin embargo, es muy posible que alguna vez se le haya escapado alguna palabra que pudiera servir de guía. Un telegrama abierto sin querer, una llamada telefónica intervenida, un encuentro casual... Por cualquier detalle, alguno de ustedes ha podido enterarse del secreto. No pido a nadie que sea desleal a la palabra dada, pero debo recordarles que Ellen me engañó terriblemente y que la más elemental piedad ordena que se me saque de este estado de inquietud. Ningún mal ha de ocurrirle a Ladona ni al niño; al contrario, a éste sólo le esperan beneficios. Por favor, se lo ruego, díganme lo que sepan... debo saberlo todo... todo.

Ward pronunció las últimas palabras casi gritando, y su mirada recorrió anhelante la mesa. John Ryder fue el primero en hablar.

—Dudley —dijo—, nadie como yo desearía ayudarte, si pudiese. No quiero poner en tela de juicio los sentimientos de Ellen Ladona. Como sabes, mi vida con ella fue muy breve y nuestra separación me causó una gran alegría. Durante el tiempo que vivimos juntos no me enteré de nada de lo que has dicho. Esta es la primera vez que oigo hablar de ello. Siento infinito no poder ayudarte.

Ward movió la cabeza.

—Ya temía esto. —Miró a Swan y a Romano y su expresión cambió—. Antes de seguir adelante —dijo—, quiero que sepan, sin que ello implique ofensa alguna, que estoy dispuesto a pagar principescamente cualquier informe que se me dé. Usted, doctor Swan, estuvo casado con Ladona durante varios años...

Swan frunció el ceño. Jugeteó con su taza de café. Después quitóse los lentes y los guardó en un estuche que sacó de un bolsillo.

—Ladona —empezó—, no significa nada para mí, a pesar del hechizo que, según dije antes, sentí al volver a verla en Tavern. No es muy agradable ser pospuesto por un chofer. —Por su rostro, habitualmente bondadoso y sereno, pasó una sombra de intenso odio—. No deseo proteger a esa mujer... pero siento decir que lo que usted acaba de comunicarnos, señor Ward, es totalmente nuevo para mí.

El millonario parecía muy abatido cuando se volvió hacia Romano. El director de

orquesta se frotó nerviosamente las manos y dijo:

—La cantidad... la cantidad que usted piense pagar, la dejo por completo a su decisión señor Ward. Confío en su fama de caballero.

—Me parece que puede usted confiar tranquilamente —replicó Dudley Ward.

—Ladona es todavía mi mujer... Pero ¿qué significa eso? En Nueva York, donde convinimos los detalles del divorcio, Ellen prometió pasarme una cantidad si no me oponía a nuestra separación. ¿Ha entregado algún dinero? ¡No! Y yo debo vivir, ¿no es cierto? Hubo un tiempo en que tenía mi carrera, pero la abandoné por ella, por hacerla triunfar. Destrozó mi vida y ahora me echa a un lado como a un objeto inútil. —Romano golpeó con furia la mesa y sus ojos brillaron extrañamente.

—Iba usted a decirme... —empezó Ward.

—Se trata de un telegrama abierto por equivocación. Su contenido me pareció extraño y decidí interrogar a Ellen. Me dijo muy poco, pero fue lo suficiente para que me enterase de que tenía un hijo. No me acuerdo de la firma que llevaba el telegrama.

—Pero... ¿y la ciudad donde fue impuesto? —preguntó, ansioso, Ward.

Romano le miró con la anhelante expresión del hombre que necesita dinero con tanto apremio que no vacilaría en mentir para conseguirlo.

—No recuerdo el nombre de la ciudad —dijo—. Pero pensaré... trataré de recordar y, al fin, lo conseguiré, estoy seguro.

Ward miró desesperado a Charlie Chan y lanzó un suspiro. En aquel momento oyóse el batir de una puerta y luego, el ladrido de un perro.

Los cuatro invitados de Dudley Ward levantaron la cabeza como si aquel ladrido presagiase alguna tragedia. Sing entró en el comedor sin hacer el menor ruido e, inclinándose al oído de su señor, le dijo algo en voz baja. Ward movió afirmativamente la cabeza y dio una orden. Después, con una irónica sonrisa, se puso en pie.

—Señores —dijo—, espero que no se disgustarán por mi particular sentido del humor. He obrado impulsivamente... y quizá haya hecho mal. La idea se me ocurrió en cuanto el doctor Swan habló de su encuentro en el hotel de Tavern. Allí estaba la persona que falta en nuestra reunión. Y como estaba tan cerca...

—¡Ladona! —exclamó Ryder— ¿Has invitado a Ladona?

—Sí, la he llamado por teléfono.

—No quiero verla —protestó Ryder—. Hace años juré que nunca más volvería a verla...

—Vamos, John —dijo Ward—. No seas anticuado. Ladona tomará esto como una gracia... no le he dicho quienes estaban conmigo, pero sé que no le importará. El doctor Swan ya la ha visto. El señor Romano supongo que no pondrá ningún inconveniente...

—¿Yo? —exclamó Romano— ¡Estoy deseando hablar con ella!

—Vamos, John, decídete —instó Ward.

Ryder tenía la mirada fija en la mesa.

—Está bien —asintió, al fin.

Dudley Ward sonrió.

—Señores —dijo—. ¿Vamos a reunirnos con la dama, en el salón?

CAPITULO III

La caída de la flor

Pero cuando llegaron al salón, la dama no estaba allí. Dos hombres se calentaban ante la chimenea. Uno era un hombrecillo carilleno y sanguíneo; el otro un pálido joven de cabello negro y rizado, de rostro enfermizo, pero atractivo. El más viejo de los dos avanzó hacia los recién llegados.

—¡Hola, Dudley! —dijo—. Esto recuerda los tiempos pasados, ¿no? Ellen otra vez en casa y... ¡ejem!... y...

—Hola, Jim —replicó Ward, al inacabado saludo del hombre. Lo presentó a sus invitados como Jim Dinsdale, gerente del hotel de Tavern. Cuando hubo terminado, el hotelero se volvió hacia el joven que le acompañaba.

—Les presento al señor Hugh Beaton —dijo—. Ellen y la hermana del señor Beaton han ido arriba a dejar los abrigos y...

Romano se precipitó hacia el joven y le estrechó calurosamente las manos.

—¡Ah, señor Beaton! —exclamó—. No sabe usted cuánto deseaba verle. ¡Tengo tantas cosas que decirle!

—¿De veras? —replicó un poco atemorizado el joven.

—De veras, de veras. Va usted a cargar con una gran responsabilidad. Usted, que pertenece al arte musical, no ignora que el talento, el genio de Ellen Ladona, es algo que hay que guardar y estimular. Esta es su obligación en nombre del Arte. ¿Qué tal se porta Ellen con los dulces?

—¿Los dulces? —tartamudeó el muchacho.

—Sí, los dulces. Se volvía loca por ellos. Y es muy importante que no los pruebe. No es empresa fácil, pero hay que emprenderla con entereza. De lo contrario... engordará. ¿Y los cigarrillos? ¿Cuántos cigarrillos le permite fumar cada día?

—¿Qué cuántos cigarrillos le dejo fumar? —Beaton miraba a Romano como si se encontrara ante un loco—. Pues... verá, eso no es asunto mío.

Romano levantó las manos al cielo.

—¡Ah! Lo que me temía. Es usted demasiado joven para comprender. Demasiado joven para esa abrumadora empresa. ¿Dice que no es asunto suyo? Entonces, amigo

mío, Ellen está perdida. Teniendo libertad para fumar cuanto quiera, convertirá su voz en humo. Su carrera quedará destruida para siempre...

Le interrumpió un ruido que sonó en la escalera. Ellen Ladona empezaba a bajar. La amplia escalinata que ocupaba un extremo del salón le ofreció una magnífica entrada en escena. Para no restar ningún efecto a su aparición, hizo que su compañera la siguiese a poca distancia, con lo cual el escenario era todo para ella y la, en un tiempo, joven, cándida y encantadora Ladona, descendió lentamente los peldaños. La gran belleza de la cantante estaba bastante ajada. Los cabellos, antes morenos, eran rubios ahora para encubrir la implacable huella de los años; de la inocencia no quedaba el más leve rastro.

Llevaba en los brazos un pequeño terrier que parecía tener lo menos cien años. El animalito miraba a todos con ojos cansados. Dudley Ward fue a recibirla al pie de la escalera; Ladona le vio y sólo a él se dirigió.

—¡Bienvenida seas a casa, Ellen! —dijo el millonario.

—¡Dudley! —exclamó la soprano— ¡Mi querido Dudley! ¡Cuántos años sin verte! Pero... —levantó el *terrier*— el pobre *Trouble*.

—¿*Trouble*? —repitió, asombrado, Ward.

—Sí, se llama así. ¡Ah! Claro, tú no lo comprendes. Es el nombre del niño de *madame Butterfly*. Es mi nene, mi nenito querido. El pobre tiene mucho frío, muchísimo. No debí traerle. ¿Dónde está Sing? Llama enseguida a Sing. —En aquel momento el servidor apareció en lo alto de la escalera. Al verle, Ladona le ordenó—: ¡Oh, Sing! Corre, lleva a *Trouble* a la cocina y dale un poco de leche caliente. Oblígale a tomarla.

—Llego coliendo —replicó, molesto, el servidor.

Ladona le siguió, haciéndole infinitas recomendaciones. Una joven que vestía un lindo traje de noche bajó sin ninguna ostentación la escalera, Ward la saludó, e inmediatamente volvióse hacia los demás, para decir:

—Les presento a la señorita Leslie Beaton...

Pero ya Ladona había regresado, deseosa de acaparar la atención de todos.

—¡El buen viejo Sing! —exclamó—. Es el mismo de siempre. No sabes las veces que me he acordado de él. Siempre era... —se interrumpió bruscamente y su mirada recorrió el grupo de hombres.

Dudley Ward, sonriendo, le dijo:

—Supongo, Ellen, que conoces a todos estos caballeros.

La actriz permaneció callada unos instantes, y, al clavar la vista en Charlie Chan, murmuró:

—No, a todos no.

—¡Oh! Es verdad. Perdóname. Te presento al inspector Charlie Chan, de la Policía de Honolulu. Está de vacaciones.

Charlie avanzó hacia la artista y se inclinó ante ella.

—He oído hablar mucho de usted, señor Chan —dijo Ellen Ladona.

—En historia de familia está marcado con lápiz rojo día que Charlie Chan pudo escuchar en teatro maravillosa voz de famosa señorita. Tuve dificultad grande en poder escuchar.

—¿Gran dificultad?

—Sí, quizá usted tenga recuerdo. Fue noche que usted hizo detención en ciudad natal, Honolulu. En Royal Hawaiian Opera House usted dio recital maravilloso, pero en hermoso teatro acababan de hacer colocación de nuevo techo de zinc y lluvia hacía ruido molesto.

La gran Ladona dio una palmada y se echó a reír.

—¡Fue una noche que llovió mucho! —exclamó— ¡Ya lo creo que me acuerdo! El vapor salía a media noche. ¡Qué concierto! No lo olvidaré nunca. Pero de eso hace muchos años.

—Charlie Chan tuvo asombro grande de mucha juventud de usted —replicó el policía.

La actriz le dirigió una encantadora sonrisa.

—Algún día cantaré para usted, y será un día en que no llueva.



—Algún día cantaré para usted.

Recobrada ya la serenidad, dueña de sí, Ellen Ladona se volvió hacia el extraño grupo que formaban los invitados de Dudley Ward.

—Bien, bien —murmuró—. ¡Es maravilloso! Todos reunidos aquí. John, tan fuerte como siempre... Frederic... echo de menos en tu frente el reflector que utilizas para examinar la garganta de tus pacientes. Creí que nunca te lo quitabas. Y tú también, Luis... Jamás hubiese imaginado encontrarte aquí...

El señor Romano, con su habitual precipitación, dio un paso hacia delante.

—Ya lo supongo. ¿Te acuerdas de un convenio que establecimos en Nueva York...?

—¡Luis... no hablemos de eso aquí! —y la cantante golpeó furiosa el suelo.

—No, claro, aquí no. Pero pronto hablaremos en otro sitio. ¡Fíjate en tus zapatos!

—¿Qué les pasa a mis zapatos?

—¡Que están mojados! ¡Empapados de agua! —Se volvió hacia el joven Beaton — ¿Es que no hay chanclos de goma en el mundo? ¿Se han terminado ya? ¡Valiente

futuro marido que no entiende lo más mínimo cuáles son sus obligaciones! ¡Le ha permitido andar por la nieve con zapatos de noche!

—¡Haz el favor, Luís! —exclamó Ladona—. Siempre estás tan pesado. Eres peor que una enfermera. ¿Crees tú que todavía necesito niñera? —Avanzó hacia Hugh, que retrocedió un poco y continuó—: A Hugh le interesa más el romanticismo que todas esas tonterías de la humedad de los pies. ¿Verdad?

Su mano acarició teatralmente la negra cabellera del joven. Dudley Ward apartó la vista de la pareja, y, en el rostro de la hermana de Hugh advirtió tal expresión de disgusto, que decidió distraer la atención de la joven.

—¿Es la primera vez que viene al Oeste, señorita Beaton? —preguntó.

—Sí, es mi primera visita. Me gusta mucho todo, excepto...

—Excepto Reno, ¿verdad?

—Sí, Reno no me gusta. Después de haber estado en esa población, el romanticismo es cosa muerta. ¿No le parece?

—Es una lástima que piense usted así —contestó Ward. Miraba asombrado a la muchacha. Esta era mucho más atractiva que su hermano, pero en sus grises ojos aparecía una extraña expresión; los labios que deberían estar siempre riendo, aparecían apretados en un gesto de cansancio.

—Dudley, es delicioso volver a estar aquí. —Ladona no quería que se la olvidase ni un minuto—. Te agradezco mucho que me hayas invitado. Pero te advierto que si no llegas a hacerlo, me presento sin ninguna invitación.

—Hubiera sido un verdadero placer para mí —replicó Ward.

—Y una sorpresa —rió Ellen—, porque me hubiese dejado caer, en el sentido literal de la palabra, en tu casa. He volado varias veces sobre este lugar y desde el avión me he dado cuenta del aeródromo que tienes detrás de la casa.

—¡Ah, sí! —asintió Ward—. Muchos amigos míos tienen aeroplano y a mí también me gusta volar de cuando en cuando.

—Mi piloto —siguió Ladona—, me decía que podíamos aterrizar cuando quisiésemos. Pero nunca me pareció oportuno. Unas veces era demasiado temprano, otras, demasiado tarde o teníamos prisa por volver.

—Ya he oído decir que te dedicas a la aviación —intervino el doctor Swan, con cierta malicia.

—¡Oh, me encanta! ¡Es lo más maravilloso del mundo! ¡Es la verdadera vida! Y sobre todo aquí, que hay que cruzar sobre esas montañas cubiertas de nieve y esos maravillosos lagos. Además, he encontrado un piloto magnífico...

—También me lo han dicho —replicó el doctor Swan—. Pero, si no me equivoco, a ese piloto le conociste hace algunos años.

Ladona se dirigió rápidamente hacia John Ryder, que estaba tan apartado de los demás como podía.

—John —dijo—. Estoy muy contenta de volverte a ver. Tienes muy buen aspecto.

—Por desgracia, mi aspecto es mejor que mi estado —replicó Ryder. Y añadió—:

Dudley, perdóname, pero debo retirarme. Buenas noches. —Saludó con la cabeza a los circunstantes y se dirigió a su habitación.

Ellen Ladona se encogió de hombros y echóse a reír.

—¡Pobre John! —dijo—. Siempre se toma la vida demasiado en serio. ¿Qué se gana con eso? Pero es aquello de que «genio y figura, hasta la sepultura».

—Ellen —la interrumpió Dudley Ward—. ¿Te gustaría volver a visitar esta casa?

—¡Muchísimo! —exclamó la actriz—. No puedes figurarte los deseos que tenía de verme otra vez aquí.

Dudley Ward la miró desconcertado. A su memoria volvieron los recuerdos de los días de su matrimonio. Las ganas de abandonar aquella misma casa fueron una de las causas de la separación.

—Entonces, quizá te gustaría recorrerla —dijo—. Hay algunos cambios que me gustaría mostrarte. Si mis invitados me permiten abandonarlos unos instantes...

Oyóse un cortés murmullo de asentimiento y Dinsdale levantó su copa, diciendo:

—Esos cócteles tuyos, Dudley, lo excusan todo.

—Muchas gracias —sonrió Ward—. Ellen, quiero que veas el viejo estudio. Lo he hecho decorar por un famoso artista que, seguramente lo habrá dejado peor que estaba. Sin embargo, como estando tramitándose tu divorcio, no puedes ni debes dar ningún escándalo, es necesario que nos acompañe alguien. Señor Chan, ¿tendría usted inconveniente en venir con nosotros?

—Con gusto grande —sonrió Charlie—. Todos saben que policía siempre está cerca cuando no hace necesidad.

Ellen Ladona rió como los demás, pero en sus azules ojos se notaba cierto desconcierto.

Dinsdale acercóse a ella con el reloj en la mano.

—Recuerda, Ellen, que debes marcharte pronto si quieres llegar a Reno antes de las doce de la noche. Ya sabes que si te presentas allí más tarde, podrías perder el divorcio. No se permite una ausencia de más de veintitrés horas.

—¿Qué hora es, Jim?

—Las diez menos veinticinco.

—Saldré de aquí a las diez, para llegar a Reno antes de las once.

Dinsdale movió la cabeza.

—No podrá ser —dijo—. Las carreteras están muy mal.

Ellen se echó a reír.

—Será porque no iré por carretera.

—¿Qué quieres decir, Ellen? —preguntó el joven Hugh, levantando la cabeza.

La actriz le dirigió una amorosa mirada.

—No seas mala persona —pidió, mimosa—. Tú y Leslie volveréis en auto desde Tavern. Es un coche malísimo y cuanto más anchos vayáis, mejor. Cuando Dudley me telefoneó tuve una inspiración y entonces llamé a Reno, pidiendo mi aeroplano favorito. A las diez de la noche aterrizará en el aeródromo. ¿No te parece maravilloso

un vuelo nocturno? ¡Y con esa luna tan magnífica! ¡Me estremezco sólo al pensar en el placer que voy a sentir! —Se volvió hacia Ward—. Michael me dijo que tenías luces en el aeródromo. ¿Es verdad?

Ward asintió.

—Sí, ordenaré que las enciendan. Todo está en orden... Has tenido una gran idea... es decir, tus ideas siempre fueron grandes.

Romano, que estuvo hablando con el joven Beaton, se puso en pie, anunciando:

—Voy a ir a mi cuarto para hacerle una lista de las cosas que Ellen debe hacer y de las que no debe hacer. Le será muy útil...

—No se moleste —protestó Beaton.

—Es mi deber —replicó firmemente Romano.

Ward se hizo a un lado y dejó que sus invitados le precedieran. Romano subía al lado de Ellen Ladona. En cuanto llegaron al piso superior, le dijo:

—¿Dónde está mi dinero?

—No lo sé, Luis... ¿No te lo han enviado?

—Sabes perfectamente que no me lo han enviado. ¿Cómo voy a vivir?

—Pero, Luis... Mis ingresos no han sido normales durante estos últimos tiempos... Por favor, no me hables de eso ahora.

—Creo, señor Romano, que debe hacer lo que le pide la señora Ladona —intervino Ward—. Me parece que esa es su habitación —dijo, señalando una puerta.

—Como usted quiera —replicó Romano, encogiéndose de hombros—. Pero Ellen y yo no hemos terminado aún. Tenemos que discutir bastante, todavía.

Metióse en su cuarto y los otros tres se dirigieron al estudio. Ward encendió las luces y Ladona se dejó caer en una butaca, junto al escritorio. El millonario y el policía notaron que toda la vivacidad de la mujer había desaparecido. En aquel momento su rostro aparecía demacrado y sombrío. ¡También, a veces, Ellen Ladona perdía el humor! ¡No siempre se está alegre!

—¡Bestia inmundada! —exclamó—. ¡Le odio! Ya has visto, Dudley, lo que es mi vida. Un torbellino de locuras y excitación. ¡Estoy cansada, muy cansada! Si por lo menos pudiera encontrar paz, algún reposo...

Charlie Chan advirtió que el rostro de Ward reflejaba profunda piedad y ternura cuando contestó:

—Lo comprendo, Ellen; pero la paz no es para ti. Necesitas ruido, emociones, que la trompeta de la Fama lance tu nombre a los cuatro vientos. No podrías vivir en un retiro tranquilo y apacible. —El millonario cogió una de las cajas que había sobre la mesa y se la tendió a la actriz—. ¿Quieres un cigarrillo? ¿O prefieres esta otra marca? —y le tendió la caja gemela.

Ladona cogió un cigarrillo de la última y lo encendió.

—Dudley —dijo—, al venir hacia aquí me he acordado de mi juventud y me he emocionado mucho...

Mientras hablaba miraba significativamente a Charlie Chan.

Una súbita dureza se reflejó en los ojos de Dudley Ward.

—Lo siento —dijo—, pero el señor Chan debe permanecer aquí. Hace un momento me preguntaba por qué habías aceptado mi invitación. Ahora lo comprendo... fue por lo del aeroplano. Por lo espectacular del viaje. ¿Se te ha ocurrido preguntarte para qué te he llamado?

—Como al fin y al cabo hubo un tiempo en que me amaste, creí que te gustaría volverme a ver. Cuando vi a John, Frederic y Luis, me desconcerté un poco...

—Naturalmente. Te invité, Ellen, porque quería que te dieces cuenta de que estaba en contacto con tus distintos maridos. Quería, también, que vieses al señor Charlie Chan que, como ya sabes, es un famoso policía. El inspector Chan y yo, hemos empezado esta noche una investigación que lo mismo puede llevarnos muchas semanas que terminar aquí, ahora mismo, si tú quieres, porque eres tú, Ellen, quien tiene la palabra. Yo no siento hacia ti ningún rencor ni odio. He tenido mucho tiempo para reflexionar sobre nuestro pasado... Seguramente nuestra unión fue un error desde el principio, y si te he llamado a Pineview, ha sido sólo para preguntarte: ¿Dónde está mi hijo?

Charlie Chan, que observaba atentamente a la mujer, decidió que o bien era una gran actriz, o una criatura calumniadísima.

—¿Qué hijo? —preguntó.

Ward se encogió de hombros.

—Bien —dijo—, no sigamos.

—¡Oh, sí! Debemos seguir —replicó Ellen Ladona—. ¡Dudley... no seas loco! Alguien te ha llenado la cabeza de mentiras. ¿No sabes que durante muchos años han circulado los mayores embustes respecto a mí? Sé que lo merezco y no me quejo. Pero si te han dicho algo que puede precipitarte en una busca inútil, quisiera evitarlo. Si quieres decirme tan sólo...

—¿Para qué? —replicó Ward— ¿De qué serviría?

—Si te lo tomas así —replicó la mujer—, no conseguiremos nada. —Su serenidad era sorprendente—. A propósito —continuó—. ¿No sería mejor que encendieras las luces del aeródromo? Además, necesitaré una mantita para *Trouble*. Me lo llevaré conmigo. La manta te la devolveré por paquete postal.

—Perfectamente —asintió Ward—. Ordenaré que te den la manta y luego iré a encender esas luces. —Dirigióse hacia la puerta—. Sing —llamó, y después—, Sing, dile a Cecile que venga.

—¡Cecile! —exclamó Ellen Ladona.

—Sí —contestó Ward—. Una antigua doncella tuya, según tengo entendido. La esposa de tu admirado piloto. ¿No sabías que estaba aquí?

Ladona encendió otro cigarrillo.

—No, no lo sabía; pero debí suponerlo durante estos últimos minutos. Es una embustera empedernida, Dudley. Embustera y mala. No sé que fantasía te habrá explicado, pero, sea lo que sea, es mentira...

—¿Qué te hace creer que ha sido ella quien me lo ha dicho?

—Acabo de descubrir que se ha dicho una mentira en esta casa, Dudley, y ahora me dices que Cecile está aquí. Por lo tanto, es lógico que yo suponga que ha sido ella la autora del embuste.

—¿Me llamaba el señor? —La francesa que apareció en la puerta del estudio representaba unos treinta años. Tenía los ojos muy hermosos, pero el rostro mostraba evidentes huellas impresas en él por el sufrimiento. Durante unos instantes miró fijamente a Ladona—. ¡Ah, señora! —murmuró.

—¿Cómo estás, Cecile? —preguntó la actriz.

—Muy bien, señora, muchas gracias. —Volvióse hacia Ward y le miró interrogadoramente.

—Cecile —dijo el millonario—, tenga la bondad de buscar una mantita y entréguesela a la señora Ladona. Una manta cualquiera, ¿sabe? Es para envolver un perro.

—¿Un perro? —La criada entornó los ojos. Hubo un momento de silencio. Hasta la habitación llegó débilmente el zumbido del motor de un aeroplano. Ward abrió las puertas del balcón, cuyo suelo lo formaba el techo de la galería. Los demás le siguieron, y, a la plateada luz de la luna, pudieron ver el avión que se acercaba.

—¡Ya comprendo! —exclamó Cecile— ¡Ya comprendo! La señora vuelve en avión a Reno.

—¿Es acaso asunto tuyo? —preguntó fríamente la actriz.

—Da la casualidad de que sí lo es —replicó la mujer.

—¿Tiene usted la bondad de traer la manta? —pidió Ward.

Sin añadir ni una palabra más, la francesa salió de la habitación. Ward miró su reloj.

—Tu piloto se ha adelantado —dijo—. Corro a encender esas luces.

—Dudley —suplicó Ellen—. Te pido por favor...

—Luego, cuando haya aterrizado el aeroplano, hablaremos...

El millonario salió apresuradamente. Entonces la actriz se volvió hacia Charlie Chan y le dijo:

—¿Sabe usted dónde está la habitación del señor Ryder?

Charlie se inclinó.

—Sí, señora.

—Entonces, haga el favor de ir a verle y dígame que venga enseguida, que tengo que hablar con él. ¡Se trata de un asunto de vida o muerte!

Ladona casi empujó al detective fuera del estudio. El chino dirigióse a la habitación de John Ryder, y, sin detenerse a llamar, entró en ella. Ryder estaba sentado junto a una lámpara de pie, leyendo un libro.

—Siento mucho —dijo Charlie—. Intrusión no es agradable, pero señora Ladona...

—¿Qué le pasa a la señora Ladona? —preguntó duramente Ryder.

—Tiene necesidad de ver a usted enseguida en estudio de señor Ward. Señora Ladona ha dicho a Charlie que tiene importancia de vida o muerte.

Ryder se encogió de hombros.

—¡Tonterías! Entre nosotros dos nada hay que hablar. Ella lo sabe perfectamente.

—Pero...

—Sí, ya sé que ha dicho que es cuestión de vida o muerte. Pero no hay que dejarse impresionar por sus teatralismos. Siempre ha sido así. Le ruego le conteste que me niego a ir.

Chan vaciló. Ryder se puso en pie y le acompañó hasta la puerta.

—Dígale —pidió— que por nada del mundo volvería a verla.

Después de cerrar tras de sí la puerta de Ryder, Charlie se encontró en el vestíbulo. Cuando regresó al estudio, Ladona se hallaba sentada al escritorio, escribiendo nerviosamente.

—Tengo sentimiento grande... —empezó el policía.

La actriz levantó la cabeza.

—¿No quiere verme? Ya me lo esperaba. No importa, señor Chan. Se me ha ocurrido otro medio. Muchas gracias.

Charlie regresó al vestíbulo. Al pasar frente a la abierta puerta del aposento de Romano vio al director paseando nerviosamente de un lado a otro. La puerta del cuarto de Ryder permanecía cerrada. El ruido del motor del aeroplano se hacía más fuerte por momentos.

En el salón estaban sólo Dinsdale y Hugh Beaton, a quienes sin duda no interesaba el espectáculo de la llegada del avión de Ladona. Charlie, algo curioso, salió fuera, dirigiéndose al muelle para presenciar el aterrizaje. Estaba contemplando las luces de posición del aparato, cuando alguien que venía del muelle se acercó a él. Era el doctor Swan.

—He salido para ver mejor el espectáculo —dijo el médico—. Resulta maravilloso en una noche como esta. Me gustaría volver también en aeroplano.

El avión dio la vuelta a la casa.

—¿Podremos hacer encuentro de campo de aviación? —preguntó Charlie.

—No sé dónde está —Swan se estremeció—. Voy a preparar mis cosas. Quiero salir hacia Tavern tan pronto como Ellen haya realizado su marcha triunfal.

Y, saludando a Charlie, el médico se dirigió a la casa.

Michael Ireland sin duda quería demostrar su arte como aviador y se entretuvo haciendo piruetas sobre los pinos. Corriendo por la nieve, en dirección a la parte trasera de la casa, Charlie Chan se dirigió al lugar alumbrado por las brillantes luces. El piloto, terminada la exhibición, aterrizó magistralmente.

—¡Admirable! —dijo alguien, junto al policía. Era Dudley Ward—. ¡A fe que el muchacho sabe manejar ese viejo dos asientos!

El millonario corrió al aeródromo, para saludar a Michael, y, poco después, acompañado del piloto, se reunía con el chino. Los tres siguieron el estrecho camino

que conducía a la parte trasera de la finca. Al pasar frente a la cocina, Chan vio, por la abierta puerta, a una gruesa mujer, indudablemente la cocinera. A su lado estaba el perro de Ladona, que aún gemía de frío. Ward se dirigió al salón.

—Una noche magnífica para volar —dijo a Ireland, un atractivo hombretón de rostro sanguíneo que representaba unos treinta años—. Le envidio el poder volar así.

Dinsdale y Beaton se pusieron en pie y se acercaron al aviador. Esto se quitó uno de los gruesos guantes y estrechó las manos de todos.

—Siéntese un momento —siguió Ward—. Tomará usted unas copas antes de irse.

—Muchas gracias —replicó Ireland—. También me gustaría hablar con mi mujer. Ward asintió.

—Ahora mismo la avisaré. Pero, dígame, ¿qué prefiere? ¿Un *whisky* con soda?

—Bien, pero que no sea muy fuerte —contestó Ireland. Parecía algo inquieto.

Ryder bajó por la escalera encendiendo un cigarrillo. A mitad de camino se detuvo y preguntó:

—¿Se ha marchado ya Ladona?

—Ven aquí, John —dijo Ward, sonriendo—. Llegas a tiempo de tomar otra copa. ¿Le parece bien así, Ireland? —preguntó al aviador, mostrándole el vaso.

—Sí, muchas gracias —replicó Ireland.

En el piso superior sonó la seca detonación de una pistola.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Ryder, que había llegado ya al pie de la escalera.

Ward dejó sobre la mesa la botella que sostenía y, volviéndose hacia Charlie Chan, replicó:

—No sé.

Charlie no se entretuvo en asombrarse. Apartando a un lado a Ryder corrió escalera arriba. Advirtió que en el vestíbulo del piso había varias personas, pero no perdió tiempo en cerciorarse de quiénes eran. Los chinos, según declaración del famoso policía, tienen una gran fuerza psíquica, pero en aquella ocasión Charlie no tuvo necesidad de recurrir a sus dotes extraordinarias para encontrar la habitación donde había sonado el disparo. Corriendo se fue al estudio y abrió la puerta. Las luces estaban apagadas, pero la luna inundaba con sus plateados rayos la estancia, y a su claridad el chino pudo ver a Ladona tendida en el suelo junto al balcón. Saltando por encima de su cuerpo. Charlie asomóse al exterior. No pudo ver a nadie.

Negras sombras llenaban la puerta del estudio.

—Enciendan luces —ordenó Chan—. Suplico humildemente que nadie entre.

Las luces se encendieron y Dudley Ward avanzó hacia el policía.

—¡Ellen! —exclamó— ¿Qué ha ocurrido aquí...?

Chan interrumpió el avance del millonario. Detrás de Ward pudo ver los asustados rostros de Romano, Swan, Beaton, Dinsdale, Ireland y Cecile.



Chan interrumpió el avance del millonario.

—Usted tiene también fuerza psíquica grande, señor Ward —dijo gravemente Charlie—. Mismo que raza china. Tres días antes de crimen usted hizo llamamiento a detective.

—¡Crimen! —repitió Ward. Pareció que iba a arrodillarse junto a la actriz, pero de nuevo Chan le contuvo.

—Suplico humildemente que no haga nada —dijo—. Para usted pena grande crimen; para Charlie trabajo de costumbre.

Con alguna dificultad se arrodilló junto a la mujer y apoyó los dedos en su muñeca derecha.

—El doctor Swan esta aquí —dijo Ward—. Acaso... podría hacerse algo...

Tras algunos esfuerzos, Chan se puso en pie.

—¿Puede flor caída volver a rama donde nació? —preguntó con suavidad.

Ward se volvió bruscamente y en la habitación reinó un profundo silencio. El policía permaneció unos instantes contemplando el cadáver. Ladona estaba de

espalda. Sus pies, calzados con los leves zapatitos que tanta indignación produjeron a Romano, se hallaban a unos centímetros del umbral del balcón. En las manos tenía una bufanda roja que contrastaba extrañamente con su verde traje. A poca distancia de los pies, veíase un negro y corto revólver.

Charlie sacó un pañuelo y recogió el arma. El cañón aún estaba caliente. En el cilindro se veía una cápsula vacía. Con todo cuidado dejó el revólver encima del escritorio.

Durante unos instantes permaneció inmóvil frente al revólver, escuchando los murmullos que sonaban a su espalda. Parecía sumido en hondos pensamientos y, en realidad, lo estaba. Acababa de notar algo muy extraño. La última vez que vio a Ellen sentada a aquella mesa, las dos cajas de cigarrillos estaban colocadas junto a ella. En aquel momento volvían a estar en su sitio, más hacia el centro de la mesa, pero la tapa de la roja se hallaba en la amarilla y la de ésta en la roja.

CAPÍTULO IV

Misterio...

Mientras Charlie permanecía en pie, contemplando silenciosamente aquellas tapas que tan extrañamente habían sido cambiadas de sitio, se dio cuenta de que un nuevo personaje había entrado en la habitación. Dio media vuelta y encontróse ante Ah Sing. El viejo chino llevaba en las manos un paquete azul.

—Manta —anunció con su cascada voz—. Manta pala pelo enfelmo.

Chan le miró fijamente mientras el criado descubría la caída figura.

—¿Qué ocule a señola? —preguntó Sing, sin que su rostro sufriera ninguna alteración.

—Tú puedes hacer idea de qué ha ocurrido —replicó vivamente el policía—. Señora Ladona ha sido asesinada.

Los apagados ojos del criado miraron fija y casi insolentemente a Charlie.

—Policía vino plonto aquí —dijo—. Tlabajo pala policía siguió hasta aquí. —Dirigió una acusadora mirada a Ward—. Yo avisé a amo que cometía glan tontelía al invital a detective. Algún día quizá amo pleste oído atento a consejos de Ah Sing.

Un poco irritado, Charlie señaló la manta y preguntó:

—¿Qué haces con manta? ¿Quién te dijo que trajeses?

—Señola pidió a mí —replicó el criado, señalando a la muerta—. Señola dijo que envialía a Cecile a buscal manta, pelo Cecile no encontló. Entonces señola dijo a Ah Sing que encontlase manta y Ah Sing la encontló.

—¿Cuando ocurrió eso?

—Entle nueve y media y diez.

—¿Dónde estaba aeroplano en momento en que dio señora orden? ¿Encima de casa?

—No, encima de casa, no. Quizá estaba en campo.

—Bien —replicó Chan—. No se necesita ya manta. Llévela a sitio que estaba antes.

—Muy bien, policía —asintió el viejo, saliendo del estudio.

Charlie se volvió y dirigióse a Dinsdale.

—Charlie Chan no tiene autoridad en Pineview —dijo—. Cuando policía está fuera de Estado suyo no tiene que hacer intromisión en asuntos que son de otros.

Hago suposición de que hay *sheriff* cerca.

—¡Ya lo creo! —replicó Dinsdale—. Tenemos al joven Don Holt; lo elegimos hace un año. Será un trabajo estupendo para él. Su padre, el viejo Sam Holt, ha sido *sheriff* de este condado durante más de cincuenta años, pero hace poco se quedó ciego y, como tributo a sus desvelos, concedimos el cargo a su hijo. No sé como se desenvolverá en esto; su especialidad son los caballos.

—¿Hace casualidad de que viva cerca? —preguntó Charlie.

—Sí —replicó Dinsdale—. Esta noche, precisamente, está en Tavern. Si usted quiere puedo telefonarle y antes de veinte minutos podrá estar aquí.

—Hago súplica humilde que cumpla ofrecimiento —replicó el policía.

Dinsdale salió de la estancia.

Durante unos segundos, Charlie contempló a los reunidos en el estudio. Pensó que había sido una verdadera lástima no haber podido anunciarles súbitamente el asesinato para observar sus respectivas reacciones al recibir la noticia. Pero, por desgracia, llegaron a la habitación al mismo tiempo que él y se enteraron del crimen enseguida. Por lo tanto, el policía no podría saber jamás la impresión que les produjo lo ocurrido.

Sin embargo, los rostros de las personas que estaban en la habitación eran muy interesantes. Romano parecía profundamente impresionado, estaba pálido y las lágrimas brillaban en sus ojos. El doctor Swan permanecía muy erguido y pálido. Dudley Ward se dejó caer en un sillón, cubriéndose el rostro con las manos. Beaton y su hermana permanecían tan lejos del cadáver como les era posible. La expresión de Cecile era hosca e irritada, en tanto que la de su marido, Ireland, era de asombro y simpleza. En cuanto a John Ryder, sus azules ojos aparecían tan fríos como de costumbre y miraba sin la menor piedad a la mujer que en un tiempo fue su esposa.

—Hago suposición de que sería mucho más bueno que volvieran todos a salón. Ustedes hacen comprensión de que cosas están muy desagradables y no pueden marchar de Pineview.

—Oiga —intervino Swan—. Yo tengo que irme a Reno.

Charlie se encogió ligeramente de hombros.

—No dé culpa a Charlie. Dé culpa a persona que hizo disparo con revólver.

Dinsdale regresó al estudio.

—He hablado ya con el *sheriff* —dijo—. Viene hacia aquí.

—Gracias muchas —replicó Charlie—. A usted, señor Dinsdale, suplico que quede aquí con señor Ward y con Charlie Chan. Tendré agradecimiento grande además si bajan a salón. Antes de que marchen —añadió—, haré preguntas, aunque no es necesidad que den contestación, pues no estoy aquí con autoridad. —Levantó el revólver con que se había cometido el crimen y preguntó—: ¿Ha visto alguien antes esto?

—Yo lo vi —se apresuró a contestar Dinsdale—. Lo he visto esta misma noche.

—¿Dónde? —preguntó Charlie.

—En Tavern, en el hotel —replicó el hombre—. Ellen me quería pagar una cuenta y en el momento de abrir el monedero se le cayó de él ese revólver. Yo lo recogí y se lo entregué.

—Es verdad —aseguró Romano, acercándose para examinar el revólver—. Era propiedad de Ellen. Hace algunos años se intentó secuestrarla en un hotel y desde entonces llevaba siempre encima esa arma. Yo la criticaba mucho, pues no me gustaba que llevase encima un objeto tan peligroso... Y ahora la han matado con su propio revólver.

—Otras personas tenían también conocimiento de existencia de revólver —murmuró Charlie—. ¿Usted conocía también, señor Beaton?

El joven asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, lo había visto varias veces. Era de ella.

De pronto, Chan se inclinó sobre la joven que estaba junco a Beaton.

—¿Y usted, señorita Beaton?

La mujer retrocedió al acercarle el policía el arma.

—Sí, sí, también lo había visto.

—¿Usted tenía conocimiento de que estaba siempre en monedero de señora Ladona?

—Sí... lo sabía.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Desde que la conocí... una semana.

La voz de Charlie volvió a su habitual suavidad.

—¡Es lástima grande! —murmuró—. Usted tiene grandes temblores. Frío mucho con balcón abierto. —Dejó el revólver encima de la mesa—. Usted tiene necesidad de bufanda. Bufanda roja que haga armonía con hermoso traje de usted.

—Ten... tengo una —tartamudeó la joven, dirigiéndose a la puerta.

—¿Será acaso ésta? —exclamó Charlie. Se inclinó sobre la muerta y levantó un poco la bufanda que tenía en las manos—. Esta quizá es de usted —continuó—. La mirada de la joven siguió, como fascinada, los movimientos del chino y, lanzando un grito, corrió fuera de la estancia. Su hermano la contuvo.

—¡Mi bufanda! —chilló la muchacha—. ¿Qué hace ahí?

Chan arqueó las cejas.

—¿Usted no había hecho observación de ella antes? —preguntó.

—No, no. Cuando entré en el cuarto estaba a oscuras... y desde que encendieron las luces no miré en esa dirección.

—No dirigió mirada —murmuró pensativamente Charlie. Soltó el extremo de la bufanda y se irguió. Su mirada se posó en las cajas que estaban encima de la mesa—. Tengo sentimiento grande de no poder hacer devolución de bufanda suya. Más tarde, cuando *sheriff* haya visto, devolveré. Pueden ustedes marchar. Gracias muchas por todo.

Cuando la última persona hubo salido del estudio, el policía cerró la puerta y

volviese hacia Ward y Dinsdale. El primero se había puesto en pie y paseaba nerviosamente de un lado a otro de la estancia.

—¡Está usted en un error, señor Chan! —exclamó—. Esa joven es mi invitada. No creerá...

—Tengo pensamiento —empezó lentamente Charlie—, que invitado de usted ha cometido crimen esta noche.

—Indudablemente. Pero una mujer... una joven tan encantadora...

Charlie se encogió de hombros.

—«Hay menos veneno en boca de serpiente cascabel que en corazón de mujer».

—No sé quién es el autor de esa frase —replicó Ward—, pero debo decirle que no estoy de acuerdo con él. No... ni siquiera después de mi experiencia con... —Sin terminar la frase quedóse mirando fijamente a la mujer tendida en el suelo—. ¡Pobre Ellen!... Merecía algo mejor que esto. Nunca me perdonaré el haberla invitado aquí. Pero creí que podría hacerle confesar... —Se interrumpió—. ¡Dios mío! No se me había ocurrido hasta ahora. ¿Podré descubrir, después de esto, la verdad acerca de mi hijo? Ellen era la única que podía revelármela. —El millonario dirigió una desesperada mirada a Charlie.

—No deje que desesperación haga entrada en corazón de usted —dijo éste, mientras le daba unas palmaditas en la espalda—. Haremos insistencia y conseguiremos éxito. Tengo seguridad. Además, suceso da oportunidad de dirigir mirada a documentos de señora Ladona y en documentos podremos hacer encuentro de contestación. Pero antes es necesario dar solución a intrigante pregunta: ¿Quién mató a Ellen Ladona?

—¿De quién sospecha usted, señor Chan? —preguntó Dinsdale.

El policía sonrió levemente.

—«Tener sospecha, es barato, pero tener sospecha equivocada es caro». No quiero cometer error.

—Pues yo, de acuerdo con su refrán, soy un derrochón y sospecho que el asesino es Romano.

—Usted tendrá pruebas para tener sospecha.

—Las pruebas de mis ojos. Enseguida he notado que ese italiano estaba disgustado con ella. Seguramente por motivos de dinero. Es latino, y, por lo tanto, excitable.

Charlie movió la cabeza.

—Sí, señor Romano tenía facilidad grande para cometer excitación. Pero latinos, como sajones, tienen conocimiento de lugar donde está ventaja. Ladona viva, valía mucho dinero. Pero Ladona muerta... A no ser...

—¿A no ser qué?

—No tiene importancia grande. Más tarde haremos investigación. Cuesta difícil hace aparición frente a nosotros. Hombre inteligente reserva aliento para carrera final. Usted ha hecho mención de momento en que Ladona abrió monedero para pagar a

usted dinero en Tavern.

—Sí —contestó Dinsdale—. Se lo explicaré todo. La semana pasada fui a ver a Ellen a Reno, y la invité a que fuese un día a cenar en mi hotel. Mientras estaba con ella llegó una factura y como no tenía dinero a mano me pidió prestados veinte dólares. Esta noche insistió en pagar su deuda y fue entonces cuando vi el revólver.

—¿Devolvió dinero a usted?

—Sí. Me dio un billete nuevo que sacó de un grueso fajo que llevaba en el bolso.

—¡Cosa extraña! —murmuró el policía—. En monedero ahora no hay dinero.

—¡Dios santo! —exclamó Ward—. No sólo he metido en casa un asesino, sino, además, un ladrón. Me parece que he llevado demasiado lejos la hospitalidad.

—¿Qué le dije, señor Chan? —intervino el hotelero—. No puede ser otro que Romano.

Charlie se puso en pie.

—Cuando empecé viaje a Continente —dijo—, tenía preocupación grande por impenetrable misterio. Para hacer ayuda en trabajo, puse en equipaje negro de humo y cepillo de pelo de camello. Cosas de importancia grande para hacer descubrimiento de huellas digitales. Mientras hacemos espera de *sheriff* haré intento de obtener huellas.

El chino dirigióse a su cuarto. Mientras buscaba en su maleta los accesorios para la obtención de huellas dactilares, oyó ruido de pasos en la escalera. Al poco rato encontró lo que buscaba y regresó al estudio. Un joven alto, de negros cabellos, vestido con una chaqueta de cuero y unos pantalones de montar, se hallaba en el centro de la habitación.

—Señor Chan —dijo Dinsdale—. Le presento a Don Holt.

—¿Qué tal, inspector? —saludó el joven, estrechando la mano del chino con tanta fuerza que éste estuvo a punto de lanzar un grito—. Me alegro mucho de conocerle personalmente, y, de paso, le diré que nunca me había encontrado en una situación más comprometida que ésta.

—¿Usted ha hecho cargo de ocurrido? —inquirió Charlie. Dejó los objetos que traía encima de la mesa y con la mano izquierda trató de devolver la circulación sanguínea a la otra.

—Sí, me he dado cuenta de que me encuentro ante un verdadero problema. El forense vive bastante lejos de aquí, de manera que hasta mañana no podrá ver a esa señora. Pero he pedido a un doctor de Tahoe que viniese a hacer un examen superficial de la asesinada. ¿He hecho bien?

—Ha obrado con velocidad grande —aseguró Charlie.

—Es que éste es mi primer caso de... de esa clase. Y le aseguro, inspector, que tiemblo como una cuerda colgada de un árbol en un día de viento. El señor Ward me estaba diciendo que usted se halla aquí de visita. También me ha dicho que le encargó un trabajo, pero que puede esperar mientras usted me echa una mano en este problema. ¿Tiene usted algún inconveniente?

Charlie miró a Ward interrogadoramente.

—Mi asunto, señor Chan, creo que puede esperar —contestó el millonario.

—Entonces —dijo Charlie—, insignificante talento de humilde servidor está a disposición de usted, señor Holt.

—¡Magnífico! No sé cómo expresarle mi agradecimiento, pues los hechos, no las palabras, son mi fuerte. Pero vayamos a lo que interesa. ¿Qué ha ocurrido aquí esta noche? ¿Quiénes son las personas que hay abajo? ¿Por dónde empezaremos y cuándo?

Con voz pausada, Charlie explicó cuanto sabía acerca del asesinato de Ladona. Cuando hubo terminado, el joven movió la cabeza.

—Comprendo —dijo—. Cuando sonó el disparo, ¿qué personas no estaban a la vista de usted?

—Bastantes. Entre invitados faltaban señorita Leslie Beaton, su bufanda de casualidad grande que está en manos de señora muerta. Tampoco veía a doctor Frederic Swan, ni a señor Luis Romano. De criados faltaba Cecile y... Ah Sing.

—Cinco en total —comentó el *sheriff*—. Bien, podía haber sido peor. En realidad, sólo son cuatro, pues conozco a Ah Sing desde que era yo un niño y es incapaz...

—Suplico perdón... —le interrumpió Chan.

Holt se echó a reír.

—Comprendo —dijo—. Esa no es manera de obrar propia de un *sheriff*. No hay que prejuzgar a los posibles culpables. Pueden ocurrir muchas cosas. Bien, esa es la lección número uno. Creo, señor inspector, que será mejor que resuelva usted solo este asunto, sin preocuparse de mí para nada.

Charlie sonrió.

—Tengo que hacer preocupación por usted. Usted es autoridad más importante aquí y toda cosa que haga Charlie Chan ha de tener aprobación y permiso de usted.

—Se lo doy por anticipado —asintió Holt—. Lo que a mí me interesa son los resultados, y estoy convencido de que usted los conseguirá. Como usted quizá sepa, tengo que sostener la reputación de la familia.

Chan movió afirmativamente la cabeza.

—Sí, han dado noticia de fama de honorable padre de usted. Quizá tengamos que pedir su consejo. «Enfermedad grande —dice refrán—, necesita tres doctores; alguno será bueno».

—Papá era bueno —replicó en voz baja el joven—. Pero ahora está ciego.

—¡Pena grande! —murmuró Charlie—. Pero hasta ciego, si antes ha estado ya en camino, puede enseñar sitio de destino. De momento, peso de asunto descansará sobre espaldas de nosotros. Usted ha hecho mención antes de lección número uno. ¿Me hace permiso para dar con humildad lección número dos?

—Dispare —replicó Holt.

—Charlie Chan ha tenido fortuna grande de hacer conocimiento de famosos detectives de Scotland Yard. Todos dan seguridad que primer deber de detective es

hacer examen de posición de cadáver. ¿Qué dice a usted examen de cuerpo?

El joven reflexionó unos instantes.

—Pues, diría... —Vaciló un momento—. No sé, me parece que la han asesinado desde el balcón.

—Usted tiene razón grande. Cuerpo indica que disparo se ha hecho desde sitio que usted tiene sospecha. Hagamos examen de habitación. Suplico humildemente que dirija mirada a mesa. Usted hará descubrimiento de pequeños residuos de... ¿De qué?

—Tabaco —replicó Holt.

—Exacto. Tabaco de finura grande como que contienen cigarrillos. Haga observación de dos cajas que guardan cigarrillos de marcas no iguales. ¿Qué causa asombro a usted?

—Que alguien las ha tocado y se ha equivocado de tapas.

—Usted ha dicho verdad —asintió Chan—. Alguien tenía prisa. Tiempo de huida era corto, porque tiro se oyó en salón. Aconsejo abramos cajas. —Sin esperar el asentimiento del *sheriff* levantó las tapas con ayuda del pañuelo que sacó de debajo del revólver—. Haga observación —dijo—. Cigarrillos no en orden. Todos revueltos. Fueron devueltos a caja con prisa. Cuando vi cajas última vez estaban cerca de codo de señora Ladona. ¿Ocurrió lucha? ¿Fue cometido asesinato en otro sitio de habitación y llevado cadáver hasta balcón para hacer sospecha de que asesinato se hizo desde allí? ¿Por qué criminal quiso hacer que huellas de lucha desaparecieran de mesa escritorio? Asesino tenía prisa, pero perdió tiempo en guardar cigarrillos, y cometió equivocación al dejar tapas en cajas. Luego hizo huida por balcón y hay posibilidad que entrara en otro cuarto que comunique con mismo balcón. Luego haré examen de otras habitaciones. Quizá criminal escapó por vestíbulo o entró en este aposento y tuvo conversación con nosotros. Pero, señor Holt, usted habrá hecho comprensión que ayudante de usted dice tonterías grandes.

—No me parecen a mí tonterías —replicó el *sheriff*—. Lo que usted dice es muy interesante. ¿Sospecha que esa señora fue asesinada por alguien que estaba dentro del estudio y no en el balcón?

Chan se encogió ligeramente de hombros.

—Sólo hago exposición de posibilidades. Creo de importancia no darse precipitación en hacer conclusiones. Contestación rápida, puede ser contestación equivocada. A pesar de suposiciones de Charlie, señora pudo ser muerta desde balcón. Hay posibilidad que fuese herida en balcón y cayese muerta dentro de cuarto. Quizá doctor podrá explicar. Si usted no pone inconveniente, daré consejo de que acerquemos a balcón.

Los cuatro hombres salieron al amplio balcón. La noche era muy hermosa. La luna llena brillaba en todo su esplendor. Las estrellas quedaban apagadas por su rival. El policía, recordando las noches hawaianas, lanzó un hondo suspiro.

—¡Es lástima grande que balcón no tenga nieve! —dijo a Ward.

—Sí —convino Ward—. Cuando llegué ordené a Ah Sing que la quitase y, desde

entonces, lo ha mantenido limpio. Si se deja la nieve en los balcones se amontona contra las ventanas y convierte las habitaciones en neveras.

Charlie inclinó la cabeza y murmuró.

—Tenía deseos de ver nieve, y cuando encuentro, me hace negación de huellas. Vida no es justa. —Dirigió una mirada a su alrededor—. Hago observación que dos habitaciones más tienen puertas a balcón. ¿De quién es ésa?

—Esa —replicó lentamente Ward—, es la habitación que empleaba Ladona como salita. La he conservado tal como la dejó ella.

Charlie empujó la puerta.

—Cerrada por dentro —dijo—. Es natural que si asesino usó para escapar cerró por dentro. Mañana haremos estudio de umbral. —Se dirigió a la otra puerta—. ¿De quién es este cuarto? —preguntó.

—Mío —contestó Ward—. Creo que Ah Sing condujo a él a las señoras para que se quitaran los abrigo. —Miró, a través de los cristales, el interior del dormitorio, donde brillaba una luz—. Sí... hay unos abrigo encima de la cama...

—Y una bufanda de mujer —añadió a su vez Charlie—. Una bufanda verde, que señora Ladona debería tener en sus manos en vez de otra roja.

Ward movió afirmativamente la cabeza.

—Sí, es la suya.

Chan trató de abrir la puerta con el mismo resultado negativo que la vez anterior y, poco después, los cuatro hombres regresaron al estudio.

—Próximo paso —dijo Chan al *sheriff*—, es huellas dactilares. Cosa de que hablan mucho, pero que da pocos resultados.

—Tengo una especie de técnico en huellas dactilares —dijo el joven—, pero está enfermo. Aunque no lo estuviese, no creo que pudiera sacarnos de ningún apuro. Papá nunca tomó una huella digital.

—¡Ah! Pero nosotros tenemos más pequeña fortuna... vivimos en edad de ciencia —sonrió Charlie—. Maravillas grandes ocurren siempre y mundo se hace menos humano cada día. Tengo sentimiento grande de decir que tengo utensilios para hacer ciencia aquí. Voy a hacer examen de revólver, pero no hago esperanza de encontrar huellas dactilares. Tardaré tiempo y suplico que no tengan impaciencia.

Sentóse a la mesa y espolvoreó de negro de humo el revólver. Don Holt examinaba detenidamente la habitación. Dudley Ward cogió un leño y se disponía a echarlo al fuego cuando le contuvo un grito de Charlie.

—Suplico tenga bondad de esperar un poco —dijo.

—¿Por qué? —preguntó extrañado Ward.

—Leño puede tener importancia —explicó Charlie.

Ward asintió y apresuróse a dejar el tronco en el cesto donde estaban los demás.

Pasaron unos minutos y, al fin, Charlie se levantó, explicando:

—Revólver no guarda huellas dactilares. Asesino empleó guantes, o pañuelo, o limpió con cuidado. Cajas tampoco enseñan huellas. Hago suposición de que

podemos bajar a salón...

Holt se acercó a él mostrándole algo que tenía en la palma de la mano. Charlie inclinóse y descubrió un alfiler de señora, de oro, con unas piedras de poco valor.

—Ha hecho usted descubrimiento —dijo el chino.

—Estaba hundido en la alfombra —explicó el *sheriff*—. Alguien debe de haberlo pisado.

—Muchas señoras han estado dentro de estudio —dijo Charlie—. Joya no parece digna de señora Ladona. Poco lujosa para célebre actriz Hago indicación de que llevemos abajo, y también bufanda. Pero falta otra cosa. Suplico a ustedes que hagan espera de un minuto...

Salió apresuradamente del estudio y bajó la escalera hasta un lugar desde donde podía ver el salón. En él se encontraban reunidos los invitados, que le miraron con evidente interés. El policía, fijándose en un hombre que permanecía alejado de los demás, llamó:

—Señor Ryder.

—¿Qué desea? —preguntó al cabo de unos instantes el aludido.

—¿Tendría usted bondad de venir un corto momento?

Con extraña lentitud Ryder se levantó. Charlie aguardó pacientemente. Cuando al fin el hombre llegó junto a él, Chan se inclinó y le dijo:

—Tiene usted sabiduría grande. «Persona que corre, no puede dar paso seguro». Pido humildemente pase usted delante.

Los dos hombres llegaron a la habitación donde reposaba el cadáver de Ladona.

—¿Puede usted decirme a qué se debe el honor de un interrogatorio privado? —preguntó Ryder.

—Daré enseguida explicación a usted —aseguró el chino—. ¿Ha hecho usted conocimiento de señor Don Holt, *sheriff* de condado de aquí?

—No he tenido el placer —replicó Ryder, tendiendo la mano al joven.

—Señor Ryder —empezó Charlie—, no es intención mía hacer detención de usted aquí mucho rato. Antes de trágica muerte de señora Ladona hice visita a usted en cuarto con mensaje urgente de señora. Usted no hizo caso de mensaje y despidió a Charlie de cuarto. Luego...

—Luego, ¿qué?

—Hago suplicación que explique actos de usted desde momento en que cerró puerta.

—Es muy sencillo —dijo tranquilamente Ryder—. Me senté donde estaba y reanudé la lectura. Poco después oí acercarse el aeroplano. Seguí leyendo. Luego lo oí volar sobre la casa.

—¿Siguió usted lectura?

—Sí. Al cabo de un rato, supuse que había aterrizado. Sabía que Ellen Ladona pensaba marchar en aeroplano y seguí leyendo.

—Hago suposición de que libro tenía interés grande —asintió Charlie—. Pero

llegó momento en que usted dejó descansar libro.

—Sí... me dirigí a la puerta, la abrí y escuché. Todo estaba tranquilo... No pude oír la voz de Ladona, por lo que supuse que estaba en el aeródromo. Bajé la escalera...

—Suplico un momento. Desde instante en que dejé a usted en cuarto hasta que bajó escalera, ¿visitó otra parte de casa? ¿Esta habitación, por ejemplo?

—No.

—¿Tiene usted seguridad de no cometer equivocación?

—Claro.

—Señor Holt —dijo Chan, acercándose a la chimenea—, suplico haga usted reunión conmigo. —El *sheriff* siguió la indicación del chino. Éste continuó—: En fuego tenemos cenizas de carta de mismo papel que hay en mesa. ¿Tiene usted bondad de rescatar restos de sobre que no está quemado? —Holt recogió un arrugado sobre que aparecía ligeramente chamuscado—. Señor *sheriff*, pido favor de que haga lectura de dirección que hay en sobre.

El joven examinó el papel y al fin dijo:

—Aquí leo: «Señor John Ryder. Urgente. Particular.» Pero la letra no parece de mujer...

—Señor Ryder dará explicación de quien sea letra —sugirió Chan.

Ryder dirigió una mirada al sobre.

—Es de Ellen Ladona —dijo.

—Perfectamente —murmuró el policía—. Carta estaba dirigida a usted. Sobre es abierto y carta ha salido fuera. ¿Quién ha hecho eso, señor Ryder?

—No lo sé —contestó el interpelado.

—Nadie es capaz de cometer indiscreción de abrir carta de otra persona. Sólo una persona ha podido sacar carta. Usted, señor Ryder.

John Ryder miró fríamente al chino.

—Es una suposición muy lógica, señor Chan —dijo—. Sin embargo, y aunque tuviese usted razón, que no la tiene, ¿qué importaría? Seguramente no habrá olvidado que en el momento en que fue asesinada Ladona yo estaba al pie de la escalera, frente al salón.

Charlie se volvió hacia el *sheriff*.

—Nosotros —dijo—, tenemos que hacer viaje largo juntos. A veces nos parecerá que estamos perdidos. Pero hombre que tiene lengua en boca, siempre sabe hacer encuentro de camino. Hago indicación de que bajemos a salón y hagamos empleo de lengua.

CAPITULO V

... y más misterio

Los cinco hombres bajaron al salón. Al ver las numerosas personas que aguardaban allí Charlie lanzó un suspiro y dirigió una mirada al *sheriff*, quien carraspeó nerviosamente.

—Lo que ha ocurrido va a ser muy desagradable para todos —empezó—. Soy Don Holt, *sheriff* de este condado y es mi deseo causar las menores molestias posibles a los inocentes. Entre nosotros está el famoso policía señor Chan, y le he pedido que me ayude a solucionar este misterio. Por lo tanto, cuando él les pregunte algo, les suplico que le contesten.

La llegada de un hombrecillo con un maletín negro en la mano interrumpió el principio del interrogatorio. El recién llegado era el médico de Tahoe, citado por Holt. El joven se lo llevó aparte y, después de hablarle unos momentos en voz baja, llamó a Ah Sing y le dijo que condujese al doctor al estudio.

—Creo que podemos empezar —dijo Holt, dirigiendo una desesperada mirada a Charlie.

El chino movió afirmativamente la cabeza.

—Daremos principio a interrogatorio con asunto de más pequeña importancia —anunció—. Cuando disparo sonó, cinco hombres estaban en salón. Señor Ryder ha dado ya declaración. Suplico a demás que expliquen movimientos que hicieron hasta llegar a salón y cuándo vieron a señora Ladona por última vez. Como hora no es segura, podemos hacer sustitución por posición de aeroplano en aire. Charlie Chan era uno de cinco hombres que estaban en salón. Dando contestación a pregunta mía, diré que vi a señora Ladona cuando aeroplano estaba encima lago. Señora Ladona me hizo petición de que rogase a señor Ryder que fuera a visitarla en estudio, pero señor Ryder contestó negativo. Cuando volví a estudio, señora Ladona escribía carta en escritorio. Comunicué negativa de señor Ryder y bajé a salón. Luego salí de casa para ver aeroplano e hice encuentro de señor Ward y señor Ireland. —Al pronunciar el nombre del aviador, se volvió hacia éste y le dijo—: Usted no es necesario que dé contestación a preguntas. Sospechas no caen sobre usted.

El alto irlandés asintió.

—Todo cuanto sé es que la señora Ladona me llamó por teléfono diciéndome que viniese a recogerla. —Levantó la cabeza y miró a su mujer—. Tenía que hacerlo —añadió—. Es mi trabajo.

—Perfectamente —replicó Charlie—. Y usted, señor Ward, ¿cuándo vio por última vez a señora Ladona?

—Estaba usted conmigo, señor inspector —replicó el millonario—. Recordará usted que salí del estudio para ir a encender las luces del campo. El alumbrado se enciende desde el hangar. Este permanece siempre cerrado y tuve que buscar las llaves. La cerradura se resistió un poco y creí que no podría abrir a tiempo. Pero logré hacerlo antes de que aterrizase el aeroplano.

Chan se volvió hacia Ireland.

—¿Cuándo se encendieron luces? —preguntó.

—Mientras volaba por encima de la casa, creo. —Volvióse hacia Ward y continuó —: Muchas gracias por la molestia, pero podría habérsela ahorrado. La luz de la luna era suficiente para aterrizar.

—Tengo impresión de que ni señor Dinsdale ni señor Beaton salieron de salón hasta que disparo fue hecho —siguió Chan—. ¿Es verdad?

—Por lo que a mí se refiere, sí —contestó Dinsdale—. Un buen fuego y buen licor... y ya pueden aterrizar todos los aeroplanos que quieran que no me moveré. Sí... estuve todo el rato sentado aquí.

—Y... ¿señor Beaton estaba con usted?

—Pues... No, no estuvo todo el rato.

—No, no estuve, es cierto. —El joven Beaton se levantó muy pálido y nervioso—. A los pocos momentos de haber salido usted, señor Chan, entró el doctor Swan y dijo que el espectáculo del aeroplano era maravilloso. Entonces pensé que me gustaría echarle un vistazo y salí fuera. Al volver oí una voz en el primer piso.

—¡Ah! Usted oyó voz —repitió Chan, con evidente interés.

—Sí. Era Ellen... no me cabe la menor duda. Estaba hablando con alguien y la oí decir con toda claridad: «¡Ah! ¿Eres tú? Estoy muerta de frío... tráeme mi bufanda. Está encima de la cama de la habitación contigua. Es una verde.»

Chan sonrió comprensivamente.

—¡Ah! Palabras de usted tienen interés grande. ¿Usted oyó a señora Ladona hacer petición de bufanda?

—Sí, sí —aseguró nerviosamente el joven—. Ya sé que parece...

—No hagamos preocupación de pareceres. Ruego siga explicándose.

—Levanté la cabeza y vi a Ladona que estaba sola en el balcón de encima de la puerta. Miraba hacia arriba y agitaba un pañuelo. Entonces el aeroplano bajó hasta muy poca altura y empezó a dar vueltas alrededor de la casa. Estornudé y en aquel momento me di cuenta de que no llevaba ni abrigo ni sombrero, por lo cual entré corriendo en casa.

—Eso es cierto, señor inspector —dijo Dinsdale—. Estuvo fuera sólo unos minutos.

—Pero tuvo tiempo suficiente para oír a señora Ladona hacer petición de bufanda. Bufanda verde. Hubiera sido mejor que no hubiese dicho últimas palabras.

El rostro del joven se contrajo.

—¡Pero si es la verdad! —exclamó—. Le digo a usted todo lo que ocurrió. Alguien estaba en el estudio y Ellen le pidió su bufanda. Y... y...

—Y persona que tenía intención de cometer asesinato, queriendo que sospechas hiciesen recaimiento sobre joven inocente, volvió con bufanda de hermana de usted. ¿Usted pide que tome palabras de usted por verdad?

—¡No le pido que crea nada! —casi gritó el joven—. Le digo lo que sé. Estoy tratando de ayudarle... y usted no quiere creerme... no quiere creerme.

—No te preocupes, Hughie. —Su hermana se puso en pie y le dio unas cariñosas palmadas en la espalda—. No te pongas nervioso.

—Es que todo pasó tal como he dicho.

—Ya lo sé, ya lo sé.

—Gracias muchas, joven —dijo amablemente Charlie—. No he hecho afirmación de no creer palabras de usted. En realidad... —Se interrumpió para mirar fijamente al *sheriff*. Éste contemplaba a Leslie Beaton con la expresión más impropia de un policía que Charlie recordaba haber visto en su larga carrera. El detective lanzó un suspiro. Quizá allí surgiese una nueva complicación.

—En realidad —continuó—, esto hace que el señor Ireland vuelva hacer entrada en escena. Es muy probable que sea usted, última persona que vio viva a señora Ladona.

Ireland irguióse en su asiento.

—Quizá —replicó—. No se me ha ocurrido antes esa posibilidad. Cuando volaba por encima de la casa miré hacia abajo y vi que una señora me agitaba un pañuelo en el balcón. Descendí un poco para ver quién era...

—Sabías perfectamente quién era —interrumpió su mujer.

—¿Cómo podía saberlo, mujer? Supuse que podías ser tú. Descendí lo más posible y vi que era la señora Ladona.

—Entonces por eso volabas tan bajo, a riesgo de romperte el cuello; sólo para darle una emoción a ella...

—Si volé bajo, Cecile, fue para orientarme y ver el campo de aterrizaje...

—¿Creías acaso encontrarlo en el techo del edificio? —preguntó burlonamente la mujer.

Su marido se encogió de hombros.

—Sabía dónde estaba y sabía también lo que debía hacer...

—Perdón —le interrumpió Charlie—. ¿Cuántas vueltas dio usted a casa?

—Tres.

—¿Y tres veces vio a señora Ladona en balcón?

—No, sólo la primera. En las otras dos vueltas no la vi.

—¿Y pudo ver si puerta de balcón estaba abierta?

—Pues... no puedo asegurarlo.

—Gracias muchas. —Charlie se dirigió a un lado del salón, acompañado del *sheriff*—. Hemos hecho avance importante —le dijo.

—¿Usted cree? —preguntó Holt— ¿No sería mejor anotar las declaraciones de todos esos? Me parece que se hace así.

Chan negó con la cabeza.

—Método de Charlie Chan no es ése. Espectáculo de papel y lápiz tiene perjudicial efecto en persona que hace declaración. Guardo todo en cerebro y cuando se presenta oportunidad hago anotación.

—¿Y es usted capaz de recordarlo? —preguntó asombrado Holt—. Yo no me acuerdo ya de nada.

Charlie sonrió ligeramente y golpeándose la frente con la mano, dijo:

—Sitio grande vacío hace excelente almacén. Sigamos con preguntas.

—Un momento —Holt apoyó la mano en el brazo del policía—. ¿Quién es esa joven del traje rojo?

—Es propietaria de bufanda roja —contestó Chan—. Humildemente hago recuerdo a usted de lección número uno.

Regresaron al centro del salón y Charlie se enfrentó de nuevo con los invitados del millonario.

—Ahora vamos a hacer interrogación de personas que no estaban en salón cuando muerte asaltó a hermosa señora Ladona. Sing fue, con seguridad, una de últimas personas que vieron viva a señora. ¿Qué hiciste al ir a buscar manta para perro?

—No lecueldo —replicó el chino, en su pintoresco inglés.

—Es necesario que haga recordación —replicó firmemente Chan.

—Quizá es posible que tuviese asuntos paticulares míos —replicó, con indiferencia el criado.

Charlie le miró durante unos instantes. Aquel compatriota le resultaba demasiado particular.

—Escucha con atención grande —dijo—. Se trata de asesinato; asesinato. Tú has de dar contestación a preguntas o señor *sheriff* te encerrará en cárcel grande.

Sing miró con profunda indiferencia al joven.

—¿Señol Holt pondlá a mí en cárcel? —preguntó, incrédulo.



—¿Señol Holt pondlá a mí en cárcel?

—Sí, Ah Sing, me veré obligado a encerrarte —intervino el *sheriff*—. Es necesario que contestes. ¿Comprendes?

—Pelfectamente —asintió Ah Sing—. ¿Pol qué no decía más plonto? Estuve diligiendo atención a asuntos paticulares.

—¿Y qué asuntos particulares eran? ¿Qué hiciste? —interrogó pacientemente Charlie.

—Señol llamó a mí y pidió que buscala a Cecile. Yo busqué a Cecile. Luego salí a fuela a vel pájalo glande atelizal. Señol encontló a mí en puelta y dijo: «Señola Ladona quiele velte pala que busques algo.»

—Un momento. —Chan se volvió hacia Ward, quien movió afirmativamente la cabeza.

—Es verdad —dijo—. Me crucé con Cecile y comprendí que no pensaba hacer lo que le habían encargado. Como corría prisa encender las luces del aeródromo, no quise discutir y envié a Ah Sing en busca de la manta.

—Yo entlé en casa —continuó Ah Sing—. Pelo de señoia ladló a mí en cocina. Subí a habitación de señoia Ladona y plegunté: «¿Qué quiele señoia?» Señoia contestó: «Ah Sing, tú buen muchacho, cogelás manta pala abligal a poblecito pelo.» Señoia siemple pensaba nada más en pelo. Yo malché...

—¿Aeroplano había parado ya en campo? —preguntó Charlie.

—Sí.

—¿Cómo sabes seguro?

—Luido glande no se oía más. Fui a habitación mía...

—¿En segundo piso?

—Sí. Cogí manta. Oí luido glande. Quizá dispalo de levólvel. Bajé con manta...

—Muy despacio —hizo notar Charlie.

—¿Qué impoltancia tiene? —inquirió Sing—. Tiempo siemple mucho, sobla, puede gastalse. Cuando llegué a habitación vi a señoia muelta. Mucha lástima —añadió, sin la menor emoción.

—Gracias muchas —dijo Chan, con evidente alivio—. De momento no hay más preguntas. —Dirigió una mirada a Holt—. Hay probabilidad grande de que Ah Sing sea última persona que vio viva a señoia Ladona. Más tarde tendré conversación a solas con compatriota. —Se volvió hacia el director de orquesta—. Señor Romano, tengo sentimiento grande de pedir explicación de acciones de usted en media hora que hizo precedente a triste suceso.

—¿Yo? —Romano miró inocentemente al policía.

—Usted, sí. Cuando vi a usted por última vez, aeroplano estaba encima de lago. Usted entonces paseaba por habitación como pantera dentro de jaula. ¿Qué hizo después?

—Ya recuerdo —replicó lentamente el músico—. Estaba haciendo una lista para ese joven. Una lista con las indicaciones necesarias para conservar la salud de Ellen. Por desgracia, ya no es necesaria. Sin duda, cuando usted me vio, trataba de recordar algo. Le vi a usted cuando pasó por delante de mi cuarto...

—Y usted dio continuación a lista, ¿verdad?

—No —contestó Romano—, no continué. Pensé que en aquellos momentos Ellen estaría sola y fui al estudio, La encontré metiendo una carta en un sobre y cerrándolo. Le dije que había llegado el momento de hablar de nuestro convenio y que estaba sin un céntimo. Ella no me hizo caso y escribió la dirección del sobre. Cuando terminó levantó la cabeza y me dijo: «Lo siento, Luis, pero yo también estoy en mala situación. Por mis valores no pagan lo que deberían pagar.»

»Entonces le dije: “Si estás mal de dinero no tienes necesidad de gastarlo en un marido nuevo, puedes usar el viejo. Yo sigo enamorado de ti...” Pero, señor Chan —la voz del artista pareció quebrarse—. ¿Es necesario que explique la escena?

—No hay necesidad —contestó Charlie—. Suplico diga contestación de señoia Ladona, nada más.

—La contestación fue... —Romano inclinó la cabeza—, no muy halagadora para

mí. ¡Después de todo lo que yo había hecho por ella y de cómo la había cuidado! El aeroplano se acercaba a la casa. Ellen se levantó y fue a abrir el balcón. «Puedes ir a verme a Reno» —dijo—. «Haré por ti cuanto pueda». Y salió al balcón.

—Y usted, ¿qué hizo, señor Romano?

—¿Yo?... Tenía el corazón destrozado. La miré... aquella fue la última vez que la vi viva, aunque, desde luego, entonces no me lo figuraba. Volví a mi cuarto, cerré la puerta y me senté junto a la ventana contemplando la blanca nieve, los negros árboles y la triste noche. ¡Dejado de lado como un objeto inservible! Estaba muy triste, pero también muy indignado. Recordé todo cuanto había hecho por ella...

—¡Ah! ¿Estuvo usted junto a ventana hasta que oyó tiro?

—Sí. Cuando sonó el disparo me quedé sin saber qué hacer. Luego oí pasos y voces en la escalera y seguí a los demás al estudio.

—Suplico que haga contestación a otra pregunta —dijo Charlie, mirando fijamente al director de orquesta—. Usted era todavía marido de señora Ladona. Divorcio no sería hasta dentro de dos semanas. Usted será heredero de toda fortuna de esposa de usted.

Romano negó con la cabeza.

—No, por desgracia no. Cuando celebramos nuestro convenio en Nueva York, Ellen me dijo que iba a redactar un testamento dejando todo su dinero a su futuro marido... al señor Hugh Beaton.

Sorprendido, Charlie Chan se volvió hacia el joven.

—¿Usted conocía detalle de testamento? —preguntó.

Beaton le miró inquieto. Por fin dijo:

—Sí, me habló de ello. Naturalmente yo no quería que lo hiciese.

—¿Sabe usted si señora Ladona cumplió promesa?

—Un día me dijo que había redactado ya el testamento. Supuse que lo habría firmado, pero no hice ninguna pregunta. Me repugnaba la idea.

Charlie miró a la señorita Beaton.

—¿Usted también conocía detalle de testamento?

—Sí —contestó con voz tenue la joven—. Pero no le presté ninguna atención. Me tenía sin cuidado.

Chan volvió hacia Romano.

—Situación de usted muy desagradable. Esposa, dinero, todo perdido. ¿Tiene usted lista que preparó para señor Beaton?

—Está en mi... —de pronto Romano se interrumpió—. Está en mi cuarto —continuó—. Iré a buscarla.

—Siento mucho. —Los ojos de Chan se entornaron—. Usted iba a decir que lista estaba en bolsillo.

—Se equivoca usted —replicó Romano, pero su rostro estaba pálido como el de un muerto—. Y aunque fuera así, ¿qué importancia tendría?

—Tendría importancia grande —continuó amablemente Charlie—. Si usted no

tiene bondad de vaciar bolsillos aquí enseguida, tendré sentimiento de hacer yo trabajo por usted. Tenga seguridad que desagradable acción molestaría mucho a Charlie Chan.

Romano permaneció pensativo unos instantes.

—No he explicado por completo mi entrevista con Ellen. A un hombre no le gusta hablar de estas cosas, pero... —Metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón y tendió a Charlie un rollo de billetes de veinte dólares—. Antes de que mi mujer se dirigiera al balcón sacó de su bolso este fajo de billetes y lo tiró encima de la mesa. Los... los acepté. Mi situación era desesperada. —Dejóse caer en una silla y se cubrió el rostro con las manos. Charlie Chan le miró apiadado.

—Tengo alegría grande que usted haya aclarado detalles. Es lástima que señor *sheriff* tenga que conservar billetes como prueba. Entretanto... buscaremos..., encontraremos manera de arreglar asunto de usted. No haga preocupación, señor Romano. —El policía se volvió bruscamente hacia Swan y con voz dura le dijo—: Doctor Swan, ha llegado momento de usted. ¿Dónde fue cuando hicimos separación frente a casa?

—No tengo mucho que decir —replicó Swan—. Entré aquí y cambié unas palabras con Dinsdale y el señor Beaton. Luego subí a mi cuarto. Pensaba marcharme lo antes posible.

—¡Ah! Usted había hecho olvido en habitación de cosa que tenía interés en conservar.

—No, no tenía nada allí. Mi abrigo y sombrero estaban abajo. No traje equipaje, pues no pensaba pasar aquí la noche.

—Si usted no tenía nada en cuarto, ¿por qué subió?

Swan vaciló.

—Las ventanas de mi aposento dan a la parte trasera de la casa y... y... creí que podría presenciar el aterrizaje, y...

Charlie y el *sheriff* cambiaron una mirada.

—Bueno, seré franco —exclamó Swan—. La realidad es que supuse que Ireland entraría en la casa y yo no quería verle. Él ya sabe que no le tengo ninguna simpatía.

—Y usted sabe lo que yo pienso de usted —replicó con una agria sonrisa, el piloto.

—Ningún hombre —continuó Swan—, puede dignamente estar en el mismo sitio donde se encuentra el chofer que en un tiempo hizo, a espaldas suyas, el amor a su mujer...

Ireland se puso en pie de un salto.

—¿Es verdad eso...?

—Siéntese —ordenó Don Holt—. Esto entra ya en mis aptitudes. Siéntese, Ireland, y cierre el pico.

El piloto, no quiso discutir con el *sheriff* y obedeció. Holt estaba decepcionado por no poder demostrar la fuerza de sus músculos.

—Hagamos en paz continuación de interrogatorio —dijo el chino—. Usted subió a cuarto para evitar encuentro con señor Ireland, ¿verdad, doctor?

—Sí. Entré en mi habitación y cerré la puerta. No pensaba salir de allí hasta que Ellen se hubiese ido. Vi aterrizar el avión y me quedé junto a la ventana esperando que se marchara. Allí estaba cuando sonó el disparo. Ya sé que no es una coartada muy buena, pero...

—Claro que no es ninguna coartada —gruñó Ireland—. Sobre todo cuando se enteren de que, durante siete años, estuvo haciendo víctima de un chantaje a la pobre Ladona...

—¡Eso es mentira! —chilló Swan, temblando de furia.

—¿Chantaje? —murmuró Charlie. Y miró fijamente a Dudley Ward.

—Sí, chantaje —repitió Ireland—. Ella misma me lo dijo. Durante esos siete años le estuvo sacando doscientos cincuenta dólares mensuales. Últimamente me dijo que ya no podía pagar más. Yo le aconsejé que mandase a paseo a ese canalla. ¿Le envió, doctor? Después del crimen que se ha cometido esta noche, sospecho que lo hizo.

—Más vale que vaya con cuidado —gruñó Swan entre dientes—. No está usted fuera de este enredo.

—¿Que no? —preguntó Ireland—. Yo estaba volando por el cielo, inocente como un pájaro. No tengo nada que ver con este asunto...

—¿Y su mujer? —gritó Swan— ¿Qué hay de su mujer? ¿O es que no le importa lo que le ocurra a ella? ¡Pobre Cecile, muertecita de celos...! Y con motivo, supongo. ¿Dónde estaba Cecile cuando sonó el tiro? Eso es lo que me interesa saber.

—Autoridad hará investigación de asunto si usted no pone inconveniente, señor Swan —dijo Charlie—. Cecile... perdón, señora Ireland; con amable ayuda de doctor Swan hacemos interrogación de usted.

—No sé nada, nada —contestó la mujer.

—Ya hacía suposición de que respuesta suya sería así. Cuando vi a usted por última vez tenía que buscar manta para perro. ¿Usted no tomó trabajo de encontrar objeto pedido?

Los ojos de la mujer centellearon.

—No, no pensaba hacerlo.

—¿Ardiente ira estaba en corazón de usted?

—¿Es de extrañar? Acababa de ver el aeroplano de Michael... Sabía que aquella mujer le había enviado a buscar para que la llevara a casa. Y él, como un tonto...

—Te digo que era mi deber, como empleado de la compañía —insistió enfurruñado Ireland.

—Y, cómo lo odiabas... ¿verdad? Pero dejemos eso a un lado. Cuando me dieron la orden pensé: «Que se busque ella la manta si la necesita.» Me dirigía a la parte trasera de la casa cuando encontré al señor Ward. Me preguntó por la manta y le contesté la verdad. «¿Dónde estará Ah Sing?» murmuró el señor, y se alejó de mí.

—¿Y usted qué hizo?

—Fui a la cocina. Oí cómo Michael arriesgaba su vida volando por encima de la casa. Esperé, pues deseaba tener unas palabras con él. El avión aterrizó y Michael llegó por donde yo suponía; pero no iba solo, le acompañaban el señor Ward y usted, señor Chan. No quise dar un espectáculo y le dejé pasar sin hablarle. Volví al primer piso, pensando decir a Ah Sing que avisase a Michael para que se reuniese conmigo. Pero en la escalera...

—¿Qué pasó en escalera? —interrogó Charlie Chan.

—Me detuve para llorar. ¡Me sentía tan triste! Por el ruido del motor comprendí lo cerca que había volado de la casa. ¡Y todo para impresionar a aquella mujer a quien tanto amaba...!

—¡No digas tonterías! —interrumpió su marido.

—Ya sabes que esa es la verdad. Pero no quiero hablar de los muertos. Lloré un momento, luego me sequé las lágrimas y continué subiendo la escalera. Entonces oí el disparo... Esto es todo.

Chan volvióse hacia Holt.

—Ruego haga entrega de objeto encontrado en alfombra de estudio.

El *sheriff* entregó la aguja al chino. Éste se la tendió a la mujer.

—¿Conoce usted, por casualidad, aguja?



—¿Conoce usted, por casualidad, aguja?

—No, señor —contestó la francesa.

Chan se la mostró entonces a Ireland, mirándole fijamente mientras lo hacía.

—¿Conoce aguja? —preguntó.

—No —contestó el aviador—. ¿Cómo voy a conocerla?

Charlie guardó el alfiler en un bolsillo.

—Rutina casi terminada —dijo—. Sólo falta hacer interrogación de una persona...

—Yo, ¿verdad? —preguntó Leslie Beaton, poniéndose en pie.

La joven era alta y delgada. Su aspecto reflejaba una honda desesperación...

—Siento mucho que tengamos que interrogarla —dijo Don Holt.

—No se preocupe —replicó la joven, dirigiéndole una amistosa mirada—. Estas cosas les ocurren a todos los *sheriffs*, por amables que sean. Supongo que deseará que le explique lo que he hecho esta noche. Seré todo lo breve que pueda.

—No es necesario que esté usted de pie —protestó Holt, acercándole una pesada silla.

—Muchas gracias —dijo la joven—. Bien, señor Chan... cuando el aeroplano volaba por encima del lago, yo fui la primera en salir. Me puse el abrigo de mi hermano y corrí al embarcadero. Desde allí vi acercarse el avión. Era un espectáculo maravilloso y si, como Cecile no hubiera estado un poco triste, me hubiera sentido muy emocionada. A los pocos momentos apareció el doctor Swan y, juntos contemplamos las evoluciones del aparato. Hablamos algo. Al poco tiempo él se dirigió hacia la casa. Yo permanecí donde estaba.

—¿Por cuánto rato? —preguntó Chan.

—Estuve viendo como el aeroplano volaba por encima del edificio.

—¿Vio a señora Ladona salir a balcón?

—No, los árboles me lo impedían. Tenía un poco de frío y volví aquí. El señor Dinsdale y Hugh estaban juntos. Como supuse que saldríamos enseguida hacia Tavern, subí al cuarto en que están nuestros abrigos.

—Habitación donde están abrigos queda junto a estudio donde se cometió asesinato —indicó Charlie.

La joven estremeciéndose ligeramente, pero continuó:

—Sí, es verdad. Me senté ante el tocador para empolvarme un poco y arreglarme el cabello. De pronto sonó un disparo en la habitación de al lado...

—Suplico un momento —la interrumpió Chan—. ¿Notó usted ruido antes? ¿No oyó lucha?

—No... nada.

—¿Ni voces?

—Nada en absoluto, señor Chan. Tenga en cuenta que no hay comunicación entre las dos habitaciones.

—Hago comprensión —replicó el policía—. Por favor, ruego continúe explicación.

—Bien, pues oí ese disparo y... me quedé inmóvil, sin comprender lo que había ocurrido. Luego oí gente que corría por el vestíbulo y que entraba en el estudio. Salí del cuarto y les seguí. Esto es... esto es todo.

—Lástima grande de —replicó Charlie—. Desearía que todo hubiera hecho fin aquí. Pero, señor Holt, en bolsillo de usted veo bufanda roja.

—¡Oh, es verdad! Creo que hemos cometido un error, señorita Beaton. Cuando encontramos esta bufanda en el estudio, supusimos..., claro que yo aún no la había visto a usted...

—No se preocupe —sonrió la joven—. No tiene importancia.

—Tiene importancia grande —replicó el policía, cogiendo la bufanda—. Suplico humildemente perdón por hacer indicación de que no estamos en alegre fiesta. Bufanda roja es bufanda de usted, ¿verdad, señorita?

—Ya se lo dije arriba.

—¿Cómo da explicación de que bufanda de usted estuviera en manos de señora Ladona?

—No puedo explicarlo de ninguna manera, señor Chan.

Este se sacó del bolsillo la aguja encontrada en el estudio.

—¿Conoce usted joya?

—Es mía.

—Hago comunicación a usted que aguja fue encontrada junto a cadáver.

—Es una aguja que yo usaba para sujetar la bufanda. Cuando dejé la prenda encima de la cama, clavé inadvertidamente la aguja en ella. Esto es todo.

—Usted estuvo sola en cuarto junto a donde crimen se cometió. Bufanda y aguja de usted están junto a pobre señora Ladona. Y usted no puede dar explicación...

—Quizá, como ha dicho mi hermano...

—Hermano de usted ha hecho galante esfuerzo para explicar. Siento mucho hacer comunicación a usted de que pruebas acusan mucho.

—Pero... —De pronto, en el rostro de la joven se pintó un vivo terror—. Pero... usted... usted no creerá que yo... yo he matado a Ellen Ladona. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Lo siento, señorita —dijo en aquel momento el doctor Swan. Todas las miradas se volvieron hacia él—. Lo siento —repitió—, pero en las actuales circunstancias creo que mi deber es recordarle la conversación que sostuvimos en el embarcadero.

—Está bien —replicó en voz baja la joven—. ¿Qué dije?

—Hablamos acerca de Ellen Ladona —continuó suavemente el doctor—, y sus últimas palabras fueron: «¡La odio! ¡La odio! ¡Ojalá se muriera!».

CAPITULO VI

Las tres de la madrugada

Un largo silencio reinó en el amplio salón. Al fin fue roto por el rodar de un leño en la chimenea. Ah Sing corrió a arreglarlo. En aquel momento el joven Beaton encaróse con el doctor Swan. Estaba lívido de rabia; una completa e inesperada transformación se había operado en él.

—¡Es usted un despreciable mentiroso! —exclamó salvajemente.

—Un momento —replicó sin inmutarse Swan—. Lo que he dicho es la pura verdad, ¿no es cierto, señorita Beaton?

La joven tenía la mirada fija en el pañuelo que estrujaba entre las manos.

—Sí, es verdad —contestó en un susurro.

—Siento mucho —intervino Chan—. Pero, señorita Beaton, es necesidad para nosotros tener conocimiento...

—Sí, sí, claro —asintió el *sheriff*—. Pero no hay necesidad de que conteste delante de todos los aquí reunidos. Señor Ward... ¿Hay algún otro aposento...?

El millonario se levantó.

—Sí —dijo—, si quieren pueden usar el comedor. Tengan la bondad de seguirme.

—Muy bien —asintió Holt—. Los demás quédense aquí. ¿Me entienden? Ahora, señorita Beaton... Sí, su hermano también... y el doctor Swan. Tengan la bondad de acompañarnos al señor Chan y a mí. —Mientras seguían a Ward, añadió, dirigiéndose a la joven—: No he querido hacer un espectáculo de su declaración. Hay cosas que son privadas.

—Es usted muy amable —dijo la muchacha.

Ward les hizo entrar en el comedor, cerró la puerta y desapareció. El doctor Swan parecía muy apesadumbrado.

—Señorita Beaton, crea que siento mucho haberme visto obligado a decir lo que he dicho —se excusó—. Sin embargo, se dará usted cuenta de que...

—Le comprendemos perfectamente —interrumpió furioso el hermano—. Lo que a usted le interesa es quitarse de encima este terrible asunto. Su situación no es demasiado clara y cuanto menos sospechen de usted mejor. ¡Mirando por la ventana y

gozando del maravilloso espectáculo de la nieve en la montaña! ¿No fue a usted a quien Ellen pidió la bufanda?

—Por favor, Hughie —le interrumpió su hermana—, no hables...

—Indicación de usted muy sabia —sonrió Charlie—. Es a señorita a quien corresponde hablar. Siento mucho hacer pregunta, pero ruego contestación: ¿Por qué hizo usted afirmación de que deseaba muerte de señora Ladona?

La muchacha sentóse en la silla que le ofreció Don Holt.

—Es cierto que dije que deseaba su muerte —empezó—. También dije que la odiaba. Y es verdad, la odiaba a muerte. Para explicar mis sentimientos tengo que retroceder a muchos años y, aún así, dudo que me comprendan. Ustedes no saben lo que es ser pobre..., terriblemente pobre, y tener alguien en la familia con aptitud para algo, una aptitud indudable, y luchar a brazo partido con la vida para lograr que ese ser querido pueda seguir los estudios necesarios. Esto es lo que nos ha ocurrido a nosotros.

—¿Crees que es preciso explicar todo eso? —protestó su hermano.

—Sí, Hughie, debo decirlo. Muy pronto, señores, comprendimos en casa que Hugh poseía una voz excelente. Desde aquel momento todos los esfuerzos familiares se encaminaron a dar educación musical a mi hermano. Nuestro padre llevaba un mismo traje tiempo y tiempo. Mamá, vivió una vida sin gustos ni alegrías, limitándose en todo, con objeto de poder pagar la educación de Hugh, primero en Nueva York y luego en París. Por fin, después de años y años de estudios, Hugh empezó a dar recitales en varias poblaciones, ganando ya algún dinero. Al parecer, se encontraba en el umbral de una gran carrera. Había llegado ya el momento con el que tanto habíamos soñado todos. Y en aquel preciso instante apareció esa mujer, cogiéndolo en sus garras, y amenazando arruinarlo todo...

—La juzgaste mal, Leslie —le interrumpió su hermano.

—¿Que la juzgué mal? Tenía quince años más que tú. ¿Sentía algún interés por tu carrera? ¿Te hubiese ayudado a conseguir el éxito? No, todos lo sabíamos. Tú mismo lo sabías. Hace unos días lo dijiste...

—No importa. Ahora ha muerto.

—Ya lo sé —asintió la muchacha—. No quiero decir nada contra ella... sólo quiero explicar el motivo de mi antipatía, de mi odio. —Se volvió hacia Chan y el *sheriff*—. Todo demostraba que me sería imposible impedir la celebración de ese matrimonio —explicó—. Sin embargo lo intenté por todos los medios. Fui a Reno, hablé con ella y... se rió de mí. Me desesperé. Quería salvar a Hugh e impedir que cometiese un terrible error. Estaba segura de que la enorme diferencia de edad haría que el enamoramiento de mi hermano fuese pasajero. Cuando Ladona empezó a flirtear con ese Ireland me enfurecí.

—Cállate —intervino el joven—. Aquello no tenía la menor importancia. Era... el carácter de Ellen.

—Sí, era su carácter —siguió la muchacha—. Pero un carácter nauseabundo. Esta

noche le llamó para irse con él y dejar que nosotros nos fuésemos solos. Yo no podía con mi indignación. Hugh, como es un muchacho débil, se aguantaba.

—Diles que siempre he sido débil, tímido y explícales todos mis otros defectos —gruñó el joven—. Cuéntales que siempre has tenido que cuidarme y velar por mí como una madre.

—¿Lo he dicho, acaso, Hughie? —replicó suavemente la muchacha—. No te enfades. Sólo trato de explicar mi estado de ánimo de cuando llegué al embarcadero. El doctor Swan se reunió conmigo, le había conocido en Reno. Hablamos de Ladona y... se me fue la lengua. Al acercarse el aeroplano me eché a llorar y dije que la odiaba y que deseaba su muerte. Pero no la maté. —Gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas—. Ya sé que sobre mí recaen todas las sospechas; yo estaba en la habitación contigua, mi bufanda se encontró en sus manos y mi alfiler junto a ella. ¿Por qué? ¿Cómo? No lo sé. No puedo explicarlo. Alguien debía de conocer mis sentimientos y se aprovechó de ellos. No veo otra razón.

Interrumpióse de pronto, mirando fijamente al doctor Swan. Charlie y el *sheriff* también le miraron. El tercer marido de Ellen Ladona llevóse nerviosamente las manos al cuello y enrojeció.

—Sí —asintió Don Holt—. En su suposición puede haber algo de verdad, señorita Beaton. Bien, no la detendremos. Mejor dicho, de momento no tenemos nada más que preguntarle. Comprendo perfectamente que es usted...

—Sí, es verdad, es verdad —se apresuró a decir Charlie—. Señorita Beaton, puede volver a otro aposento. Pero cometería falsedad si ocultara a usted que está en peligrosa situación. Próximos descubrimientos pueden hacer aclaración de inocencia de usted. Charlie Chan desea con todo corazón que sucesos sigan camino así. —Sonriendo, añadió—: Tengo también simpatía grande por señor *sheriff*.

Holt miró fijamente a su compañero.

—¿Qué significa eso? —quiso saber.

—Es nuevo misterio que tiempo solucionará —replicó el chino—. Señor *sheriff*, hago suplicación de que quede usted conmigo en comedor.

Cuando los demás se hubieron retirado, el policía sentóse en una silla, e indicó a Holt que hiciera lo mismo.

—¿Quiere hacer explicación de descubrimientos que usted ha hecho en declaraciones de personas que no vi cerca cuando sonó disparo?

—Ninguno, fuera de que Swan y Romano estaban en sus respectivas habitaciones contemplando el panorama nocturno, Cecile subía llorando la escalera, Sing buscaba la manta para el perro, y la señorita Beaton estaba en el cuarto contiguo al del crimen. Daría cualquier cosa porque no hubiese estado allí. Estas son las declaraciones de los no presentes en la sala cuando sonó el disparo. ¿Qué conclusión ha sacado usted?

—Que alguien falta a verdad —contestó el chino.

—Claro, eso desde luego. Pero ¿quién miente? ¿Romano?

Charlie permaneció pensativo y replicó:

—Romano tenía en bolsillo dinero de señora Ladona. ¿Hizo entrega señora Ladona de dinero? ¿O en ataque de furia señor Romano mató a esposa suya y quitó luego dinero? Hay posibilidad de que sea así.

—Cecile tenía también un excelente motivo —reflexionó el *sheriff*.

—Todos tenían motivos buenos. Pero, cosa curiosa, nadie ha hecho presentación de coartada. Trabajo grande para nosotros. Cinco sospechosos. —Permaneció callado unos instantes y, al fin, continuó—: Quiero hacer recordación de que frontera de próximo Estado está a distancia corta de aquí. Obligación de usted es hacer que ningún sospechoso cruce línea esta noche.

—Comprendo —replicó el *sheriff*—. Seguramente protestarán. Podríamos trasladar a algunos a Tavern.

—Es tarde —replicó Chan—. Romano, Cecile y Sing quedan aquí. Haga persuasión para conseguir que señor doctor y señorita Beaton también se queden. Casa tiene muchas habitaciones. Acepto responsabilidad por acción.

—¿Y si alguno se escapara? —preguntó Holt.

—Sólo ladrón pone aceite en cerradura —replicó Chan mientras se levantaba—. Sólo culpable escapa. Huida sería excelente solución. Pero ahora hago recuerdo de error grande cometido.

—¿Qué error? —preguntó Holt.

—Sospechosos son seis, no cinco.

—¿Seis? ¿Otro? ¿Quién es?

—Hice olvido de cocinera. Falta grande de cortesía, porque cocinera es muy buena artista. Quizá muy buena testigo. Si usted queda aquí esta noche, haremos visita a cocina.

—Creo que podré quedarme —contestó Holt—. Supongo que puedo permitir que Ireland vuelva a Reno.

—No hay inconveniente ninguno. Señor Ireland no puede ser asesino. Sí, señor Ireland, señor Beaton y señor Dinsdale marchar...

Separándose de Holt, el chino dirigióse a la cocina. A sus ojos se ofreció una escena familiar. Sentada en un amplio sillón y profundamente dormida, estaba la cocinera. A sus pies, tendido sobre un trozo de alfombra, roncaba apaciblemente *Trouble*. El policía, sonriendo, salió de la casa.

Durante un rato estuvo examinando el terreno con ayuda de una linterna eléctrica que había sacado de su maleta.

Cuando terminó su infructuosa busca de huellas, se puso en pie y abismóse en la contemplación del panorama nocturno. Las luces del aeródromo estaban encendidas. El aeroplano de Ireland semejaba un actor ante las candilejas. Por fin Charlie, después de apagar la linterna, entró de nuevo en la casa. Junto a la puerta de la cocina encontró a Holt.

—Durmiendo, ¿eh? —dijo éste, indicando, con un movimiento de cabeza, a la cocinera.

—Sí, sueño de inocencia ha cerrado ojos. ¿Ha arreglado cosas para esta noche?
Holt asintió.

—Sí, Swan protestó diciendo que tenía que volver a Heno. Pero le he convencido. Ese pájaro no me gusta nada... ¡Ah, dispense! Debo recordar la lección número uno. Sin embargo ese tipo no me entra. La señorita Beaton se queda. Cecile le prestará las ropas que necesite. El hermano tampoco se marcha.

—Tendremos reunión grande —murmuró Charlie.

La cocinera se agitó en su sillón y los dos hombres entraron en la cocina.

—Tenemos sentimiento grande de molestar a usted —se excusó el policía.

—Yo debía estar ya acostada —murmuró la mujer—. ¿Por qué estoy aquí? ¡Ah, sí!... La pobre señora. Me había olvidado de ella...

—Permítame que le explique, señora... —empezó Holt.

—Me llamo O'Farrell —indicó la cocinera.

—Señora O'Farrell, yo soy Don Holt, *sheriff* de este condado.

—¡Dios tenga piedad de nosotros! —exclamó la mujer.

—Y el señor, es el inspector Charlie Chan, de la policía de Honolulu.

—Honolulu, ¿eh? Pues ha venido en muy poco tiempo.

Charlie sonrió.

—No he hecho viaje en poco tiempo. Estaba aquí antes de ocurrir triste suceso. He tenido oportunidad de hacer comprobación de excelencia comida de usted y doy humildes felicitaciones.

—Es usted muy amable, señor —replicó, halagada, la cocinera.

—Pero asuntos materiales reclaman atención ahora —continuó el chino—. Usted tiene noticia de triste acontecimiento, ¿verdad?

—¿Se refiere al asesinato? —preguntó—. No tengo nada que ver con él.

—Nosotros tampoco —repuso con una leve sonrisa el chino—. Por eso hacemos busca de criminal. Hay necesidad de hacer a usted algunas preguntas. Usted tendrá amabilidad de dar contestación, ¿verdad?

—Ya lo creo. No estaré tranquila mientras sepa que en esta casa hay un asesino. Pero no creo que pueda ayudarles mucho. Me he pasado toda la tarde en la cocina. Preparar una cena como la que les he servido no es cosa fácil. Ni tampoco lo es fregar el montón de platos que se han ensuciado. El patrón supone que Ah Sing me ayuda, pero ese hombre es como un fuego fatuo, tan pronto está aquí como desaparece sin hacer el menor ruido.

—Bien, señora O'Farrell. Hagamos referencia al momento en que oyó volar aeroplano. ¿Cuándo oyó ruido de motor?

—No puedo decírselo exactamente, señor Chan; pero me parece que en el momento en que noté el ruido, el aparato debía de volar por encima del lago. Me preguntaba qué sería aquello cuando entró Cecile... no, digo mal, entró el señor Ward y me preguntó si había visto a Ah Sing. Le contesté que el amarillo ese, perdón señor, pero usted es un chino diferente de los demás, a usted se le nota que es un caballero.

Bueno, pues le dije que Sing estaba en el porche. Apenas acababa de retirarse el señor Ward, vino Cecile, hecha un mar de lágrimas, diciendo no sé qué de su marido, de una manta, de esa cantante de ópera y un sinfín de cosas más. Cuando el aeroplano pasó por encima de la casa, Cecile rompió a llorar con más fuerza, y el chucho éste se acurrucó a mis pies, temblando de miedo.

—¡Ah! ¿*Trouble* sintió miedo cuando escuchó ruido de avión?

—Ya lo creo, gemía enternecedoramente y no se calló hasta que le cogí en brazos.

—¿Y Cecile?

—Quedóse junto a la puerta, como si esperase a alguien. Vi pasar al señor Ward, a usted y a aquel hombre vestido de cuero, pero no oí hablar a Cecile. Estaba demasiado ocupada con el chucho para acercarme a la puerta. Fíjese en este pobre huérfano. ¡Con que tranquilidad duerme, sin saber lo que ha perdido!

Chan sonrió a la mujer.

—De momento dejaremos perro a cuidado de usted, señora O'Farrell, y tengo seguridad que no podría haber hecho encuentro de mejores manos. Doy consejo que se acueste.

—Muchas gracias, señor; pero no podré descansar tranquila hasta que detengan al asesino. Supongo que procurará usted detenerle lo antes posible.

Charlie movió la cabeza.

—Hay que hacer despacio recogimiento de cosa que necesitamos de prisa —explicó—. Loco con prisa toma té con tenedor.

Seguido de Holt salió de la cocina. Al llegar a la escalera posterior, el *sheriff* se detuvo.

—¡Sí que hemos hecho descubrimientos! —exclamó disgustado.

—¿Usted piensa así? —preguntó Chan.

Holt dirigió una rápida mirada a su compañero.

—La verdad es que no hemos descubierto nada, ¿no es eso?

El policía encogióse de hombros.

—Pescador que pesca en agua turbia no puede decir, antes de sacar de agua, si pez es grande o pequeño.

—Es verdad. Bueno, creo que esta es la escalera de que nos habló Cecile. Le dije a ese médico que vino, que me esperase arriba. Creerá que me he olvidado de él. ¿Quiere que subamos a verle?

Le encontraron en el estudio. Sin duda había concluido su trabajo, pues estaba tranquilamente sentado ante el fuego. Al oír entrar a los dos hombres, se levantó.

—Bien —dijo después de que Holt le presentara a Charlie Chan—. He examinado el cadáver, aunque supongo que el forense lo hará otra vez mañana por la mañana. ¡Pobre Ladona! La conocí de recién casada. ¿Quién iba a suponer que vendría a morir a esta misma casa? ¡Hum! Me parece que me aparto de lo que a ustedes les interesa. Bien, no hay mucho que decir. La bala penetró unas cuatro pulgadas más abajo del hombro y siguió una trayectoria descendente. Quizá el asesino estaba en pie cuando

hizo el disparo, y ella arrodillada. —El médico miró al chino.

—Quizá —dijo éste. Como el detective no parecía muy inteligente, el médico se volvió hacia Holt.

—Mañana podremos decirlo con más seguridad —continuó—. En lo referente al calibre del arma, también tendremos que esperar hasta mañana.

Holt cogió el revólver con incrustaciones de nácar.

—Encontramos esto —dijo.

—Quisiera hacer pregunta, señor doctor —intervino Charlie—. ¿Hace usted suposición de que muerte fue instantánea? ¿Pudo señora dar dos o tres pasos después de recibir tiro?

El medico quedó pensativo, y después contestó:

—Eso se lo podré decir con más seguridad después de la autopsia. Cabe dentro de lo posible que diese unos pasos después de recibir el balazo. Pero tenga en cuenta...

Le interrumpió el fuerte zumbido del motor de un aeroplano.

—Es Ireland —explicó el *sheriff*—. Le dije que podía marcharse.

—Comprendo —asintió Charlie.

Desde el balcón contempló cómo el aparato se alejaba por encima del lago. Muchas cosas habían ocurrido —reflexionó— desde que aquel aeroplano apareciera por primera vez en el cielo.

—Si no tienen ustedes inconveniente quisiera marcharme. Ayer noche tuve mucho trabajo y apenas dormí —dijo el médico.

—Desde luego —asintió Holt—. Pero antes, ¿quiere hacer el favor de ayudarme a trasladar a esa pobre señora? He telefoneado a Gus Elkins diciéndole que me espere. Necesitaremos unas mantas, ¿verdad? Supongo que no habrá nadie en el salón.

Charlie recogió el negro de humo y el cepillo de pelo de camello que había dejado encima de la mesa.

—Mientras ustedes toman desagradable trabajo, haré investigación de aposento próximo, antiguo saloncito de señora Ladona, por donde asesino pudo hacer huida. Suplico visiten antes de marchar.

—Lo haré —contestó Holt.

Quince minutos más tarde abría la puerta del saloncito. Chan estaba de pie en medio del cuarto. Todas las luces estaban encendidas. Los muebles eran algo anticuados, a la moda de veinte años antes, pero Holt no se fijó en ello.

—¿Ha conseguido algo? —preguntó.

—Poco —y el policía encogióse de hombros.

Holt se acercó al balcón para examinar la falleba.

—¿Ha encontrado alguna huella?

—Ninguna —contestó Chan—. Tampoco hay en tirador de puerta.

—Eso no es lógico —murmuró el *sheriff*—. Si el criminal hubiese huido por aquí debería haber bastantes, ¿no?

—Muchas —convino el policía—. Pero gente lee novelas policíacas y conoce

técnica huellas dactilares. Todas han sido borradas.

—Eso significa que el asesino de Ladona escapó por aquí —murmuró Holt—. También es muy probable que viniese por aquí, pues. Dejando el balcón de este cuarto abierto podía volver a salir por él.

Chan asintió.

—Usted hace progresos grandes. Pronto maestro tendrá que aceptar lecciones de usted. Sí, asesinato debió de ser premeditado. Sino criminal no hubiera podido escapar sin romper cristal de balcón.

—¿Hay algo más que le haga suponer que el asesino...?

—O asesina —sugirió el policía.

—Como usted quiera; ¿escapara por aquí?

Chan señaló un tocador que ocupaba uno de los lados de la habitación y ante el cual veíase una silla caída.

—Alguien entró con prisa grande y, en oscuridad, rodilla suya tropezó con silla. Quizá alguien tenga rodilla con golpe.

—Ojalá —asintió el *sheriff*—. Esta habitación no comunica con ninguna otra, ¿verdad?

—No —contestó el chino—. Esa otra puerta es de guardarropa.

—Entonces me voy —dijo Holt—. El cadáver está ya en la lancha. El doctor se ha marchado en su barca. El pobre hombre fue candidato al título de forense y lo perdió. Por eso no hace de muy buena gana este trabajo.

Bajaron al salón, en el cual no había nadie, y Charlie acompañó a su nuevo amigo hasta el embarcadero.

—Me satisface mucho que haya accedido usted a ayudarme, señor Chan. El misterio me parece insoluble. No vislumbro la menor luz.

—Tenga paciencia. Cuando melón llega a madurez cae solo de planta. He hecho comprobación de que siempre es verdad así.

—¿Ha encontrado alguna pista? —preguntó el joven.

—¿Pista? —El chino sonrió—. Tengo cantidad tan grande de pistas que vendería a precio barato. Sí —continuó—, si me hicieran pregunta de quejas que tengo contra caso presente, daría contestación que demasiadas pistas. Pero experiencia demuestra que, en tiempo, pistas buenas se ponen en su sitio, y falsas desaparecen. Caso de ahora tiene interés grande para Charlie. Sucesos inesperados han ocurrido aquí esta noche, inesperado detalle puede dar solución. —Habían llegado al embarcadero. El policía tendió la mano a Holt—. Buenas noches. He tenido placer grande en conocer a usted. He tenido también placer grande en conocer fresco país como éste. Siento mucha felicidad.

—Muy bien —dijo Holt—. Pues seamos felices. Hasta mañana, señor Chan.

—Un momento —Charlie detuvo al *sheriff*.

—¿Qué pasa?

—Bala que harán entrega a usted mañana guarde con cuidado grande, no hay que

perder.

—No se preocupe; no la perderé de vista —prometió Holt, dirigiéndose a su barca.

Charlie regresó al salón. Allí estaba esperándole, Dudley Ward.

—¡Oh, señor Chan! —dijo—. Me parece que, de mis invitados, usted es el último en retirarse.

—Voy corriendo a habitación. Tengo sentimiento grande de molestar a usted.

—Nada de eso —replicó Ward. Dejose caer en un sillón—. Estoy muy cansado de todo esto. Pobre Ellen... Nunca me perdonaré por haberla hecho venir aquí. ¡Pero es que estaba tan ansioso por saber algo acerca de mi hijo!

—Es cosa natural —dijo el chino.

—Ahora tengo más ansiedad que nunca —continuó Ward—. Espero que lo ocurrido esta noche no le hará olvidar el motivo de su visita. Es necesario que descubra usted al asesino; pero también lo es que encuentre a mi hijo. Habiendo muerto Ellen me necesita más todavía.

—No dejaré que olvido se apodere de encargo de usted.

—Ya oyó lo que dijo Ireland acerca de Swan y del chantaje —continuó Ward—. ¿No ha pensado usted que el doctor podría estar enterado de la existencia del muchacho y que la amenazó con decírmelo?

—Sí —asintió gravemente el policía.

—Sin embargo, durante la cena, Swan dijo no saber nada de ello...

—Verdad no salía de sus labios —aseguró con firmeza Charlie.

—¿Usted cree?

—Tengo seguridad. También tengo seguridad de que señor Romano no decía verdad cuando habló.

—Me alegro de que confirme usted mis impresiones. Hace un momento he subido al cuarto de Swan y le he suplicado que si sabía algo me lo dijese. Pero ha insistido en negar.

—Mentira ha continuado en sus labios.

—Yo también lo creo —asintió Ward—. Quizá tengamos que investigar por otro lado. Sin embargo, es necesario no olvidar al doctor Swan.

—No haré olvido de doctor —prometió Charlie—. Ahora, si usted no pone inconveniente, iré a habitación que ha tenido bondad designarme.

—Sí, sí, desde luego —Ward se levantó—. Ya sabe dónde está, ¿verdad? Ahora recuerdo que me he olvidado de apagar las luces del aeródromo. Le diré a Sing que las apague y luego me retiraré yo también.

Hacía unos minutos que Charlie estaba en su cuarto cuando el millonario llamó a la puerta.

—Quería decirle que, si necesita algo, no tiene más que pedirselo a Ah Sing o a mí —explicó—. Buenas noches, señor inspector.

—Buenas noches, señor Ward.

El detective notó que, en un cesto, había gran cantidad de combustible. La leña le sería muy necesaria si deseaba cumplir lo prometido al *sheriff* de vigilar a todos los habitantes de la casa. Una promesa muy tonta, pensó mientras se desnudaba. Ninguna de las personas allí reunidas cometería la equivocación de tratar de escapar.

Sin embargo, una vez en pijama, bata y zapatillas, echó otro leño a la chimenea, abrió unos centímetros la puerta del cuarto y se sentó en un cómodo sillón, junto a ella. Miró su reloj de pulsera. Era la una y media. En el vestíbulo reinaba un profundo silencio, sólo interrumpido por los ruidos propios de una casa antigua; crujidos, chasquidos, susurros. Pero los seres humanos estaban todos en sus aposentos.

Acomodóse mejor en el sillón, sumióse en hondas cavilaciones acerca del caso en que tan interesado estaba. Por su cerebro desfilaron diversas escenas que tuvieron lugar durante el día. El tranquilo lago, bajo el estrellado cielo. Dudley Ward saludando a su antigua esposa. Ladona bajando la escalera llevando en brazos a su perrito *Trouble*.

Ireland volando alrededor de la casa. Ladona tendida en el suelo. La promesa de cantar para él algún día, promesa que quedaría incumplida para siempre...

Chan se levantó de un salto. Miró el reloj. Eran las tres menos diez. Demasiado cómodo aquel sillón. Pero ¿qué le había sobresaltado? Un gemido. Un débil gemido que sonó en algún lugar fuera del cuarto. No un crujido, sino un gemido humano.

El policía salió al vestíbulo, que estaba en tinieblas. Lentamente acercóse a la escalera.

De pronto tropezó con un objeto blando. Charlie encendió la linterna eléctrica. El haz luminoso mostraba un hombre tendido en el suelo. Era un hombre de rostro amarillo: Ah Sing.

El viejo lanzó otro gemido y, levantando una de sus delgadas manos, frotóse la fina barbilla.

—No puedo hacel —protestó débilmente—. No puedo hacel.

CAPITULO VII

Los ojos del ciego

Por un momento Chan permaneció inclinado sobre Ah Sing.

—¿Qué te pasa? —preguntó en chino— ¿Quién te ha tirado al suelo?

Sing abrió y cerró los ojos.

Charlie dio vuelta al interruptor de la luz. El vestíbulo del primer piso quedó brillantemente iluminado. El policía miró a su alrededor. Exceptuando la de su cuarto, todas las demás puertas estaban cerradas. Dirigiéndose a la habitación de Dudley Ward, llamó con los nudillos.

La puerta abrióse casi inmediatamente y Dudley Ward apareció en el umbral. Vestía un pijama y representaba muchos más años de los que Charlie le había supuesto viéndole en traje de calle.

—¿Ocurre algo, señor Chan? —preguntó.

—Ha ocurrido —explicó el policía—, accidente.

—¡Un accidente! ¡Dios Santo! ¿Qué ha pasado? —y Ward acercóse precipitadamente a su fiel servidor.

—Hice encuentro de criado de usted sin sentido de golpe en cara —explicó Charlie.

—¿Un golpe? ¿Quién se...?

Al oír la familiar voz de su jefe, el viejo sentóse en el suelo y miró desaprobadoramente a Ward.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó—. Usted muy loco. Ha salido del cualto sin zapatillas y sin abrigo; cogelá flío, constipado. Usted molilá, quizá.

—No te preocupes —replicó Ward—. ¿Quién te ha pegado?

Sin encogióse de hombros.

—¿Cómo voy a saber? Quizá hombre muy glande. Tlopecé con él en oscuridad y dio golpe muy fuehte. Nada más.

—¿No le viste?

—¿Cómo iba a podel vel si todo osculo? —Trató de levantarse y Chan tuvo que ayudarle. Cuando se puso en pie rechazó a Charlie y dirigióse a la habitación de

Ward. A los pocos segundos estaba de regreso con una bata de lana y las zapatillas—. Usted pondrá enseguida. Usted hará caso a Ah Sing. Si no usted lo congelará lesfiado.

Ward lanzó un suspiro y se sometió a los deseos de su criado.

—Está bien —refunfuñó—. Pero ¿qué hacía aquí?

—Hago como siempre. Levanto de noche y doy vuelta por casa. Quiéreme siempre vel si cosas confolmes. Plocual que fuego no se apague en salón. —Miró a su jefe como si hiciera mucho tiempo que pensara decir aquellas palabras y continuó—: Casa muy glande. Mucho trabajo. Nunca descanso. Demasiado para mí. No puedo hacer. No puedo hacer.

—Hace cincuenta años que dice lo mismo —explicó Ward a Charlie—. Y tuve que luchar a brazo partido con él para conseguir que tolerase la presencia de otra criada. Bien sabe Dios que le he repetido mil veces que no quiero que se levante a las tres de la mañana para arreglar el fuego del salón. —Volvióse hacia Sing y preguntó—: ¿Lo has arreglado?

—Sí, he alegrado bien. He puesto leña. Cuando llegué tropecé con fuerte puño que hizo caer al suelo. Nada más.

Charlie le palmoteó suavemente la espalda.

—Será mejor que te vayas a la cama —le dijo en chino—. Has dicho muy bien, en esta casa hay demasiada gente. Algunos de los huéspedes no son muy amables. Los viejos no deben tratar con rufianes. Los huevos no deben bailar con las piedras.

—Buenas noches —contestó Sing, dirigiéndose a su aposento, en el segundo piso. Chan volvióse hacia su huésped.

—Hago comprobación de que usted tiembla —dijo—. Tenga bondad de entrar en cuarto mío un momento. He conservado encendido fuego que hará bien grande a usted. —Hizo entrar en su dormitorio al millonario y le ofreció un sillón junto a la chimenea—. ¿Quién cree usted ha cometido última hazaña?



—¿Quién cree usted que ha cometido última hazaña?

Ward se sentó y quedóse unos instantes contemplando el fuego.

—No sé —contestó al fin—. Quienquiera que haya sido me gustaría ponerle las manos encima. Parece mentira, ¡golpear a un pobre viejo! Pero no tengo la menor sospecha.

—Señor *sheriff* ha dado encargo esta noche. Temor empieza a apoderarse de Charlie. ¿Habrá volado pájaro de jaula? Pido permiso para hacer comprobación.

—Haga, haga —asintió Ward.

—Conozco habitaciones de señores Romano, Ryder y Swan. Pido haga favor de indicar habitación de joven Beaton.

El millonario hizo lo que le pedía el inspector. Antes de diez minutos regresó éste.

—Tengo alegría de hacer comunicación que pájaros todos en nido. He abierto puertas de cuartos y todos en cama pareciendo dormidos.

—Bien..., pues estamos ante otro misterio —hizo notar Ward.

—Sí, todos hundidos en profundo sueño —continuó el policía—. Ninguno

dormido de cara a puerta. Esto es coincidencia grande. Pero alegría mía ha sido mucha por encontrar a todos dormidos, o con ojos cerrados nada más.

Ward se levantó.

—Creo que yo también me iré a la cama. Esta noche no me es fácil dormir, inspector. Han matado a Ellen en la misma casa donde yo pensé pasar la vida entera con ella. Y mañana tendremos que ir a Reno a investigar sus documentos. —Apoyó la mano en el brazo izquierdo del chino y murmuró—: Tengo miedo, señor Chan.

—¿Miedo?

—Sí. Suponga que tengo un hijo. Un hijo que nunca ha oído hablar de mí, ni me ha visto. ¿Qué significaré yo para él? Menos que nada. No sentirá hacia mí ni amor, ni afecto. Demasiado tarde, señor Chan. Siempre demasiado tarde.

—Aconsejo acueste para ver si sueño acude a llamada de usted —indicó el policía—. Y del porvenir..., cuando se llega a río es momento de quitarse zapatos.

Cuando Ward se fue, Charlie, después de echar unos leños al fuego, se sentó frente a la puerta, abierta por completo. Estaba muy despejado y las cuatro de la mañana es una hora a propósito para pensar. ¿Qué significaba aquel ataque contra Ah Sing? ¿Acaso conocía el criado chino a su atacante? De ser así, ¿por qué callaba? Miedo, sin duda. El miedo al hombre blanco, infiltrado en el alma del viejo chino desde la época del descubrimiento del oro, en que tan duro trato sufriera.

Charlie buscó alguna pista. «No puedo hacel» había murmurado el criado, mientras se hallaba en el suelo semi inconsciente. Pero aquello se refería, sin duda, a lo que tantas otras veces dijo de su trabajo: «Muchísimo tlabajo. Nunca descanso. Demasiado pala mí. No puedo hacel». La queja bajo la cual ocultaba su gran devoción por su amo.

Chan suspiró. Era demasiado pronto para preparar algún plan encaminado a descubrir al asesino de Ellen Ladona. De momento sólo podía hacer conjeturas. Seguía abismado en ellas cuando un amarillo sol apareció detrás de los helados picos de las próximas montañas. Los ruidos matutinos hicieron su aparición. Oyóse la voz de la señora O'Farrell y en la cocina sonó el débil ladrido de un perro.

Mientras se bañaba y afeitaba, Charlie estuvo pensando en un solo ser. En *Trouble*, el perro.

Cuando estuvo dispuesto para bajar al salón, el sol brillaba ya sobre el lago. El espectáculo era de una belleza fantástica. Charlie abrió la ventana de su cuarto y se asomó para gozar del fresco aire de la mañana. Aquella impresión tan desconocida para él, que había pasado toda su vida bajo el sol del trópico, le hizo sentirse capaz de conquistar el mundo. Podían venir problemas y rompecabezas... los recibiría alegremente.

Con el pecho arqueado atravesó el vestíbulo y bajó. En la casa flotaba un delicioso olor a jamón y café. Charlie se dijo que, a pesar de tener que sentarse en la misma mesa que ocupaba el asesino de Ellen Ladona, almorzaría con mucho apetito.

En el comedor encontró a Ward, Ryder y Swan. Los tres hombres le acogieron

con distintos grados de cordialidad. Inmediatamente después de Chan entró Romano y detrás apareció Leslie Beaton. Todos los hombres se levantaron a saludarla.

—Buenos días, señorita Beaton —saludó Ward—. Su aspecto es tan fresco y risueño como la mañana.

—Creí tener que presentarme a ustedes en traje de noche, pero Cecile me ha sacado del apuro prestándome este vestido. ¿Qué le parece a usted, señor Chan?

Se refería al sencillo traje de mañana que llevaba. Todos los hombres lo examinaron aprobadoramente.

—Es delicioso —siguió la muchacha—. Se comprende, siendo Cecile francesa. Me está un poco ancho, pero, con el hambre que tengo, después del almuerzo lo llenaré por completo. —Cuando se hubo sentado, miró a Chan y dijo—: Hoy tendré que ir a Reno a buscar mi equipaje...

—Señor *sheriff* dirá si puede usted hacer viaje —dijo el chino—. Doy consejo no malgaste en Charlie Chan agradable sonrisa de usted.

—Tengo más —replicó la joven—. No se preocupe, que el *sheriff* no se quedará sin ella. —De pronto, su hermoso rostro se ensombreció al recordar los sucesos de la noche anterior—. ¿Es que tenemos que quedarnos aquí...?

—¡Por Dios, señorita! —intervino Dudley Ward, con fingido buen humor—. Lo que usted dice no me halaga. Estoy haciendo todos los esfuerzos posibles para ser un anfitrión agradable.

—Y lo consigue —replicó la joven—. Pero comprenderá usted que la situación es un poco anormal.

—Bueno, bueno, dejemos esto —replicó Ward. Y como en aquel momento entrara Ah Sing en el comedor, añadió—: ¿Qué fruta prefiere usted, señorita? Tenemos toda clase de naranjas.

—Tráigame las mejores —replicó la joven—. Buenos días, Sing. ¡Oh! ¡Pobre! ¡Se ha hecho daño en la cara!

Chan había ya notado que la mejilla izquierda del criado estaba un poco hinchada y herida. Sing encogióse de hombros y, sin pronunciar palabra salió de la estancia.

—¡Ssst! —dijo Ward—. Ayer noche sufrió un accidente. Pero no le digan nada. Es un hombre muy sensible.

—También cojea un poco —siguió la joven.

—Fue un accidente bastante grave. Cayó rodando por la escalera.

—El pobre Ah Sing se está haciendo viejo —hizo notar Ryder—. Ayer noche me di cuenta de ello. No ve bien. ¿No sería mejor que usase lentes?

Ward hizo una mueca.

—Claro que debería usarlos. ¡Y los usaba! Pero hace un mes se le rompieron y ya sabes como es. No quiso que le comprase otros. Esta misma mañana le llevaré a Reno para que un óptico le prepare unos.

En aquel momento entró Hugh. La conversación tomó otros derroteros, pero Charlie no intervino en ella, Debía archivar varios datos en el enorme y vacío

almacén de su cerebro. Ah Sing cojeaba aquella mañana. Parecía imposible que aquello fuese el resultado de tropezar con un puño desconocido. La noche anterior no tenía el menor síntoma de haberse hecho daño en la pierna. Y..., en el saloncito contiguo al estudio, había una silla caída en el suelo.

Sing necesitaba lentes. Corrientemente los llevaba. También éste era un detalle importante, capaz de explicar la confusión de las tapas de las cajas. Por un momento, el apetito del policía perdió parte de su fuerza. Pero no... era aún demasiado pronto. Valía más conservar todos los detalles en el cerebro. Hasta llegar junto al río no es necesario quitarse los zapatos.

Después del almuerzo, Charlie visitó la cocina para hacerle unas caricias a *Trouble*. Alabó con tanto entusiasmo el café preparado por la cocinera, que ésta no sospechó ni remotamente que el inspector prefiriese mil veces más el té. El perro, sentado ante él, dirigióle unos amistosos gruñidos.

—Fíjese en lo simpático que es este animalito —hizo notar la señora O'Farrell—. Nos conocemos desde hace unas horas y parecemos ya viejos amigos.

Charlie levantó el perro y le acarició, murmurando:

—Hace breve tiempo que tengo conocimiento con *Trouble* y ya siento afecto grande.

—He pensado una cosa —siguió la cocinera—. Si nadie tiene interés en conservarlo, ¿no podría usted dejarlo aquí, señor Chan? Su dueña ha muerto y el pobre no tiene ninguna persona que lo quiera de veras...

—No puedo dar contestación segura a usted —replicó Chan. Dejó el perro en el suelo y continuó—: *Trouble* debe hacer viaje a Reno. Sí, viaje a Reno. Y debe hacer en aeroplano.

Dejando a la señora O'Farrell profundamente intrigada, Charlie regresó al salón. La mayor parte de los invitados estaban allí. En el centro del aposento hallábase Don Holt, el *sheriff* y junto a él, un hombre de aspecto distinguido, alto y de cabellos blancos como la nieve. El detective sintióse vivamente impresionado al ver sus ojos sin luz.

—Buenos días, señor Chan —exclamó Don Holt—. Un día magnífico, ¿no? He traído a mi padre para que le conociese. Papá, te presento al señor inspector Chan, de Honolulu.

Charlie estrechó la mano del ciego.

—Tengo placer grande en hacer conocimiento de *sheriff* de tiempo de buscadores de oro. Nunca tuve pensamiento de conseguir honor tan grande.

—Muchas gracias por sus palabras, señor Chan —replicó el viejo—. Yo tengo una gran alegría al estrechar su mano y saber que ayudará usted a mi hijo.

—Placer de Charlie Chan es también grande —aseguró el chino.

—Creo que podemos empezar a trabajar enseguida —dijo Don Holt—. La señorita Beaton me ha dicho que tiene que ir a Reno en busca de su cepillo de dientes... y... y... yo le he dicho que era mejor que decidiese usted sobre ello.

Charlie sonrió.

—Contestación de usted muy diplomática.

Toda antipatía de joven señorita caerá sobre Charlie Chan.

—Entonces no cree...

—Usted tendrá recuerdo de seis personas que estaban fuera de salón en momento de crimen. Ninguna puede cruzar frontera de Estado...

Swan avanzó hacia el policía.

—¿Y yo... qué? Debo acudir a quince consultas y, además, aquí no tengo ni un cuello limpio.

—Lástima grande —murmuró Chan, encogiéndose de hombros—. Usted puede dar lista de cosas que hacen falta y dirección de casa de usted. También puede dar llave de puerta. —Swan pareció vacilar—. Si no da llave tendremos que romper puerta —añadió Charlie.

—Está bien —gruñó el doctor Swan.

—Es una buena idea —exclamó el joven Holt—. Señorita Beaton, si me da usted una lista...

—No es lo mismo —sonrió la muchacha.

—¡Ah!... Sí... claro... Bueno, es que no se me había ocurrido —murmuró, embarazado, el joven.

—Podemos llevar a hermano de señorita Beaton con nosotros —sugirió Chan—. Puede llevar lista.

—Es verdad —dijo alegremente Don Holt. Luego acercóse más al detective y le dijo en voz baja—: Antes de marcharnos quisiera hablar a solas con usted. Podemos subir arriba. ¿No le parece?

Ah Sing apareció de pronto en el comedor. Quedóse unos instantes mirando a Sam Holt y, al fin, corrió hacia él y le estrechó calurosamente las manos, exclamando:

—¿Qué tal, sheliff? Muy feliz de volver a ver.

—Hola, Sing —replicó Sam Holt—. Me alegro mucho de... de... volverte a ver. Pero ya no soy *sheriff*. Las cosas cambian. Ahora somos viejos.

—Usted siempre será sheliff pala mí —insistió Sing.

En el atractivo rostro de Sam Holt apareció una expresión mitad de sentimiento y mitad de resignación. Palmeó la espalda de su viejo amigo y apoyó una mano en su hombro.

—Acompáñame arriba, muchacho —dijo—. Quiero ir al estudio. Conocía tan bien esta casa que hubiera podido recorrerla a... oscuras. Pero ahora me he olvidado un poco y tendrás que guiarme.

Con cariñosa solicitud, el criado ayudó al viejo *sheriff* a subir la escalera. Don y Charlie les siguieron. Cuando llegaron al estudio, Sam Holt volvióse hacia Sing.

—Será mejor que te retires ahora, muchacho —dijo—. Te veré más tarde. Espera un momento. Dile a Dudley Ward que estoy aquí.

Cuando Sing se hubo retirado, el anciano quiso recorrer a tientas el aposento. Su hijo acudió a ayudarlo.

—Este es el escritorio, papá —dijo—. Aquí encontramos las briznas de tabaco y las cajas con los cigarrillos revueltos. —Interrumpióse un momento y, dirigiéndose a Chan, continuó—: Esta mañana le he estado explicando el asunto.

—Excelente idea —asintió Charlie.

—Este es el balcón —continuó el joven—. Aquí fue donde el aviador vio a Ladona poco antes de ser asesinada.

—Sí, sí, ya recuerdo, el aviador. Pero Ah Sing la vio más tarde, ¿no?

—Sí, cuando ella le hizo ir en busca de una manta.

—No es necesario que me lo repitas todo —murmuró el ciego—. Mi memoria es excelente. Acércame una silla. —Sentóse en un mullido sillón de terciopelo, ante el fuego—. ¡Pobre Ladona! —murmuró—. Es curioso, señor Chan, que haya venido a morir en esta misma casa. La conocí hace muchos años. Muy guapa. Era una muchacha muy guapa. Alguien viene.

Dudley Ward entró en el estudio y saludó cordialmente al viejo *sheriff*.

—Sólo deseaba saludarte, Dudley —dijo Sam Holt—. También quería decirte que siento mucho lo ocurrido. ¡Pobre Ellen...! Ha sido muy triste todo... Don me ha explicado algo de eso de tu hijo... quizá logres descubrir el misterio.

—Quizá —asintió Ward.

—¿Quién estaba enterado de ello? —siguió el viejo—. Desde luego, el señor Chan, Ryder, Romano, Swan y, seguramente, Ah Sing. Pero ¿se lo habías contado a alguien más?

—No, a nadie, Sam. Sólo lo sabía Cecile, la mujer que me lo dijo a mí.

—¿Y nadie más?

—Que yo sepa, no.

—Don me ha dicho que pensáis ir todos a Reno. No os preocupéis por mí.

Cuando Ward se hubo retirado, Don Holt fue a cerrar la puerta.

—¿Pasó algo ayer noche? —preguntó a Chan.

Rápidamente el policía explicó lo ocurrido a Ah Sing. Padre e hijo escuchaban indignados el relato. Charlie lo terminó con el detalle de la cojera del chino.

—Comprendo —murmuró Don Holt—. Piensa usted en la silla derribada en el saloncito. Sin embargo, no me parece detalle suficiente. Es muy posible que, al caer, se torciese un pie... es lo más probable. No perderé ni un minuto sospechando de Ah Sing.

—¿No será hora de que vayas a ver a Cash Shannon, Don? —preguntó el ciego.

—Sí, es verdad —dijo el joven. Luego, volviéndose hacia Charlie, explicó—: Cash es un vaquero que he dejado abajo. Me sirve de ayudante. Le he ordenado que vigilara a los que entran y salen. Voy a ver si está en su puesto.

—Cuando te vayas cierra la puerta. Don —le encargó su padre. Al oír que había sido cerrada, dijo—: Señor Chan, estoy muy contento de que nos ayude usted en este

caso. Por lo que me ha dicho Don he comprendido que usted y yo somos de la misma madera. Yo nunca tuve que hacer uso de la ciencia. El mundo iba mucho mejor antes de que todos fuésemos tan sabios.

Charlie sonrió.

—¿Hace usted referencia a huellas dactilares, análisis de sangre, análisis de materias... y todo demás? Tengo mismo pensamiento que usted, señor Holt. En investigaciones de crímenes he hecho pensamiento siempre de pasiones que han tenido intervención... odio, codicia, envidia, celos. Siempre hago estudio de personas.

—Dice usted una gran verdad, señor Chan. Hay que buscar el corazón humano.

—Sí, aunque a veces se hace encuentro con dificultades grandes. Como dijo gran filósofo chino: «Peces, aunque dentro de agua honda, pueden ser pescados; pájaros, aunque en aire alto, pueden ser cazados; pero corazón de hombre está siempre fuera de alcance.»

Sam Holt movió la cabeza.

—Ha dicho usted una frase muy bonita, pero no del todo cierta. Si el corazón del hombre estuviera siempre fuera de todo alcance, ni usted ni yo habríamos prosperado en nuestro trabajo, señor Chan.

—Declaración de usted refleja verdad.

Durante un rato, el antiguo *sheriff* de los campamentos mineros permaneció callado. Sus ojos, privados de luz, estaban vueltos hacia el fuego. Sus manos se movían incesantemente. Parecía estar extrayendo alguna invisible substancia del brazo de su sillón.

—Señor Chan —dijo de pronto—. ¿Ha podido usted llegar cerca del corazón de Ah Sing?

—Siento tristeza grande de tener que hacer declaración, pero, aunque Ah Sing es compatriota de Charlie Chan, cuando clavo mirada en sus ojos veo que inmenso océano separa a nosotros. ¿Por qué? Porque Ah Sing, aunque entre blancos más tiempo que Charlie Chan, sigue siendo chino. Tan chino hoy como día primero de su existencia. En cambio, Charlie Chan lleva marca... marca no agradable para chinos... Charlie Chan está americanizado.

Holt asintió.

—Ha dado usted en el clavo, señor Chan. Los viejos chinos que habitan en esta parte del país no han sido nunca más que chinos. Quizá ni siquiera admiren a los blancos. Pero no puede reprochárseles que piensen así. Nacieron chinos y chinos morirán.

Chan inclinó la cabeza.

—He hecho viaje con corriente de progreso —dijo, con voz velada—. Tenía ambiciones grandes. Sentía deseo de éxito. Por cosas conseguidas he pagado precio. ¿Soy norteamericano? No. ¿Soy chino? No, a ojos de Ah Sing. —Interrumpióse un momento y luego continuó—: Pero he escogido camino y tengo que seguir. Usted

está sentado en sillón con actitud de persona que quiere explicar algo. ¿Cometo error?

—Estoy reflexionando —replicó Sam Holt—. Quisiera hacerle comprender lo que es Ah Sing para mí; un amigo de cincuenta años. Son innumerables las veces que hemos acampado juntos, con los vaqueros de Ward... Pero a pesar de mi amistad no me interpondré en el camino de la Justicia... Además, éste es el primer caso en que interviene mi hijo. Sin embargo... —Se interrumpió e, inclinándose hacia el policía, le mostró algo en la palma de la mano—. ¿Qué es esto que he sacado del brazo de este sillón?

—Ligera pelusa de manta de lana ha quedado sobre brazo de sillón.

—¿Y el color? ¿De qué color es la pelusa?

—Parece azul.

—Azul. Ladona envió a Ah Sing a buscar una manta. El criado regresó con ella cuando ustedes ya habían encontrado el cadáver. Y volvió con una manta azul. Usted le dijo que se la llevase. Me lo ha explicado mi hijo. ¿La dejó por casualidad encima de algún sitio?

—No dejó —replicó el policía.

—No... Entonces... —continuó con voz temblorosa el *sheriff*—. ¡Pero es indudable que la manta ha estado en este sillón!

Se hizo un largo silencio. Charlie contemplaba admirado al viejo.

Sam Holt se levantó y dio unos vacilantes pasos por la estancia.

—Todo está clarísimo, señor Chan. Le enviaron a buscar esa manta, regresó con ella..., Ladona estaba aquí, sola... Sing dejó la manta sobre el sillón... mató a Ladona con su propio revólver. Luego cogió la manta, limpió la mesa, y escapó por la habitación contigua, cuya puerta tenía abierta, pues antes había planeado el crimen. Cuando todos ustedes acudieron al oír el disparo, Sing apareció en escena con la manta que había ido a buscar. Es la cosa más sencilla del mundo. ¿Será necesario que le explique el motivo del crimen, señor Chan?

Charlie escuchaba atentamente las palabras del ciego. Cuando éste terminó, dijo:

—Estaba haciéndome pregunta de por qué hizo usted interrogación a señor Ward de si Sing conocía existencia niño. Usted ha hecho demostración de inteligencia grande.

—El niño —murmuró Sam Holt—. El niño... eso es. —Tendió a Charlie el puñado de pelusa—. Guárdelo en un sobre. Más tarde la compararemos con la manta, aunque no creo que sea necesario. Sí, señor Chan, ese hijo de Ward fue la primera cosa en que pensé cuando Don me contó lo ocurrido. —El ciego dejóse caer en el sillón que antes ocupara.

»Conozco muy bien a estos viejos criados chinos y sé cómo adoran a los hijos de sus señores. Los quieren como si fuesen propios. Año tras año, vi cómo Ah Sing cuidaba a Dudley Ward y a su hermano. Desde que abandonaron la cuna no les perdió de vista. Los trataba siempre como si fuesen niños de pecho, con cuidados más propios de una madre que de un hombre. Comprendo muy bien lo que habrá sido para

Ah Sing vivir sin niños, en esta casa o en la de San Francisco. Siempre solo en la cocina, sin ningún pequeño que le pidiera pasteles de arroz y otras golosinas. De pronto se entera de que existe un niño y de que Ladona lo ha tenido oculto, sin permitir que su padre conozca su existencia. Oye eso, señor Chan, y ¿qué ocurre? Lo ve todo rojo. Odia. Odia a Ellen Ladona y... y no puedo decir que yo le critique.

»Ni Dudley Ward sospecha lo que ocurre en el alma de su viejo criado. Invita a Ladona. Y entonces Sing ve la oportunidad deseada. Sí, señor Chan, fue Ah Sing quien entró ayer noche en esta habitación y mató a Ladona... Y preferiría mil veces que me ahorcasen antes que descubrirle.

—Tengo sentimiento parecido a suyo —admitió Chan.

—¿Cree, pues, que mi teoría es cierta?

Chan miró el sobre, sacó la pelusa y, después de contemplarla unos instantes, contestó:

—Tengo sentimiento de que es como usted dice.

Abrióse la puerta y entró Don Holt.

—Vamos —dijo—. Tenemos que marchar a Reno. Pero... ¿Qué significan esas caras tan solemnes?

—Cierra la puerta, Don —pidió el ciego, levantándose y dirigiéndose hacia su hijo—. ¿Recuerdas lo que te he dicho esta mañana acerca de Sing?

—Sí, pero estás equivocado, papá —aseguró el joven.

—Un momento. ¿Te acuerdas de que Ah Sing apareció en esta habitación, con una manta azul debajo del brazo, a los pocos minutos de haberse cometido el crimen?

—Sí.

—Bien. Si te dijese que he encontrado pelusa azul en uno de los brazos de este sillón, ¿qué dirías? Que la manta había estado en él, ¿no?

Don quedóse pensativo unos instantes.

—Desde luego —convino—. Y también diría que más tarde, después del crimen, volvió a entrar aquí.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó su padre.

—Pues que, cuando nos llevamos el cadáver, lo envolvimos en mantas. Sing las trajo aquí. Creo que eran azules. Y aunque no estoy muy seguro de ello, me parece recordar que las colocó encima de un sillón.

Una amplia sonrisa apareció en el rostro de Sam Holt.

—¡Chiquillo! —dijo—. Nunca me había sentido tan orgulloso de ti. Señor Chan, me parece que me he equivocado de calle. ¿No le parece?

—Es posible que haya hecho equivocación de calle —replicó, cortésmente, Charlie—, pero quizá no ha hecho equivocación de ciudad. ¿Quién puede dar contestación segura?

CAPÍTULO VIII

Las calles de Reno

Cuando llegaron al salón encontraron al doctor Swan esperándolos junto a la chimenea. Tendió al *sheriff* un sobre y una hoja de papel.

—Una carta para mi ama de llaves —explicó—, y una lista de las cosas que necesito. En el guardarropa encontrarán una maleta, pueden meterlo todo en ella. ¿Creen que podré volver pronto a casa?

—Así lo espero, doctor —replicó el *sheriff*.

—¿Tiene alguna pista?

—Ninguna —replicó el joven—. Lo único que sabemos es que alguien que conocía los sentimientos de la señorita Beaton hacia Ladona dejó la bufanda roja y el alfiler junto al cadáver de la víctima. De momento estamos investigando eso.

El médico, dirigiendo una desagradable mirada al joven, salió del salón.

Romano acercóse a los que se marchaban y les dijo:

—Feliz viaje.

—Siento mucho que no pueda usted marcharse —sonrió Don Holt.

Romano se encogió de hombros.

—No se preocupe por mí; no tengo ningún sitio adonde ir, y, aunque lo tuviera, como estoy sin un céntimo, tampoco podría hacerlo.

—¿Por casualidad necesita usted algo de Reno, señor Romano? —preguntó Charlie.

—Nada —contestó Romano—. Pero... —acercóse al policía y en voz baja le dijo—: ¿Tendría usted la bondad de preguntar a la señorita Meecher si Ellen firmó, o no, el nuevo testamento?

—¿Señorita Meecher?

—Sí, una mujer muy amable, la secretaria de Ellen. Muy amable, pero más hermética que una ostra.

Charlie asintió.

—No tenga preocupación que olvido arrebaté de memoria petición de usted. Cosa que usted desea saber con claridad, también es motivo de viaje a Reno.

—Me alegro —murmuró Romano—. Es una agradable noticia.

Leslie Beaton y su hermano entraron en la estancia. El último, volvió a salir inmediatamente para buscar su abrigo y su sombrero. Don Holt, que había salido afuera, regresaba en aquel momento acompañado de un joven cuyo traje parecía indicar que el hombre se disponía a tomar parte en un rodeo. Sus pantalones, de pana azul, se embutían en unas botas de alto tacón; llevaba una camisa de seda amarilla sembrada de rosas, y al cuello un pañuelo rojo. En la mano sostenía un sombrero de los llamados de «dos galones».

—Señores, les presento a Cash Shannon, mi comisario. Si sus ojos son capaces de resistir el espectáculo, le verán bastante a menudo.

—Mucho gusto en conocerles —saludó cordialmente Shannon.

—Señorita Beaton, supongo que no sentirá usted antipatía hacia él —continuó Holt.

—En absoluto —replicó sonriendo la joven—. Está aquí para guardarme, ¿no?

—Señorita —empezó Cash, con voz emocionada—. Este es el trabajo más agradable que he tenido en mi vida. Contemplarla a usted es contemplar a un ángel del Cielo.

Holt se echó a reír.

—No le haga mucho caso, señorita Beaton. Este Cash rezuma por todos los poros de su cuerpo la sangre española que lleva en sus venas y en cuanto ve a una mujer se considera obligado a soltarle un piropo. Es un hombre nacido para vivir entre mujeres.

—Prefiero eso a ser enemigo de ellas, como tú —replicó Cash.

—¿Es enemigo de las mujeres? —exclamó la joven—. ¿De veras, señor Holt?

—Sí, señorita —le contestó Shannon—. Esas divorciadas que pululan por el país, le han hecho odiar al bello sexo. Cada vez que ve a una de éstas que vienen a desprenderse del marido para coger otro que está esperando turno, empieza a echar pestes de cómo se pintan los labios; de cómo se peinan; de que no son femeninas, pues si lo fueran, no fumarían; de que tendrían que ser de tal y de cual manera... como no han sido probablemente nunca.

—Todo eso lo he dicho de algunas mujeres —corrigió Holt—, no de todas.

—A mí no me llamas tú sordo —replicó Cash—. Cuando has hablado de las mujeres, siempre has generalizado —entornó los vivos ojillos y continuó—. Nunca hiciste la menor salvedad, hasta este preciso momento.

—Bueno, será mejor que nos marchemos —se apresuró a decir Holt.

Dudley Ward apareció, dispuesto para el viaje. La señorita Beaton acompañó a los viajeros hasta el embarcadero. Chan y Don Holt caminaban junto al viejo *sheriff*, pero éste parecía completamente capaz de seguir por sí solo el camino. Cash Shannon les seguía a pocos pasos.

—Oye, Don —dijo en ruidoso susurro—, estás completamente loco. Si esa señorita es la autora del crimen, yo soy Al Capone.

—Aparta a la señorita de tu cerebro —sonrió Holt—. Recuerda que te quedas aquí para vigilar a infinidad de gente. Sing, el doctor, Romano, ese italiano, Cecile. ¿Cómo sabes que en este mismo instante no se están escapando por la puerta trasera?

—Comprendo esa indirecta —replicó el vaquero—. Será mejor que vuelva a la casa.

—Sí, será mejor. Y en cuanto a esa señorita, recuerda que sólo eres un comisario, no el *sheriff*.

—Está bien, no te la quitaré —replicó Cash, regresando de mala gana a la casa.

Cuando se disponían a saltar a la lancha del *sheriff*, abrióse la puerta principal de la finca y Ah Sing apareció corriendo con toda la velocidad que le permitían sus débiles piernas.

—Señor Wald —dijo con voz entrecortada por la carrera, cuando llegó al grupo—. Usted ha olvidado de cogel palaguas.

—¿El paraguas? —protestó Ward—. Pero ¡si hace sol!

—Sí, sol blilla mucho ahoa, mucho —replicó el chino—. Pelo plonto caelá lluvia. Sing conoce bien. Usted hacel caso a Ah Sing.

—Está bien, trae el paraguas —replicó el millonario, haciendo una mueca. Sing entregó el paraguas y regresó a la casa—. Se ha olvidado de traerme los chanclos —sonrió Ward—. Se nota que el pobre se está haciendo viejo.

Sam Holt entró el primero en la lancha y tras él saltaron Ward, Beaton y Chan. Don Holt volvióse hacia la joven.

—Vaya con cuidado con Cash —le aconsejó—. Es un Romeo. Antes de que se haga de noche volveré.

—Mejor —sonrió Leslie—. Entonces me sentiré mucho más segura.

El motor de la lancha dio una serie de ruidosos estampidos y la hélice agitó las aguas. La barca se alejó rápidamente. Cuando estaba a unos doscientos metros de la orilla, oyóse un agudo grito en la casa. Todos se volvieron, descubriendo a Ah Sing, de pie en el porche y agitando un chanclo en cada mano. Todos se echaron a reír. Ward exclamó:

—He conseguido dos victorias sobre Sing esta mañana. Me he librado de calzarme los chanclos y le he quitado los lentes rotos para que el oculista pueda darme unos nuevos. —Sacó un estuche y volviéndose hacia el policía, le pidió—: Señor Chan, le agradeceré me recuerde lo de los lentes cuando lleguemos a Reno; me sabría mal olvidarme.

El chino movió afirmativamente la cabeza, pero no replicó. El maravilloso espectáculo del lago rodeado de altas y nevadas montañas, tan nuevo para él, acaparaba toda su atención.

Demasiado pronto para el admirado policía llegaron al muelle de Tavern. Mientras caminaba junto a Sam Holt, procurando solícito que el bastón del *sheriff* no se metiera por alguno de los numerosos agujeros que había en la madera, empezó a expresarle la admiración que le producía la región de Sierra Nevada.

—Sí, es un lugar muy hermoso, lo reconozco —replicó Holt—. Nací aquí hace setenta y ocho años, y, desde entonces no me he movido. He leído algo de que es muy parecido a los Alpes de Suiza. Antes me gustaba mucho contemplar el paisaje. Ahora ya no puedo. ¿Estamos solos, señor Chan?

—Sí —contestó el policía—. Compañeros de viaje están a distancia grande.

—Supongo que usted y yo deberemos aceptar como buena la explicación que ha dado Don de la presencia de la pelusa en la butaca, ¿no?

—Con placer grande para nosotros —sonrió Chan.

Sam Holt también sonrió.

—Tiene usted razón, pero eso no significa que vayamos a dejar sin resolver el misterio. Nada tenemos contra Sing; sólo lo de la silla caída y eso no puede probar nada.

—No, no puede dar prueba de nada —contestó Chan.

—¿Qué decía Ward de los lentes de Ah Sing? ¿Se rompieron? ¿Cuándo?

—Hace tiempo.

—¿No los llevaba cuando llegaron ustedes ayer noche?

—No, miraba con ojos propios.

Holt vaciló un poco al decir:

—Señor Chan, la persona que colocó equivocadamente las tapas de aquellas cajas de cigarrillos no debía de tener muy buena vista.

—Tengo que hacer reconocimiento de que verdad está en palabras de usted.

—¿No se le ha ocurrido pensar que la historia contada por el joven Beaton puede ser cierta? Ellen Ladona pudo haber enviado a alguien a buscar su bufanda verde.

—Idea ha estado en insignificante cerebro de Charlie Chan.

—Y la persona en cuestión pudo volver con la bufanda roja. Señor Chan, esa persona tampoco debía de ver muy bien.

—Hago comprensión.

Holt movió la cabeza, diciendo:

—Si ese pobre Ah Sing no deja de aparecer a cada momento como posible asesino, va a destrozarme el corazón.

—Deje que preocupación marche de usted —replicó con simpatía Charlie—. Quizá muy pronto podremos hacer eliminación de Ah Sing.

—O comprobaremos...

—Sea como sea —continuó Charlie—, suplico acepte consejo y deje marchar preocupaciones.

Don Holt les esperaba al final del muelle.

—Señor Chan —dijo—. El coche nos espera. ¿Qué vas a hacer hoy, papá?

—No te preocupes, Don. Comeré con Dinsdale, como en otros tiempos, y luego me entretendré pensando.

—Ve con cuidado, papá —aconsejó el joven—. Será mejor que no salgas del hotel. A tu edad un resfriado podría ser peligroso. Y cuidado dónde pones el pie, no

vayas a caerte.

—Márchate ya —le interrumpió Sam Holt—. ¡Dios mío, cualquiera que te oyese creería que soy un chiquillo! Señor Chan, supongo que tendrá usted hijos, ¿no?

—Abundantes —replicó el policía.

—¿Le tratan así?

Chan estrechó la mano del viejo.

—Príncipes tienen censores —dijo—. Padres tienen hijos. Deseo día feliz a usted y he tenido honor grande de hacer conocimiento de famoso *sheriff*.

Mientras los dos hombres se dirigían al auto, encontraron a Dudley Ward, y tras éste iba Hugh Beaton. Al fijarse en él, Charlie se dijo que era un joven muy callado. En toda la mañana apenas había pronunciado dos palabras. Estaba muy pálido y amplios círculos morados bordeaban sus ojos. Sin duda los sucesos de la noche anterior fueron demasiado fuertes para su temperamento de artista.

Don Holt les guió hasta un coche que, según dijo, pertenecía a Dinsdale. Con él, y a toda marcha, llegaron a Reno. Las calles de aquella ciudad eran semejantes a las de muchas ciudades del Oeste, mejor cuidadas, pero sin que en ellas se viesen los *cabarets*, casas de juego, ni otros antros de perdición que Charlie Chan esperaba encontrar. Tampoco deambulaban por ella las alegres futuras «viudas». El único detalle que justificaba la fama de la ciudad eran los numerosos abogados que tenían allí sus despachos, y los no menos numerosos institutos de belleza.

—Un momento, *sheriff* —pidió Ward—. Ahí está el óptico de Ah Sing. Dejaré los lentes ahora, pues, seguramente, tardará un rato en cambiar los cristales. ¿Tiene algún inconveniente?

—En absoluto —replicó, amable, Holt. Y detuvo el auto en un lugar próximo.

Mientras Ward se dirigía a la tienda, Holt le preguntó a Charlie.

—¿Qué le parece la más pequeña gran ciudad del mundo?

—Hasta ahora, ciudad no quiere hacer demostración de fama suya.

—Eso lo comprobaría usted gradualmente. Aquí se reúnen todos los vicios. El Oeste ha muerto en esta ciudad.

Pero Charlie no quiso creerlo. En aquel mismo instante, al final de la calle apareció la demostración de que el Oeste seguía viviendo en aquella población. Unos vaqueros, cuyos trajes eran una descolorida imitación del de Cash Shannon, se detuvieron a cambiar unas palabras. Junto a ellos pasó una india con un niño colgado de una funda a la espalda. Más adelante, cuando Ward hubo regresado y se adentraron en la ciudad, fue cuando Charlie comprobó que el Oeste se hallaba muy bien representado en aquella ciudad del Oeste. Elegantes automóviles de marca extranjera, guiados por conductores también extranjeros; hoteles lujosísimos; señoras luciendo maravillosas creaciones de París. En resumen: lujo y derroche por doquier. Charlie Chan, al entrar en el hotel, vio, sin que jamás llegara a saberlo, un sombrero creación de Patou y un traje cortado por Chanel llevados por una señora que le dirigió una mirada de curiosidad.

—No me atrevo a subir ahora a mi... a nuestras habitaciones —dijo tímidamente Hugh Beaton.

Estaba tan pálido, que el *sheriff* le dio una cariñosa palmada en la espalda.

—Vamos, suba a recoger toda la ropa que usted y su hermana necesiten y...

—¿Que necesitemos para cuánto tiempo? —preguntó Beaton.

—¿Cómo quiere usted que lo sepa? Coja lo que le parezca y reúnanse con nosotros aquí a las... ¿Le parece bien las tres de la tarde? Dése prisa. —Se volvió hacia Charlie y le preguntó—: ¿Por qué me mira así, señor Chan?

El policía sonrió.

—Estaba haciendo pensamiento. ¿Usa usted método de buen detective? Detective entraría en habitaciones y haría registro de todo...

Holt se encogió de hombros.

—Yo no soy detective, ni bueno ni malo. A Dios gracias no soy más que un *sheriff*.

El delgado joven del despacho de recepción les dirigió una suspicaz mirada cuando Holt pidió que les guiaran a las habitaciones de Ellen Ladona.

—La señorita Meecher está sola —dijo—. Ha pasado una mañana muy desagradable. Los periodistas han sido muy pesados.

—Nosotros no somos periodistas —dijo Holt, mostrando la insignia de su cargo—. Soy el *sheriff* del condado próximo; el señor es el millonario Dudley Ward, de Tahoe y San Francisco y, aquí, el señor Charlie Chan, de Honolulu.

Como Don Holt tenía una voz atronadora, no es de extrañar que tres jóvenes se levantaran al unísono de un banco próximo. Representaban distintas asociaciones de Prensa. La muerte de Ladona era una noticia que interesaba al mundo entero. Después de enconada lucha, el *sheriff* y sus acompañantes consiguieron librarse de reporteros y dirigirse a donde les esperaba la señorita Meecher. Mientras el ascensor les conducía al piso, Chan pensó en Henry Lee, el camarero. «Leeré atentamente los periódicos», había dicho su compatriota.

La señorita Meecher les aguardaba en una de las puertas de la serie de habitaciones que ocupó Ladona. La secretaria era una mujer de mediana edad, enteramente vestida de negro, de aspecto inteligente.

—Pasen, señores —dijo. Ni siquiera al ver a Chan varió su expresión—. Ha sido un suceso muy triste —dijo—. Nadie pensó en telefonar comunicándome la noticia.

—Siento mucho —dijo Chan—. Pero hasta hoy por mañana, señor *sheriff* no ha tenido conocimiento de existencia de usted. Señor Beaton y señorita Beaton tenían emoción grande y no tuvieron pensamiento de avisar a usted.

—Es posible —replicó fríamente la mujer. Luego, volviéndose hacia el millonario, añadió—: Me alegro de que esté usted aquí, señor Ward. Alguien tendrá que encargarse de todo esto.

Ward inclinó la cabeza.

—Ya había pensado en ello. Yo me encargaré de todo... según parece es mi deber.

Nadie demuestra ningún interés, excepto usted, desde luego. ¿Me permite preguntarle cuánto tiempo ha estado al servicio de la pobre señora Ladona?

—Algo más de siete años —replicó la señorita Meecher—. Primero entré como secretaria, luego me fui convirtiendo en criada. Los tiempos no son buenos y hay que aceptar las cosas como vienen.

Dudley Ward inclinóse.

—Quisiera hacerle una pregunta —empezó con voz temblorosa—. Una pregunta que quizá le parezca fuera de lugar, pero que para mí es de gran importancia. Han llegado hasta mí rumores de que mi esposa tuvo un hijo... un hijo mío... de quien jamás supe nada. Usted se dará cuenta de lo que eso significa para mí. Quiero pedirle... quiero preguntarle... si esos rumores son ciertos.

La señorita Meecher miró fijamente al millonario.

—No puedo decírselo —contestó inexpresivamente—. No sé nada. La señora nunca habló de ese asunto en mi presencia.

Ward volvió la cabeza y durante unos minutos permaneció callado. Por fin, Charlie Chan rompió el silencio.

—Señorita, señor *sheriff* dará explicación a usted de que tengo autorización para hablar en su lugar.

—Sí —asintió Holt.

—Señorita Meecher, ¿dio señora Ladona explicación a usted de que tuviese miedo de que su vida corriera peligro?

—Nunca me dijo nada. Desde luego, llevaba un revólver, pero era debido al miedo que le daban los ladrones. Estoy convencida de que no temía nada de sus íntimos.

—Quisiera hacer pregunta acerca de relaciones de señora Ladona con tres hombres. —La expresión de la secretaria sufrió un visible cambio—. No, no quiero hacer interrogación escandalosa —se apresuró a explicar Chan—. Hago referencia a señor John Ryder, segundo marido de señora Ladona. ¿Tenía señora correspondencia con señor Ryder?

—No creo que después de su divorcio volviese a pensar más en él.

—¿Hace usted suposición de motivos que causaron divorcio? Después de muchos años transcurridos, señor Ryder parece sentir aún dolor de herida.

—Quizá pueda darle una indicación —replicó la señorita Meecher—. El libro de recortes de la señora Ladona siempre estaba en su equipaje. En él hay recortes de todos los periódicos del mundo que han hablado de ella. En una de las primeras páginas leí algo que quizá pueda interesarle. Un momento, por favor. —Se levantó rápidamente y pasó a otra habitación, regresando después con un voluminoso libro. Pasó unas cuantas páginas y se lo tendió a Chan, abierto en un punto determinado.

Chan leyó lentamente un amarillento recorte:

«ELLEN LADONA SITIADA POR LA NIEVE»

Famosa cantante, recientemente divorciada en San Francisco, sitiada por la nieve en una barraca de las montañas.

»San Francisco, 9 febrero—. Ellen Ladona, la eminente soprano, antigua esposa del señor Dudley Ward, de quien se divorció recientemente para casarse con John Ryder, propietario de una mina, ha quedado sitiada para todo el invierno en la mina de Calico, del condado de Plumas. Después de su casamiento, la señora Ryder abandonó la escena para seguir a su marido a “Sierra Nevada”, la mina de Calico de la cual es propietario el señor Ryder. Apenas la feliz pareja llegó al campamento minero, empezó a nevar y viéronse obligados a instalarse en la barraca del encargado.

»Algunos mineros que han llegado de esa parte del país anuncian que la nieve alcanza un espesor de más de ocho metros y que éste es uno de los más crudos inviernos que se han conocido en el Norte de California. Ocho metros de nieve significan necesidad de tener constantemente luz artificial en la barraca, falta absoluta de comestibles frescos y total ausencia de comodidad hasta el mes de junio, por lo menos.»

Chan tendió el libro al *sheriff* y miró a la señorita Meecher.

—Explicación de recorte da pensamiento de hecho romántico más que de motivo de divorcio.

—Eso mismo fue lo que le dije a la señora cuando lo leí. Entonces aún... aún era yo un poco joven. La señora se echó a reír. «¡Romántico, Mary!» —exclamó—. «¡No, la vida no es así! ¡No tiene nada de romántico encontrarse encerrado en una barraca durante una eternidad, en medio del mayor aburrimiento que puede uno imaginarse! ¡Y con un hombre que hablaba menos que una momia! En una semana le aborrecí, en otra lo desprecié, al mes le habría matado. Cuando llegó la primavera fui la primera en huir del campamento, y di gracias a Dios por estar sólo a unas millas de Reno.» Eso fue lo que, poco más o menos, me dijo la señora.

Charlie sonrió.

—Hago comprensión de motivos de enfado de señor Ryder. Si usted no opone inconveniente, cortaré recorte.

La señorita Meecher pareció dispuesta a protestar, pero, recordando a tiempo la inutilidad de aquel libro de recortes, replicó:

—Puede usted cortarlo, ahora ya no sirve para nada.

Chan cogió el libro y, cuidadosamente, cortó la hoja que relataba el motivo de que fracasase el segundo matrimonio de Ellen Ladona. Entretanto, Dudley Ward permanecía en silencio sentado junto a la ventana, al parecer insensible a cuanto se hablaba en la habitación.

—¿Qué sabe usted de señor Romano, señorita? —preguntó Charlie.

La señorita Meecher hizo una mueca de disgusto.

—¿Romano? —dijo—. Hace meses que no le he visto.

—En noche de ayer, cuando murió señora Ladona, estaba en casa de señor Ward. ¿Qué actitud tenía señora Ladona hacia señor Romano?

—Le toleraba. Es un pobre idiota. No comprendo como la señora pudo llegar a casarse con él... ni creo que ella lo comprendiera tampoco. A la señora le gustaba que la cuidasen y mimaran. Pero, como el verdadero amor no consiste en eso, al fin se hartó de su marido y lo envió a paseo.

—Haciendo trato que luego dio a olvido.

—Creo que sí. Pero no fue culpa de ella. Era muy rica, pero lo tenía todo en valores; en dinero contante y sonante poseía poco.

—Haciendo mención de dinero, tengo noticia de que señora Ladona hizo testamento a favor nuevo capricho... señor Beaton. ¿Extendió firma a pie de documento?

La señorita Meecher llevóse una mano a la mejilla.

—¿Es verdad! —exclamó—. No había vuelto a acordarme. No, no fue firmado.

Hasta Dudley Ward levantó la cabeza.

—¿No fue firmado? —preguntó Don Holt.

—No. El notario lo envió hace tres semanas. Algunos detalles no estaban bien. Había que arreglarlo, pero la señora lo iba dejando para otro día. Con todo hacía lo mismo.

—Entonces, señor Romano es heredero de fortuna de señora Ladona, ¿no? —preguntó Chan.

—Supongo que sí.

—¿Hace suposición usted, señorita, que señor Romano conocía noticia de que testamento no tenía firma?

—Si no lo sabe no será por culpa suya. Se ha pasado el tiempo preguntando por carta si el testamento había sido firmado o no. Me escribió a mí particularmente. Pero, claro, no se lo dije. Quizá escribiera también a Nueva York a los abogados de la señora.

Chan permaneció inmóvil unos instantes, reflexionando sobre las posibilidades que podían derivarse de aquel detalle.

—¿Podría dar explicación de lo que conozca de señor Ireland? —preguntó al fin.

—Hay muy poco que decir —contestó la señorita Meecher—. Creo que en un tiempo hubo algo entre él y la señora. Fue antes de que yo entrase a su servicio. Desde que llegó aquí se estuvo divirtiendo, volando en el aeroplano de ese joven, pero no creo que estuviese seriamente interesada.

—¿Y por parte de señor Ireland?

—Pues... creo que será mejor que lo diga todo. Una noche le vi cortejando a la señora. Pero ella se rió de sus pretensiones.

—¡Ah! Señora rió de señor Ireland, ¿eh?

—Sí, le dijo que volviese con su mujer. Le recordó que, la primera vez que ella se fijó en él, acababa de regresar de la guerra y vestía de uniforme. «Fue el uniforme,

Michael», le oí decir. «¡Me encantan los hombres vestidos de soldado!».

Los ojos de Chan se entornaron.

—De manera que señor Ireland estuvo en Guerra Europea, ¿eh? Mano firme. Ojo seguro. Experto en...

Vio que Don Holt le miraba extrañado y se apresuró a añadir:

—¿Y de señor Swan? ¿Qué sabe de tercer marido de señora Ladona?

—Que es un ser despreciable —replicó la señorita Meecher, apretando fuertemente sus delgados labios.

—¿Visitó señor Swan a señora Ladona en Reno?

—Sí.

—¡Ah! Señor Swan dejó que mentira saliese de sus labios cuando dio seguridad de no haber visto a señora Ladona basta que encontró en hotel de Tavern. Pero visitas eran de necesidad grande en negocio suyo.

—¿Se refiere usted a su ocupación como médico?

—No, señorita Meecher. Hago referencia a negocio de chantajista.

La mujer dio un respingo.

—¿Quién le contó eso?

—No tiene importancia. Nosotros sabemos. Nosotros conocemos noticia de que señora Ladona hacía entrega de doscientos cincuenta dólares por mes. ¿Por qué daba tanto dinero?

—No... no sé —replicó la secretaria.

—Tengo sentimiento grande de hacer contradicción a señorita —murmuró tristemente el chino—. Usted sabe, señorita Meecher. Usted conoce noticia de que señora Ladona pagaba dinero porque señor Swan conocía nacimiento de hijo de señor Ward. Señora Ladona pagaba porque sentía temor grande de que señor Swan diese explicación a señor Ward de existencia de hijo. Vamos, señorita Meecher. No es ahora momento de hacer ocultación de sucesos. Suplico explicación de verdad.

Dudley Ward se levantó. Cuando se acercó a la mujer, gruesas gotas de sudor perlaban su frente.

—¡Quiero saberlo! —dijo.

La señorita Meecher le miró.

—Cuando llegó usted, no estaba decidida —murmuró—. Necesité reflexionar un momento. Ya he reflexionado. Creo que ahora no tiene ya ninguna importancia. Sí, la señora tenía un hijo. Un niño encantador. Le vi una vez. La señora le llamaba Dudley. El próximo mes de enero hubiese cumplido dieciocho años si... si...

—¿Si qué? —gritó Ward.

—Si hubiese vivido. Hace tres años murió en un accidente de automóvil. Siento causarle este dolor, señor Ward.

El millonario levantó lentamente las manos como para defenderse de un golpe.

—¡Y nunca le vi! —murmuró con voz rota— ¡Nunca le vi!

Volvióse, y, acercándose a la ventana, se apoyó pesadamente en el marco.

CAPÍTULO IX

Trouble viaja en aeroplano

Las otras tres personas que estaban en la habitación de Ellen Ladona, se miraron en silencio. Durante unos instantes Ward permaneció con la mirada fija en un punto vago. Por fin se volvió; estaba pálido pero dueño de sí. «La sangre hablaba» —se dijo el joven *sheriff*—. «En el año 1849 los cobardes no iban a la conquista del oro y los débiles morían en el camino pero, Dudley Ward, descendía de un hombre que llegó al final del viaje». Su voz era firme cuando dijo, dirigiéndose a la secretaria:

—Muchas gracias por habérmelo dicho.

—Estaba seguro de que hijo de usted había muerto —dijo Chan—. Hice comprensión cuando usted dijo, señorita Meecher, que señor Romano era único heredero de señora Ladona. Usted tendrá quizá documentos que hagan demostración de muerte de hijo de señora Ladona, ¿verdad?

La secretaria se levantó.

—Sí, tengo el telegrama que nos comunicó la primera noticia y la carta que siguió, que fue enviada por su madre adoptiva. La señora siempre los llevaba entre sus documentos.

La secretaria abrió un cajón, y, sacando la carta y el telegrama, los tendió a Dudley Ward. Mientras el millonario los leía, los demás le contemplaron en silencio.

—Esto ha terminado —murmuró al fin, dejando las dos misivas sobre la mesa.

—La señora leyó infinidad de veces esa carta —explicó la señorita Meecher—. Deseo que sepa, señor Ward, que adoraba a su hijo. Aunque le veía muy pocas veces y siempre como el hijo de otros... nunca dejaba de pensar en él. Puede usted creerlo.

—Sí —murmuró sombrío Ward, y, de nuevo, volvióse hacia la ventana.

—Entonces, ¿es verdad que doctor Swan cometía chantaje con secreto de niño? —preguntó Charlie.

—Sí. La señora no quería que el señor Ward se enterase de lo del niño; ni aún después del accidente.

—Hace poco, señora Ladona hizo detención de pago de doscientos cincuenta dólares y doctor Swan quizá dirigió amenazas.

—Se mostró muy violento, pero no puedo decir que la amenazase de muerte. El dinero ese significaba mucho para él, y como parece un hombre capaz de todo...

Chan señaló la mesa escritorio, de uno de cuyos cajones había sacado la secretaria la carta y el telegrama.

—Hago observación encima de mesa de muchas tiras de papel impresas. ¿Cometo equivocación, suponiendo son pruebas de libro?

—Son las galeradas de la autobiografía de la señora —explicó la secretaria—. Durante los últimos cinco años la he ayudado a redactarla. El libro ha de publicarse dentro de poco.

—¡Ah! —replicó Charlie con súbita ansiedad en la voz— ¿Pondría usted inconveniente si llevase conmigo pruebas para hacer lectura? Insignificante detalle de vida de señora Ladona podría tener importancia grande...

—Puede usted llevárselas. Pero le agradeceré que me las devuelva. Precisamente quería pedirle que las leyese. Creo que usted debe de tener una idea equivocada de la señora. Si la hubiese conocido como yo... —La secretaria lanzó un sollozo. Al cabo de un momento siguió con voz quebrada—: Era una excelente persona... víctima de la impresión que causaban sus muchos matrimonios. Era una mujer inquieta, desgraciada, siempre buscando el amor... y sin encontrarlo nunca.

—No cabe duda que gente juzgó mal a señora Ladona —replicó cortés el policía—. Opinión pública es muchas veces perro envidioso que ladra a personas de importancia. Gracias muchas... no tiene necesidad de envolver pruebas. Goma será suficiente. Haré devolución con mayor velocidad posible. Ahora, señor Ward, si usted no pone inconveniente, no causaremos más molestia a señorita Meecher.

—Sí, sí —replicó Ward. Luego, mirando a la secretaria, le preguntó—: ¿Sabe usted si había alguna fotografía?

—Muchas —contestó la mujer—. Ahora le pertenecen a usted. —Se levantó apresuradamente, dispuesta a buscar lo que le pedían, pero Ward la contuvo.

—Por favor —pidió—. Ya me las dará otro día. Ahora no me siento capaz de contemplarlas... ¿Tendría la bondad de enviármelas?

—Se las enviaré —prometió la secretaria.

—Ha tenido usted amabilidad grande, señorita Meecher —dijo Charlie, inclinándose ante la mujer—. Siempre guardaré recuerdo de usted. Sus palabras han sido ayuda para aclaración misterio.

—Quisiera pedirle una cosa, señor Chan —dijo la señorita Meecher.

—Suplico haga mención.

—Se trata de *Trouble*, el perro —contestó la mujer—. Él y yo somos muy amigos y tenemos mucho de común... los dos queríamos a la señora. Si fuera posible, me gustaría conservarlo conmigo. Estoy segura que la señora lo hubiese deseado.

—Haré envío a velocidad grande de perro —prometió Chan—. Quizá haga envío por aeroplano.

—Muchas gracias. Será... será una compañía para mí. —Y Charlie vio al fin que los ojos de la dura señorita Meecher aparecían bañados en lágrimas.

Los tres hombres se dirigieron al ascensor; Charlie y el *sheriff* estaban violentos,

pues ambos sentían que debían decir algo a Ward sin que ninguno de los dos acertase a expresarlo con palabras.

—Tengo que hacer muchas cosas —dijo el millonario cuando llegaron al vestíbulo—. Supongo que no me necesitarán para sus próximas investigaciones. Me reuniré con ustedes aquí, a las tres.

—Perfectamente —replicó el *sheriff*, Chan asintió un silencio. Ward desapareció y Don Holt dijo, lanzando un suspiro—: ¡Diablo, quería decir algo acerca del chico, pero no me ha sido posible!

—En momentos —murmuró Charlie—, palabras pronunciadas con deseo bueno, son como sal en herida.

—Sí, tiene usted razón. Bien, ¿qué hacemos? He almorzado a las seis y es ya casi la una. ¿Vamos a comer, inspector?

En el elegante comedor del hotel, Don Holt puso un soplo del dorado Oeste. Las mujeres, vestidas con elegantes trajes de París, le contemplaron admiradas al pasar junto a ellas, y luego dirigieron una curiosa mirada al regordete chino que le seguía. Sin fijarse en ninguna de ellas, el *sheriff* ocupó una mesa, y, tras muchos esfuerzos, escogió una comida de hombres entre los fantásticos platos franceses del menú. Cuando el camarero —que los trató como antiguos amigos— se hubo retirado, Charlie aventuró una pregunta.

—¿Tiene usted propósito de hacer visita a Policía de Reno?

Holt hizo una mueca.

—No... les voy a hacer pasar la amargura de no pedirles ayuda. No creo que nos sirvieran de nada. ¡Seguramente se enfadarán! ¡Con la publicidad que nos espera cuando descubramos al asesino! Usted será mi único auxiliar, señor Chan.

—Usted tiene optimismo grande —contestó—. ¿Hace descubrimiento de luz que señala final de pesquisas?

—¿Quién, yo? —exclamó Holt—. No tengo la menor idea de lo que se avecina. Confío por entero en usted.

—Caso de ahora tiene dificultad grande. Ha sido suerte que hiciésemos visita a señorita Meecher. Ha resultado mina de informaciones.

—¿De veras?

—Sí, hemos hecho descubrimiento de motivos de separación de señora Ladona de señor John Ryder. Hemos hecho también descubrimiento de que testamento no tenía firma y que señor Romano es feliz heredero. Que señor Swan hacía chantaje con secreto de hijo de señora Ladona y que doctor Swan tuvo irritación grande cuando señora Ladona terminó de dar dinero. También hemos hecho descubrimiento que señor Ireland expresó amor, pero recibió rechazo. ¿Está motivo de asesinato oculto en algún señor que he hecho mención?

—También hemos oído, aunque la cosa no tenga para mí la menor importancia, que Ireland estuvo en la guerra —dijo Holt—. Debo decirle, señor Chan, que obró usted de una manera muy misteriosa. Ayer noche dijo una serie de cosas extrañas,

pero no le interrogaré sobre ellas.

—Gracias muchas —replicó Charlie—. Como pistas nacen con rapidez grande en caso de nosotros, doy seguridad de que dirigirá atención de usted a pistas, cuando hagan aparición. Nosotros hacemos trabajo juntos.

—Sí, trabajamos juntos, pero con distintos cerebros —sonrió Don Holt. En aquel momento, el camarero le colocó un nuevo plato ante él—. Parece que voy progresando —exclamó—. Sospeché que eso de *filet mignon* era un bisté y ha resultado verdad.

Después de comer, los dos hombres visitaron el alojamiento de Swan. El ama de llaves, que parecía sostener una encarnizada lucha contra la edad, ayudada por diversos preparados de perfumería, se mostró bastante suspicaz al principio, pero pronto sucumbió al encanto de Holt. Desde aquel momento se mostró hasta demasiado solícita. A pesar del cuidadoso registro que los dos policías llevaron a cabo en las habitaciones del médico, no lograron encontrar nada, por lo tanto, pasaron a ordenar los artículos pedidos por el doctor Swan.

—Me gustaría poder encontrar algo contra ese tipo —refunfuñó Holt, mientras metía un puñado de camisas en la maleta.

—¡Ah! Usted hace aún responsable a señor Swan de encuentro de bufanda de señorita Beaton en manos de señora Ladona, ¿no?

—Claro que fue él. No cabe la menor duda.

—Si colocó bufanda en sitio que hicimos encuentro, dio también persuasión para que señora Ladona cogiese antes de caer muerta. Tengo seguridad de que ella hizo así.

—Quizá sí —replicó el *sheriff*.

Regresaron al hotel. Ward y Beaton estaban sentados en el vestíbulo, el último, con dos voluminosas maletas ante él. Poco después regresaban al auto. Dudley Ward sentóse en silencio en la parte trasera del coche y cuando pasaron frente a la tienda del óptico, Chan se volvió hacia él.

—¿Hace usted recuerdo de lentes de Ah Sing, señor Ward?

Ward dio un respingo.

—No —replicó—. Me había olvidado por completo.

—Si usted da permiso, iré a buscar lentes. No tengo necesidad de saltar por encima de maletas.

—Muchas gracias, señor Chan. Diga que me los pongan a mi nombre. Tengo cuenta en esa casa.

El óptico hizo notar que Ah Sing debería haber ido en persona para poder ajustarle debidamente los lentes.

—Sing tiene poco interés en asunto —dijo Charlie—. Es lástima grande que sea así, pues tiene ojos muy malos.

—¿Quién dice que tiene los ojos malos? —preguntó el óptico.

—Pues... Siempre he hecho suposición que, sin lentes, Sing veía poco —replicó

Chan.

El óptico se echó a reír.

—Se ha burlado de usted —dijo—. Ve tan bien sin lentes como con ellos. Excepto tratándose de leer. Y no creo que Ah Sing dedique mucho tiempo a la lectura.

—Gracias muchas —contestó Charlie—. Precio de lentes ponga en cuenta de señor Ward, de Tahoe.

Regresó al auto y tendió los lentes al millonario. Holt puso en marcha el coche, y, poco después, marchaban por la carretera que conducía a las nevadas montañas.

Charlie iba recapacitando sobre las últimas noticias adquiridas. Ah Sing no había perdido gran cosa el día que se rompieron sus lentes. Era curioso como el viejo chino iba quedando libre de culpa. No cabía la menor duda de que Ah Sing no fue quien confundió las tapas de las cajas de cigarrillos.

Nadie parecía dispuesto a hablar, por lo cual Charlie decidió seguir pensando en el detalle de las tapas. De pronto el auto se hundió en un bache, y, a causa de la sacudida, las galeradas de la autobiografía de Ellen cayeron al suelo del coche. Si Charlie Chan hubiera tenido el poder psíquico tan grande como a veces decía, hubiera tomado aquello como una contestación, al problema que tenía entre manos.

Media hora más tarde el vehículo se detenía frente al garaje de Tavern. Mientras bajaban y se desentumecían los miembros, Don Holt levantó la cabeza.

—Empieza a nublarse —comentó—. Se nota también cierta humedad en el aire. Quizá tuvo razón Sing, señor Ward. No me extrañaría que lloviera, o nevase.

—Sing tiene siempre razón —contestó el millonario—. Por eso acepté el paraguas. Y lamento no haber cogido también los chanclos.

Se detuvieron un momento en el hotel, en cuyo salón ardía un alegre fuego. Charlie cogió del brazo a Sam Holt y lo llevó a un extremo del aposento.

—¿Cómo ha ido la pesca en Reno? —preguntó el viejo.

—Pequeños pececillos han caído en red. Pero en trabajo de nosotros, pequeño salmonete puede hacer crecimiento hasta convertirse en enorme tiburón.

—Tiene razón —replicó el viejo.

—Como tiempo corre con velocidad grande —continuó Charlie—, voy a dar explicación de sucesos. Tengo placer grande en dar noticia de que amigo Ah Sing no parece ya culpable. —Y Charlie relató su conversación con el óptico.

El viejo sonrió alegremente, exclamando:

—Jamás había cometido un error tan grande desde el día en que estuve jugando a la ruleta con un tahúr que me estuvo timando el dinero hasta que lo envié al otro mundo. Me alegro de que no se confirmen las sospechas que tuvimos de la culpabilidad de Ah Sing. Después de tantos años de amistad me hubiera sabido mal que le hubiesen detenido acusado de un crimen semejante. Pero, si no fue él, ¿quién confundió las tapas de las tabaqueras y la bufanda? ¿Quién fue?

—De momento —replicó Chan—, sólo eco puede dar contestación.

—Pronto podrá usted contestar algo más. A medida que le voy oyendo hablar, mi confianza en usted es mayor.

—Orgullo de toda vida será para familia Chan recuerdo de amables palabras de usted. Si acontecimientos no hacen justificación de confianza de usted, abandonaré país, protegido por noche, para hacer ocultación de vergüenza.

Don Holt se reunió con ellos.

—¡Hola, papá! —saludó— ¿Qué ha dicho el forense?

—Ha llegado hace una hora —replicó el viejo—. Tan lento como de costumbre.

—Me parece que tendremos que escuchar más tarde su informe, señor Chan —dijo el joven—, vamos, que se está haciendo de noche.

Chan estrechó la mano de Sam Holt.

—Hasta que volvamos a hacer encuentro —dijo—. *Aloha*.

—Adiós —replicó el viejo—. Y muchas gracias por las noticias de Ah Sing. Esta noche dormiré mucho mejor.

Ward y Beaton se reunieron con el *sheriff* y Charlie Chan e inmediatamente se dirigieron a la lancha del primero. Anochecía ya cuando llegaron al embarcadero de casa de Ward. Éste y Beaton encamináronse juntos al chalet. Charlie se quedó con el *sheriff*, para ayudarle a amarrar la barca.

—Dejaré la maleta de Swan en la lancha —dijo Holt—, ya la enviaremos a buscar.

Dirigiéronse a la casa. De pronto, Chan se detuvo, apoyando una mano en el brazo derecho del joven.

—¿Puede usted dar explicación de clase de pinos que nacen aquí?

El *sheriff* le miró extrañado. Al fin, contestó:

—Pues son... pinos. —Trató de proseguir el camino hacia la casa, pero el policía se lo impidió.

—En isla de Oahu —continuó—, tenemos árbol parecido a pino. Damos nombre de palo de hierro. Antes tenía conocimiento de nombre latino, pero he dejado que olvido me quitase. Era... era... No, no puedo hacer recordación.

—Es una lástima —replicó Holt, tratando de reanudar la marcha, pero no logró que el policía le soltara.

—En carreteras se ven muchos árboles de hierro y tienen parecido grande con éste —se inclinó para recoger una rama seca que tendió a Don Holt.

El joven miró extrañado la rama que tenía en la mano y a su extraño compañero. Éste, al cabo de un rato, dijo:

—Podemos continuar camino.

Al pie de la escalera que conducía al porche, el *sheriff* se detuvo para preguntar a Chan:

—¿Qué tengo que hacer con esto? —y señaló la rama.

Charlie sonrió.

—Tire a suelo, no tiene importancia.

Sing les abrió la puerta. En el salón encontraron sentados frente al fuego, a Leslie Beaton y al deslumbrador Cash.

—¿De vuelta ya? —preguntó el vaquero—. Este día sí que ha pasado deprisa.

—No para la señorita Beaton —replicó Holt.

—Para mí también —aseguró la joven—. El señor Shannon me ha estado contando un sinfín de cosas asombrosas...

—Ya me lo figuro —dijo Holt—. Cash debería escribir para las revistas ilustradas.

—No puedo —replicó el vaquero—. Para ejercer mis dotes de narrador necesito un auditorio. Y el de hoy ha sido delicioso.

—Lo sé —asintió Holt—. ¿Y qué hay de los demás? ¿Están todos aquí?

—Ya lo creo.

—¿Ha ocurrido algo?

—Nada. El aviador ese, Ireland creo que se llama, ha llegado hace un momento. Creo que ahora está en la cocina.

Holt se volvió hacia Ah Sing, que estaba arreglando el fuego.

—Oye, Ah Sing —le dijo—, ¿quieres hacer el favor de decirle al doctor Swan que deseo verle? —El viejo salió a cumplir el encargo del *sheriff* continuó, dirigiéndose a su comisario—: Bien, Cash, creo que ya puedes marcharte.

Shannon frunció el ceño.

—¿No le parece que debería usted dejarme aquí, jefe? —preguntó—. Tendría los ojos bien abiertos...

—Ya lo sé —le interrumpió Don Holt—. Pero de eso se encargará el señor Chan, que entiende mucho. Despídete de esa paciente señorita que debe de estar medio muerta, después de la charla, y ve hacia la barca. Me reuniré contigo dentro de un momento.

Cuando Cash se retiraba de mala gana, apareció el doctor Swan.

—¿Qué tal, señor *sheriff*? —saludó— ¿Han tenido buen viaje? ¿Ha traído mi maleta?

—Le espera a usted en mi lancha.

—¿Qué me espera a mí? —Swan pareció inquietarse.

—Sí, como la casa está muy llena, he decidido que algunos de ustedes se trasladen al hotel de Tavern, y usted es el primero en marchar.

—Como usted quiera —replicó el médico—. Voy a buscar el sombrero y el abrigo y a despedirme de nuestro huésped.

Sing apareció en la escalera.

—Señol duélme. Ah Sing dalá despedida de usted. Somblelo y bastón aquí —descolgó ambas prendas de una percha y se las tendió a Swan—. Adiós, doctol.

Ligeramente aturdido, Swan se puso el abrigo y el sombrero. Holt acercóse a la puerta, y, llamando a Cash, le dijo que se hiciera cargo del doctor. Cuando el *sheriff* regresó al salón, encontró sola a Leslie Beaton.

—¿Dónde está el señor Chan? —preguntó.

—Ha salido por la puerta trasera, después de encargarme que le dijera a usted que le esperase. Además, me ha pedido el favor de que le hiciese compañía a usted.

—Siempre pensando en los demás —murmuró el *sheriff*—. Es un hombre muy simpático.

Durante unos segundos reinó un profundo silencio.

—Bonito día el de hoy —murmuró al fin Don Holt.

—Muy bonito.

—La noche no es tan bonita.

—¿No?

—Parece que va a llover.

—¿De veras?

—Sí, estoy seguro.

Otro silencio.

—Me gustaría saber hablar como Cash —dijo el *sheriff*.

—Eso es un don especial de la Naturaleza —sonrió la joven.

—Ya lo sé. Yo no estaba presente cuando pasó esa señora.

—No se preocupe.

—Nunca me he preocupado... antes.

—¿Se llevará a alguien más a Tavern?

—Sí, a usted y a su hermano. Mañana dormirá en una habitación preciosa. ¿Le sabrá mal?

—¡Al contrario! ¡Estaré encantada!

—Cash estará allí. —La mirada del joven se clavó en Leslie Beaton.

—Y usted, ¿dónde estará?

—Por allí.

—¡Qué bien!

—Es usted... Es usted... muy amable —pudo decir al fin Don Holt.

Entretanto, Charlie Chan había corrido a la cocina. Cecile estaba sola allí con *Trouble*.

—¿Está marido de usted? —preguntó el policía.

—Se acaba de marchar —contestó Cecile—. ¿Deseaba usted verle?

—Quería hacer petición de favor particular. ¿Podría hacer conducción de *Trouble* a señorita Meecher, en Reno?

—Creo que podrá usted alcanzarle —contestó Cecile. Cogió al asombrado perro y lo colocó en brazos de Charlie—. Michael lo hará con mucho gusto, estoy segura. En el aeroplano hay mantas...

—Gracias muchas —gritó Chan y corrió a la puerta. Al acercarse al campo de aviación oyó el zumbido del motor de un aeroplano. En cuanto empezó a sonar el ruido, *Trouble* pareció recobrar la vida. Tembló emocionado y lanzó unos cuantos ladridos de alegría.

Al llegar al aeródromo, Charlie vio que el aparato estaba a punto de despegar. Cerca de él hallábase el encargado de los botes de Ward. Chan gritó lo más que pudo y corrió hacia el aeroplano, explicando a Michael lo que deseaba.

—Con mucho gusto —contestó Ireland—. Somos viejos camaradas, ¿no, *Trouble*? Este perro se vuelve loco por volar.

El policía tendió el *terrier* al aviador, después se retiró a una prudente distancia. Desde allí contempló como el aeroplano se elevaba majestuosamente hasta perderse al fin entre las nubes.

Cuando Charlie regresó al salón, el *sheriff* le miró con expresión de profundo alivio.

—¿Ya ha vuelto usted? —preguntó, innecesariamente.

—Hago suposición que espera no ha sido desagradable —sonrió el chino.

—No, claro... Bueno, yo... tengo que marcharme. Señorita Beaton, hasta mañana. Espero que su hermano le habrá traído todo lo que necesitaba.

—Si me ha traído la mitad, me consideraré dichosa —sonrió la joven—. El pobre Hugh sólo es un artista. —Despidióse de los dos hombres y subió a su habitación.

—Charlie también dice adiós —dijo el chino y acompañó a su amigo fuera de la casa. Cuando llegaron al caminito que conducía al desembarcadero, añadió—: También quiero dar noticia que he hecho entrega de *Trouble* a señor Ireland. Llevará perro a Reno.

—Muy bien. Ha sido una gran idea. Nos ahorrará tiempo.

Chan bajó la voz y dijo:

—No envié perro para hacer ahorro de tiempo.

—¿No?

—No. Quiero llamar atención de usted a hecho de que *Trouble* tenía alegría grande cuando oyó ruido de motor de aeroplano. Miedo de noche de ayer no era miedo de aeroplano.

—¿Puede significar algo eso?

—Hago suposición de que tiene significado grande. En caso de ahora, *Trouble* es cosa que honorable amigo señor inspector Duff, de Scotland Yard, daría nombre de clave de misterio.

CAPÍTULO X

Un buen final para Romano

El joven *sheriff* permaneció un instante contemplando el lago. Quitóse su sombrero de «dos galones» como para permitir a su cerebro mayor libertad de pensamiento.

—¿*Trouble* la clave del misterio? No le comprendo, inspector.

Charlie se encogió de hombros.

—Sin embargo, declaración está basada en hecho que conoce bien usted.

Don Holt volvió a ponerse el sombrero.

—Es inútil. Vale más que siga usted su camino y yo seguiré el mío. Cuando llegue usted a la cumbre de la montaña, tíreme una cuerda y subiré a reunirme con usted. Y, a propósito: Supongo que cuando el forense termine su examen deseará usted hablar con él, ¿no?

—Tendré mucho gusto.

—¿Sabe usted guiar una motora?

—A veces, en Honolulu, mi hijo Henry da permiso a su padre para que guíe lancha que hice regalo por cumpleaños suyo.

—Muy bien. Esta noche le llamaré por teléfono. Luego le enviaré a Cash para que se quede aquí de guardia —el *sheriff* hizo una pausa—. Me gustaría tener un comisario de mayor seriedad. A ser posible, casado.

Chan sonrió.

—Puedo decir a señorita Beaton que acompañe a Tavern. Viaje por lago será agradable.

—¡No está mal la idea! —asintió, animado, el *sheriff*—. No la olvide. Adiós y buena suerte. Siento mucho no poderle ser de más utilidad.

—No deje que desesperanza entre en corazón de usted. Tengo recuerdo de primer caso en que hice intervención. Progreso iba con lentitud grande. Ciervo no puede hacer mover árbol.

Cash y el doctor Swan estaban de pie junto a la barca. El último, tendiendo la mano al policía, le dijo:

—Supongo que nos separamos por algún tiempo, pero estoy seguro de que volveremos a vernos, ¿no?

—Tengo misma esperanza —contestó, cortés, el chino.

—No quiero parecer curioso, pero... ¿Tuvo éxito su visita a Reno?

—En muchos detalles tuvo éxito asombroso.

—¡Muy bien! Ya sé que la cosa no me importa nada, pero como Romano se ha pasado el día entero haciendo cábalas sobre ello, ¿podría usted decirme si Ladona firmó el testamento... aquel en que dejaba toda su fortuna a Beaton?

Charlie vaciló un momento.

—No puso firma —dijo al fin.

—Es un buen final para Romano. Buenas noches, inspector. Nos veremos en Tavern.

—Buenas noches —contestó, pensativo, Chan.

Cash estaba ya en la lancha. Swan le siguió. Don Holt fue a sentarse al timón. Un momento después partían hacia Tavern.

Charlie quedóse contemplando la embarcación, mientras recorría las tres millas que separaban Tavern de la casa de Dudley Ward. Swan —reflexionó—, no estaría muy lejos si llegaba a necesitarle. Y Swan era un hombre a quien podía necesitar en cualquier momento.

Al regresar a la casa, Charlie se detuvo un momento para contemplar el balcón del estudio. Retrocedió unos pasos para examinarlo mejor, y, en aquel momento, se encendió una luz. Poco después apareció Ah Sing y corrió las cortinas.

Sumido en hondas meditaciones, Charlie Chan no entró en la finca. Con paso lento la fue rodeando hasta un garaje que quedaba a mitad de camino del aeródromo. De pronto, de entre los arbustos, salió un hombre.

—Buenas noches —le saludó Chan—. Hago suposición que fue usted quien ayer noche trajo a nosotros en lancha, ¿verdad?

El hombre se acercó.

—¡Oh! Buenas noches. Sí, soy el encargado de los botes de Pineview.

—¿Usted no hace vida aquí?

—Ahora no. En julio y agosto sí. Si alguna vez fuera de este tiempo me necesita el señor Ward, como ayer noche, por ejemplo, me llama por teléfono a Tahoe.

—Hago comprensión. Hace un momento usted ha dado ayuda a señor Ireland para salir de aeródromo. ¿Dio también ayuda en noche de ayer?

—No, señor. Ayer noche no estaba aquí. Tan pronto como les dejé a ustedes, volví a casa. El señor Ward me dijo que no me necesitaría más y como teníamos concurso de *bridge* en el pueblo, volví a toda velocidad.

Chan sonrió levemente.

—Gracias muchas. No quiero hacer más detención.

—Ha sido terrible ese crimen —murmuró el encargado de las barcas—. Es el primero que se comete en muchos años.

—Sí, terrible —asintió Chan.

—Bueno, será mejor que me apresure a marchar. Mi mujer no está hoy de muy buen humor y si llego tarde... Buenas noches.

—Buenas noches.

El hombre alejóse rápidamente en dirección al embarcadero, dejando solo al policía.

La puerta del garaje estaba abierta y Chan entró en él. Lo ocupaba solamente un cochecito de turismo. Indudablemente un auto mayor no hubiera podido llegar hasta allí por los tortuosos caminos de la montaña. Durante un rato el inspector Chan inspeccionó lo mejor que pudo el lugar. En el momento en que llegaba a una larga escalera tendida en el suelo, cerraron una de las puertas con gran estrépito. Charlie Chan tuvo que darse prisa para que le abriesen a tiempo. Fuera del garaje encontró a Ah Sing, que se disponía a colocar un candado en las puertas.

—¡Oh! —exclamó, asombrado, el viejo— ¿Qué haces aquí? Tú no tienes nada que buscar en el galaje.

—He venido a hacer una visita —replicó Chan.

—Haces demasiadas visitas —gruñó Sing—. Algún día y en algún lugar entlalás a hacel visita y no podrás salil. ¿Pol qué no te ocupas de tus asuntos?

—Perdón —replicó humildemente Chan—. Ahora mismo iré a comprar un abanico para ocultar cara con vergüenza.

—Hace tiempo que debiste hacel-lo —asintió Sing.

Profundamente embarazado, Charlie dirigióse hacia la casa. Sacudiendo la nieve que tenía adherida a los zapatos, entró por la puerta trasera, y, al pasar delante de la cocina, llegó hasta él la voz de la señora O'Farrell, la cocinera.

—Saca eso de aquí —decía—. No lo quiero tener en mi cocina.

—No le hará ningún daño —replicó Cecile.

—Es posible que no —siguió diciendo la señora O'Farrell—, pero he cocinado treinta años sin ella... ¡Oh! ¿es usted, señor Chan? —exclamó, al aparecer el chino en la puerta.

—Sí, señora O'Farrell, soy humilde servidor de usted y tengo sentimiento grande de hacer interrupción.

—No se trata de nada importante —replicó la cocinera—. Le estaba diciendo a esta jovencita que he cocinado treinta años sin ningún arma de fuego y que no quiero empezar ahora a tener tratos con ellas.

Cecile sacó un pequeño revólver de debajo del blanco delantal.

—Estaba tan nerviosa —explicó—, que pedí a Michael que me trajese esto de Reno.

—Y ahora con ese cañón en casa estaremos un poco más nerviosas, ¿no? —refunfuñó la cocinera.

—No hay que alarmarse —aseguró Cecile—. Michael me ha enseñado... —se interrumpió.

—Señor Ireland ha enseñado a usted a hacer uso revólver, ¿verdad?

—Sí, estuvo en la guerra.

—¿En aviación?

—No, señor. No pudo en aviación. Sirvió como sargento de infantería. —Se dirigió hacia la puerta—. No se preocupe, señora O’Farrell, lo llevaré a mi cuarto.

—¡Vaya con cuidado con él! —advirtió la cocinera—. Fíjese bien donde apunta. Las paredes son muy delgadas en el segundo piso. —Cuando Cecile se hubo marchado, la mujer se volvió hacia Chan—. No me gustan los revólveres —dijo—. Cuantas menos armas, menos personas muertas.

—Usted desea desarme.

—Sí —replicó firmemente la mujer—. Creo que deberían suprimirse las fábricas de armas.

—Es idea de humanidad —replicó gravemente Charlie Chan—. He hecho detención aquí, señora O’Farrell, para dar excusa por no haber podido dejar a *Trouble* con usted. Circunstancias no han hecho concesión de que pudiera usted decir adiós a perro.

La mujer movió la cabeza.

—Ya lo sé. Cecile me lo ha contado. He sentido mucho no poderlo conservar... pero si había otra persona con más derecho que yo...

—Había persona con derecho grande —aseguró Chan—. Siento disgusto de usted. Pido humildemente perdón.

—No se preocupe —replicó la señora O’Farrell.

Charlie se inclinó.

—Quien tiene amistad con príncipe —dijo—, gana honores. Pero quien tiene amistad con cocinera, gana comida. Preferencias de Charlie Chan son para segunda cuando arte es tan grande como el suyo.

—Tiene usted una manera de hablar muy simpática, señor Chan. Muchas gracias por los halagos.

Mientras hablaba con la cocinera, Charlie Chan había oído música en el lejano salón. Dirigiéndose hacia allí, abrió la puerta y vio a Romano sentado al piano y de pie junto a él a Hugh Beaton. La estancia estaba sumida en una dulce penumbra. La escena era de paz y de armonía. Romano tocaba muy bien, Beaton cantaba con voz excelente y no muy alta, una canción en un idioma que Charlie no comprendió. El inspector dirigióse de puntillas hacia la chimenea y sentóse en un sillón, ante el fuego.

La música cesó a los pocos momentos y Romano, levantándose, excitado, empezó a pasear por el salón.

—¡Excelente! —exclamó—. Tiene usted una voz excelente.

—¿Usted cree? —preguntó, anhelante, Beaton.

—¡Ah! Le falta confianza... le falta valor. Necesita alguien que le empuje, alguien que cuide de usted. ¿Quién arregló sus conciertos?

—Pues... la mayor parte de ellos los hice por mediación de la Compañía Musical Adolfi.

—¡Bah! ¡Adolfi! ¿Qué sabe él? ¡Un hombre de negocios con el alma de un basurero! Yo, Luis Romano, puedo hacerme cargo de usted, puedo hacerle un hombre famoso. ¿Qué si conozco el trabajo? ¡Fui yo quien lo inventó! Su nombre será conocido en todos los Estados Unidos... ¡y hasta en Europa! Desde luego mediante un sueldo.

—No tengo dinero —dijo el muchacho.

—¡Qué desmemoriado es usted! Tiene la herencia de Ladona. Y es muy importante. Aunque casi todo está invertido en acciones y ahora no se cotizan mucho, los tiempos cambian y los valores volverán a venderse. Además, tiene una casa en Washington Square, otra en Park Avenue, una quinta en Magnolia...

—No quiero nada de eso —dijo Hugh Beaton.

—No sea usted así, hombre. Además, una voz como la suya es oro puro. Le ayudaré...

—Di un concierto en Nueva York —le interrumpió el joven—, pero los críticos no se mostraron muy satisfechos.

—¡Los críticos! ¡Bah! Los críticos son como las ovejas: nunca guían, siguen. Hay que enseñarles el camino, decirles que fulano de tal es una maravilla, y, entonces, todos exclamarán a coro: «¡Es un nuevo Caruso!» No se preocupe por eso, yo sé cómo hay que tratarlos. Pero, ante todo, es necesario que tenga usted confianza en sí mismo. Le digo y repito que puede usted cantar muy bien. —De pronto Romano dirigióse hacia donde estaba sentado el policía—. Señor Chan —dijo—. ¿Quiere usted tener la bondad de darme su opinión acerca de la voz de este joven?

—Voz ha sonado como dulce canto de ruiseñor.

—¿Lo ve? —Romano se volvió hacia Hugh, agitando violentamente los brazos— ¿Qué le decía? Un detective, un hombre que no conoce el arte musical, dice lo mismo que yo. Con su voz y el dinero de Ladona...

—Pero es que yo no aceptaré el dinero de Ladona —repitió el joven.

Charlie se levantó.

—No tenga preocupación —dijo—. Señora Ladona no dejó dinero a usted.

Romano se inclinó hacia el policía; sus negros ojos brillaban febrilmente.

—Entonces... el testamento no fue firmado.

—Testamento no recibió firma —explicó el inspector.

Romano se volvió hacia Beaton.

—Lo siento —dijo—, pero no podré aceptar el cargo que usted me ha ofrecido. Tendré otras ocupaciones. No obstante, le repito que tiene usted una voz excelente. Confianza, amigo, mucha confianza. Señor Chan, si Ladona murió sin testar, su dinero pertenece...

—A su hijo, quizá —contestó el chino, mirando fijamente a Romano.

Este palideció intensamente.

—¿Quiere usted decir que tenía un hijo?

—Usted hizo declaración en noche de ayer.

—Pero yo no lo sabía, lo dije...

—¿Dijo mentira?

—Estaba desesperado... cuando dije aquello.

Me hubiera cogido a un clavo ardiendo para conseguir dinero. ¿Ha pasado usted hambre alguna vez?

—Usted dijo verdad en noche de ayer. Señora Ladona tenía hijo... pero murió hace tres años. Hago suposición que dinero de esposa de usted es suyo.

—¡Mejor! —exclamó Hugh Beaton, dirigiéndose a la escalera.

Romano se sentó junto a Charlie y murmuró:

—Siempre le dije a Ellen que pusiera en orden sus asuntos. No quiso ella hacerme caso y ahora, eso que yo critiqué, me convierte en hombre rico.

Durante unos minutos los dos hombres permanecieron callados. Charlie tenía la mirada fija en su compañero, cuyos súbitos cambios pasionales constituían el rompecabezas más complicado de su vida.

—Sí —murmuró lentamente—. Asesinato de señora Ladona hace rico a usted.

Romano levantó le cabeza.

—¿Cree usted que la maté yo? —exclamó— ¡Por el amor de Dios, no piense usted eso! Yo adoraba a Ladona. Amaba demasiado su deliciosa voz para destruirla...

Chan se encogió de hombros.

—De momento no tengo pensamiento de que usted sea asesino —dijo, y, levantándose, se dirigió a su cuarto.

Sentado ante el alegre fuego que ardía en la chimenea de su dormitorio, el chino se sumió en hondas meditaciones. ¿Sabría Romano que el testamento no fue firmado? ¿Habría hecho en tal caso tantos esfuerzos por conseguir algunas migajas de la fortuna de su mujer por mediación de Beaton? No, no parecía lógico. Sin embargo, el artista hizo aquella proposición estando el policía escuchando.

Charlie lanzó un hondo suspiro. Aquel era un problema de difícil solución. ¿Y Cecile? Habíase hecho enviar un revólver. ¿Era lógico que una persona que acababa de cometer un crimen, hiciese gala, abiertamente, de otra arma? No, no lo era. Pero ¿no sería aquello un alarde para hacer creer en su inocencia? Cecile era una mujer muy lista, sus ojos lo descubrían.

Recostándose en el sillón, cogió las galeradas de la autobiografía de la célebre cantante. Estaba escrita en un estilo fluido y agradable; se advertía cierta nostalgia por los lejanos días de su juventud, que emocionó al policía. Sobre todo, por que aquella juventud había tenido por escenario su amado Honolulu.

Una mirada al reloj de pulsera que su hija Rosa le regaló por su cumpleaños, le indicó que había llegado la hora de la cena. Cuando salía de su cuarto, poco antes de las siete, vio a Dudley Ward sentado en el estudio.

—¡Ah, señor Ward! —exclamó al dirigirse hacia su anfitrión—. Tendremos

agradable compañía de usted en cena. Es usted hombre de valor grande.

—Siéntese, haga el favor, señor Chan —replicó el millonario—. Sí, bajaré a cenar. He tenido muchos dolores en mi vida, pero nunca he querido que mis invitados los compartiesen.

Chan se inclinó.

—Usted tiene sentido grande de hospitalidad —dijo—. Señor Ward, si pudiese hacer encuentro de palabras para dar expresión a sentimiento... pero palabras no quieren acudir a llamada.

—Le comprendo —replicó el millonario—. Es usted muy bondadoso.

Charlie se inclinó levemente.

—Asunto que hizo acudir a llamada de usted, ha terminado —dijo.

—Y usted tendrá el dinero prometido —replicó Ward, acercándose a la mesa—. Le voy a extender el cheque.

—Por favor —suplicó Chan—. Idea de cobrar dinero no ha estado en pensamiento de Charlie Chan. Palabras sólo tenían significado de que molesta presencia de policía en casa de usted, había terminado.

—Señor Chan, esa idea tampoco se me ha ocurrido a mí. El *sheriff* le dijo a usted que se quedara aquí y yo también se lo pido. Por lo menos hasta que solucione este desconcertante misterio.

—¿Ha hecho usted pensamiento de consecuencias de solución de misterio?

Ward miró al chino.

—¿Qué quiere usted decir?

Charlie se levantó y fue a cerrar la puerta del estudio.

—En momento de asesinato —dijo—, cinco personas recorrían casa. En señor Swan, en Romano, en señorita Beaton y en Cecile, hago suposición que usted no tiene interés grande. Pero falta quinta persona.

—¿Cuál? Perdóneme, pero todo lo ocurrido me ha trastornado un poco las ideas.

—Última persona que vio viva a señora Ladona.

—¡Sing! ¿Se refiere usted a Ah Sing?

—Sí.

Por un momento Ward permaneció callado. En su rostro se reflejó una expresión que Charlie había visto ya otra vez. ¿Dónde? ¡Ah, sí! En el rostro de Sam Holt cuando se estudió la posible culpabilidad de Sing. El viejo criado, pensó Chan, era un hombre muy querido.

—Supongo que no habrá descubierto usted nada... —dijo al fin el millonario.

—No, he hecho simple suposición.

—Ya me lo figuraba —replicó Ward—. Señor Chan, conozco a Ah Sing desde que yo era niño y puedo asegurarle que no hay en el mundo un ser más bueno. No puede haber hecho nada malo. Sin embargo, le agradezco me haya hablado de ello. —Se levantó—. Creo que ha llegado ya la hora de la cena y no me gusta hacer esperar a la señora O'Farrell... —Se interrumpió de pronto y miró fijamente al chino

—. ¿Ha dicho usted cinco personas?

—Sí.

—Son seis, señor Chan. ¿Ha olvidado a la señora O'Farrell?

—No he hecho olvido, pero ¿qué interés podía tener cocinera en asesinato de señora Ladona?

—Ninguno, claro —repuso Ward—, pero hay que ser exactos.

—Razón está en palabras de usted, señor Ward. En futuro haré mención de seis personas.

Charlie abrió la puerta del estudio. Cerca de ella encontró a Ah Sing.

—Dese plisa, señol —dijo el viejo—, cena está enfliendo.

—Vamos —pidió Ward, insistiendo en que Charlie pasase delante. Sing se alejó cojeando en dirección a la escalera de servicio.

CAPÍTULO XI

Un balcón en Stressa

El resto de los invitados les esperaban en el salón: Leslie Beaton, vestida con un elegante traje verde, estaba de pie junto a la chimenea. Su hermano aparecía bastante más animado que de costumbre y Romano muy alegre y risueño. Ryder, como siempre, serio y ceñudo.

—¿Estamos todos aquí? —preguntó Ward—. No veo al doctor Swan.

Indudablemente Sing no cumplió su promesa de pasar a su señor el adiós del médico. Chan explicó lo ocurrido.

—Espero, señorita Beaton —replicó Ward—, que tendré el honor de conservar a todos mis demás huéspedes.

Cuando pasaban al comedor, la joven dijo algo de marcharse a la mañana siguiente y el millonario expresó su sentimiento. Luego, cuando todos estuvieron sentados a la mesa, dijo:

—Esta tarde me ha parecido oír cantar a alguien en el salón. Por cierto, que quien fuese, lo hacía muy bien.

—Espero que no le habrá molestado —dijo Beaton.

—¿Molestarme? ¡Al contrario! Ha sido un placer oírle. Tiene usted una voz notabilísima.

—¿Qué le dije, señor Beaton? —exclamó Romano—. Usted no quería creerme. Sin embargo, mi opinión es respetada en todos los círculos musicales. Hasta el señor Chan convino...

—Sí —replicó, sonriendo el detective—, pero tengo placer de tener corroboración de señor Ward y usted. Policías no tienen costumbre de ser expertos musicales. Cuervo hace suposición que grito de búho es canción hermosa. Sin embargo, en caso de ahora no escuché gritos de búho.

Beaton sonrió al fin.

—Muchas gracias, señor Chan —dijo.

—¿Qué le pasa a su hermano, señorita Beaton? —preguntó Romano—. Tiene un don maravilloso y no tiene confianza en sí mismo.

—Me temo que sea el temperamento artístico —replicó la joven—. Últimamente, uno de los críticos de Nueva York, le dio un ligero palo y desde entonces ha perdido la fe en sí mismo.

—¿Y sólo por una crítica? —Romano se encogió de hombros— ¡No sabe nada de la vida! Necesita una persona que cuide de él... Un hombre inteligente, con gusto musical...

—Como usted —sonrió la señorita Beaton.

—Yo sería el ser ideal —convino Romano.

—¿Podría hacerle recuperar la fe perdida?

—¡Ya lo creo! Es una lástima que ahora yo no esté disponible. Pero ya le buscaré un sustituto.

—Es usted muy amable —replicó la joven.

Beaton clavó la mirada en su plato. Siguió un largo silencio.

—Siento mucho que se vayan ustedes de Pineview —dijo al fin Ward, dirigiéndose a Leslie Beaton—. Comprendo, desde luego, que aquí no hay muchas distracciones.

—Es un lugar encantador —murmuró Leslie.

Y de nuevo volvió a reinar un profundo silencio. Charlie, comprendiendo que aquellos silencios atormentaban a Ward, hizo un esfuerzo por continuar la conversación.

—En Pineview hay distracciones grandes para Charlie Chan —dijo—. En Honolulu dedico tiempo a hacer estudio de árboles. Tengo conocimiento de todos árboles tropicales, pero declaro absoluta ignorancia de árboles coníferos.

—¿De qué? —preguntó Leslie Beaton.

—De árboles coníferos. Árboles dicotiledóneos. ¿Hace comprensión?

La joven sonrió.

—Ya sé una cosa más.

—Estudio de importancia grande. Tengo conocimiento de pinos, abetos y cedros. En libros he visto pinos escoceses, italianos y austríacos. Señor Romano, cuando usted hizo guerra en Alpes, usted debió de hacer encuentro con pinos austríacos.

—Con tantas cosas me encontré —replicó el músico—. Es posible que también me encontrase algún pino austríaco. ¡Quién sabe!

—Ahora quisiera hacer clasificación de pinos de aquí. Quizá señor Ryder pueda dar ayuda.

—¿Qué quiere usted que sepa de pinos? —preguntó Ryder.

—Usted ha dirigido mina en lugar próximo a Pineview. Usted ha pasado mucho tiempo entre árboles cuando quedó sitiado por nieve. —Ryder dirigió una sobresaltada mirada al policía—. ¿Hay posibilidad que usted no tenga interés por árboles?

—Lo siento, pero los árboles nunca me han interesado lo más mínimo.

—¡Ah! —Chan se encogió ligeramente de hombros—. Tendré que hacer

continuación de estudios solo. En clase de pinos, corteza tiene grueso grande cerca de tierra, y adelgaza cuando va subiendo. ¿Hay pinos así en Pineview? Es lástima grande que gordura no deje a Charlie Chan subir a árboles —dirigió una mirada a sus compañeros de mesa y continuó—: Tengo envidia mucha delgadez de ustedes.

La cena terminó bastante animada, aunque ya no se trató más de los árboles, cuyas características parecían interesar muy poco a los invitados.

Ah Sing sirvió el café y los licores en el salón, y cuando Charlie Chan hubo apurado una taza del excelente café que preparaba la señora O'Farrell, se levantó, diciendo:

—Si ustedes dan excusa, marcharé a cuarto.

—¿Tiene que estudiar algo acerca de los coníferos? —preguntó Leslie.

—No, señorita —replicó Chan—, tengo que hacer lectura de obra de interés grande.

—¿Me gustaría a mí?

—Hago suposición que gustaría menos que a mí. Algún día haré prueba. —Se detuvo un momento junto a John Ryder—. Pido humildemente perdón por hacer intromisión de asuntos particulares en alegre reunión, pero tendría agradecimiento grande a usted si aceptara entrevista conmigo en cuarto.

Ryder dirigió al inspector una mirada de disgusto.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—¿Tengo necesidad de dar explicación?

—Sí, si quiere usted que suba.

El rostro de Chan se endureció.

—Persona que hace representación de emperador, es como emperador; y persona que tiene representación de *sheriff*, es como *sheriff*.

—¿Aunque sea un chino? —refunfuñó Ryder. Pero se dispuso a levantarse.

Mientras Chan seguía a Ryder por la escalera, una sorda ira encendía su corazón. Muchos hombres le habían llamado chino, pero como lo habían hecho sin deseos de ofenderle, Chan les perdonó. Pero en Ryder, natural de las costas del Pacífico, la palabra tenía significado muy distinto. Era un insulto premeditado.

Cuando entraron en el dormitorio del inspector, Ryder se volvió bruscamente hacia él, diciendo:

—A juzgar por sus palabras durante la cena, ha estado usted husmeando en mis asuntos particulares.

—*Sheriff* hizo petición a Charlie Chan de que ayudase con insignificante inteligencia —replicó fríamente el policía—. He hecho examen de pasado señora Ladona. Hice descubrimiento de que pasó usted un invierno en Sierra Nevada.

—Sí —replicó Ryder—, pasé un invierno.

—¿Sólo uno?

—Sí, sólo uno.

—En barracón de mina, ¿no? —Charlie sacó del bolsillo un recorte de periódico y

se lo tendió a Ryder—. Hice encuentro con esto en equipaje de señora Ladona —explicó.

Ryder cogió el papel y lo leyó con gran atención.

—Lo debió de guardar como recuerdo —dijo—. Supongo que, para ella, ese suceso debió de ser un simple incidente. Para mí fue mucho más. —Devolvió el recorte al inspector, que le miraba con gran atención—. ¿Qué más quiere usted saber? —preguntó—. Todo, ¿no? Entonces será mejor que se siente.

Charlie acomodóse en un sillón, frente al fuego, y Ryder ocupó otro junto al del policía.

—Siempre admiré a Ellen —empezó—. Cuando se separó de Dudley la seguí a Nueva York, después de un correcto intervalo. La encontré muy desanimada. Me dijo que se casaría conmigo y que pensaba abandonar su carrera para dedicarme a mí toda su vida. Aquello duró un mes.

»Como ya sabe usted por ese recorte, tuve que salir para la mina y ella me acompañó pensando encontrar allí una gran diversión. Pero empezó a nevar y tuvo que permanecer el invierno entero en plena montaña. Entonces empezó a pensar. Noche tras noche, sin otra luz que las de las velas, me habló de París, de Nueva York, de Berlín, de todo cuanto había dejado por mí. Harto, por fin, de oírla, le dije yo también que, por ella, había perdido tranquilidad y libertad... Poco a poco empezamos a odiarnos.

»Hacia el final del invierno caí enfermo... gravísimamente enfermo... pero ella apenas me entró a ver. Me dejó al cuidado del estúpido servidor que teníamos. Apenas se derritió la nieve, Ellen se marchó sin decirme siquiera adiós. En Reno consiguió el divorcio. Creo que alegó incompatibilidad de caracteres.

Ryder calló durante unos instantes con la mirada fija en el fuego.

—Esta es la historia de un invierno de odio. No hay odio comparable al que sentimos el uno hacia el otro, encerrados allá en aquella cárcel. ¿Le extraña que nunca haya olvidado ese rencor? ¿Que no quisiera verla ayer noche cuando Dudley, neciamente, la invitó a venir aquí? ¿Le extraña que odiase hasta la simple mención de su nombre?

—Señor Ryder —replicó lentamente Chan—. ¿Qué decía en carta que señora Ladona escribió a usted antes de morir?

—Ya le he dicho que no recibí esa carta —replicó el hombre—. Por lo tanto no fui yo quien la abrió.

—¿Esa es última declaración de usted? —preguntó amablemente Chan.

—Es mi única declaración... y la verdad. No fui al estudio. Permanecí en mi cuarto desde que usted se marchó hasta que bajé al salón.

Charlie se puso lentamente en pie, se acercó a una de las ventanas y contempló el vacío aeródromo...

—¿Tiene algo más que preguntarme? —pidió Ryder.

Charlie tardó un momento en contestar y, al fin, replicó:

—No, señor Ryder, he terminado interrogación. Gracias muchas por bondad de usted.

Cuando Ryder se hubo marchado, el chino cerró la puerta y cogió otra vez las galeradas de la biografía de Ellen Ladona. Sentado junto al fuego leyó otros dos capítulos. De las largas hojas de papel impreso, salía llena de vida la personalidad de Ladona. Toda su existencia se iba desarrollando ante los ojos del inspector. Su primer matrimonio, aquellos inolvidables días en París cuando le dijeron que era una de las elegidas por la Fama. Su entusiasmo era contagioso.

«Capítulo IV». Al fijarse en el número del capítulo, el chino se preguntó cuántos tendría en total la obra. Entonces cogió la última galerada y buscó la que marcaba el capítulo final. Era el veintiocho. Seguramente en veintiocho capítulos lograría encontrar algo que podría serle de alguna ayuda.

Su mirada se posó, casualmente, en el principio de aquel último capítulo. Los nombres de poblaciones extranjeras siempre le habían intrigado. Casi inconscientemente, empezó a leer:

«Después del enorme éxito obtenido en Berlín, he venido a descansar en Stressa, en el maravilloso Lago Maggiore. Es aquí, en el balcón del “Gran Hotel et des Îles Borromées” donde escribo los últimos capítulos de mi libro. ¿Dónde podría haber encontrado un sitio más hermoso? Contemplo, alternativamente, las verdes aguas, el cielo de un azul intenso y los Alpes, con sus montañas cubiertas de nieves eternas. Poco más lejos veo la Isola Bella, con su fantástico palacio, sus terrazas llenas de naranjos y limoneros. Los espectáculos así toda la vida me han cautivado el corazón...»

Los ojillos de Charlie Chan se abrieron de par en par al continuar leyendo. Su respiración se hizo agitada y lanzó un ligero grito de satisfacción.

Dos veces volvió a leer el principio del capítulo; luego, incapaz de permanecer sentado, se puso en pie y paseó nerviosamente de un lado a otro del cuarto. Por fin volvió junto a las galeradas y cogió la que había despertado tanto interés en él. Era la ciento diez. La dobló con todo cuidado y la colocó cuidadosamente en su cartera, luego le dio unos cariñosos golpecitos.

Enseñaría aquello al *sheriff*. Era lo honrado. No había que guardar secreta ninguna posible clave. Por fin tenía la pista que tanto había buscado, la cual le permitiría el anhelado éxito.

CAPITULO XII

«¿De manera que va usted a Truckee?»

Charlie Chan había vuelto a sentarse ante el fuego y leía con creciente interés el contenido del capítulo sexto de la autobiografía de Ladona. De pronto Ah Sing llamó a la puerta, anunciándole que Cash Shannon estaba abajo y deseaba hablar inmediatamente con él. Recordando su conversación con el *sheriff*, Chan corrió a la planta baja, Ryder y Ward estaban fumando junto a la chimenea; la señorita Beaton y su hermano debían de haber estado leyendo; Romano, sentado al piano, había dejado de tocar. El deslumbrante Cash, hallábase en medio de la estancia, sonriendo tranquilamente.

—¿Qué tal, señor Chan? —saludó—, Don dice que vaya usted un momento a Tavern. Coja su lancha. Yo he venido en ella y está en el embarcadero con el motor en marcha.

—Gracias muchas —contestó Charlie. Volvióse hacia la joven—. ¿Señorita tendría gusto de hacer viaje por lago?

—¡Ya lo creo! —exclamó la joven, levantándose de un salto.

—No hace muy buena noche —indicó Cash, cuya sonrisa se acababa de desvanecer—. Es muy oscura. No me extrañaría que lloviera o nevase.

—Eso me gustaría aún más —añadió Leslie Beaton.

—Tavern es un pueblo muy triste —insistió Shannon. No lo recomendaría a nadie que quisiera divertirse.

—Estaré lista dentro de un momento —dijo la joven a Chan, echando a correr hacia su cuarto.

Cash permaneció de pie en medio del salón, contemplando tristemente su sombrero.

—Siéntese, Shannon —indicó Dudley Ward—. Supongo que tendrá usted que quedarse aquí hasta que vuelvan.

—Sí, tengo que quedarme aquí —refunfuñó el vaquero; luego, mirando a Charlie, añadió—: ¡Tiene usted unas ideas!

Chan se echó a reír.

—Son órdenes de *sheriff*.

—¡El muy canalla! —exclamó Cash— ¡Y pensar que para venir aquí he faltado a la cita que tenía con una rubia!

Leslie Beaton reapareció cubierta con un grueso abrigo con cuello de piel.

—Supongo que no estará fuera mucho tiempo —dijo Cash.

—No se preocupe —replicó sonriendo la joven—. Voy en muy buena compañía. ¿Está usted preparado, señor Chan? —Al salir de la casa levantó la cabeza y preguntó, asombrada—: ¿No hay luna? Tampoco se ven las estrellas. Sólo el azul del cielo. ¡Qué agradable es!

—Temo que amigo Cash no haga aprobación de viaje —murmuró el policía.

La señorita Beaton se echó a reír.

—Una tarde con Cash es más que suficiente. Le aseguro que después de oírle hablar como una cotorra, siento una enorme admiración por los hombres callados.

Saltó dentro de la barca, Chan se acomodó junto a ella.

—¿Molesta enorme gordura mía? —preguntó.

—Hay sitio suficiente —aseguró la muchacha.

El policía puso en marcha el motor de la embarcación, la cual se alejó lago adentro, describiendo un amplio círculo.

—Hace fresco, ¿verdad? —dijo Leslie.

—Algún día —replicó Charlie— tendré, quizá, privilegio de acompañar a usted por aguas de playa de Waikiki.

—Parece que ha de ser muy bonito, pero nunca podré hacerlo. Soy demasiado pobre. ¡Siempre demasiado pobre!

—Pobreza tiene ventajas grandes —sonrió el chino—. Ratas evitan arroz de pobres.

—Y el arroz también le evita, no lo olvide.

—¿Ha conocido noticia de que hermano de usted no es heredero de fortuna de señora Ladona? —preguntó Chan.

—Sí... y ha sido una de las mejores noticias que he recibido en muchos años. Ese dinero no le hubiese hecho ningún bien a Hugh. Seguramente habría arruinado su carrera.

El policía asintió.

—Pero ahora, carrera está salvada. Usted no debe tomar palabras como ofensa, pero muerte de señora Ladona ha sido gran alivio para usted.

—Hago esfuerzos por no pensar eso. Realmente era algo terrible el porvenir que esperaba a mi hermano. Tengo la impresión de que él mismo, sin darse cuenta, se alegra de que las cosas hayan sucedido así.

—¿Ha tenido usted conversación con hermano?

—No. Pero él nunca deseó casarse con Ladona. Fue ella, la muy... Bueno, dejemos a los muertos en paz. Fue ella quien lo hizo todo. Pero, de todos modos, hay momentos en que no puedo menos de compadecerla. A pesar de sus años, lo que

buscaba, indudablemente, era el amor... lo necesitaba. Se ve que en sus anteriores matrimonios no pudo encontrar lo que anhelaba su corazón.

—¡Pobre Ladona! —murmuró, lentamente, el inspector. A lo lejos se vislumbraron las luces de Tavern—. Quisiera hacer pregunta a usted —continuó—. Ayer noche hizo declaración usted de haber visto antes a doctor Swan. ¿Puede usted dar explicación de circunstancias?

—Ya lo creo. Fue en Reno. Unos amigos me llevaron a una casa de juego... sólo para verla, ¿comprende? El doctor Swan estaba allí, jugando a la ruleta.

—¿Era aspecto suyo, aspecto de jugador de costumbre?

—Parecía interesarle mucho el juego. Uno de nuestro grupo nos presentó. Más tarde se reunió con nosotros para cenar. Se sentó junto a mí, y le hablé de Ladona. ¡Ojalá no lo hubiese hecho!

—¿Tiene usted pensamiento de que doctor Swan colocó bufanda de usted en manos de señora Ladona?

—Sí. Creo que debió de ser él.

—Hay posibilidad —asintió Chan—. Pero ahora quiero pedir favor a usted. Si esta noche hace encuentro con doctor, haga pensamiento que Swan no intentó comprometer y hable cordialmente.

—Si usted lo pide, lo haré —prometió la muchacha.

—Tiene usted amabilidad grande. En rincón de cerebro hago preparación de plan y tendré necesidad de ayuda suya. Tengo deseo de ver jugar a doctor Swan.

—No entiendo lo que se propone hacer usted, pero confíe en mí.

Estaban ya junto al embarcadero. Poco después, Charlie amarraba la lancha, y, seguido de la joven, entraba en el hotel de Tavern. El salón aparecía brillantemente iluminado cuando los dos viajeros entraron en él.

Don Holt acudió, presuroso, a hacerse cargo de la señorita Beaton. Junto al fuego, Chan encontró a Dinsdale, el propietario del hotel, al doctor Swan, a Sam Holt y a un nervioso hombrecillo, vestido de negro.

—Esto no es muy divertido —decía el *sheriff* a la joven—. Espero que, por lo menos, el viaje por el lago haya sido más distraído.

—Sí, me he divertido mucho —aseguró Leslie.

—Esto no parece un lugar muy alegre, ¿verdad?

—¡Oh! No sé. ¿Quién es ese hombrecillo vestido de negro?

—Pues... el forense.

—Nunca había visto ningún forense. Desde que estoy en este país no hago más que aprender cosas nuevas. Hasta ayer noche no conocí a un *sheriff* de veras.

—Usted me perdonará, señorita, pero... el señor Chan y yo... tenemos un asunto que tratar. Después estaré libre para el resto de la noche.

—Lo que va usted a decir al señor Chan debe de ser algo muy emocionante, ¿verdad?

Don Holt replicó con una sonrisa, y, acompañando a la muchacha junto al fuego,

la dejó allí en compañía de Swan y Dinsdale. Enseguida se dirigió al extremo del salón donde estaban su padre, Chan y el forense.

—Le presento al forense, doctor Price, señor Chan —dijo Holt.

El médico estrechó la mano del detective, y, carraspeando, empezó:

—La muerte, señor Chan, la causó una bala disparada por un revólver del calibre treinta y ocho, sin duda el de la muerta. Penetró unas pulgadas por debajo del hombro izquierdo y siguió una trayectoria descendente.

—Entonces, ¿disparo fue hecho desde arriba? —preguntó Charlie.

—Indudablemente. La víctima debió de luchar con su agresor. Cayó arrodillada ante él y éste debió de disparar, permaneciendo en pie.

—¿Estaba muy cerca arma?

—No puedo decir a qué distancia se encontraba; pero lo que sí es seguro, es que no estaba muy cerca. Por lo menos no hay señales de pólvora en el cuerpo.

—¿Pudo, muerta... mejor dicho, pudo señora dar pasos después de recibir herida?

—Ya se lo he preguntado yo —intervino Don Holt—. Y me ha contestado que el corazón es tal o cual cosa y que los pulmones no sé qué, y que todo eso está dentro del tórax. En resumen, que no lo sabe.

Charlie sonrió.

—¿Han hecho encuentro de bala? —preguntó.

—Sí. El doctor me la entregó —replicó Don Holt—. Está en la caja de caudales de Dinsdale, con el revólver de Ladona.

—Excelente —asintió el policía—. Y, ¿quién tiene combinación de caja?

—Pues... Dinsdale y su cajero.

—Bien, bien —murmuró Chan. Luego, volviéndose hacia el doctor Price, continuó—: Señor forense, gracias muchas por favor.

—Ha sido un placer ayudarlo —replicó el médico—. Pasaré la noche aquí; si necesita que le aclare algo, no tiene más que llamarme. Ahora me marcho a la cama, pues mañana quiero levantarme pronto.

Cruzó el salón, y, acercándose a Dinsdale, le dijo algo al oído. Después se fue hacia su cuarto. Charlie y los dos Holt reunieron con el grupo, que estaba ante el fuego.

—Siéntense, hagan el favor, señores —pidió Dinsdale—. Le estaba diciendo a la señorita Beaton que me alegro mucho de que venga mañana a quedarse aquí. Desde luego, el hotel no está aún abierto oficialmente al público y las diversiones no son muchas. Sin embargo, mañana vendrán unos periodistas de San Francisco y esa gente siempre trae consigo la alegría.

—¡Periodistas! —exclamó, abatido, Don Holt.

—Sí. Y, además, volverán los de Reno. Se han pasado todo el día rondando por aquí, pidiendo ver al señor Chan.

—Espero que sea al señor Chan a quien encuentren —dijo el *sheriff*—. ¡Bien sabe Dios que yo no sabría qué decirles!

—Secreto está en hablar mucho y decir pocas cosas —explicó el chino—. Tomaré cargo de periodistas.

—El día de mañana se presenta interesante —intervino la señorita Beaton—. Pero ¿y esta noche? ¿Dónde está la vida nocturna de este país?

Dinsdale se echó a reír.

—Para eso tendrá usted que volver en verano.

—¡Oh! Pero he oído decir que no sólo se juega en el estado vecino —continuó la joven, Charlie le dirigió una agradecida sonrisa—. Debe de haber algún sitio...

—En mi condado no existe ni una sola casa de juego —dijo firmemente Don Holt.

—Bien, pues marchémonos de este condado tan decente. Seguramente habrá algún pueblo más próximo que Reno.

—Está Truckee —aventuró Dinsdale—. En verano la gente va allí por las noches. No es que sea un lugar muy divertido, pero tiene dos o tres restaurantes, un cine y algunos sitios donde puede jugarse.

—No es posible, estando en el condado del señor Holt —replicó, burlonamente, Leslie.

—No está en mi condado —se apresuró a aclarar el *sheriff*—. Está tocando a la línea fronteriza. Póngase el abrigo, señorita, e iremos a echar un vistazo a esa moderna Babilonia. —El joven parecía muy alegre, pero en su voz se notaba cierto tono de desilusión.

—¡Será maravilloso! —exclamó la señorita Beaton. Acercóse a Sam Holt e inclinándose sobre él, le dijo—: Usted también vendrá, ¿verdad?

—No debería hacerlo —contestó el viejo—. Pero... me gusta su voz. Parece llena de vida y alegría. ¡Ya lo creo que iré con usted! El trato con la juventud no perjudica a ningún viejo.

Leslie Beaton volviese hacia Swan.

—A usted tampoco le molestará un poco de juego, ¿verdad?

—Verá... No sé... Creo que sería mejor que me quedara aquí —replicó el médico. Pero sus ojos se habían brillantado.

—No diga tonterías —replicó la joven—. No nos marcharemos sin usted —añadió, mientras Don Holt la miraba, asombrado.

—Siendo así... —Swan se levantó presuroso.

Dinsdale indicó que debía quedarse en el hotel, pues no podía abandonarlo, pero ofreció su auto para el viaje.

Cuando los expedicionarios hubieron recorrido las quince millas de nevada carretera se encontraron con un poblado que no respondía en nada a la idea que se habían forjado de él. Las casas parecían viejas y a punto de hundirse, y sólo algunas débiles luces se vislumbraban a través de los empañados cristales de dos o tres restaurantes. Don Holt detuvo el auto, y, saltando a tierra, exclamó:

—Ya estamos en Truckee. Me parece que la vida nocturna de este pueblo se habrá

acostado ya.

—¿No hay luz en el Exchange Club, junto a aquel restaurante? —inquirió el doctor Swan.

—Así parece —replicó Holt—. Tiene usted vista de jugador, señor Swan. Quizá sea verdad que estamos en una Babilonia en pequeño. De todos modos, no nos pasará nada por preguntar.

El joven *sheriff* guió a sus compañeros hasta el restaurante, que estaba regentado por un griego, a quien en el pueblo conocían por Pete el Feliz.

—¡Hola, Pete! —dijo Don Holt— ¿Qué distracciones hay en este pueblo?

—No sé —replicó el griego—. ¿Es que hay alguna?

—Nosotros hemos venido a buscarlas. He traído a unos amigos de Reno.

—Mucho gusto en conocerles —saludó Pete—. Las máquinas tragaperras están allí, en el rincón.

—¿Y arriba, no hay nada?

—Ahora no. Todas las mesas están cubiertas. No es época aún. Hay algunos del pueblo jugando al póker, gente distinguida.

—¿Es juego íntimo o pueden tomar parte otras personas? —preguntó Charlie.

Pete miró atentamente al policía, y, al fin, replicó:

—Puede usted subir a preguntarlo.

—¿Subimos, doctor Swan? Podemos hacer adquisición de fichas.

—Echemos un vistazo, antes —replicó, cautamente, Swan.

Por una escalera privada los visitantes subieron al Exchange Club.

—¡Vaya usted con cuidado, inspector! —advirtió Don Holt— ¡Un griego! ¿Cómo diablos ha podido venir a parar a Truckee un griego? No cabe duda de que si está aquí es que no tiene otro sitio donde ir.

—Griegos —replicó Charlie— nacen con geografía de mundo en mano.

En un amplio salón del primer piso, lleno de mesas de juego, cubiertas con fundas de lona, vieron, bajo una solitaria luz, cinco hombres jugando al póker...

—Buenas noches, señores —saludó Don Holt—. Las cosas no parecen ir muy bien esta noche. El pueblo parece una tumba.

—Sí; no hay grandes diversiones. Si quieren sentarse con nosotros, podrán distraerse un poco.

Holt dirigió una mirada a los individuos del grupo, y, al fin, replicó:

—No sé si tendremos tiempo.

—Podemos probar suerte —propuso Chan—. ¿Qué decide, señor Swan? Podemos hacer adquisición de diez dólares de fichas y tomar media hora de tiempo para ganar o perder.

Los ojos de Swan brillaron y sus mejillas enrojecieron ligeramente.

—De acuerdo —replicó.

—Bien —dijo Charlie Chan—. Ahora son nueve y media. Señores, a diez en punto de noche, terminaremos juego.

Don Holt miró, intrigado, al policía.

—Está bien —asintió—. La señorita Beaton y yo les esperaremos abajo. Papá...

—Acércame una silla, hijo —dijo el viejo—. Tengo ganas de volver a oír el ruido de las fichas.

—¿No juega usted? —le preguntó uno de los jugadores. Pero al darse cuenta de la desgracia del viejo *sheriff*, se apresuró a excusarse.

—Me limitaré a escuchar —replicó el viejo—. Ahora es todo cuanto puedo hacer.

—¿Quieren tener bondad, señores, de dar explicación de valor de fichas? —pidió Chan—. Soy novicio.

—Con mucho gusto —replicó uno de los jugadores, hombre de pálido rostro y aspecto de crupier.

Don Holt y la joven regresaron al restaurante, invadido por un asfixiante olor de pescado frito.

—¿Quiere tomar algo? —preguntó el *sheriff*.

—En mi vida he sentido menos apetito que en este momento —aseguró la muchacha.

—Sin embargo, le aconsejo que pidamos algo; el sabor es mucho mejor que el olor. No hay derecho a ir en busca de la vida nocturna de un pueblo, y no gastar ni un céntimo. ¿Prefiere comer en una mesa o en el mostrador?

Leslie recorrió varias mesas, observando los manteles, y, al fin, decidió:

—Será mejor el mostrador.

Riendo, los dos jóvenes se sentaron al mostrador.

—¿Qué comerá? —preguntó Don Holt.

—Un emparedado y una taza de café.

Pete acercóse a sus clientes. El *sheriff* encargó dos emparedados y dos tazas de café. Cuando el hombre se hubo retirado, Holt miró hacia la escalera.

—El inspector está retrocediendo —murmuró—. No hay chino que pueda mantenerse alejado de una mesa de juego.

Leslie sonrió, mirando a su compañero.

—¿Lo cree usted así? —preguntó.

—¿Por qué no he de pensarlo? Pero recuerde que sólo estaremos aquí media hora. A las diez en punto nos iremos, aunque tenga que echar mano al revólver. Por lo tanto, aprovéchese usted de la vida nocturna.

—A usted no le gusta mucho esta excursión, ¿verdad? —preguntó Leslie, dirigiendo una aguda mirada a Don Holt.

—¿A mí? Pues... claro... claro que me gusta, aunque es verdad que me ha decepcionado usted un poco. Es como todas las mujeres. Inquieta, no puede parar en ningún sitio. Los hombres somos mejores. Podemos estarnos quietos, contemplando las montañas nevadas, cuando hay trabajo sabemos hacerlo; pero luego también sabemos acomodarnos en una silla y descansar.

—Todo eso que usted ha dicho es cierto —replicó la joven—. Las mujeres somos

inquietas, y yo soy tan mala como cualquier otra. Pero esta noche no he sido yo quien ha propuesto salir en busca de una casa de juego.

—¿Cómo? Pero, si fue usted quien...

—Sí, fui yo quien propuso ir a jugar, pero lo hice sólo por complacer al señor Chan. Me dijo que tenía muchas ganas de ver jugar al doctor Swan.

Don Holt miró, perplejo, a su compañera.

—¿De veras? —murmuró—. Entonces... tendré que presentarle mis excusas.

—Nada de eso —protestó Leslie. Pete apareció con los emparedados, y la joven sonrió al comprobar su grosor—. No sé si podré abrir bastante la boca —dijo—. Es difícil, ¿no le parece?

El joven *sheriff* estaba desconcertado por lo que acababa de oír.

—¿De manera que el señor Chan quiere ver cómo juega Swan? —murmuró—. Es demasiado complicado para mí. Me gustaría saber qué se propone él inspector.



Charlie Chan parecía profundamente interesado en el póker.

En la habitación de arriba, Charlie Chan, parecía profundamente interesado por el póker. Desde que había empezado el juego no separó ni un segundo la vista de Swan. Cada movimiento de éste era examinado con el mayor cuidado. Y a causa de su atención concentrada en otro punto, o a su inexperiencia, Chan jugaba muy mal, y pronto el montón de fichas que tenía ante él quedó reducido a la mínima expresión.

—¡Ah! —murmuró—. Dinero marcha pronto en casa de juego. Doctor, ¿quiere hacer el favor de cambiar ficha azul por diez fichas blancas?

—¡Ya lo creo! —asintió Swan. Pero, perdón... me da una ficha roja, señor Chan.

—Disculpe error —se excusó el policía—. No quise hacer estafa a usted, señor doctor.

Cuando Don Holt subió a buscarles, a las diez en punto, Charlie tenía ante él una sola ficha blanca.

—Dinero ha fundido como nieve a calor de sol —dijo—. Juego última moneda. —Cogió sus cinco cartas, y, después de mirarlas, las tiró encima de la mesa—. No cartas —dijo—. Situación desesperada. Paso.

Swan jugó y perdió. Luego, poniéndose en pie, murmuró:

—No valía la pena de haber empezado para jugar tan poco rato —Contó las fichas que le quedaban de los diez dólares y las empujó hacia el banquero—. Siete dólares y veinticinco centavos —dijo.

—¿Por qué no se quedan un rato más? —invitó el banquero, con voz ronca.

—No —dijo firmemente Charlie—. Marchamos ahora... con señor *sheriff*. —Los cinco jugadores miraron, interesados, al joven.

Cuando los viajeros llegaron a Tavern, Swan dio las buenas noches a todos y se retiró a su cuarto, siguiendo el mismo corredor por el cual había desaparecido el forense. Dinsdale preguntó a la joven si quería ver la habitación que ocuparía al día siguiente.

—Es un dormitorio que comunica con un saloncito con chimenea... —empezó a explicar mientras se alejaba seguido de Leslie.

Chan volvióse rápidamente hacia los Holt.

—Hago humilde indicación de que tienen deuda de diez dólares con Charlie Chan —dijo—. Es cantidad de dinero gastado en póker. Carguen en gastos de condado.

—Un momento —intervino Don Holt—. Todo eso no lo entiendo. Le pagaré con mucho gusto los diez dólares; pero ¿qué hemos conseguido con ello?

—Hemos hecho eliminación de doctor Swan de lista de sospechosos.

—¿Cómo?

—Quizá hago pasos con rapidez grande —concedió Charlie. Sacó de la cartera la galerada ciento diez, y, desdoblándola, continuó—: En noche de hoy he hecho lectura de autobiografía de señora Ladona, y suerte ha dedicado agradable sonrisa a Charlie Chan. ¿Tiene bondad, señor *sheriff*, de leer a padre de usted primer párrafo de capítulo veintiocho?

Después de carraspear, el joven leyó:

—«Después del enorme éxito obtenido en Berlín, he venido a descansar en Stressa, en el maravilloso Lago...» Lago... Oiga, ¿qué dice aquí? ¿Qué idioma es éste?

—Italiano —explicó Charlie—. El Lago Maggiore es el segundo de los grandes lagos italianos, según creo.

—«... Lago Maggiore» —continuó Holt—. «Es aquí, en el balcón del Grand Hotel et des...» —más italiano— «donde escribo los últimos capítulos de mi libro. ¿Dónde podría haber encontrado un sitio más hermoso? Contemplo alternativamente las verdes aguas, el cielo de un azul intenso y los Alpes con sus montañas cubiertas de nieves eternas. No muy lejos veo la Isola Bella, con su fantástico palacio, sus terrazas llenas de naranjos y limoneros. Los espectáculos así toda la vida han cautivado mi corazón. ¡Color, siempre color! En la personalidad, en la música, en el escenario. Durante mi existencia he sentido compasión por muchos seres, pero nunca tanta como por un hombre a quien conocí, cuya vista no sabía distinguir un color de otro...»

—¡Diablo! —exclamó el viejo Sam Holt.

—«Un desgraciado —continuó Don Holt— para quien toda esta maravillosa belleza no sería más que un monótono conjunto de grises más o menos intensos. ¡Qué tragedia!»

—Ciego a los colores —murmuró Don Holt, devolviendo a Charlie la galerada.

—Sí —asintió Chan—. Persona que, siendo enviado a buscar bufanda verde, vuelve con bufanda roja. Desgraciada persona que, después de cometer asesinato de señora Ladona, con deseo de dar sensación de orden en mesa, hizo colocación de tapa amarilla en caja roja y tapa roja en caja amarilla.

—Señor Chan —dijo el viejo Holt—, ha dado usted en el clavo.

—¿Quién es persona ciega a colores? —continuó el policía—. Queda por hacer aclaración. Cosa es segura. Asesino no fue doctor Swan, que en casa de juego separó, con habilidad grande, fichas rojas de blancas y azules. Hemos hecho eliminación de doctor, pero hemos de hacer descubrimiento de persona que no hubiese podido gozar de espectáculo que señora Ladona disfrutaba en balcón de «Grand Hotel et des Îles Borromées», con seguridad de que es asesino.

—O sea, que usted cree que Ladona fue asesinada cerca de la mesa escritorio, ¿no? —preguntó lentamente Don Holt—. ¿Por alguien que estaba en la habitación junto a ella?

—Tengo seguridad de que ocurrió así.

—Entonces, ¿qué significa todo aquello que dijo de los árboles y la corteza?

Chan se encogió de hombros.

—¿No hay posibilidad de que Charlie Chan siga estudio de árboles? ¿Cree como público, que policías son personas sin inteligencia, con solo pensamiento de cazar hombres?

CAPITULO XIII

Pasos en la oscuridad

Dinsdale y la joven regresaron en aquel momento. Charlie se apresuró a guardar la galerada ciento diez.

—Siento no poderle destinar una habitación más alta, pero ahora sólo tengo habitable la planta baja. El resto del hotel está cerrado.

—Es usted muy amable tomándose tanta molestia —aseguró Leslie Beaton—. Ahora señor Chan, ¿no será mejor que nos marchemos? Estoy pensando en el pobre Cash.

—Para quien tiempo no correrá tanto como esta tarde —replicó el chino—. Tiene usted razón, debemos dar prisa. —Don y la joven salieron del hotel seguidos de Dinsdale. Charlie volvióse hacia el viejo *sheriff*—. Noches buenas. Tenemos trabajo grande. Tengo recuerdo de que usted ha acampado con Ah Sing...

—Comprendo, señor Chan, pero que yo sepa, Ah Sing no es ciego a los colores. Por lo menos nunca lo ha demostrado.

—¿Tiene usted seguridad? Muchos chinos son ciegos a color.

—¡Señor Chan, por favor, no pensemos más en Ah Sing! —exclamó el viejo—. Siempre ha sido un modelo de virtud.

—Sí —murmuró Chan—, modelo de virtud, de virtud de verdad. Pero ¿era homicidio vicio grande en tiempo que Sing vino a California? Motivo era cosa importante y para Ah Sing tengo seguridad que sigue siendo cosa importante.

—No quiero oírle —replicó sombríamente Sam Holt.

Charlie sonrió.

—No puedo encontrar en corazón crítica contra usted. Doy seguridad a usted, que tristeza grande invadiría alma de Charlie Chan si viaje a California terminase colocando compatriota en nudo de horca. Pero no hagamos anticipación de hechos.

—Es un buen consejo ése —asintió el viejo *sheriff*—. Pero difícil de seguir a mi edad. Esta tarde dije que dormiría mejor esta noche... pero no podré. Algo me dice que este asunto va a cambiar la vida de alguno de nosotros. Mi hijo...

—Joven que tiene simpatía grande —hizo constar Charlie.

—Sí, ya sé que es muy simpático, y las chicas también lo saben, aunque él no les ha hecho nunca gran caso. Pero ésta noche me ha parecido notar algo en su voz...

cuando hablaba con la señorita Beaton...

—Joven muy simpática. Vida entera ha dedicado a su hermano. Es joven que conoce significado de palabra lealtad.

Sam Holt suspiró aliviado.

—¡Me alegro, señor Chan, me alegro! Es usted la primera persona a quien pido su parecer... ¡Pero ese Sing! Le aseguro, inspector, que el día en que le descartemos definitivamente de este caso, será un día feliz para mí. —Tendió la mano al chino y se despidió—: Buenas noches.

En el apretón de manos de los dos hombres hubo una mutua simpatía y comprensión. Chan dejó al viejo *sheriff* sentado junto al fuego, con la cara vuelta hacia la puerta.

Dinsdale se despidió del policía en la terraza, sobre la cual empezaban a caer algunos copos de nieve.

—¡Más aún! —gruñó el hotelero—. ¿Es que no quiere presentarse esa primavera? La señorita Beaton y el *sheriff* aguardaban junto a la lancha.

—Parece que el lago empieza a inquietarse —dijo el último—. Voy a llevarles a casa.

—Sí —asintió Chan—. Pero hago recordación a usted que, aunque viaje tuviese un millón de kilómetros, llegaría también triste momento despedida.

—Esas palabras, señor Chan, le van a costar a usted el asiento de popa y la nieve que se acumulará allí. Marchémonos.

Las luces del embarcadero se esfumaron en las espesas tinieblas. La nieve caía cada vez con mayor intensidad. Chan levantó la cabeza, entusiasmado por la fría caricia de los blancos copos, tan distinta del abrasador sol de Honolulu. De nuevo una oleada de energía pareció invadirle.

Sin la menor vacilación, Don Holt encontró el embarcadero de Pineview. Ah Sing les esperaba, y les acompañó a la casa censurando a la gente que nunca encontraba llegado el momento de volver al hogar. Romano y Cash estaban solos en el salón. El vaquero acogió a los viajeros con un ruidoso bostezo.

—Ya estamos de vuelta —dijo Holt.

—Creí que se habían ahogado todos —refunfuñó Cash—. Ya que es tan tarde, creo que podríamos quedarnos hasta la hora del almuerzo.

—¿No te parece que sería mejor esperar a que te invitaran? —preguntó el *sheriff*.

—¿Quién nos lo va a preguntar, si todos están ya en la cama? Sólo quedamos el profesor y yo. Me ha estado dando una conferencia de música. Parece que eso de rascar las cuerdas de la guitarra y cantar canciones, es un arte.

—He tenido un gran placer en conocerle, señor Shannon —dijo Romano—. Las películas del Oeste han sido siempre mis preferidas.

—No se qué insinúa usted con eso —replicó Cash—. No me parece que sea precisamente un piropo, pero tengo demasiado sueño para enfadarme. Bien, Don, ¿volvemos a casa?

Los dos hombres se dirigieron en busca de la barca. La señorita Beaton dio las buenas noches y corrió a su cuarto. Chan dejó el sombrero y el abrigo en una percha. Mientras lo hacía, Romano se acercó a él.

—Si no tiene inconveniente, quisiera hablar con usted —dijo.

—Tendré placer grande en escuchar palabras de usted —replicó Chan—. ¿Sentamos junto a fuego? No, Sing no vería con gusto permanencia de nosotros aquí... Tenga bondad de acompañar a cuarto. —Pasó delante y guió al italiano hasta su habitación y allí le ofreció cortésmente una butaca—. ¿Qué palabras tienen prisa por salir de boca de usted?

—Muchas —replicó Romano—. Señor Chan, la noticia que me ha comunicado usted hoy... esa fortuna que me ha llovido del cielo... producirá un gran cambio en mi vida.

—Tengo seguridad de que cambio será agradable —replicó Chan, sentándose frente a Romano.

—Naturalmente. De un muerto de hambre me convierto en un potentado. ¿Cuál es mi mayor deseo en estos momentos? Marcharme de este lugar, a pesar de lo bonito que es, y correr a Nueva York a reclamar mi herencia para irme luego a Europa, donde estaré en mi ambiente. En Venecia escucharé los conciertos que da la banda municipal en la Piazza y, entretanto, pensare en lo buena que fue Ladona conmigo. Tengo ganas de ir a Viena, al teatro de la Opera... Pero quizá estos deseos no puedan realizarse enseguida. Por eso quería preguntarle cuanto tiempo tardará en estar solucionado el misterio del asesinato de Ladona.

—Hasta ahora hemos tocado campana de madera —explicó Chan.

—Lo cual, supongo querrá decir que no han adelantado nada, ¿no?

—Cosa parecida —replicó Chan.

—¡Es una lástima! —suspiró Romano—. Y los infelices que no podemos dar detallada cuenta de nuestros actos, ¿cuánto tiempo languideceremos aquí?

—Languidecerán hasta que criminal caiga en red.

—¿Entonces podremos marcharnos?

—Sí, entonces podrán marchar todas personas que no tengan que hacer declaración Tribunal.

Durante largo rato, Romano permaneció con la mirada fija en el fuego.

—Pero aquellos que asistan a la detención del criminal, no deberán quedarse, ¿verdad?

—Sí, deberán hacer declaración de cómo vieron detención.

—¡Es una lástima! —replicó suavemente Romano—. En fin, hace ya tiempo que comprobé que en las leyes norteamericanas no hay la menor justicia. París y Viena tendrán que esperar. Supongo que aunque me retrase unos meses, seguirán siendo igual. —De pronto, inclinándose hacia su interlocutor, murmuró—: ¿No ha oído un ruido ahí fuera, en el vestíbulo?

Chan se levantó y, suavemente, fue a abrir la puerta. No se veía a nadie.

—Nervios de usted muy excitados, señor Romano —dijo.

—¿Quién no estaría nervioso? Todo el santo día me sé vigilado. Vaya donde vaya, siempre hay alguien que no me pierde de vista.

—¿Usted no hace comprensión de motivo? —preguntó Chan.

—No. Yo no sé nada del asesinato de Ladona. Cuando la mataron, yo estaba en mi cuarto, con la puerta cerrada. Ya lo dije en mi declaración. Es la verdad.

—¿No tiene nada más que decir? —inquirió Chan.

—No —contestó Romano, levantándose. Volvía a estar tranquilo—. Sólo quera decirle que estoy deseando volver a Nueva York. Para usted eso no tiene ninguna importancia, pero, para mí, sí. Créame que le deseo un pronto éxito, señor Chan.

El policía entornó los ojos.

—A veces éxito llega de pronto. Quizá en caso de ahora llegará así.

—Deseo de todo corazón que así ocurra. —Se inclinó. De repente, su mirada se posó en la mesita próxima a la chimenea—. ¿Ha escrito usted un libro, señor inspector?

Charlie negó con la cabeza.

—Libro ha sido escrito por señora Ladona —replicó—. He hecho lectura de galeradas.

—¡Ah, sí! Ya conozco ese libro. Varias veces estuve presente mientras lo escribía.

—¿Por casualidad estaba usted presente en momento en que señora Ladona escribió último capítulo? Hago suposición que escribieron en Stressa, en Lago Maggiore.

—No tuve esa suerte. Entonces estaba en París.

—Pero usted conoce Stressa, ¿verdad? Tengo impresión de que es lugar muy hermoso.

Romano levantó las manos al cielo.

—¿Hermoso, señor inspector? No, la palabra esa no basta para dar una leve idea del lugar. ¡Oh, bella, bella Stressa! ¡Es divina! ¡Y qué colores en el lago, en el cielo, en las montañas! ¡Amada Stressa...! Nunca la olvidaré. Ese es uno de los lugares donde me llevará el dinero de mi querida Ladona. Creo que tendré que hacer una lista. Hay tantos lugares hermosos... —Se dirigió hacia la puerta—. Perdone la molestia, señor Chan —dijo— Buenas noches.

¿Qué significaba aquella entrevista?, se preguntó Chan cuando el italiano se hubo retirado. ¿Ocultaba Romano alguna prueba importante? ¿Estaba la puerta de su cuarto tan cerrada en el momento del crimen, como pretendía?

¿O intentaba acaso hacer recaer las sospechas sobre los demás? Aquel hombre daba la impresión de ser muy astuto. ¿Y aquella comedia del ruido en el vestíbulo?

Charlie salió lentamente al vestíbulo. Reinaba un profundo silencio. Cautamente, el policía descendió a la planta baja. Recogió su abrigo, el sombrero, los chanclos y regresó con todo ello a su dormitorio. Allí encendió una lámpara de pie y volvió a enfrascarse en la lectura de la autobiografía de Ellen Ladona.

A la una de la madrugada Charlie dejó de leer, guardó las galeradas y dirigióse a la ventana. Pinos, lago, cielo, todo había desaparecido; el mundo parecía terminar a tres metros de distancia, en una mezcla de negro y blanco. El espectáculo pareció causar al detective una gratísima impresión. Una amplia sonrisa iluminaba su rostro, mientras con bastante dificultad se calzaba los chanclos y poníase el grueso abrigo. Luego cubrióse la cabeza con el negro sombrero de fieltro y, con mano firme, cogió la linterna eléctrica. Apagando todas las luces de su habitación, menos una, salió al vestíbulo después de cerrar silenciosamente tras él, la puerta del cuarto.

Pero en lugar de bajar por la escalera que conducía al salón, dirigióse a la de servicio. Mientas se encaminaba a la puerta trasera, esperaba, de un momento a otro, tropezarse con el omnipresente Ah Sing. Pero el criado oriental no se cruzó en su camino. Al llegar al exterior se dispuso a dirigirse al garaje, donde unas horas antes había visto una larga escalera de mano. El aficionado estudiante de la naturaleza de los árboles volvía a sentir deseos de ampliar sus conocimientos.

Sin embargo, el Destino intervino, y aquella noche Charlie no visitó el garaje, pues en el momento en que enfocaba cautamente su linterna al suelo, descubrió marcadas en la nieve las huellas de unos pasos recientes.

Para el hombre que hasta entonces cuantas huellas encontró estuvieron impresas en la húmeda arena de las playas hawaianas, aquel espectáculo era fascinador. Casi inconscientemente siguió la pista hasta llegar a la carretera, a corta distancia de la casa. Allí se detuvo a reflexionar.

¿Quién salió de la casa después de las once, que fue la hora en que empezó a nevar? ¿Se habría escapado alguno de los sospechosos?

Sin vacilar un momento, emprendió la marcha en dirección a Tavern, que era hacia donde se dirigían las huellas. El viento soplaba huracanado y envolvía al detective en remolinos de nieve. Pero las fuerzas de Chan parecían crecer con el frío, y continuó siguiendo las huellas.

Al cabo de media milla llegó a la casa del más próximo vecino de Dudley Ward. En la casa, que era de madera, no se advertía la menor señal de vida. Todo parecía indicar que no sería habitada hasta el verano. Sin embargo, las huellas que seguía el policía conducían allí.

Un poco desanimado, Charlie Chan siguió el camino que le indicaban. Quizá, reflexionaba, se trataría sólo de algún vigilante o de cualquier otra persona inofensiva. Durante un momento permaneció en la parte trasera de la casa. Indiferentemente empujó la puerta. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo. ¡A su presión la puerta se abrió lentamente!

El policía escuchó con atención por si oía algún ruido indicador de la presencia de seres humanos. El viento hacía estremecer la vivienda, pero, fuera de eso, no se percibía el menor ruido. Sin embargo, la luz de la linterna le indicaba claramente en la nieve, frente a la puerta, las huellas de unos pies humanos. Aquellas huellas se adentraban en la casa, en cuyo suelo veíanse manchas de humedad y restos de nieve a

medio derretir.

Chan, siguiendo la pista, entró en la casa hasta llegar a un amplio vestíbulo. Grandes sombras danzaban en las paredes; en los cuartos vio fantasmales sillones, sillas y sofás, con sus blancas fundas.

En la alfombrada escalera que conducía a los pisos, vio huellas frescas de nieve. Sin vacilar un instante subió cautelosamente al primer piso. El rastro le llevó hasta una puerta de la parte posterior de la casa. Empujó la puerta; no cedió. Estaba cerrada con llave.

Cuando se disponía a llamar con los nudillos, le pareció oír que se cerraba otra puerta. Aguardó. Indudablemente, unos cautelosos pasos sonaban en el brillante entarimado del vestíbulo. Charlie reflexionó rápidamente. No era la primera vez que se encontraba en una situación semejante y sabía por propia experiencia que, en tales casos, toda la ventaja está de lado del que ataca rápida e inesperadamente. Guardando la linterna en un bolsillo, acercóse con la mayor claridad y silencio posibles a la escalera. A mitad de camino se detuvo y, casi otro tanto, hizo su corazón. La persona que estaba en el vestíbulo acababa de encender una cerilla.

Charlie se acurrucó pegado a la pared. La luz del fósforo fue breve y el policía volvió a encontrarse pronto en seguridad, una seguridad muy relativa, pues el desconocido intruso subía a toda prisa la escalera.

Como la posición del policía era más ventajosa, tomando empuje se lanzó sobre la mayor sorpresa de su vida, pues, indudablemente, el hombre sobre quien cayó, era un gigante que no solo resistió el impacto de su pesado cuerpo sin caer, sino que además le levantó en vilo. Un segundo más tarde el detective de Honolulu entablaba una lucha que recordaría durante mucho tiempo.

Los dos hombres rodaron hasta el vestíbulo. Una lámpara que estaba allí desde treinta años antes, se rompió en mil pedazos. Charlie se abrazaba desesperadamente a su enemigo, procurando impedir que éste le pegase un puñetazo, pues comprendía sobradamente que tal cosa le dejaría fuera de combate.

Pero, como lamentaba el policía mientras trataba en vano de obtener alguna ventaja sobre su contrincante, la juventud se va para no volver. Su atacante era joven y le tenía tumbado de espaldas, con las manos fuertemente apretadas al cuello. A los ojos de Chan se ofreció una visión de su casita de Punchbowl Hill, de la parra de su galería... y luego la oscuridad le fue envolviendo.

De pronto el desconocido soltó al chino, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Dios santo! Pero ¿es usted, señor Chan? —La voz era la de Don Holt.

—¡Por desgracia, de noche, todos gatos son pardos! —murmuró Chan.

Holt le ayudó solícito a ponerse en pie.

—Lo siento mucho, señor inspector —se excusó—. Ya comprenderá que no sospechaba ni remotamente... Espero que no le habré hecho mucho daño. ¿Cómo se encuentra?

—¿Cómo siente gorrión cuando hace choque con bala de cañón? —replicó Chan

—. Tengo dolores, pero tengo también esperanza de seguir con vida. Tengo alegría grande de haber hecho encuentro de usted. Aquí ocurren cosas extrañas esta noche.

—Así lo creo —replicó Holt—. Estaba profundamente dormido cuando el forense entró en mi cuarto...

—Un momento... por favor —le interrumpió Chan—. Más tarde prestaré oídos a explicación de usted. Ahora creo de importancia grande hacer examen de cuarto cerrado en primer piso. —Sacó la linterna eléctrica, y, con gran sorpresa, comprobó que aún funcionaba—. ¿Quiere tener bondad de seguir?

Rápidamente guió al joven hasta la puerta cerrada.

—Rastro de nieve guió aquí —explicó.

—Entonces es que hay alguien dentro de ese cuarto.

—Alguien, o algo —añadió Chan.

El *sheriff* levantó su formidable puño y la dejó caer contra la puerta. El golpe repercutió en toda la casa.

—¡Abran la puerta! —ordenó.

El profundo silencio que siguió a la llamada tenía algo de siniestro. Holt movió el tirador, pero la puerta continuó cerrada. Entonces retrocedió unos pasos, diciendo:

—Bueno, abajo hemos roto una lámpara. Supongo que un poco más de estropicio no hará enfadar mucho a los dueños de la casa. ¿Quiere alumbrar, señor Chan?

Charlie enfocó en la puerta el haz luminoso de su linterna, y el *sheriff* se precipitó sobre las débiles tablas. Oyóse un terrible crujido de maderas astilladas y la puerta quedó abierta. El policía enfocó su linterna en la habitación. Al parecer, se trataba de un dormitorio corriente. En primer término se veía una cama y junto a ella, tendido de bruces en el suelo, había un hombre.



Tendido de bruces en el suelo había un hombre.

Mientras permanecían inmóviles en el umbral, Chan pensó de pronto en Romano. En Romano sentado nerviosamente en la propia habitación del policía, preguntándole qué les ocurriría a los que asistiesen al arresto del culpable. ¿Tenía verdadero miedo el italiano cuando preguntó?: «¿No ha oído un ruido ahí fuera, en el vestíbulo?».

Arrodillándose, el *sheriff* hizo dar media vuelta al hombre. Chan bajó la linterna y a su luz pudieron ver el cadavérico rostro del doctor Swan.

CAPITULO XIV

El pensamiento es una mujer

Durante un momento, mientras la luz de la linterna de Chan seguía iluminando el rostro del muerto, en la habitación reinó un profundo silencio, sólo interrumpido por los crujidos de la vieja casa, azotada por la tempestad.

—Se acabó el doctor Swan —dijo roncamente el *sheriff*—. ¿Qué significará esto?

—Hago suposición que chantajista ha hecho encuentro de castigo merecido. ¿Estaba señor Swan en noche de ayer encerrado en cuarto, en momento de crimen, como hizo declaración? Haga suposición de que hiciera descubrimiento de quién cometió asesinato. ¿Hubiese hecho declaración a Policía de descubrimiento de identidad de criminal? ¿No hubiese dejado que sonrisa brillara en rostro e hiciera preparación de nuevo chantaje?

—Cabe dentro de lo posible —asintió Holt.

—Tengo pensamiento de que ocurrió así. Haga suposición de que recibió cita de venir en noche de hoy aquí para recibir primer dinero. Pero en lugar de hacer recepción de dinero recibe bala de persona desesperada que no puede hacer pago de dinero... o que haciendo comprensión de que peticiones no terminarán nunca, quiere poner fin a demandas. Sí, de punto de vista de asesino, ésta era solución mejor. Pero ¿puede usted dar explicación de motivo de presencia de usted aquí?

—El forense ocupaba la habitación próxima a la de Swan, en el hotel de Tavern —replicó Holt—. A las doce y media fue despertado por el batir de una ventana. El ruido parecía llegar de la habitación del doctor. El forense aguantó cuanto pudo, pero al fin, incapaz de resistir por más tiempo el golpeteo aquel, llamó a la puerta de su vecino. Bueno, para abreviar, el resultado fue que nadie contestó y por eso estoy yo aquí.

»Comprendí que Swan había salido de su cuarto por la ventana que dejó abierta, y, siguiendo sus huellas impresas en la nieve, llegué hasta este lugar.

—¿Hizo usted recorrido de dos millas o más que separan Tavern de esta casa?

—Sí. Cuando llegué aquí me pareció ver brillar una luz, sin duda la de su linterna, entonces abrí la puerta y entré.

—¿Puerta trasera estaba aún abierta? —preguntó pensativamente Charlie.

—Claro.

Charlie Chan miró pensativamente a su compañero y murmuró:

—Asesino de doctor Swan tomó casa como lugar de ocultación temporal de cadáver. Pero ¿es lógico que dejara puerta abierta, permitiendo que persona que pasase por lugar entrara en casa? Contestación es, que en momento que hemos hecho entrada aquí, asesino estaba en casa. Quizá está aún. Vamos... perdemos tiempo precioso.

Rápidamente hizo bajar a Don Holt al vestíbulo y de allí le empujó hacia la puerta trasera. Giró el tirador. ¡Pero la puerta estaba cerrada con llave y ésta no aparecía en la cerradura!

—¡Ah! —exclamó Charlie—. Asesino ha hecho huida... quizá mientras nosotros sosteníamos lucha en vestíbulo. ¿Dónde estaba escondido cuando entramos? —Los dos hombres recorrieron cuidadosamente la planta baja y, al fin, en el suelo de la despensa encontraron ciertas huellas de humedad que les indicaron que allí había estado una persona—. En noche de hoy usted y Charlie han estado a distancia corta de asesino que hacemos persecución.

—Nos ha burlado —refunfuñó el *sheriff*.

—Es necesario hacer busca de nuevas huellas dejadas en nieve por asesino.

Los dos hombres corrieron a la puerta principal de la casa, y, tras algunos esfuerzos, pudieron abrirla y regresar a la parte de atrás. La nieve estaba muy esponjosa.

—Va a llover —anunció Holt mirando al cielo—. Tenemos que darnos prisa.

Encontraron nuevas huellas, pero éstas iban en sentido inverso al que siguiera Chan. Al cabo de unos minutos llegaron al embarcadero de la casa. Junto al agua se terminaban las huellas.

—Esto acaba aquí —suspiró Holt—. El sujeto ese debía de tener una lancha. —El *sheriff* contempló la agitada superficie del lago y continuó—: Debe de ser muy valiente para aventurarse a embarcar en una noche así.

Charlie examinaba con ayuda de su linterna las huellas que les habían llevado hasta aquel lugar.

—Nieve al caer borra detalles de zapatos —murmuró—. Nieve no ha dado ayuda a detectives.

Regresaron a la galería de la casa y desde allí Don Holt volvió a contemplar la superficie del lago.

—Con la lluvia que se avecina —dijo—, no creo que ninguna lancha sea capaz de mantenerse a flote.

—Si hombre que cometió asesinato de Swan e hizo huida cuando entramos en casa, trajo lancha —murmuró Chan—, ¿de quién eran huellas que seguí hasta casa? ¿Traía acaso lancha en hombros?

—¡Oh! ¿Siguió usted también a alguien hasta aquí?

—Sí, y tengo seguridad que persona que hizo huellas, es persona que hacemos persecución.

—Quizá se llevó una lancha de aquí.

—No, he hecho observación que caseta de lanchas tiene puerta intacta. ¿Permite hacer otra sugerencia?

—Desde luego.

—¿No pudo entrar en agua y hacer recorrido de distancia que separa Pineview de aquí, siguiendo orilla de lago? Tiene poca profundidad.

—¡Es verdad! —asintió el *sheriff*—. Pudo recorrer así una milla en cada dirección. Desde luego, habrá abandonado el agua tan pronto como se haya sentido seguro. Es una buena idea, podemos seguir la orilla del lago...

—¿En qué dirección?

—Puede usted ir en una dirección y yo iré en otra.

Charlie movió la cabeza.

—Es inútil. Asesino escapó hace doce minutos. Peso grande de Chan no permitiría dar alcance a fugitivo. Y hasta para ágiles piernas de usted sería imposible.

Holt lanzó un suspiro.

—Pues no veo otra solución.

Una leve sonrisa curvó los labios del chino.

—Otras soluciones harán aparición —replicó—. No tenga desesperanza. Asesino caerá en manos de nosotros... Pero por medios más sutiles que haciendo persecución en medio de lluvia. Porque hago observación de que lluvia ha ocupado lugar de nieve.

—Sí, ya ha llegado la primavera —contestó Holt—. Y yo estoy ahora demasiado preocupado con ese dichoso crimen para disfrutar de sus alegrías. Bueno, volveré a Tavern a buscar al forense. Entretanto usted puede ir a ver qué ocurre en Pineview.

—Tengo sentimiento grande de no tener pensamiento como usted. Tranquilidad reinará en Pineview cuando Charlie Chan haga aparición allí. Único cambio que hay posibilidad de hacer encuentro, es que puerta trasera de casa que dejé abierta, estará cerrada y dará obligación de hacer ruido o a llamar paciencia para hacer espera de amanecer bajo lluvia. Además, ¿es prudente dejar casa sin vigilancia? Podríamos hacer regreso y encontrar que muerto había escapado. Haga suposición de que asesino vigila desde árboles de bosque y asiste a partida de nosotros. Nadie haría impedimento de que cogiese cadáver y echara a lago o enterrase en montaña. No, usted puede hacer partida para Tavern, pero Charlie Chan queda en casa vigilando y haciendo espera de regreso de honorable *sheriff*, forense, y luz de próximo día.

—Bien —Holt dirigió una mirada a la oscura y vacía vivienda—. No es que me parezca muy bien lo que usted propone, sin embargo, si le parece bien, lo haremos así. Pero mientras yo vuelvo, ¿qué hará usted solo en esta casa?

—No tiene que dar usted prisa, señor *sheriff*. Primero abriré puerta delantera y haré cambio de aire desagradable interior de casa por aliento de primavera. Luego

cogeré sillón y haré descanso y reflexiones.

—¿Pensará?

—Sí. Pensamiento es mujer hermosa como jade, por eso no tenga preocupación de que Charlie Chan quede solo. Sucesos de noche de hoy, hacen desear compañía de hermosa señora.

—Bien; pero ándese con cuidado mientras esté aquí. El asesino podría sorprenderle. Siento no haber traído mi revólver. Se lo hubiese dejado.

Chan se encogió de hombros.

—Comparto pensamiento de señora O'Farrell: Cuantos menos revólveres, menos personas muertas. Pero no tenga ansiedad. Sillón de Charlie Chan será como sillón de honor en banquetes chinos. Estará en frente de puerta y podré hacer descubrimiento de personas que se acerquen a casa.

—Entonces me marchó... —empezó Holt.

Charlie le cogió del brazo.

—Hermosa señora da inspiración. En noche de hoy, vi a doctor Swan haciendo pregunta a usted antes de que acompañase a Tavern. ¿Qué era deseo suyo saber?

—Pues, si Romano había heredado el dinero de Ladona.

—¿Y era, por tanto, buen cebo para chantaje? —Chan entornó los ojos—. Hago pensamiento, señor *sheriff*, que señor Swan vino en noche de hoy a encuentro de hombre a quien físicamente no tenía miedo. Hombre pequeño... como señor Romano.

Don Holt movió dubitativamente la cabeza.

—Un italiano —replicó— hubiera usado un puñal, en vez de un revólver.

—Usted ha hecho razonamiento perfecto —replicó Chan—. Pero usted hace olvido, o quizá no tiene conocimiento, de que señor Romano estuvo en Guerra Europea, como señor Ireland. Fue oficial en ejército italiano y debía de tener conocimiento de uso revólver. Pero no tiene importancia... sigo haciendo acumulación detalles en vacío almacén de cabeza. Deseo agradable viaje.

—Sobre todo con esta encantadora lluvia que cae —sonrió Holt—. Bueno, adiós y... buena suerte.

Al quedarse solo, el policía se enfrascó en honda meditación. Uno a uno, fueron desfilando por su mente los rostros de todos los complicados en aquel misterio. Y, a medida que iba pensando, los ojos se le iban entornando hasta quedar completamente cerrados. Al fin y al cabo, un hombre, aunque sea chino y policía, también necesita dormir.

Despertó sobresaltado, descubriendo, inclinado sobre él, al joven *sheriff*. Una indefinida claridad, promesa del alba, parecía flotar en la casa. La lluvia seguía azotando los cristales. Junto a Don Holt estaba el forense.

—Siento mucho haberle despertado, señor Chan —murmuró el *sheriff*—. Acabamos de llegar.

Charlie bostezó y dirigióse hacia la ventana a echar un vistazo a su amado

Honolulu. Pero antes de llegar allí recordó el lugar donde estaba.

—¿Ha ocurrido algo importante? —preguntó Holt.

—No tengo recuerdo de ningún suceso de importancia —replicó el policía—. Hago suposición de que señor forense querrá ver cadáver.

Y, sin perder momento, dirigióse a la habitación del primer piso, siendo seguido por los otros dos hombres. En la semioscuridad de la habitación pudieron ver en el suelo el cadáver de Swan, tal como Charlie Chan y Holt le encontraron horas antes.

—Hay necesidad de más luz —dijo Chan, acercándose a la ventana y abriéndola de par en par. Durante unos segundos permaneció apoyado en el antepecho, luego Don Holt quedóse sorprendido al verle saltar fuera.

—¿Qué hace usted? —preguntó.

—Insignificante expedición polar —replicó Chan. Estaba de pie en una especie de tejado plano, cubierto por unos treinta centímetros de nieve que se fundía muy de prisa. Junto a la pared, debajo mismo de la ventana, había un punto donde la nieve se había fundido con mayor rapidez y en él se veía un pequeño agujero. Charlie se subió la manga derecha de la americana, y hundió el brazo en el agujero. Con triunfal expresión volvióse hacia los hombres que le contemplaban desde dentro de la estancia y les mostró un revólver de cañón corto.

—«Hombre que esconde tesoro en nieve —dijo—, hace olvido de que existe verano».

CAPITULO XV

Una tierra extraña

Chan entregó el revólver al *sheriff* y tras algunos esfuerzos regresó a la habitación.

—Guarde arma con cuidado —indicó—. Puede tener interés grande... ¿Quién puede decir? ¿Cuántas cápsulas vacías tiene en cilindro?

—Una —replicó el *sheriff*.

—¡Ah, sí! Bala que ahora está en cuerpo de pobre señor Swan. Señor forense entregará luego a nosotros. Puede coger sin preocupación revólver, señor Holt. Asesino que hacemos persecución no deja huellas dactilares... tiene cuidado grande con todo, hasta con huellas de pies. Pero, a pesar de cuidados, arma suya dirá cosas muchas a nosotros.

—¿Lo cree usted así? —preguntó Don Holt.

—Tengo esperanza. —Durante unos instantes Charlie observó atentamente el revólver que descansaba en la mano del *sheriff*—. Arma tiene aspecto venerable —murmuró.

—Sí, mucho —asintió Don Holt.

—Usted tiene mucha juventud para haber hecho lucha en Guerra Europea.

—Me rechazaron por tener seis años menos de los que se requieren para ingresar en filas.

Charlie encogióse de hombros.

—En guerra usaron armas de muchos países. Tenemos que hacer investigación por otro lugar.

El doctor Price se levantó.

—Por ahora no puedo hacer nada más —dijo—. Habrá que llevar el cadáver al pueblo.

—¿Qué deducción ha sacado de examen? —inquirió Chan.

—Creo que le dispararon de cerca y que no hubo lucha —contestó el forense—. Claro que eso ya se ve por los muebles. La bala le entró por el costado y la disparó alguien que caminaba junto a él, o a poca distancia de él. Creo que eso nunca lo

sabremos. —Oyóse en la carretera el mugido de una bocina—. Es Gus Elkins —explicó el forense—. Le dije que viniera con su auto ambulancia. —Price bostezó ruidosamente. A aquellas horas esperaba estar camino de la capital del condado.

Mientras el doctor Price y Elkins cuidaban del traslado del cadáver, el *sheriff* y Charlie hacían una visita de inspección a toda la casa, arreglando todo cuanto habían desordenado la noche anterior.

—Espero que no se resentirá aún de los efectos de nuestra lucha de esta noche, ¿verdad? —preguntó el joven.

—Persona que va a buscar tigre, tiene que hacer pago de consecuencias —replicó el policía.

Holt se echó a reír.

—Fue una equivocación muy graciosa. Mientras volvía a Tavern iba pensando qué debía hacer. Es indudable, me dije, que alguien tenía una llave de la puerta trasera de esta casa. Inmediatamente telegrafíé al propietario, que vive en San Francisco, preguntándole sobre el particular.

—Tuvo usted idea buena —replicó Charlie—. Era misma que iba a hacer sugerencia. Ha tomado usted ventaja a Charlie Chan.

—No estoy muy seguro de eso —replicó Holt—. ¿Qué hizo usted mientras yo estaba fuera? Supongo que se pasaría el tiempo reflexionando.

Chan entornó los ojos.

—Sueño fue traidor e hizo ataque triunfal.

—¿De veras? —replicó Don Holt.

Cuando la ambulancia húbose marchado, Charlie y el *sheriff* subieron al automóvil de este último. El día había llegado ya. La lluvia seguía cayendo sobre el auto y el amplio sombrero del *sheriff*, que guiaba con la cabeza fuera del coche, pues el limpiacristales no funcionaba y el parabrisas aparecía empañado completamente. El viento había cesado y el ruido de la lluvia parecía hacer más intenso el silencio.

—Supongo que el asesino nos esperará en Pineview —dijo Don Holt.

—Hay posibilidad.

—Hagamos cábalas. ¿Quiénes quedan, ahora? Romano, Ryder, Ward, Hugh Beaton y su hermana.

—Señorita Beaton es joven con simpatía grande —sugirió Chan.

—Sí, está bien. Pero no me descuenta. He nombrado a... sí, están todos, menos Cecile y Sing. Esta es la lista.

—¿Y señora O'Farrell?

—¿Se la imagina usted yendo a pegar un tiro a Ward? A propósito, aún no he podido comprender aquello que dijo usted de que *Trouble* era una pista.

—Tengo sentimiento grande —replicó el policía—, pero no puedo dar explicación de misterio. Son secretos que guardo en almacén de cabeza. Doy ejemplo. Golpe que recibió Ah Sing en noche de crimen, tiene para Charlie Chan importancia grande. No he hecho descubrimiento de motivo, pero con paciencia

sabremos pronto.

Dejaron el auto en la carretera y dirigiéronse a la puerta posterior de Pineview. Sing estaba sacudiendo una alfombra en el porche. Al ver a Charlie, se reflejó cierta sorpresa en su rostro.

—¿Qué ocule a usted? —preguntó—. Sing pensaba que estal usted dulmiendo en cualto, y llega mucho mojado.

—He tenido negocio importante —explicó el policía.

—¡Hola, Sing! —saludó el *sheriff*—. No te preocupes por el señor Chan. Me he cuidado de él. ¿Se ha levantado ya alguien?

—Sólo Sing está levantado. Sing se levanta antes que sol y tlabaja, tlabaja, tlabaja. Mucho tlabajo en esta casa. Ah Sing no puede hacel.

Al entrar en la vivienda, el *sheriff* y Charlie comprobaron que la declaración de Ah Sing no reflejaba exactamente la verdad, pues, en la cocina, estaba la señora O'Farrell que les dirigió un alegre saludo. Al entrar en el salón encontraron a Leslie leyendo un libro.

—Buenos días, señorita Beaton —la saludó Holt—. Se levanta usted muy pronto.

—Lo mismo le digo —replicó la joven—. Pero sólo a usted, pues el señor Chan no tiene costumbre de dormir... Lo digo porque ayer noche me pareció verle en la carretera. Era usted, ¿verdad señor Chan?

—Hay posibilidad grande que sí, pero también de que no —replicó el chino—. Suplico amplíe información.

—Pues, ayer noche, no podía dormir bien —continuó la joven—. Mi habitación queda en la parte de atrás, junto a la carretera. Me acerqué a la ventana y vi una sombra que corría por la carretera.

—No me parece eso muy propio del volumen del señor inspector —sonrió Holt—. ¿Sabe usted qué hora era?

—Sí, eran exactamente las doce y diez. Miré mi reloj.

Chan inclinóse anhelante hacia la joven.

—Suplico haga descripción de persona que vio —pidió.

—Imposible —contestó Leslie—. Nevaba copiosamente y la visibilidad era muy mala. Ni siquiera podría decir si era un hombre o una mujer. Entré en el cuarto de mi hermano y le desperté, pero no quiso hacerme caso; me dijo que me volviera a la cama y olvidase lo ocurrido.

En aquel momento apareció Hugh Beaton en lo alto de la escalera. Estaba más pálido que de costumbre; oscuros círculos rodeaban sus ojos. Parecía muy nervioso.

—¿Qué ha ocurrido ahora? —preguntó al ver a Charlie y al *sheriff*.

—Nada —replicó sonriente, Chan—. Sueño abandona a usted muy pronto.

—¡Cómo no! Tengo los nervios deshechos. ¿Cuándo nos dejará marchar de esta prisión? ¿Qué derecho...?

—Por favor, Hughie —le interrumpió su hermana—. Podría oírte el señor Ward. Ten en cuenta que ha sido muy bueno con nosotros.

—Me tiene sin cuidado que me oiga —replicó el muchacho—. Ya sabe que no me gusta estar aquí. ¿Cuándo iremos a Tavern? Nos prometió usted que hoy...

—Y será hoy —le interrumpió Don Holt, dirigiéndole una mirada de leve desprecio. El joven *sheriff* no comprendía muy bien a los artistas.

—Diga, señor Beaton —empezó Chan—. Cuando hermana de usted entró en noche de ayer en cuarto...

—¿Cuándo qué...? ¡Ah, sí! Ahora recuerdo. ¿Qué ocurrió?

—¿No te acuerdas que entré en tu cuarto a decirte que había visto salir de la casa a una persona? —se apresuró a decir la joven.

—¡Ah, sí! Ya recuerdo. ¿Y se marchó alguien? ¿Falta alguno de los sospechosos?

—Alguien salió de casa —explicó Chan—. Y hacemos suposición de que volvió, pero no antes de haber matado en casa solitaria junto a carretera, a doctor Swan.

Por un momento todos permanecieron callados.

—¡El doctor Swan! —exclamó al fin la joven, que estaba tan pálida como su hermano— ¡Oh, es horrible!

—No es más horrible que el asesinato de Ladona —replicó nerviosamente Hugh Beaton—. Tenemos que marcharnos de aquí. Hoy mismo. ¡En este momento!

—Tendrá que ser un poco más tarde —replicó el *sheriff*.

—Pero es que... mi hermana está también en peligro... ¡Lo estamos todos! Debo cuidar de ella...

—Es sentimiento natural de hermano. Nosotros haremos vigilancia y no ocurrirá nada. Hago suposición de que en noche de ayer no oyó usted nada... excepto entrada de hermana de usted. ¿No puede aclarar misterio?

—No, no —replicó el muchacho.

—Es lástima grande —Charlie se levantó—. Voy a cuarto a hacer cambio de traje. Se retiró, dejando a los tres jóvenes en el salón. Cecile estaba en el cuarto del policía.

—¡Ah, señor! —exclamó—. Su cama está sin deshacer.

—Ya sé. En noche de ayer no pude alcanzar a sueño. Un momento, hago suplicación no marche.

—¿Qué desea el señor? —La doncella parecía atemorizada.

—¿Cuándo vio última vez a marido de usted?

—Cuando se marchó de aquí, antes de la cena. ¿No recuerda usted, señor Chan? Usted mismo le dio el perrito, para que se lo llevase.

—¿No hizo regreso aquí en noche de ayer?

—¿Cómo iba a volver, señor, con el tiempo que hizo? Es imposible volar cuando nieva.

—Pero marido de usted es también experto chofer. Podría haber hecho regreso en auto.

—Si volvió yo no me he enterado. No comprendo lo que quiere decir usted, señor.

—Marido de usted y doctor Swan no eran amigos, ¿verdad?

—Michael le odia, como ya pudo comprobar usted. Le desprecia y tiene motivos. Pero ¿por qué me pregunta usted todo eso?

—Porque —el chino miraba atentamente el rostro de la francesa—, porque, señora, doctor Swan fue asesinado en noche de ayer, a poca distancia de aquí. —Sin dejar de mirarla, terminó—: Y ahora, puede usted marchar.

La criada se retiró sin pronunciar palabra, y, después de haberse lavado las manos y la cara, Charlie fue a llamar a la habitación de Romano. Este le recibió enseguida. Estaba a medio vestir y tenía el rostro enjabonado. En la mano sostenía una navaja de afeitar.

—Pase, señor inspector —invitó—. Ya me perdonará por recibirle así, pero tenga en cuenta la hora.

—Suplico continúe afeitado. Sentaré en borde de bañera. Quiero hacer preguntas.

—Usted dirá, señor Chan.

—¿No oyó usted, o vio salir a alguien de esta casa, ayer noche?

—Tengo el sueño bastante fuerte, señor inspector.

Rápidamente Chan le explicó lo ocurrido. Hubiese deseado que el rostro del italiano apareciese más desprovisto de jabón. Pero ¿era ilusión, o, en realidad, la frente del hombre se había puesto tan blanca como el resto de la cara?

—Swan, ¿eh? —murmuró lentamente Romano—. Ese hombre sabía mucho.

—¿Y usted?

—¿Yo? Yo no sé nada, señor inspector.

—Pues en noche de ayer usted dio impresión de saber algo.

—No sé absolutamente nada —replicó suavemente Romano—. Y ya que permite a la señorita Beaton y a su hermano abandonar la casa, le ruego me deje marchar también a Tavern. ¡No deseo pasar un día más aquí!

—¿Tiene usted miedo a accidentes? —sonrió Chan—. Usted sabe algo, señor Romano.

—¡Señor! —exclamó el músico—. Está usted insultándome. Yo adoraba a Ellen Ladona; la adoraba tanto, que si supiera el nombre de su asesino no lo ocultaría. ¿Quiere que le repita que no sé quién cometió el crimen?

—De momento no hay necesidad —replicó Chan, e inclinándose salió del cuarto.

En la planta baja encontró a Hugh Beaton paseándose nerviosamente por el salón mientras su hermana y el *sheriff* estaban sentados ante el fuego. Las palabras del último parecían a punto de agotarse, pero Charlie, muy contento, le ayudó a salir del atranco. Al cabo de un instante John Ryder apareció en el salón. Vestía con su acostumbrado atildamiento y refunfuñó:

—¡Qué tiempo más asqueroso! —Al descubrir al *sheriff* le saludó—: ¿Qué tal, señor Holt? ¿Hay alguna novedad?

—Nada nuevo —replicó Holt—. Otro asesinato, eso es todo.

—¿Otro qué? —Estas palabras las pronunció Dudley Ward desde la escalera.

Charlie Chan explicó lo ocurrido, examinando atentamente a los dos hombres. La

expresión de Ryder no se alteró lo más mínimo. Ward pareció envejecer un poco más.

—Un canalla menos —dijo fríamente Ryder, cuando el policía hubo terminado su relato—. Claro, que eso no quita que el crimen deba ser castigado.

—No fue muy bueno con Ellen —murmuró pensativo el millonario—, pero ninguno de nosotros lo fue...

—No pluralices, Dudley —le interrumpió Ryder—. Y no empieces ahora a idealizar a esa mujer porque esté muerta.

—No la idealizo, John —replicó Ward—. Trato solamente de recordar sus virtudes... que eran muchas. Precisamente, en estos últimos días he pensado que no tuvo mucha suerte al escoger maridos —y al pronunciar estas palabras su mirada se posó en Romano, que bajaba la escalera.

—Almuerzo plepalado —anunció Sing, desde el comedor.

—Vamos, Don —invitó Ward—, almorzará usted con nosotros.

—Es usted muy amable —replicó el *sheriff*.

—No tiene importancia... ¡Sing, pon otro cubierto!

Ah Sing murmuró algo del excesivo trabajo que había en aquella casa y se retiró, pero cuando llegaron todos al comedor, el chino había ya preparado el sitio destinado a Don Holt.

El almuerzo transcurrió, en su mayor parte, en silencio. Cuando se terminó y todos regresaron al salón, Holt informó a Leslie Beaton y a su hermano de que a las nueve y media enviaría su lancha a recogerles, que estuvieran preparados para entonces.

—No tenga miedo, que estaré preparado —exclamó el joven Beaton. Pero notando la mirada que le dirigió su hermana, añadió—: Desde luego, señor Ward, aprecio mucho su hospitalidad y por el modo como me mira mi hermana supongo que debería añadir que he disfrutado mucho. —La voz de Hugh Beaton era bastante desagradable.

—Ya sé que no han podido divertirse ustedes mucho —replicó amablemente Ward—. Les echaré mucho de menos y espero que algún día vengan a hacerme una visita en mejores condiciones.

—Ha sido usted muy amable —aseguró Leslie—. Nunca le olvidaré. Se ha portado muy bien con nosotros.

Ward se inclinó.

—Yo tampoco la olvidaré nunca, señorita —dijo.

—¿Habría una plaza para mí en la lancha? —preguntó Romano.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Holt.

—Quiero decir que yo también, perdóneme usted, señor Ward, que yo también quisiera trasladarme a Tavern. El señor Chan ha consentido.

Holt miró a Charlie que movió afirmativamente la cabeza.

—Está bien —replicó el *sheriff*—. Podrá ocupar usted la habitación de Swan. Ya se ha enterado de lo que le ha ocurrido.

Romano se encogió de hombros.

—Yo no me moveré del hotel —dijo.

—Procure cumplir su palabra —le indicó Holt.

Charlie siguió al *sheriff* hasta la puerta trasera de la casa.

—Perdón —dijo—. ¿Tiene usted revólver que encontramos en nieve?

—Sí. ¿Lo quiere? —Holt sacó el arma.

—Guardaré breve instante conmigo. Cuando amigos marchen a Tavern, acompañaré en barca. ¿Hay tren para Oakland en mañana de hoy?

—Sí, hay uno a las diez y media. Pero... —en el rostro del *sheriff* se reflejó cierta alarma— supongo que no me abandonará, ¿verdad?

—No, no en día de hoy.

—Bien. El almuerzo ha sido muy entretenido. ¿Ha sacado algo en limpio?

—Poca cosa —replicó el detective—. Señorita Beaton dio bonita coartada de su hermano.

—Es verdad, ni siquiera me había fijado.

Charlie sonrió.

—Ya hacía suposición.

El policía regresó a su cuarto, donde se bañó y afeitó. Cuando terminaba, Ah Sing entró en la habitación, y, al salir del lavabo, Chan le encontró mirando atentamente el revólver.

—¡Hola, Sing! —le saludó—. ¿Conoces ese revólver?

—No, es la primera vez que lo veo. —Los dos hablaban en su idioma.

—¿Estás seguro?

—Nunca lo he visto. Mentira no sale de mis labios, señor.

Las cejas de Chan se arquearon ante esta muestra de respeto.

—¿Ha cogido ya al ladrón, señor? —siguió preguntando el criado.

Chan se encogió ligeramente de hombros.

—Soy un estúpido policía; mi cerebro se parece al Río Amarillo. —Hizo una pausa—. Pero ¿quién dijo que el Río Amarillo tenía también sus días claros?

—No sé —replicó Ah Sing, abandonando el dormitorio.

Charlie apoyó la mano en uno de los delgados brazos del servidor.

—Te ruego humildemente que demores tu marcha —le pidió Chan—. Tú y yo, Ah Sing, pertenecemos a la misma raza. ¿Por qué, pues, se levantan tantas montañas entre nosotros cuando nos hablamos?

—Esas montañas las has colocado tú con tus hábitos blancos —replicó Ah Sing.

—Tengo un profundo sentimiento. Pero esas montañas las ha creado tu imaginación. ¿Cuántos años hace que llegaste a este país extranjero?

—Tenía dieciocho y ahora tengo setenta y ocho —replicó el viejo.

—Entonces, durante sesenta años has tenido sobre tu cabeza un cielo extranjero y tus pies han pisado una tierra extraña. ¿No sientes deseos de volver a nuestra amada China?

—Algún día... —y los ojos del viejo criado se iluminaron.

—¡Sí, algún día! Pero el hombre se quita los zapatos por la noche sin tener la seguridad de volver a ponérselos al día siguiente. La muerte está ya cerca, Ah Sing.

—Mi cuerpo la espera —replicó el servidor.

—Bueno, aunque así sea, Ah Sing, ¿no crees que sería muy hermoso poder ver de nuevo el pueblo donde naciste y pasear sobre la tierra que albergará tus huesos?

El viejo movió tristemente la cabeza.

—Mucho trabajo en casa —contestó, hablando distraídamente en su pintoresco inglés—. No puedo malchal.

—No desesperes —continuó Charlie en cantonés—. El Destino lo tiene todo dispuesto y todo ocurre como él ha decidido. —Sacó una camisa limpia y empezó a ponérsela—. ¡Un día muy triste el de hoy! —y añadió, mirando por la ventana los goteantes pinos—: En estas circunstancias, siguiendo las reglas de nuestros antepasados, debemos contrarrestar la tristeza ambiente con alegres vestidos. ¿Me comprendes? Me pondré un traje brillante, un traje feliz y mi corbata más resplandeciente.

—Harás bien —asintió Ah Sing.

—Tengo una corbata muy roja... mi hija Evelyn me la regaló por Navidad y ella misma la puso en mi maleta cuando salí de Honolulu. Ah Sing, es la corbata más roja que han visto los ojos humanos, por lo tanto, la más apropiada para las presentes circunstancias. —Acercóse a su maleta, sacó la corbata, y, para hacerse el nudo, se colocó ante el espejo, a través del cual observó con atención al chino.

—¡Así! —exclamó, satisfecho—. Esto alegrará el día de hoy, ¿verdad, Ah Sing?

—Sí —asintió Ah Sing, y, dando media vuelta, abandonó la habitación. Charlie, con los ojos entornados, se lo quedó mirando pensativamente.

CAPÍTULO XVI

Ese muchacho Ah Sing

A las nueve y media Cash Shannon apareció con la lancha del *sheriff*. Cuando se trataba de alegrar el día y dejar en ridículo al mal tiempo, Cash Shannon no tenía rival. En realidad, la simple visión de su deslumbrante vestimenta era suficiente para dar la impresión de que el sol acababa de salir. La lluvia había ya cesado y las nubes parecían querer apartarse para dejar paso a los rayos solares, más pálidos, sin embargo, que el alegre Cash.

El vaquero sorprendióse ligeramente al darse cuenta del número de pasajeros que debía transportar en la lancha, pues Romano trasladó él mismo su equipaje al embarcadero y Charlie le hizo saber que su no insignificante persona debía ser también incluida. Sin embargo, en cuanto partieron, el descendiente de Don Juan olvidóse de todos para dedicar toda su atención a Leslie.

—La primavera llegará hoy a Tavern, señorita —dijo—. Si yo fuese el gerente del hotel, la haría sentar a usted en el comedor y así me ahorraría las luces. Claro que tendría que proveer de lentes ahumados a los clientes que quisieran mirarle a usted los ojos.

—¿De qué está usted hablando? —preguntó la joven.

—De que cada vez que una mujer como usted llegase a un hotel, deberían celebrarlo con música. Por lo menos, si yo fuese el gerente, lo haría. —Y añadió enseguida—. Dígame, ¿qué tales migas hace usted con los caballos?

—Si no se empeñan en echarme al suelo, yo me estoy en la silla.

—Bien, pues, dentro de unos días le enseñaré a no dejar que ningún caballo se libre de usted. Ahora, con el deshielo, los caminos están ya transitables y se pueden hacer unas cuantas excursiones magníficas.

—Si da usted mayor velocidad a barca tendré agradecimiento grande —dijo Charlie, desde popa.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Cash.

—Porque tengo interés grande en llegar pronto a estación.

En cuanto la lancha atracó en el muelle de Tavern, el policía saltó rápidamente a

tierra y corrió al hotel. El viejo Sam Holt, que estaba sentado junto al fuego, saludó a Chan con evidente placer.

—Tenía muchas ganas de hablar con usted —dijo—. No sabe cuánto lamenté no haber estado ayer noche en la casa.

—Tenemos que hacer largo diálogo —dijo Chan—. Pero antes hay asunto que hace necesaria velocidad grande. ¿Dónde está digno hijo de usted?

—Creo que en los corrales. Enviaré a uno de los muchachos a que le llame. —El viejo acercóse lentamente al mostrador del despacho, dio una orden y regresó—. ¿Qué ideas tiene usted señor Chan?

—Usted sentirá antipatía grande hacia Charlie Chan cuando dé explicación.

—A ver, explíquese.

—Quiero llamar para hacer intervención en asunto a hombre que hemos declarado inútil. A hombre científico.

Sam Holt se echó a reír.

—Yo no he dicho que la Ciencia sea una inutilidad. Además, yo soy un viejo y los viejos somos gente rara, refractaria al progreso.

—Quiero ir a ver señor que conocí en San Francisco hace pocas semanas. Profesor de Física. Tuve interesante conversación y he hecho pensamiento... —Don Holt acercóse y Chan se levantó—. Señor *sheriff* —dijo—. ¿Tiene usted bala que encontró en cuerpo de doctor Swan?

—Sí —contestó el joven sacándola de un bolsillo—. Otro treinta y ocho. El forense...

—Prisa es grande —le interrumpió Charlie—. Perdona brusquedad. ¿Tiene conocimiento de alguien a quien pueda enviar en tren de diez y media de Truckee?

En aquel momento entraron Cash, la señorita Beaton y Hugh. El comisario se presentaba cargado de maletas. En sus ojos brillaba la eterna expresión de adoración. Don Holt se echó a reír.

—¡Ya lo creo que tengo a quién enviar en ese tren! ¡Cash! ¡Ven aquí!

Cash soltó las maletas y acercóse a su superior.

—¿Qué hay, patrón?

—Prepárate. Vas a ir a Truckee a coger el tren de Oakland.

—¿Quién, yo? —exclamó horrorizado Cash—. Pero... es que la señorita Beaton y yo hemos dispuesto una excursión a caballo para la tres de la tarde.

—Muchas gracias, pues —sonrió Holt—. Tendré un gran placer en sustituirte. ¡Vamos, date prisa! —Cash corrió hacia las cuerdas, y el *sheriff*, volviéndose hacia Charlie, le dijo—: Ha tenido usted la idea más grande de su vida. ¿Dónde tiene que ir ése?

—A dar principio a operaciones —dijo Charlie—. Suplico traiga de caja de caudales de señor Dinsdale, revólver de señora Ladona y bala que mató. También ruego traiga sobre fuerte. —Sentóse a una mesa y sacó de un bolsillo el revólver que mató a Swan. La bala que le acababa de entregar Don Holt la guardó en un sobre

corriente, que marcó con un número. Luego cogió una hoja de papel y se puso a escribir a toda prisa.

Cuando terminaba la carta regresó el joven Holt, quien colocó ante el policía el revólver de cachas de nácar que fue propiedad de Ladona, y la bala que mató a la soprano. La carta fue metida en otro sobre y marcada también. Luego Chan metió en los cañones de las dos armas unos papeles con unas anotaciones. Al fin cogió el sobre que el *sheriff* le tendía, escribió apresuradamente un nombre y una dirección y dentro metió las dos armas y los dos sobres. Lo lacró después y se lo tendió a Don Holt.

—Usted verá que lleva dirección de Berkeley. Suplico diga a Cash que baje en Oakland y haga enseguida visita a señor a quien dirijo sobre. Tiene que recibir contestación a pregunta de carta y debe telegrafiar a usted enseguida. Haga indicación de que prisa es grande.

—Muy bien —replicó Holt, mirando su reloj—. Le diré que coja mi auto y que lo deje en Truckee, cerca de la estación.

Corrió fuera y Sam Holt que había escuchado atentamente se levantó.

—¿Puede decirme qué clase de conversación sostuvo usted con ese profesor de física? —preguntó.

—Señor profesor explicó manera cómo se hace comprobación de si revólver ha disparado bala que ha hecho muerte.

—Ese hombre es un solemne embustero —se apresuró a decir Holt.

—Quizá —sonrió Chan—. Pero Ciencia tiene maravillas grandes. Además, señor profesor dice que puede hacer comprobación de huellas dactilares de persona que colocó cartucho en recámara de revólver.

—¡Ese hombre no ha oído nunca la palabra verdad! —aseguró el viejo *sheriff*.

—Veremos —replicó Chan—. Si excusa usted breves instantes, iré a hacer llamada telefónica.

Dirigióse a la cabina telefónica y poco después hablaba con la señorita Meecher.

—Siento mucho molestar a usted —dijo.

—Es un placer oírle, señor Chan —contestó la secretaria—. ¿Hay alguna novedad?

—Única novedad es muerte de doctor Swan. Usted ya debe de tener noticias.

—Sí, acaba de decírmelo un botones del hotel. ¡Es horrible!

—Caso entero es horrible. ¿Hizo usted recepción de *Trouble*, señorita Meecher?

—¿El perro? Sí, lo tengo ya. Ayer noche me lo trajo el señor Ireland. ¡Pobre animalito... no hace más que ir de un lado a otro, buscando a su ama!

—Es lástima grande; pero tiene suerte de estar en manos excelentes. Quisiera hacer pregunta a usted, señorita Meecher.

—Usted dirá.

—En entrevista con usted, hizo declaración de que biografía de señora Ladona fue escrita junto con usted. ¿Hace recuerdo de principio de capítulo escrito en Stressa? Hace mención de persona que no distinguía colores.

—¡Ya lo creo! —replicó la antigua secretaria—. Me acuerdo perfectamente.

—¿Hizo, por casualidad, señora Ladona mención de nombre de persona que no podía distinguir diferentes colores?

—No. Recuerdo que ese pasaje lo escribió ella misma y que, cuando lo puse a máquina, sentí cierta curiosidad; pero como la señora no estaba entonces en casa pensé preguntárselo más tarde, y no me acordé más. ¿Es muy importante, señor Chan?

—No —replicó el policía—. Era sólo curiosidad. Motivo importante de llamada era hacer pregunta de si había hecho descubrimiento de detalle de importancia.

—No creo. He recibido un telegrama de los abogados de la señora, preguntándome si era verdad que no firmó el testamento. Por lo visto, Romano se ha puesto ya en contacto con ellos.

—Señor Romano no gusta perder tiempo.

—¿Les contesto la verdad?

—Claro.

—Suplico salude simpático perro.

—Muchas gracias —replicó la señorita Meecher.

En el momento en que Charlie salía de la cabina telefónica, dos hombres entraban en el hotel. Uno de ellos, alto, delgado, con las sienes ligeramente grises, avanzó hacia el policía.

—¡Mi viejo amigo Charlie Chan! —exclamó—. ¿Se acuerda usted de mí? Soy Bill Rankin, del *San Francisco Globe*.

—Tengo placer grande de volver a hacer encuentro con usted —replicó Chan—. Usted fue aliado perfecto cuando buscábamos asesino de *sir* Frederic Bruce.

—¡Pues aquí me tiene dispuesto a aliarme otra vez con usted! ¡Oh, me olvidaba! Le presento a Gleason. Un muchacho que se las da de periodista. ¡Estos jóvenes tienen unas ideas más raras!

—¿Qué tal, señor Chan? —saludó el joven—. Fuimos a Pineview, pero ya se había marchado usted. Nos hemos ganado un bonito paseo por el lago.

—Vamos a lo que interesa —dijo Rankin—. Ese *sheriff* de aquí es un muchacho muy simpático, pero mudo de nacimiento. Usted no lo es, ¿verdad?

—Hablar es debilidad grande de Charlie Chan —replicó el policía.

—Ya lo sé. No dice usted nunca nada; pero, por lo menos, nos hace llenar unas cuantas columnas. Bien, ¿quién mató a Ladona?

—Usted no hará suposición que he descubierto ya a asesino.

—¿Por qué no? Ha tenido más de veinticuatro horas. Supongo que no va a decirnos que envejece...

—Caso tiene complicaciones grandes —dijo Chan—. Trabajo ha sido mucho, pero solución no ha aparecido. Ningún árbol de bosque da arroz cocido.

—¡Ha dicho usted una verdad como un templo, señor Chan! —sonrió Rankin—. Se lo recordaré al director. Quizá lo ponga en la cabecera: «Inspector Charlie Chan

dice que “Ningún árbol da arroz cocido”».

—Oiga, señor Chan —intervino Gleason—. Seguramente sabrá algo que pueda interesar a nuestros lectores. El público quiere algún resultado.

—Norteamericanos tienen pasión grande por resultado —suspiró Charlie. Sin embargo, flor de manzana es más hermosa que pastel de manzanas.

—¿Cree usted que podemos enviar a nuestros periódicos un manojito de flores de manzano? —rió Rankin—. Usted ya conoce al director. Él lo que quiere son cosas palpables, alimenticias, si, un pastel de manzanas, y acaso entonces tolere que en la mesa, frente a él, coloquen un jarro con flores de ésas.

—Siento mucho —se excusó Chan.

—Diga —preguntó Gleason—. ¿Qué había en el sobre que le ha entregado a ese vaquero de película? Se lo preguntamos a él, pero estuvo a punto de pegarnos un tiro.

—Quizá era testamento de señora Ladona —contestó el policía.

—Lo llevaba siempre encima, ¿no? —replicó con una mueca Rankin.

—Sólo en suposición. ¿Quién hereda dinero de señora Ladona? Tiene interés importante.

—Es verdad... No pensamos en ello —exclamó Gleason—. ¿Qué te parece, Bill?

—¿Quiénes eran, en Reno, los abogados de Ellen Ladona? —inquirió Rankin. Y antes de que el chino contestase, el periodista continuó—: Muchas gracias, señor Chan. Podremos aprovechar la noticia para un artículo. He parece que iré a comer a Reno.

—Y yo también —aseguró Gleason—. Nos veremos más tarde, señor Chan. Gracias por la ayuda.

—No tiene importancia —sonrió Charlie.

Cuando los dos periodistas se hubieron retirado fue a sentarse junto a Sam Holt.

—Ya he oído lo que les ha dicho a los periodistas —dijo el viejo—. Les ha dado algo en que entretenerse, ¿no?

—Sí —contestó el policía—. Entretanto, nosotros haremos otros pensamientos. Hijo de usted ha dado explicación de suceso de noche de ayer, ¿verdad?

—Sí, me lo ha dicho de prisa y corriendo. ¿Cree usted que ese Swan conocía al asesino de Ladona?

—Tengo seguridad. También hago suposición de que otra persona sabe nombre de asesino.

—¿Quién?

—Señor Romano. Último marido de señora Ladona.

—Está en Pineview, ¿no?

—No, está en hotel, en cuarto de doctor Swan. Hijo de usted viene aquí. Nosotros tres iremos a cuarto de señor Romano a hacer interrogación.

Cinco minutos más tarde, los representantes de la Ley se enfrentaban con Romano, en el cuarto de éste. El director de orquesta, asustado y nervioso, sentóse en el borde de su cama, protestando:

—Ya les he dicho que no sé nada, señores.

—¡Vamos! —dijo Don Holt—. Usted sabe algo, no lo niegue. Lo que pasa es que no quiere decirlo, porque le corre prisa ir a gastar el dinero de su mujer. Pero le aseguro que si no suelta lo que sabe, le meteré en la cárcel.

Romano palideció intensamente.

—No vi nada —tartamudeó—. No vi casi nada. Yo estaba asomado a la ventana mirando hacia el campo de aviación cuando aterrizó el aeroplano. Entonces me di cuenta de que Ladona iba a marcharse. Nuestro asunto no se había solucionado aún. ¿Qué conseguí en mi entrevista con ella? Unos cuantos billetes arrojados a la cara. Decidí dejar bien aclaradas las cosas y exigir la pensión que me prometió si consentía en el divorcio.

»Iba a salir de mi cuarto cuando descubrí un hombre en el vestíbulo. Miraba a su alrededor con evidente inquietud. Abrió la puerta de la habitación contigua al estudio, que estaba a mi izquierda.

—Antigua sala de señora Ladona —explicó Chan.

—Algo en el aspecto de aquel hombre me hizo detener —continuó Romano—, y permanecí inmóvil en el umbral de mi habitación. De pronto oí un ruido inconfundible. En el estudio acababa de dispararse un tiro, el tiro que mató a Ladona.

—Muy bien —murmuró Don Holt—. Pero ¿quién era ese hombre que usted vio?

—El hombre a quien vi —contestó con dramática entonación Romano—. El hombre que se deslizó de una habitación a otra, era... Sing, el criado chino.

En el intenso silencio que siguió, Charlie Chan oyó que Sam Holt lanzaba un profundo suspiro.

—Está bien —replicó Don, dirigiéndose al italiano—. De momento no diga nada a nadie. Es lo mejor.

—¡No diré ni una palabra; se lo aseguro! —exclamó Romano.

Charlie y el viejo *sheriff* salieron al pasillo.

—Ya estamos otra vez con Ah Sing —murmuró el anciano—. A pesar de todos nuestros esfuerzos no hay manera de evitar que se vea enredado en este asunto.

—Es verdad, pero tenga consideración que señor Romano es persona que saca interés más grande de muerte de señora Ladona. Es hombre de inteligencia grande. Podría ser asesino. Si fuese, tendría interés en hacer desviación de sospechas.

—No; no puede ser otro que Ah Sing —replicó Sam Holt—. Romano dice la verdad.

—¿Usted cree? —preguntó Charlie.

—Sí. Si Romano hubiese dicho que después de oír el disparo vio salir a Ah Sing, dudaría; pero no, al contrario, ha dicho que vio entrar a Ah Sing por el cuarto contiguo al del crimen, y luego, después del disparo, salió por allí. Sin duda Sing regresó al estudio para entregar la manta del perro a Ladona. Al encontrarla sola pensó asesinarla, y, entrando en el antiguo saloncito, abrió la puerta que daba al balcón y desde allí la mató. Luego escapó por donde había entrado.

—Romano es hombre de inteligencia grande —replicó Charlie—. Quizá realizó estudio de situación.

El viejo *sheriff* apoyó una mano en el brazo derecho de Charlie.

—¡Es inútil! —dijo—. Ese pobre Ah Sing, aparece de tal manera complicado en el asunto que, por más esfuerzos que hacemos, no podemos sacarle de él.

Don Holt les esperaba en el salón.

—¿Qué sacan en limpio de lo que nos ha contado ese italiano? —preguntó—. Hay algo que no aparece claro. Conozco a Sing desde que yo era niño. Desde ahora vigilaré más atentamente a Romano.

—Otro voto más para Ah Sing, señor inspector —murmuró Sam Holt.

—¿No se quedará aquí a comer? —preguntó Don Holt.

—Tiene usted amabilidad grande —replicó Charlie—, pero tengo miedo de que hemos dejado Pineview muy solo. Creo más prudente hacer regreso.

—Tiene usted razón —asintió el *sheriff*—. Dígale de mi parte al barquero que le lleve a la casa.

Una joven llamó a Don Holt para que entrara en el despacho de Dinsdale. Chan se despidió de Sam Holt y corrió hacia el embarcadero. En el momento de entrar en la barca, Don Holt le llamó desde la ventana.

—Acabo de recibir un telegrama de San Francisco —explicó el *sheriff* cuando se hubo reunido con Charlie—. Es del propietario de la casa donde se cometió el crimen. Dice que la llave de la puerta trasera de esa casa la tenía una persona, para que pudiera entrar en caso de necesidad.

—¿Cuál es nombre de persona? —preguntó el policía.

—¡Ah Sing! —contestó tristemente Don Holt.

CAPÍTULO XVII

Se cierra la red

Chan halló desierto el salón de Pineview, y dirigióse rápidamente a la cocina. Allí encontró a Sing y a la señora O'Farrell, preparando, juntos, la comida.

—Sing —llamó Charlie—, hago suplicación que vengas enseguida. Quiero tener conversación contigo.

—¿Qué quiere? —replicó Ah Sing—. Tengo mucho trabajo. Más talde hablaré con usted, señor.

—Eso de que tienes trabajo, es un decir —intervino la señora O'Farrell—. Cuando entré en esta casa quedó convenido que sólo yo haría la comida. Pues, no hay manera, siempre ha de estar él metiendo las narices en todo cuanto hago o, mejor dicho, en todo cuanto me deja hacer.

—¡Sing! —repitió Chan con voz más firme—. ¡Ven aquí!

El viejo levantó la tapadera de un cazo, y, después de asegurarse de que el contenido estaba en su punto, volvió a taparlo y acercóse presuroso a la puerta.

—¿Qué desea, señor? Momento malo para la conversación...

—El momento es excelente, Ah Sing —replicó Charlie, en cantonés—. Sing, tú guardas la llave de la casa donde mataron al doctor Swan, ¿verdad?

—Sí, la guardo para cuando el electricista y el fontanero tienen que hacer alguna reparación —respondió en el mismo idioma.

—¿Dónde la tienes?

—En el vestíbulo, colgada de un gancho.

—Enséñamela.

—Tengo mucho trabajo ahora. En esta casa siempre el trabajo es agobiante. Ahora no puedo enseñártela.

—¡Enséñame enseguida esa llave!

—Está bien, señor. Ven, te la enseñaré —Dirigiéronse al vestíbulo y, al llegar junto a la puerta de entrada, el criado señaló un gancho. De él no colgaba nada—. La llave ha desaparecido —dijo, sin demostrar el menor interés.

—¿Desaparecido? ¿Cómo?

—No lo sé, señor.

—¿Cuándo la viste por última vez?

—No sé; ayer, anteayer, quizá la semana pasada. Perdona, pero tengo que volver a la cocina.

—Un momento. ¿Quién puede haber cogido la llave? ¿Lo sospechas?

Sing se encogió de hombros.

—No. Perdona, pero mi deber me llama a la cocina.

Charlie le dejó marchar sin ninguna protesta. Enseguida, dirigióse a su cuarto para lavarse. Cuando bajó al salón encontró en el a Ward y Ryder.

—Nuestro grupo se ha reducido bastante —dijo el millonario—. La casa parecerá un poco vacía.

—Yo también tendré que marcharme pronto, Dudley —notificó Ryder—. ¡Si es que no me obligan a permanecer aquí! Creo que no pueden. ¿Qué cree usted, señor Chan?

—No hay acusación contra usted —admitió Chan.

—He oído decir que tu negocio va mejor que nunca, John —dijo Ward.

Ryder quitóse una imaginaria motita de polvo de la solapa de su bien cortado traje.

—No puedo quejarme —murmuró—. Por lo menos, la vida me ha permitido ganar dinero, es mi única compensación.

Mientras servía la mesa, Ah Sing parecía presa de gran excitación. Primero colocó frente a Charlie y Ward una fuente con verdura y carne. Enseguida volvióse hacia Ryder diciéndole que no tuviera miedo, que no le había olvidado. En efecto, poco después reapareció con un enorme tazón, que colocó frente al minero.

—¡Arroz! —exclamó Ryder— ¡Sing, viejo canalla!

—Como antes, cuando ela pequeñito —dijo el chino con una amplia sonrisa—. Espele un momentito. Velá cosa más buena.

Corrió a la cocina y a los pocos momentos regresó con otro tazón.

—Pollo en pepitoria —anunció—. Buen olol, ¿veldad? Es como antes, cuando ela pequeño.

—¡Es maravilloso, Sing! —murmuró Ryder, visiblemente emocionado—. Hace más de treinta años que suspiro por tu arroz y tu pollo en pepitoria. Desde aquellos días en que comía contigo en la cocina no he vuelto a probar nada tan bueno.

—Sing buen cocinelo, ¿veldad?

—¡El mejor del mundo! Gracias un millón de veces.

Charlie se dijo que Ryder nunca le había parecido tan humano como en aquel momento.

Después de la comida, Charlie se retiró a su cuarto a terminar la lectura de la autobiografía de Ellen Ladona. Nada más de interés encontró en ella. Sólo la personalidad de la autora se le apareció cada vez más clara, y, al terminar la última galerada, sentíase uno de los amigos de la famosa soprano. Más que nunca estaba

decidido a encontrar a su asesino, fuera quien fuera.

Al terminar de leer bajó al salón. Estaba desierto. Entonces el policía decidió ir a echar una ojeada por los alrededores. La nieve se había derretido en su mayor parte. De cuando en cuando, Charlie se inclinaba para recoger una rama caída o un trozo de corteza de árbol. Los crímenes con su séquito de policías, agentes, *sheriffs*, etc., etc., parecían estar muy lejos del pensamiento del famoso policía.

En aquel momento, también Charlie Chan estaba muy lejos de la mente del *sheriff*. Don Holt montaba su caballo favorito y junto a él, siguiendo el estrecho sendero que se abría entre los pinos, cabalgaba Leslie Beaton, a quien el aire de Tahoe dio a sus mejillas un maravilloso color que no se vendía ciertamente en los salones de belleza de Reno. Los ojos de la joven también habían cobrado nueva vida.

—¡Ese Cash tuvo una gran idea! —hizo notar el *sheriff*—. No sabe cuánto me alegro de que aceptase usted este paseo.

—¡Pobre Cash! —murmuró la joven—. Ha sido una verdadera lástima que haya tenido que marcharse.

—¡Ha sido una verdadera suerte! —replicó Holt.

—Me sabe mal que se haya marchado sin despedirse de mí —continuó Leslie.

—No tuvo tiempo. Se trataba de un asunto muy urgente, y las despedidas de Cash Shannon son interminables. Veo que echa usted mucho de menos a ese don Juan.

—¡Es que sabe hablar tan bien!

—Ya lo sé. Supongo que le habrá repetido muchas veces lo hermosa que es usted.

—¿Cree usted que soy bonita?

—Él lo cree.

—¿Y usted?

—Yo... yo también... Pero no sé decirlo.

—¡Qué lástima!

—Usted habrá vivido siempre en el Este y estará acostumbrada a los hombres de allí.

—Sí, claro —replicó Leslie.

—Este aire le está haciendo mucho bien; pero le haría mucho más si se quedara...

—No puede ser. Tengo que volver al Este. Tengo que trabajar para vivir.

El *sheriff* frunció el ceño.

—Si yo fuese Cash le sabría decir que no debe marcharse. Él tiene una manera de hablar muy convincente. —Llegaron a un claro del bosque desde el cual se divisaba el lejano lago en cuyas aguas se reflejaban los nevados picos próximos—. ¡Hermosa vista!, ¿no? —dijo el *sheriff*.

—¡Encantadora! —replicó la joven.

—Le hace estremecer, ¿verdad? Aquí Cash se habría declarado. Le habría dicho que es usted la mujer más divina del mundo, y que no es posible vivir sin usted.

—No siga —le aconsejó Leslie—. Con sus palabras me hace pensar lo mucho que he perdido no teniendo a Cash a mi lado.

—Pero eso Cash no se lo habría dicho sólo a usted. El año pasado trajo aquí también a tres o cuatro muchachas.

—¿Quiere usted decir que es un tenorio?

—Algo por el estilo —El *sheriff* se quitó el sombrero y con voz temblorosa, preguntó—: ¿No cree usted que le gustaría este país?

—Los veranos deben ser maravillosos.

—Mucho. Los inviernos también lo son. Me gustaría que visitara usted la capital del condado. No es una población muy grande. Estoy seguro de que le gustaría.

—Quizá no. ¿Podemos ver Pineview desde aquí?

—Está allí, entre aquel macizo de árboles. ¡Ya casi me había olvidado de que existiera ese lugar! ¡Menudo trabajo tenemos entre manos!

—¿Significa mucho para usted el éxito?

—¡Mucho! Tengo que igualar, por lo menos, la fama de papá. Pero no sé si podré conseguirlo, a pesar de la ayuda del señor Chan.

Por un momento la joven permaneció callada.

—Creo que no me he portado muy bien con usted, señor Holt —dijo al fin—. No sé si podrá perdonarme nunca.

—Claro que la perdonaré. ¿De qué se trata?

—De la noche que asesinaron a Ladona. No sé por qué he sido así, pero es que me parecía algo horrible. Algo que acusaba a alguien que quizá fuese inocente... No me atreví a hablar.

—¿Qué ocurrió? —preguntó suavemente el *sheriff*.

—Usted ya sabe que cuando sonó el disparo que mató a Ladona yo estaba en la habitación contigua.

—Sí.

—Al sonar el disparo corrí al balcón y miré afuera. Vi a un hombre que salía apresuradamente del estudio y desaparecía por la habitación contigua... Era un hombre que llevaba una manta debajo del brazo.

—¡Sing!

—Sí, era el pobre Sing. ¡Parecía imposible! No pude creerlo. Sin embargo, salí del estudio al segundo escaso de haber sonado el disparo. Lamento mucho no haber hablado antes.

—Ya me lo ha dicho ahora —replicó tristemente Holt—. ¡Dios! Preferiría que me ahorcasen a mí. Pero no puede hacerse nada. El deber es el deber y presté juramento de cumplirlo. Será mejor que regresemos.

Durante el camino, Don Holt volvió a ser el hombre callado de siempre. Cuando llegaron frente a los corrales del hotel de Tavern, la muchacha apoyó una mano en su brazo derecho.

—¿Me perdona por no habérselo dicho antes?

El joven la miró solamente.

—No tengo nada que perdonarle. ¡Ojalá pudiese hacer algo por lo cual me

estuviera usted agradecida!

Mientras conducía los caballos a la cuadra vio a su padre sentado a la puerta del hotel. Cuando hubo dejado los caballos se acercó a él.

—Ya no cabe la menor duda de que Sing mató a Ladona —dijo. Enseguida relató a su padre cuanto le había dicho Leslie—. Quizá sea mejor que vaya a Pineview a detenerle —terminó.

—No corras tanto —replicó Sam Holt—. Antes debemos consultar al señor Chan. Ve a ver al forense y procura obtener todos los datos posibles acerca del asesinato del doctor Swan. Luego iremos a ver lo que se hace con Ah Sing.

Tan pronto como el *sheriff* marchó a cumplir el encargo, Sam Holt buscó el teléfono que estaba sobre una mesa, junto a él. En pocos minutos pudo hablar con Charlie Chan.

—Sí —dijo—, es Sing, señor inspector. La red se está cerrando.

—Ya hacía suposición —replicó suavemente Chan—. ¿Qué indicación da usted?

—Venga aquí tan pronto como pueda y traiga con usted a Ah Sing. No diga nada a nadie, y hágale traer su maleta. Una maleta pequeña, con las pocas cosas que un hombre puede necesitar en la cárcel.

—¡Ah, sí... en cárcel! —replicó, pensativo, el policía.

—Me encontrará en la oficina de las cuadras de Tavern.

—Bien, correré en auto que hay en Pineview. Llegaré en pocos momentos.

En efecto, veinte minutos más tarde, Charlie Chan abrió la puerta de la pequeña oficina de las cuadras de Tavern.

—¿Qué tal, señor Chan? —saludó Sam Holt—. ¿Le acompaña alguien? Bien, dígame que espere en la cuadra, usted y yo tenemos que hablar un poco.

Cuando se quedaron solos, Charlie murmuró:

—Nuevas pruebas han hecho aparición, ¿verdad?

—Sí —contestó Holt—. Después de lo que nos dijo el señor Romano he estado reflexionando y creo que el deber está por encima del sentimiento. En consecuencia, fui a visitar al doctor que examinó a Ladona. En cuanto estuve ante él le dije: «Sing les trajo unas mantas azules para envolver el cadáver. ¿Se acuerda? Las dejó encima de un sillón de terciopelo» —Holt hizo una pausa.

—¿Qué contestación dio doctor? —inquirió Chan.

—Parece que fui mejor detective de lo que esperaba. El médico ese cogió las mantas a la puerta y las dejó en el suelo. Sí, señor Chan, la manta que dejó aquella pelusa en el brazo del sillón estuvo en el cuarto antes de ser cometido el asesinato... no cabe la menor duda.

—Doy felicitación por inteligente deducción de usted —dijo Chan.

—Muchas gracias. Sí, no cabe la menor duda, fue Sing quien disparó aquel tiro. Tenemos la prueba de la manta, la de la herida en la rodilla. Romano le vio y también Leslie Beaton.

—No tenía noticia última —dijo Chan. Sam Holt le explicó entonces lo referente

a la joven. Charlie movió la cabeza—. Mucha gente en piso en momento de asesinato —replicó tristemente.

—¡Demasiada para el pobre Sing! —asintió Holt—. Hágale entrar. Don quiere encarcelarlo.

—Deseo natural —asintió Chan.

—No sé qué pensar, señor Chan —murmuró el viejo—. Un ciego no tiene más distracción que pensar y toda esta tarde me la he pasado reflexionando...

—¿Ha hecho reflexión de datos de crimen? —preguntó el policía.

—Sí. Hay dos cosas que no he comprendido bien y que me han preocupado. Se trata de aquello que dijo Don acerca del perro y del interés demostrado por usted respecto a los árboles, señor Chan.

El chino sonrió levemente.

—Señor Holt, usted no tiene conocimiento de principal dato. Voy a dar explicación a usted de todos detalles que ocurrieron en Pineview antes de asesinato de señora Ladona.

Acercóse al viejo y, en voz baja, le estuvo hablando durante diez minutos. Al terminar recostóse en su sillón y contempló al viejo *sheriff*.

Este permaneció callado durante unos instantes, jugueteando con una plegadera de metal.

—Señor Chan —dijo al fin—. Tengo setenta y ocho años.

—Edad honorable.

—Y feliz, porque estoy en mi patria y entre mis amigos. Pero, suponiendo que me encontrase en algún país extraño... ¿cuál sería mi mayor deseo?

—Deseo de usted sería hacer visita a pueblo natal... caminar sobre tierra donde huesos de usted tomarían algún día descanso eterno.

—Es usted un hombre inteligente, señor Chan. Puede que tenga razón. Don no le ha nombrado comisario suyo, ¿verdad? Usted no tiene ninguna autoridad, ¿no es cierto?

—Labios de usted han dicho verdad.

Sam Holt se levantó; su aspecto era majestuoso.

—Y... y yo soy ciego —dijo.

Los chinos no lloran fácilmente, sin embargo, Charlie sintió cierta humedad en los ojos.

—Gracias muchas —dijo—. Cuando doy gracias a usted hablo en nombre de raza entera. Usted perdonará, tengo que cumplir pequeño... trabajo.

—Sí, sí, desde luego —dijo Holt—. Adiós, señor Chan. Y si no he de encontrarme con cierto amigo... dele mi adiós, y dígame que me siento orgulloso de él.

Chan salió del despacho cerrando tras él la puerta. En la sombra, a pocos metros de distancia, vio la encorvada silueta de Ah Sing. Acercóse a él y le dijo en cantonés:

—Vamos, Ah Sing. Tenemos que hacer un largo viaje —de pronto vio a Don Holt

dirigirse hacia la oficina de las cuerdas. Charlie se apresuró a empujar a Sing a un rincón.

El *sheriff* abrió la puerta de la oficina.

—¡Hola, papá! —saludó—. He estado reflexionando y creo que debo ir a Pineview...

—Entra, Don —dijo el viejo *sheriff*—. Entra, quiero hablarte.

La puerta de la oficina se cerró tras el joven, y Charlie empujó a su compatriota al coche que los había traído desde Pineview.

—¿Qué pasa? —preguntó el servidor—. ¿Me llevas a la cárcel?

—Eres un hombre malo —replicó Charlie—. Nos has causado muchas preocupaciones. Mereces la cárcel.

—Entonces, ¿me envías a la cárcel?

—No, te envío a China.

CAPÍTULO XVIII

Rankin lanza una bomba

¡Hacia China! Charlie no podía ver el rostro del hombre que sentábase junto a él, mientras el auto corría hacia Truckee. Sólo oyó un suspiro. ¿De alivio?

—Está bien, señor —dijo Sing al cabo de unos minutos.

—¡Está bien! —repitió con cierta amargura Chan. ¿Es todo cuánto sabes decir? Te hacemos un favor enorme y tu única contestación es: «Está bien». El hombre cortés no permitiría que su lengua se limitase a pronunciar esas palabras.

—Mi corazón rebosa agradecimiento.

—Eso ya está mejor. Me sigue pareciendo poco, pero es algo más.

Los dos chinos guardaron silencio. El coche seguía deslizándose sobre la húmeda carretera. La próxima hora, pensaba Charlie, sería la más feliz de toda su vida. Todos los años pasados en la Policía de Honolulu estuvieron llenos de tentaciones de perdón, sin embargo, supo resistir semejantes tentaciones, aferrado a su deber. Hubo de ser en el continente donde su corazón flaqueara por vez primera. ¿Podría levantar nunca más el rostro frente a sus superiores? Las luces de Truckee aparecieron ante el coche.

Chan guió el auto hasta la estación del ferrocarril.

—El tren para San Francisco llegará dentro de diez minutos —anunció—. He consultado la lista. —Entraron en la sala de espera. Sing llevaba en la mano su pequeña maleta.

—¿Tienes dinero? —le preguntó Chan.

—Sí —replicó concisamente el criado.

—Entonces compra tu billete —ordenó el policía—. Tengo un profundo sentimiento, pero no podemos darte dinero.

Cuando Sing regresó de la taquilla Chan notó que cojeaba.

—¿Te duele aún la rodilla? —le preguntó.

—Fue un golpe muy doloroso —admitió Sing.

—Te lo diste al tropezar con la silla del saloncito de señora Ladona.

—Sí, después de mi disparo...



—Sí, después de mi disparo...

—¡Cállate! —exclamó Chan, mirando, inquieto a su alrededor—. No destroces tú mismo tu vida. La Suerte es tu compañera esta noche, anciano. Sé cauto, pues el brazo de la Ley es muy largo y su corazón muy duro.

Sing pareció emocionarse y los dos orientales permanecieron sentados en un banco sin que, durante un rato, ninguno de ellos pronunciara una palabra.

—El Gobierno está en crisis —dijo al fin Chan—, y ya comprenderás que no puede malgastar ni un centímetro de cuerda por un hombre como tú. Morirás pronto, pues los años han hecho su labor. Por lo tanto, es mejor que vuelvas a tu patria.

—A ella volveré.

—¡Te envidio! Volverás a pasear por las calles del pueblo donde naciste. Podrás escoger el lugar donde deberá reposar tu cuerpo —después añadió—: Mientras esperas el barco, me encargaré de que tu baúl te sea enviado al sitio donde tú desees. ¿Qué sitio será ése?

—La pescadería de mi hermano Sing Gow, en Jackson Street.

—Allí te la enviaré. Para ti el pasado ha muerto esta tarde. El futuro nace esta noche. ¿Me comprendes?

—Te comprendo.

—Soy portador del mensaje de salutación de otro anciano. El señor Sam Holt está orgulloso de haberte conocido.

El rostro de Sing se suavizó.

—Un hombre muy honorable. Que los clavos de su ataúd sean del oro más puro.

—Su corazón agradecerá tus deseos —murmuró Chan. Un suspiro de alivio se le escapó de los labios al oír acercarse el tren—. Vamos —dijo levantándose—. El monstruo de hierro te espera.

Salieron al andén. Charlie tendió la mano a su compatriota.

—Te digo adiós —murmuró al oído de Sing—. Quieran los dioses que tu viaje se realice todo por el lado feliz del camino.

—¡Adiós! —contestó Ah Sing. Dio unos pasos hacia el tren; pero antes de llegar a su vagón volvióse hacia el policía, y, sacando algo del bolsillo, se lo entregó, diciendo—: Dáselo a mi señor. Me había olvidado. Dile que en la casa hay mucho trabajo y que Ah Sing ha tenido que marcharse.

—Se lo diré —asintió Chan. Acompañó al criado hasta el vagón y ayudóle a subir a él.

Luego, retirándose al lugar más oscuro del andén, vio como el viejo se acomodaba en su asiento y se quitaba el sombrero. A través del cristal de la ventanilla, el oriental parecía una figura de marfil. Chirriaron los frenos, la máquina lanzó unos resoplidos y Ah Sing fue arrastrado hacia San Francisco. Chan permaneció sumido en hondas meditaciones. Por primera vez en su vida faltaba al... Pero aquello era el continente y en él ocurren muchas cosas extrañas. Además, su autoridad allí era casi nula.

Cuando regresó a Tavern encontró a Dinsdale sentado junto al mostrador del despacho.

—Buenas noches, señor Chan —le saludó—. ¿Quiere calentarse un poco después de la lluvia?

—No he hecho observación de lluvia —murmuró el chino.

—Es usted un hombre muy atareado. Ya sé que eso no me importa, pero ¿podría decirme si adelantan sus pesquisas?

—Siento mucho, pero no puedo dar comunicación de interés. Usted tenía amistad grande con señora Ladona, ¿verdad?

—Sí, la conocí antes de su primer matrimonio. Era entonces una muchacha muy hermosa, y muy buena. Quizá usted la haya juzgado sólo a través de los puntos de vista de sus antiguos maridos.

—Durante tiempo cometí error que usted hace indicación —contestó el policía—. Pero luego hice lectura de memorias de señora Ladona y opinión ha sufrido cambio

grande. Tengo mismo pensamiento que usted; fue mujer muy buena.

—¡Me alegro de que piense usted así! —exclamó el hotelero—. Eso me hace suponer que tendrá tantos deseos como yo de ver ahorcado a su asesino.

Charlie no contestó y al cabo de unos segundos de silencio, dijo:

—Ruego envíe mensaje por teléfono a Pineview dando comunicación de que quedaré a comer aquí.

—Con mucho gusto —replicó Dinsdale.

—Ahora, ¿podría decir número de habitación de señor Sam Holt?

—La diecinueve, al final de ese corredor de enfrente.

Cuando entró en el cuarto del viejo *sheriff*, éste se estaba poniendo la americana.

—¿Qué tal, señor Chan? —le saludó— ¿Ha ido todo bien?

—Tigre ha dejado escapar presa.

—¿Lo lamenta?

—No, si usted tampoco.

—Lo de esta tarde es algo que me enorgullecerá toda la vida. Me alegro de poder hablar con usted antes de que Don sepa nada. No le he dicho ni una palabra.

—Inteligencia ha guiado a usted.

—Sí, Don es una autoridad aquí. Él es joven y ciertas cosas quizá no pudiese comprenderlas. —El viejo permaneció callado un momento. Después continuó, lanzando un suspiro—: Y para su cargo, es mejor que no las comprenda nunca. Es un muchacho honrado y estoy orgulloso de él. Seguramente saldría detrás de su presa ¡Si por lo menos los jurados de hoy fueran como los de mi tiempo! Ahora sólo es el delito en sí lo que importa. Lo demás no tiene importancia.

—Razón dicta palabras de usted.

Despidióse del viejo y regresó al salón, yendo a acomodarse junto al fuego. Al cabo de unos segundos, apareció Leslie Beaton.

—¿Qué tal, señor Chan? —exclamó—. Me alegro mucho de verle. He estado contemplando el panorama. ¡Es maravilloso!

—¿Montañas gustan a usted?

—¡Son magníficas! —Sentóse junto al policía y murmuró—: Hay momentos —continuó—, en que pienso que me gustaría quedarme aquí toda la vida. No es mala idea, ¿verdad?

—Felicidad no apoya pie en geografía.

—Ya lo sé.

—Vida es igual en todos sitios. Felicidad, tristeza y amargura, acudirán siempre a nuestros labios. Para persona feliz, coles son mejor que pollo.

—Lleva usted una corbata muy llamativa, señor Chan —continuó la joven, cambiando de conversación.

—Querida hija hizo obsequio en día Navidad —explicó el chino—. Ahora hago recuerdo de que he puesto corbata con propósito definido.

Hugh Beaton acercóse, sonriente, a ellos. Un solo día de permanencia en Tavern

le había cambiado por completo. Saludó alegremente al policía y condujo a su hermana al comedor. Inmediatamente apareció Romano, vestido de etiqueta, como si fuese a dirigir una gran orquesta.

—¿Cómo está usted, señor Romano? —preguntó Charlie—. Confusión entra en cuerpo cuando hago observación de elegante traje de usted.

—No se preocupe. Hay que vestirse para uno, no para los demás. Yo esta noche me siento como si fuese a sentarme en un palco del Metropolitan de Nueva York. Estoy deseando volver a la civilización.

—Paciencia —contestó Chan—. Con tiempo, hoja de moral se vuelve brillante seda.

Romano frunció el ceño.

—No me gusta eso. El proceso me parece muy complicado y largo. En fin, entretanto iremos a cenar —y dirigióse al comedor.

Don Holt y su padre aparecieron en el salón.

—Se queda usted a cenar con nosotros, ¿eh? ¡Magnífico! ¡Se sentará a nuestra mesa!

—Es que soy huésped del señor Dinsdale —protestó Charlie.

—¿Qué importa? Cogemos una mesa para cuatro —dijo Dinsdale, guiándoles al comedor.

Don Holt mostróse decepcionado al comprender que la discusión del caso tendría que demorarse.

La cena transcurrió bastante animada, y al final de ella, Dinsdale tuvo que acudir a su despacho. Don Holt se disponía a interrogar a Charlie cuando, de pronto, Bill Rankin, el simpático periodista, entró en el comedor y dirigióse a la mesa ocupada por los tres hombres. Charlie lanzó un suspiro de alivio.

—¡Hola! —le saludó el reportero—. Todas las fuerzas de la Ley reunidas aquí. ¡Pobres malhechores! —Sentóse en la silla de Dinsdale—. Nos hemos divertido mucho en Reno. Supongo que ustedes ya saben que Romano hereda la fortuna de Ladona.

—Sí, ya lo sabíamos —replicó hoscamente Don Holt.

—Bien, Romano estaba en Pineview la noche del crimen —continuó Rankin—. No deja de ser sospechoso. Sabía que Ladona guardaba una pistola en su bolso. ¿Necesito decirles algo más?

—Gracias muchas —sonrió Chan—. Señores, caso tiene ya solución. Siento extrañeza grande de que pensamiento así no haya asaltado a nosotros.

—Veo que gusta mi idea, señor Chan —murmuró el periodista—. ¿Me permite que le haga una pregunta? ¿Por qué llevó a ese viejo criado chino a Truckee y le hizo sacar un billete para San Francisco?

Charlie Chan se había encontrado pocas veces tan embarazado como en aquel momento. En el intenso silencio que siguió al inocente lanzamiento de la bomba por parte de Rankin, Chan notó la mirada de Don Holt fija en él. En los ojos del joven

sheriff brillaba una súbita cólera. Sam Holt llevóse con mano temblorosa el vaso de agua a los labios. Charlie permaneció callado.

—Gleason le vio en la estación —continuó Rankin—. ¿Qué ha pasado?

El periodista miró al policía y quedó profundamente sorprendido al advertir la mirada que le dirigió el hombre que minutos antes parecía tan contento de verle allí.

—Llevé a Sing a Truckee para hacer favor... de un chino a otro —dijo lentamente Charlie. Se puso en pie y continuó—: Sing deseaba hacer visita a San Francisco y di encargos de importancia. Es cosa sin importancia; pero tendré agradecimiento grande si calla en periódico de usted.

—Si usted lo quiere, así se hará. Me extrañaba, nada más.

Pero Charlie se dirigía ya a la puerta del comedor. Don Holt y el viejo *sheriff* le siguieron. El policía cruzó el salón y entró en el despacho de Dinsdale. Los demás hicieron lo mismo.

Don Holt fue el último en entrar y cerró furiosamente la puerta. Estaba terriblemente pálido. Sus ojos brillaban amenazadores.

—De manera que le dejó escapar por hacer un favor a un compatriota, ¿eh? —masculló entre dientes, dirigiéndose a Chan.

—No te precipites, Don —le advirtió su padre.

—He sido engañado —continuó el joven—. Se han burlado de mí...

—He sido yo, Don. Le dije al señor Chan que llevara a Sing a Truckee. Le encargué que le ayudase a escapar... a China.

—¡A China! ¿Y durante todo este tiempo ha sabido que era él el culpable, que disparó el tiro?...

—Lo sabía todo, Don.

—¿Cómo ha podido cometer esa traición? Aparta, déjame salir.

—¿Dónde vas?

—¿Qué dónde voy? A perseguirle, ¿dónde he de ir? ¿Soy *sheriff* de este condado, o no lo soy? No debo de serlo mucho, pues los dos os habéis entretenido en desposeerme de parte de mis atribuciones.

Dinsdale abrió la puerta del despacho.

—Un telegrama para ti, Don —dijo—. Lo van a transmitir por teléfono desde Truckee. —Dirigió una mirada de asombro al rostro del *sheriff* y después se retiró, cerrando la puerta.

Don Holt descolgó el teléfono que estaba encima de la mesa del despacho. Chan dirigió una mirada a su reloj y sonrió.

—¡Diga! ¡Diga! Don Holt al habla. ¿Qué? ¿Qué? ¡Repita eso último! Muy bien. Gracias. Envíeme la confirmación, haga el favor.

Lentamente, el joven se volvió hacia Charlie.

—¿Qué fue lo que le preguntó a ese tipo de Berkeley acerca de no sé qué pistolas? —inquirió.

—Era pregunta insignificante acerca de balas —replicó muy despacio Chan—.

¿Cuál es contestación?

—Dicen que las dos balas fueron disparadas por el arma que mató a Swan — replicó perplejo, Don—. Ninguna salió del revólver de Ladona.

—Bien —gruñó Sam Holt—, los «científicos» no siempre se equivocan. Ése parece que ha dado en el clavo.

Don Holt se levantó, y, lentamente, la expresión de asombro fue desapareciendo de su rostro. De pronto sonrió a Charlie.

—¡Ahora comprendo porqué hablaba usted de los pinos! —exclamó al fin.

CAPITULO XIX

Chan sube a una escalera

Don Holt fue de un lado a otro de la pequeña habitación.

—Ahora empiezo a comprenderlo todo —continuó—. También entiendo lo del perro.

Charlie asintió.

—*Trouble* dio pista buena en primera noche. También tuve dudas grandes. De cinco acusados, nadie hizo presentación de coartada. Cosa extraña. Culpable siempre tiene coartada. Hice reflexión. ¿Podría ser que culpable no fuese ninguna de cinco personas sospechosas? ¿Estaría, acaso, entre personas que no eran sospechosas?

—Por eso habló usted con la señora O'Farrell —dijo el joven *sheriff*.

—Sí. Ladona hizo indicación de que llevaría perro en aeroplano. Dijo que *Trouble* gustaba mucho de viaje. Pero de acuerdo con declaración de señora O'Farrell, cuando aeroplano voló por encima de casa, animalito ladró con dolor. Perros tienen enorme fuerza psíquica. Pobre *Trouble* sabía que en momento que aeroplano volaba por encima casa, su ama estaba muriendo. Sí, con terrible ruido de aeroplano tiro no podía ser escuchado, señora Ladona estaba ya muerta. Muerta tiempo antes de que segundo disparo hiciera subir a todos a estudio.

»Tiro que sonó después fue para hacer engaño. ¿Quién disparó? Creo que Sing. De momento sospeché de criado, en noche de ayer tuve seguridad. ¿Por qué hice recuerdo de que señor Ryder dijo que Sing era siempre amigo en momento de necesidad?

Holt movió la cabeza.

—¿Ryder dijo eso?

—Sí y declaración era cierta. Sing era amigo grande y capaz de hacer a persona amada desde arroz y pollo en pepitoria, hasta disparo de tiro desde balcón de estudio a pinos cercanos.

—¿Conoce usted el contenido de la carta de Ladona a Ryder? —preguntó el *sheriff*.

Chan negó con la cabeza.

—No. Mensaje de profesor de Berkeley tiene importancia grande, pero no es completo. Hago proposición de que vayamos a Pineview a terminar asunto. Pero antes quiero hacer petición de mil humildes perdones. Cuando dejé a Ah Sing camino de China, cometí falta contra Ley.

—No se preocupe —dijo Sam Holt—. Lo que hemos hecho nosotros ha sido ahorrarle a este hijo mío un sinfín de preocupaciones.

—Es verdad —asintió Don Holt—. Siento mucho todo lo que he dicho.

Charlie palmeó cariñosamente la espalda del joven.

—Hago comprensión de sensaciones de usted. Después de suceso de noche de ayer, sospechas de usted estaban dirigidas a persona que parecía más culpable.

—Bueno; si le he de decir la verdad, estoy muy contento de que dejasen escapar a Sing. Si estuviera aquí en este momento, me vería en la desagradable obligación de detenerle como cómplice. Supongo que no me dirán dónde está.

—No —sonrió Chan—, secreto quedará guardado en corazones de honorable padre de usted y de este humilde Chan. Ahora marcharé a Pineview a hacer investigación final. Después de breve conversación con padre de usted, sabrá cosa que debe hacer —echó una mirada a su reloj—. Deme sólo una hora.

Holt asintió.

—Una hora exacta.

* * *

La luna brillaba en todo su esplendor y su luz, tamizada por los pinos, iluminaba una curiosa escena. Charlie Chan, subido en lo alto de una escalera apoyada en el pino que daba enfrente del balcón del estudio, examinaba el árbol con su linterna eléctrica. La luz que brillaba en el comedor indicaba que Ryder y Ward estaban aún a la mesa. El haz luminoso de la linterna recorría el corpulento tronco como un fuego fatuo. Por fin, el policía debió de encontrar lo que buscaba, pues el círculo de luz quedó fijo en un punto; un punto en el cual, un pequeño agujero indicaba que la bala disparada por Sing para probar la coartada de su amigo, estaba allí dentro. Aquella bala completaría la historia de las otras dos encontradas en los cuerpos de Ladona y Swan. Charlie sacó un cortaplumas y procedió pacientemente a sacar el proyectil de la madera.

Acto seguido, con la bala guardada en el bolsillo, emprendió el descenso. A mitad de camino, se dio cuenta de la presencia de un hombre al pie de la escalera.

—¡Ah! ¿Es usted, señor Chan? —exclamó Michael, el piloto—. Cecile vio a alguien desde la ventana y me ha hecho venir para enterarme de quién era. Tiene los nervios bastante mal.

—Tengo sentimiento grande de haber hecho molestia a usted —replicó Chan, terminando de bajar de la escalera—. Dé seguridad a esposa de usted de que peligro

no existe. Hacía investigación de árbol.

—Ya me han dicho que es usted aficionado a las plantas y a los árboles. ¿Quiere que le ayude a trasladar la escalera? Es muy pesada.

Los dos hombres llevaron la escalera al garaje, de donde la había sacado Chan.

—No tenía noticia de presencia de usted en casa, en noche de hoy —dijo Charlie—. ¿Hizo viaje en aeroplano?

—Sí, quería hablar con usted, señor Chan.

—Oídos abren atentos.

—Se trata de Cecile. La pobre está con los nervios destrozados, desde el asesinato del señor Swan no vive. Me ha pedido que la saque de aquí. Yo le he dicho que no sabía si le permitirían salir de esta casa. Pero ella ha insistido tanto, que al fin he decidido pedirle a usted que la deje marchar.

—Hago comprensión de sentimientos de esposa de usted —murmuró Chan—, pero hace usted petición a persona que no tiene autoridad en este país.

Ireland movió la cabeza.

—Hace un momento, señor Chan, he telefoneado al *sheriff* y ha dicho que era usted quien debía decidir.

Charlie reflexionó un instante; luego, sacando su reloj, contestó:

—Ruego haga petición otra vez dentro de media hora.

—Muchas gracias, señor Chan; hasta dentro de media hora, pues. —Se dirigió a la casa, pero antes de llegar volvióse y preguntó—: Oiga, ¿qué ocurrirá dentro de media hora?

El policía se encogió de hombros.

—¿Quién puede asegurar si vida de mundo tendrá continuación dentro de media hora? Si usted perdona, permaneceré un momento más fuera de casa.

Charlie esperó a que el aviador hubiese desaparecido y al quedar solo sacó del bolsillo un manojito de llaves y desapareció entre los matorrales de la parte trasera del garaje.

Diez minutos más tarde el chino entraba en la casa por la puerta de servicio. La señora O'Farrell, Cecile y su marido estaban en la cocina y le dirigieron una ansiosa mirada al verle pasar. Silenciosamente, el policía subió la escalera y llegó al vestíbulo superior. Desde el lejano comedor oíanse las voces de Ward y Ryder. Entró en su cuarto y cerró la puerta.

Durante unos momentos estuvo haciendo algo sobre la mesa; al parecer algo relacionado con las huellas dactilares. Después, apresuróse a preparar su equipaje. Cuando todo estuvo dentro de la maleta, la sacó al vestíbulo, dejó sobre ella el abrigo y el sombrero y volvió a escuchar. En el comedor seguían oyéndose voces. Después de una breve visita al estudio regresó junto a su maleta, la cogió y cogió también el abrigo y el sombrero. Seguidamente bajó al salón.

Los leños chisporroteaban alegremente en la chimenea, reflejando extrañas sombras en las paredes. Chan dejó su maleta en el suelo y miró pensativo a su

alrededor. Revivía la escena de dos noches antes, cuando Michael Ireland entró a tomar un trago. Se imaginó a Beaton y Dinsdale sentados junto al fuego; a Ward preparando el *whisky* con soda; a Ireland aguardando sentado en el gran sillón junto a la chimenea; a Ryder bajando pausadamente por la escalera. Cinco hombres en total; seis incluyendo a Charlie Chan.

El cuadro se borró de su mente. Poco a poco dirigióse al comedor y se detuvo en la puerta. Ward y Ryder estaban sentados a la mesa tomando el café. Impulsado por su innato sentido de la hospitalidad, el millonario se levantó.

—¿Qué tal, señor Chan? —saludó—. Hoy no le hemos tenido entre nosotros durante la cena. ¿Quiere tomar algo? ¡Sing! —Se interrumpió—. ¡Me olvidaba! Sing ha desaparecido, señor Chan.

—No tiene importancia —replicó el policía—. He cenado en Tavern, señor Ward. Doy gracias a amabilidad de usted.

—Quizá el señor Chan pueda echar alguna luz sobre la desaparición de Sing —indicó Ryder.

—Sí puedo —replicó el chino, acercando una silla a la mesa—. Tengo sentimiento grande de comunicar a usted, señor Ward, que todas apariencias dan indicación de que criado de usted fue quien hizo disparo en estudio. Disparo que oímos en salón.

—¡No lo creo! —replicó calurosamente Dudley Ward—. Por muchas pruebas que tenga contra él, nunca creeré que Sing disparara...

—Pero, Ah Sing ha hecho declaración...

Ward se levantó.

—¿Dónde está? —quiso saber—. Tengo que verle enseguida.

—Tengo sentimiento de comunicar imposibilidad de cumplir deseo de usted. Señor *sheriff* iba a detener, pero hizo huida.

—¿Ha escapado? —exclamó Ryder.

—En momento de ahora corre delante de perseguidores. Pero hay posibilidad de que alcancen. —Se volvió hacia Dudley—. Siento mucho, señor Ward. Hago comprensión de pesar de usted. He detenido un momento sólo para hacer información a usted y decir adiós. Trabajo de Charlie en Pineview ha terminado.

—Antes de que se marche tengo que entregarle algo que le prometí —dijo el millonario, levantándose—. Le debo mil dólares por las pesquisas acerca del paradero de mi hijo...

—Pesquisas fueron cortas —protestó Chan.

—No importa. En nuestro convenio no se especificó si deberían ser cortas o largas. Espere un momento, haga el favor. Le extenderé un cheque.

Ward salió de la estancia y Charlie, volviéndose hacia Ryder notó en el rostro del minero una extraña sonrisa.

—¿Siente usted placer grande por huida de Sing? —preguntó.

—No creo que deba ocultarlo.

—Sing era amigo de usted.

—El mejor que he tenido.

—Sí, ya hago recordación. Pollo en pepitoria, arroz.

Ryder no replicó. Al cabo de unos minutos regresó Ward.

—Hago aceptación de cheque con cara enrojecida por vergüenza —dijo Chan, guardando el documento en su cartera. Dirigió una mirada al reloj y añadió—: Es momento de marchar.

—¿No tomará una copa de despedida? —invitó Dudley Ward—. Pero, ahora recuerdo que usted no bebe. En realidad es una suerte, pues no tengo nada para invitarle. Sing tenía las llaves de la bodega y del armario donde se guardaban los licores.

—Gracias muchas por haber hecho recordación —dijo Chan—. Estaba a punto de cometer olvido. —Sacó del bolsillo un manojito de llaves y se las entregó al millonario—. Criado de usted hizo entrega de esto antes de emprender huida.

—Es una suerte —replicó Ward. Cogió las llaves y acercóse al armario—. ¿Qué tomarás, John? —preguntó a su amigo.

—Cualquier cosa.

Del armario Ward sacó cuatro botellas de cristal tallado y las colocó sobre una bandeja que dejó ante su amigo.

—Sírvete tú mismo —dijo. Cogió una botella más grande que las otras y llenó su copa—. ¿No cambia usted de pensamiento, señor Chan?

—Insistencia de usted obliga a aceptar invitación. En antigüedad, en China, hacer rechazo de invitación insistente de huésped era ofensa grande. Aceptaré unas gotas de licor.

—¡Magnífico! —exclamó Ward. Colocó otro vaso ante Ryder—. John, sírvele al señor inspector lo que prefiera.

—Un poco de oporto, por favor. —De pronto la voz de Chan se hizo más fuerte—. Un momento. En antigüedad, en China, rechazo de anfitrión de servir copa de despedida era considerado ofensa grande.

Hubo un súbito silencio. Charlie vio que Ryder vacilaba y miraba interrogadoramente a Ward.

—No hago insistencia en petición —continuó Chan, con una amable sonrisa—. Hago recordación de primera cena en esta casa. Pienso en cortesía grande de usted, señor Ward, en manera cómo sirvió cócteles... Como nada ocurrió hasta que botellas de cristal fueron colocadas ante usted. Entonces hizo llamada a Sing para que sirviese licores. ¡Ah! Detalles insignificantes quedan guardadas en cerebro de policía. Horas más tarde tuve sospecha de que usted, señor Ward, era ciego a colores.

El policía hizo una pausa y de nuevo el silencio reinó en el comedor.

—En noche de hoy —continuó Chan—, he hecho última experiencia. En despacho de usted hay dos tinteros de tinta, roja y negra. Roja a izquierda, negra a derecha. He tomado libertad de hacer cambio de tinteros. Usted excusará, ¿verdad?

Cheque que usted entregó a Charlie Chan está escrito con tinta roja. No cabe vacilación de que es usted ciego a colores, señor Ward.

—¿Y qué importancia puede tener eso?

Charlie ce recostó en su sillón.

—Persona que cometió asesinato de señora Ladona fue primero a buscar bufanda verde. Volvió con bufanda roja. Después hizo colocación de tapa roja en caja amarilla y tapa amarilla en caja roja. No, gracias muchas, señor Ryder —dijo, rechazando el vaso que le tendía el minero—. No puedo beber con persona a quien tendré que detener como asesino.

—¡Asesino! —exclamó Ward— ¿Está usted loco, señor Chan?

—No, loco fue usted en noche de antes de ayer.

—¡Yo estaba en el salón cuando sonó el tiro! Usted mismo me vio.

—Sing disparó contra árboles tiro que oímos. Pero señora Ladona murió en momento que aeroplano hacía ruido enorme sobre casa.

—En ese momento yo estaba encendiendo las luces del aeródromo. Ya oyó lo que dijo el aviador.

—Señor Ireland dijo que luces brillaron en momento que volaba por encima de casa. Es verdad grande, pero no fue usted quien encendió luces, señor Ward. —El policía sacó un sobre del bolsillo y de él la llave de un interruptor eléctrico—. Es llave de interruptor que estaba en hangar. Tiene huellas dactilares, pero sólo de dedos de fiel criado de usted. —Guardó otra vez la llave en el sobre—. Dos buenas coartadas han hecho desaparición. Disparo de Sing contra árboles y expedición de usted a encender luces de aeródromo.

Al levantar la cabeza vio operarse en Ward un terrible cambio. El millonario temblaba convulsivamente, estaba muy pálido y con voz entrecortada gritó:

—¡Maldito! —empuñó la más pesada de las botellas y la levantó sobre la cabeza de Chan. De pronto, su mirada se posó en la puerta que quedaba a espaldas del policía y con la misma rapidez que había llegado, desapareció su furia.

—Contente, Dudley —dijo la voz de Sam Holt, desde la puerta—. Ya te dije cuando aún eras un niño que ese genio tuyo te perdería.

Dudley Ward se dejó caer en un sillón y, cubriéndose el rostro con las manos, murmuró:

—Tenías razón, Sam; tenías razón.

CAPÍTULO XX

Después del tifón

El viejo *sheriff* penetró en la habitación y su hijo le siguió. Charlie miró su reloj.

—Una hora exacta —dijo al joven Holt—. Es suerte grande que sea usted hombre de palabra. He tenido temor enorme de perder importante prueba de convicción.

—¿Ha conseguido lo que vino a buscar? —preguntó el *sheriff*.

—Sí —Chan tendió un sobre al joven—. Es llave de interruptor de luces de aeródromo. Tiene sólo huellas dactilares de Ah Sing, que encendió luces.

—Entonces Dudley Ward no las encendió.

—Ésa es conclusión a que llegamos. Aquí hago entrega de bala de revólver de señora Ladona que he hecho encuentro en tronco de pino.

Ryder avanzó hacia el policía. Su expresión era tan desagradable como de costumbre.

—¿Y con esas pruebas piensa acusar a mi amigo? —preguntó.

—No hay detalle pequeño —murmuró el chino—. Además, buscaremos propietario de revólver que hizo disparos.

—Puede que no sea muy fácil —replicó Ryder.

—Quizá no —Charlie se volvió hacia Ward—. En caso de necesidad buscaríamos a cómplice de crimen, Ah Sing. Entonces Sing también sufriría castigo...

Ward se puso en pie.

—¡Calle, calle, por favor! —exclamó—. Deje en paz a Sing. Yo maté a Ladona y maté también a Swan.

—¡Pero Dudley...! —protestó Ryder.

—¿Para qué callar? —continuó Ward—. No tengo a nadie por quien vivir ni defenderme. Vale más terminar de una vez. Es mi único deseo. —Dejóse caer en su sillón.

—Tengo sentimiento grande, señor Ward, de que visita de Charlie Chan a casa de usted termine así —dijo el policía—. Voy a dar explicación de sucesos ocurridos. Usted puede corregir si cometo error. Entramos con señora Ladona en estudio. Usted hizo acusación de que ocultaba hijo de usted. Señora Ladona negó, pero usted no

quedó satisfecho. Oyóse ruido de aeroplano y usted marchó a encender luces de aeródromo. Cuando usted marché señora Ladona quería hacer comunicación con señor Ryder.

»Usted no podía encender luces hasta encontrar a Sing que llevaba llaves de todas habitaciones de casa. Hizo encuentro con criado en momento que Sing iba también a encender luces de aeródromo. Usted dijo que después llevara manta a estudio.

»Con deseo de hacer más preguntas a señora Ladona usted volvió a estudio. Señora pidió a usted bufanda que estaba en próximo cuarto. Usted fue a buscar bufanda verde, pero volvió con bufanda roja. En momento de entregar, mirada de usted cayó sobre carta dirigida a señor Ryder, que aún no estaba dentro de sobre. — Charlie se interrumpió un momento—. ¿Qué decía en carta? —preguntó.

—Ya que parece usted saberlo todo, ¿qué cree que decía? —contestó Ward.

—Hago suposición de que comunicaba a señor Ryder muerte de hijo de usted —contestó Chan.

Ward lanzó un suspiro y replicó:

—Lo sabe usted todo.

—Cuando supo noticia de que hijo de usted había muerto sin poder llegar a conocerle; cólera asaltó a usted. De cajón de escritorio sacó revólver y apuntó a esposa de usted. Señora Ladona gritó y quiso apartar arma. En movimientos tiró cajas de cigarrillos. Aeroplano estaba encima de casa y ruido de motor ahogó disparo. Cuando rugido de motor se apagó en distancia, cólera se apagó también en corazón de usted.

»Temor, asombro, inquietud, asaltaron a usted. ¡Había cometido asesinato! Inconscientemente arrojó desorden de mesa y haciendo pensamiento de que podría hacer creer que señora Ladona había sido asesinada desde balcón, arrastró cadáver hasta puerta y cogió revolver de señora Ladona, que cayó de monedero durante lucha. Hizo examen de arma y vio que era igual calibre que revólver de usted. Entonces Ah Sing entró en estudio con manta debajo de brazo.

»¿Qué pasó? ¿De quién fue idea de coartada? De usted o de Sing, no tiene importancia. Sing era fiel servidor. Era guardián de usted desde juventud. Tuvo usted confianza en Sing y marchó corriendo a aeródromo a hacer recepción nuevo invitado. Acompañó usted a señor Ireland a casa y entonces fue cuando, como diría honorable amigo señor inspector Duff de Scotland Yard, Ah Sing intervino.

Chan se levantó.

—No es necesario echar sombras sobre reunión. No hago mención de asesinato de doctor Swan. Tribunal no juzgará a usted por último crimen.

—Lamento que no sea así —replicó, ceñudo, Ward—. Al matar a ese hombre, hice un servicio a la Humanidad. ¡Era un inmundo chantajista! Estaba a la puerta del estudio cuando murió Ladona. Más tarde me amenazó con denunciarme si no le entregaba dinero. Le dije que al día siguiente lo iría a buscar a Reno. Ayer noche le telefoneé citándole en la casa próxima y diciéndole que le enviaría a Ah Sing con el

dinero. Pero luego pensé que no podría sacármelo nunca de encima. En lugar de enviar a Ah Sing fui yo mismo. Y cuando Swan llegó, ansiando recibir el dinero... recibió un tiro. Estoy muy orgulloso de lo que he hecho.

—Usted cometió error grande cuando dejó revólver en casa donde mató a doctor Swan. Teníamos necesidad grande de arma para hacer demostración de culpabilidad. —Charlie se volvió hacia Don Holt—. Señor *sheriff*, hago entrega de prisionero. Pero falta dar solución a un misterio. ¿Quién dio golpe en cara a fiel Sing, en noche que murió señora Ladona?

Ward se volvió hacia el policía con los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué tiene usted que ver en esto? —exclamó—. ¡Dios mío! ¿Es que no sabe ya bastante? ¿No quedará satisfecho nunca?

—Cálmate, Dudley —intervino Sam Holt. Luego, volviéndose hacia el chino, continuó—: No creo que necesitemos hacer ninguna pregunta más, señor Chan.

—No, claro —replicó prontamente Charlie—. He terminado intervención en asunto. Voy a recoger equipaje.

Diez minutos más tarde, los dos Holt, Chan y el silencioso Ryder se embarcaban en la lancha del *sheriff*. Ryder quedóse para cuidar de Pineview y Don Holt consiguió persuadir también a Ireland para que se quedara a pasar la noche en la casa. La pequeña gasolinera se deslizó sobre las plateadas aguas; a lo lejos la luna iluminaba con toda claridad los nevados picachos de las montañas.

Cuando llegaron a Tavern, Don Holt desembarcó, dirigiéndose hacia el hotel. Al llegar allí, los dos periodistas de San Francisco se precipitaron sobre él.

—No tengo nada que decirles —replicó a sus preguntas—. La única noticia es que he arrestado a Dudley Ward y que ha confesado su delito. El éxito no ha sido mío, sino de Charlie Chan.

Rankin se volvió hacia su compañero.

—¿Has oído lo que he oído? ¡Un policía norteamericano diciendo que el éxito corresponde a Charlie Chan!

—En estas montañas crecen diferentes que los del llano. Vamos. El teléfono está en el despacho. Juguémonos a cara o cruz quien telefonea primero.

Cuando desaparecieron, Don vio que Leslie Beaton estaba sentada a poca distancia en el salón.

—¡Magnífico! —exclamó cuando la joven se puso en pie y dirigióse hacia él—. Es usted la persona a quien estaba deseando ver.

—¡Es increíble que el señor Ward sea el asesino! —exclamó la joven.

—Sí, pero lo es. Tengo mucha prisa. Quería decirle que Cash llegará mañana por la mañana.

—¿Quiere usted decir que me hará compañía mientras usted esté fuera?

—Sí, temo que sea así. Le telegrafíé diciéndole que se tomara unas vacaciones en San Francisco, pero deseaba ver cómo termina esto. Supongo que querrá llevarla al claro aquel del bosque.

—¿De veras?

—Sí, es su costumbre. Quisiera... que como favor me prometiese usted no ir.

—Pero... ¿qué le diré al pobre Cash?

—Puede decirle que ya ha estado allí.

—¡Oh! Pero Cash no es hombre que se conforme con una excusa semejante.

—No, no lo es. Tiene usted razón. —El *sheriff* dio varias vueltas al sombrero que tenía en las manos. Su mirada se posaba en la joven, como si algo le causase un gran embarazo—. Podría decirle... que... que se va a casar conmigo.

—Pero ¿sería eso verdad?

—Bueno... ya sé que aún no ha visto la capital del condado...

—No, es verdad, pero en cambio he visto al *sheriff*.

Don miró fijamente a Leslie.

—¿Lo dice usted de veras? —preguntó.

—Muy de veras. Le he visto y le estoy viendo.

—¿Se casaría conmigo? —Leslie asintió—. ¡Magnífico! Ahora me tengo que marchar, pero volveré.

Echó a correr, pero le contuvo la voz de la joven.

—Oye —dijo Leslie—. ¿Me tengo que casar contigo o con Cash?

El *sheriff* volvió sonriente junto a ella.

—Conmigo. —La cogió en brazos y la besó—. Supongo que con esto tendrás bastante para recordar.

Charlie y Sam Holt aguardaban de pie junto al auto a cuyo volante estaba el forense. En el interior veíase una borrosa figura.

—Señor *sheriff* —dijo Chan—. Hago comunicación de que prisionero de usted hará en Tribunal declaración de culpabilidad. —Sacó del bolsillo su cartera y de ella una hoja de papel—. Por tanto, hago suposición de que no tendrá necesidad de cheque para acusación.

—¿Qué es eso? —preguntó Don.

Charlie se lo explicó.

—No, no lo necesitaremos —contestó Holt, devolviéndolo al policía—. Guárdelo y úselo.

Pero ya el chino rasgaba en menudos fragmentos el cheque y los tiraba al suelo. Dudley Ward inclinóse rápidamente hacia adelante.

—No debía usted hacer eso, señor Chan.

—Siento mucho —Charlie se inclinó—. Pero no podría disfrutar de dinero de hombre a quien he causado desgracia grande.

Ward recostóse en su asiento.

—Siempre creí que Don Quijote era español —murmuró.

El *sheriff* estrechó la mano del policía.

—Es usted un gran hombre, señor Chan. ¿Estará aquí mañana cuando yo vuelva?

—Si hace regreso pronto, sí.

—No se marche hasta que le vea. Entonces quizá haya encontrado ya palabras para expresarle mi agradecimiento por la ayuda que me ha prestado.

—No haga mención —replicó Chan—. En mundo todos hombres pueden hacer ayuda a otros. Barca puede viajar en vagón y vagón puede hacer viaje en barca. Noches buenas.

Charlie y el viejo *sheriff* esperaron que el auto se marchara y luego dirigiéronse hacia el hotel. Sin entrar en él fueron a sentarse en un banco bajo un grupo de árboles.

—Ha sido un caso muy difícil —dijo el viejo Holt—. No me extraña el desenlace. Ward es bueno, pero en el fondo lleva un loco. Desde que era niño lo comprendí. Un genio terrible y una excesiva afición al alcohol. Cuando Ladona huyó de él fue porque quiso pegarle. Sing, el buen Sing, intervino, encerró a su amo en un cuarto y ayudó a Ladona a escapar de la casa. Cuando ella ocultó el nacimiento de su hijo supo lo que hacía. No era Dudley Ward el hombre apropiado para velar por un niño.

—Pobre señora Ladona —murmuró Chan—. Tuvo mala suerte grande cuando escogió maridos. Romano fue mejor de todos... y quien más quiso.

—Sí, tiene usted razón.

—Hago suposición que fue señor Ward quien pegó golpe a Sing en noche de crimen —murmuró Charlie.

—Seguramente. No creo que debamos humillarle más, pero no cabe duda que fue Ward quien pegó a su criado. Y ¿por qué? Porque Sing tenía las llaves del armario de los licores y Ward quería beber. Quería emborracharse para olvidar lo que había hecho, pero Sing tenía el sentido suficiente para comprender el terrible peligro que entrañaba tal cosa. Por lo tanto, negóse a entregar las llaves y Dudley le derribó de un puñetazo. Es una acción muy propia de él, de su locura.

—Sin embargo, Ah Sing hubiese dado vida por su señor. Nunca habría abandonado Pineview si no hubiese visto revólver en mesa de cuarto, esta mañana. Cuando tuvo pensamiento de que hacíamos suposición de que era criminal, me acompañó con alegría grande. Tengo pensamiento de que hubiese ido a cadalso con satisfacción.

—Sí, habría dado la vida por Dudley. Para él, su amo nunca dejó de ser un niño necesitado de apoyo.

Los dos hombres se levantaron, dirigiéndose hacia el lago cuyas aguas centelleaban a la luz de la luna. La escena era de paz y reposo.

—Después de tifón llega calma —murmuró Charlie—. De país de nieves llevaré dos dorados recuerdos. Uno es de hombre fiel hasta muerte, Perteneciente a misma raza que yo. Siempre tendré orgulloso recuerdo de su conocimiento. Otro hombre es usted, señor Holt.

—¿Yo? ¡Vamos, señor Chan, no se burle! Yo no soy nada. No lo he sido nunca. Lo único que he hecho en la vida ha sido vivir setenta y ocho años haciendo todo el bien que he podido.

—Emperador más grande de China cuando hicieron pregunta de epitafio que

quería en tumba dio misma contestación que usted —sonrió Chan.

En el salón del hotel se despidió del viejo. Al volverse vio a Leslie Beaton que se acercaba a él.

—¡Ah! —exclamó Chan—. Hago comprobación de que corbata roja que llevo tiene competidoras en mejillas de usted.

—Es la emoción —explicó la joven—. Estoy comprometida. Por fin un hombre me quiere de verdad.

—Ya sé. Sabía desde momento en que vi que mirada de joven *sheriff* se posaba en usted.

—Es natural siendo usted tan gran detective —replicó Leslie.

Chan se inclinó.

—Tres cosas no debe hacer hombre sabio: Arar en cielo; pintar cuadros sobre agua y querer demostrar listezas con mujer.

Fin



Earl Derr Biggers nació en 1884 en Warren, Oregon, EE. UU. Mientras estudiaba en el *college*, escribía historias cortas en diferentes periódicos de Boston. Se graduó en la Universidad de Harvard en 1907. Al terminar sus estudios comenzó a publicar una columna de humor en el *Boston Traveller*. En 1909 le nombraron editor de teatro, tarea que le hicieron abandonar tres años después por sus sinceras y poco amables críticas. Ese año comenzó a escribir su primera novela «Las siete llaves». El mismo día que le anunciaron su publicación, en 1913, pidió matrimonio a Eleanor Ladd, compañera del *Traveller*. Se casaron en 1914. En 1919, durante unas vacaciones en Honolulu oyó hablar del detective chino Chang Apala. Ello le inspiraría para escribir en 1925 el primer libro de Charlie Chan que se publicó por entregas en el *Saturday Evening*. Fue tan grande su éxito que los editores le pagaron 25 000 dólares por los derechos de una nueva historia del personaje. Ese mismo año se traslada a vivir a Pasadena, California, con idea de estar cerca de Hollywood para gestionar la venta de los derechos de sus libros al cine. Murió en 1933, tras sufrir un ataque cardiaco en Palm Springs, California.

Su personaje fue todo un éxito que trascendió la obra del autor y se popularizó gracias al cine, la radio, comics y libros escritos por otros autores como Robert Hart Davis, Dennis Lynds, Bill Pronzini y Jeffrey M. Wallman o Michael Avallone. En su momento supuso una alternativa a los «chinos malvados» habituales en otras obras de la época, como *Fu Manchú*.

Notas

[1] Reno es una ciudad del Estado de Nevada, en la cual se obtiene el divorcio en menos tiempo que en las demás poblaciones de la Unión. (N. del T.) <<

[2] Véase «El Loro Chino», del mismo autor. <<

[3] Véase «El Loro Chino». <<

[4] Véase «Eran Trece». <<

[5] Adiós, en hawaiano. (N. del T.) <<